

The background of the cover is a painting of a tropical beach scene. On the left, two palm trees stand on a sandy shore. The ocean is depicted with vibrant, swirling colors of blue and green, suggesting waves. In the distance, a small sailboat is visible on the water. The sky is a dark, moody blue with some light clouds, creating a misty or foggy atmosphere.

EL PUERTO BAJO LA BRUMA

Álvaro Ruiz Abreu

FEC

FONDO EDITORIAL
DEL MUNICIPIO DE CENTRO

EL PUERTO BAJO LA BRUMA

COLECCIÓN
FOMENTO A LA LECTURA

Consejo Editorial
2025

Yolanda Osuna Huerta
Alexandra Rebolledo González
Luis Alberto López Acopa
Alejandra Casanova Priego
Aurora Kristell Frías López
Gerardo Brabata Pintado
Miguel Ángel Ruiz Magdónel

EL PUERTO BAJO LA BRUMA

Álvaro Ruiz Abreu

Primera edición, 2025

ISBN: 978-607-69867-9-0

© Municipio del Centro

Av. Paseo Tabasco, número 1401

Col. Tabasco 2000. C.P. 86035

Todos los juicios expresados en este libro son responsabilidad del autor. Queda prohibida la reproducción parcial o total del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito del titular, en términos de la Ley Federal de Derecho de Autor.

Impreso en Tabasco, México.

PRESENTACIÓN

En el Gobierno de Centro hemos apostado por la palabra como un instrumento vivo: una herramienta que fortalece nuestra identidad, preserva nuestras tradiciones y da impulso a la creación artística. Entre nuestras tareas más significativas está el fomento de la lectura y la promoción del libro como vía para el desarrollo de la sociedad.

El “Plan Municipal de Desarrollo 2024-2027” establece el compromiso de ampliar el alcance del Fondo Editorial y fortalecer la red de bibliotecas municipales, con la finalidad de consolidar a Centro como un referente en la promoción de la lectura. En los últimos años, este objetivo ha tomado forma a través de más de treinta publicaciones, presentaciones de libros y actividades realizadas tanto en la ciudad como en las comunidades.

En esta ocasión celebramos una nueva edición de *El puerto bajo la bruma*, novela de Álvaro Ruiz Abreu publicada por primera vez hace 35 años. La rescatamos y la entregamos a ustedes, sus verdaderos autores, porque son quienes la renuevan y le dan sentido en cada lectura. Como dijo José Emilio Pacheco: “Si le gustaron mis versos/ qué más da que sean míos/ de otros/ de

nadie./ En realidad los poemas que leyó son de usted:/ Usted, su autor, que los inventa al leerlos”.

Con esta obra, Ruiz Abreu nos invita a mirar lo que fuimos, lo que somos y lo que podríamos llegar a ser. Se trata de un relato que abre posibilidades para imaginar otros horizontes, otra realidad; una historia que entra y sale de nuestra sensibilidad y, al mismo tiempo, la alimenta. El lenguaje es eso: el don que los dioses otorgaron a los hombres.

La cultura, la memoria y el impulso editorial seguirán siendo principios rectores en la agenda del Gobierno Municipal. Reafirmamos nuestro compromiso con la lectura, porque solo a través de ella pueden formarse sociedades libres, críticas y conscientes de su tiempo.

El libro —sin importar su tipo o condición— conserva una vocación profunda: ser faro y territorio, puente entre generaciones, planeta que ilumina el conocimiento de hombres y mujeres de otras épocas y culturas. El libro es una puerta hacia los demás y también hacia uno mismo. Es, en el fondo, un viaje que nos devuelve a lo esencial

Yolanda Osuna Huerta

PRÓLOGO

UN RELATO INEVITABLE Y DESESPERADO EN TORNO A EL PUERTO BAJO LA BRUMA

Una de las primeras cosas que aprendemos a pedir en la vida es que nos cuenten un cuento. Generación tras generación, los niños se duermen oyendo a sus madres, a sus abuelas y, de vez en cuando, incluso a sus padres, contar historias que empiezan en el remoto contorno de un pueblo y viajan desdichadas y promisorias por el ávido regazo de quienes las escuchan. Generación tras generación, los adultos ambicionamos otros mundos y nos hacemos de ellos, custodiados por la implacable compañía de los libros. Hay que pedirle muchas cosas a un buen libro, pero yo sigo creyendo que la primera cosa que hace a un libro entrañable es la coherencia y la lealtad con que nos cuenta una historia.

Esa primera cualidad la tiene la novela de Álvaro Ruiz Abreu. *El Puerto bajo la bruma* nos convoca a escuchar una historia que no transige a la mitad, que no se calla cuando el narrador tiene flojera, que no tiene flojera contarnos todo lo necesario para trasladarnos a un mundo redondo del cual no es posible huir, en el que caben la inocencia y el desconuelo, la esperanza y los desencantos, las ambiciones y las derrotas, la desquiciante verdad, la cuerda mentira.

No se puede escapar del libro, que Álvaro Ruiz empieza como la tramposa invitación a una fiesta desde la cual se despeña la melancólica y estridente vida de un pueblo bendito y maldecido por el atormentado y promisorio mar.

Uno entra en ese reino el día en que se casan Berta y Amadeo, la pareja dispar, de la cual brotan y en la que convergen las vidas y los cuentos de todos los personajes. Ellos, la precisa narración de la fiesta en que se casan, son el anzuelo con el cual nos pesca el escritor. Colgados de ellos navegaremos, curiosos y desesperados, como los propios personajes, durante 271 páginas.

No hay huecos, la tela de la historia está tejida con tal cuidado, que nos impide la huida. Parece que nada va a suceder más arrollador y bullanguero que la borrachera con la que empieza el libro, de hecho no sucede nada en este libro que no vaya o venga o esté detenido en una borrachera, sólo que cada borrachera nutrida en las idénticas cervezas, el implacable calor de siempre y el idéntico hartazgo, tiene su propia fantasía. Y por cada borrachera corre una anécdota en apariencia juguetona y, al fin y al cabo, corrosiva y feroz como ella misma.

Quizá por eso nos atrapa la historia, porque tiene como las borracheras todos los destinos y uno solo. Berta y Amadeo se casan en una fiesta que hace feliz a medio pueblo y que para su desgracia, no los alcanza nunca. «La aurora disuelve los sueños» es el título del primer capítulo. Y la sola frase es un aviso de cómo estará contada nuestra historia, a contrapelo, llevándole la contra a lo que debería ser una historia feliz. Hay miles de cuentos que terminan cuando los enamorados se casan y se disponen a vivir felices para siempre en la imaginación de quienes las escuchan. La historia de este libro empieza ahí donde terminan otros. Y es, al contrario de las historias que pelean la dicha de dos seres distantes

hasta que los encuentran y hacen eternos, la historia de dos seres acercados, a quienes el cuento irá separando poco a poco. Sin embargo es todavía más complicada: estos seres cercanos, en realidad nunca han estado ni podrán estar cerca. Y entre otras, ésa es la desesperación que cursa el libro.

Quienes los acompañan saben esto desde la primera copa que se bebe en la fiesta de su matrimonio, desde antes quizá: «— Ay, hijo, qué prisa por casarte», dice la gorda y graciosa tía Elvira. Y lo mismo le sucede a Esteban, el hermano de Amadeo; a Sara; la madre de Berta; a los amigos y a la nana. La misma voz de la tía Elvira nos adelanta en conversación con Rosario, su sobrina, hermana de Amadeo, que él y Victoria Castillo quedaron marcados.

Victoria Castillo es una joven que se larga a la Ciudad de México porque le teme a la floreja y a la trabazón del puerto. Creo que esa es la única concesión que hace el autor del libro con un único personaje: como escapa, se salva. Quien sabe qué amor desgobernado tiene por el Distrito Federal, por la capital, a la cual también él emigró alguna vez, que se permite perdonarle la vida a Victoria, la emigrante, quizá el único personaje que obtiene salvo conducto y al que mira sin pasar por el tamiz de su inclemencia. Pero debe ser por eso mismo que trata poco con ella, no la quiere tocar, la perdona. Sólo Victoria y Amelia, la sirvienta, tienen salvoconducto a la felicidad, una porque abandona el puerto, la otra porque es idéntica al puerto mismo.

Los demás, están siempre vistos sin ningún respeto y sólo los salva de sí mismos la contundencia, la generosidad con que se entregan al puerto, con todo y sus infamias, su tontería, su indescifrable júbilo.

Si yo les resumo la historia de estos personajes como la rutina de encuentros y desencuentros entre un hombre

y su esposa, un hombre y sus amigos, un hombre y sus putas, un hombre y sus negocios, un hombre y sus hijos, un hombre y la tardía certidumbre de su desdicha, ya tendría que parecerles atractiva la novela, sin embargo, no les estaría mencionando lo más importante. Este libro es la historia de la relación de un hombre con sus demonios. Con los enardecidos, febriles, fantasiosos, destructores, implacables demonios que lo persiguen. Porque seguramente se puede vivir en paz, risueño, juguetón bajo la bruma del puerto; Esteban, su hermano, no hace otra cosa que cobijarse en la cálida flojera de la casita, en cambio Amadeo no hace más que pelear con ella, se empeña en montarla, en poseerla, en madrearla en lugar de pedirle asilo con humanidad y mansedumbre. Y ahí está su desgracia, la suya y la de quienes, como él — Aniceta, la puta de sus amores; Esther, su mascota en los negocios; Berta, la esposa que tolera y resiste hasta caer en «esa sensación abrumadora que convierte el dolor en recuerdo», su propio hijo se niega a transitar por las bondades del tejido.

Fiesta que siguen en otra fiesta, que sigue en otra fiesta que termina en la casa donde empezó la fiesta o se siguen por el puerto como una explosión, son una y otra vez los sitios que Ruiz Abreu elige para instalar el juego ácido de su historia. Su cruel y sorpresiva mirada no perdona ni los velorios, ni las pérdidas ni la supuesta paz de la vejez. Lo envuelve todo con su son de fiesta, hasta la enfermedad y la muerte están cercadas por la incansable parranda y nadie pide tregua, nadie quiere escaparse de la celebración y sus demonios.

«Ojalá se pudiera zurcir la vida», dice Amadeo en un momento de debilidad senil. Pero, le contesta Sara, la madre de Berta, desde otra parte: «Quien lleva en el alma las voces de las ranas y los grillos, no se las quita nunca,

no puede zurcir el desastre, no puede negarse al bullicio de sus demonios».

Triste cuento el que nos regala la impía mirada de Álvaro Ruiz Abreu. Tan inevitable y triste como la bruma cubriendo el puerto. Tan promisorio y desesperado como una borrachera junto al mar.

Déjense contar esa historia. Los hará más desdichados, cobijará su desconsuelo, acompañará los demonios que, sin remedios, nos acompañan.

Ángeles Mastreta

EL PUERTO
BAJO LA BRUMA

Álvaro Ruiz Abreu

A María José, que no conocía el trópico

*La barca morena de un pescador,
cansada de bogar,
sobre la playa se puso a rezar:
¡Hazme, Señor,
un puerto en las orillas de este mar!*

Susana Thénon

LA AURORA DISUELVE LOS SUEÑOS

1

Después de un noviazgo de escasos doce meses, Amadeo pidió la mano de Berta y un sábado en la tarde se casaron por la única ley que reconocían: la civil. El novio alquiló una camioneta Fargo, que fue adornada con flores de papel blanco y collares de rosas y tulipanes para llevar a los invitados a la casa de la novia. En realidad, era un taxi de múltiples funciones: carga y pasaje, servicios especiales –bodas, banquetes, bautizos, quinceaños– y su mayor mérito: vehículo patrio que encabezaba los desfiles. Se estacionó frente a un caserón de dos pisos, hecho con lámina y madera, gris y descolorido. La camioneta parecía un carro alegórico. De la puerta central de la casa –donde colgaba una marquesina de madera que anunciaba en letras mayúsculas, «De la Fuente e hijos. Mueblería»– salieron el novio, Esteban, y el matrimonio Moctezuma, testigos de la boda. El interior de la Fargo parecía un horno.

–Vamos a recoger a mi tía –dijo Amadeo al chofer, un negro al que le brillaban los ojos–, aquí en la tercera De la Llave. ¡Arranca ya!–. El chofer obedeció. Amadeo, que iba junto a Esteban, dijo:

–Dame un cigarro, ¡Esteban!, ¿no oyes?

—¿Qué te pasa? —contestó Esteban y le extendió la cajetilla de El Águila.

El novio fumó ávidamente; se ajustó la corbata blanca de seda, prendida de un broche de oro que había pertenecido a su padre. El vehículo se detuvo justo en una reja blanca. Esteban bajó; abrió la verja y del fondo salió un ladrido, a los dos minutos regresó con una señora gorda, alta, de vestido largo; Amadeo bajó del auto para ayudarla a subir. La mujer hizo un gesto desesperado, cierto esfuerzo y se trepó en la parte de atrás con sus sobrinos. Ya en marcha, la tía soltó una frase contundente:

—Ay, hijo, qué prisa por casarte, ¿eh? —sonrió y mostró una boca grande —, espero que sea para bien. Si tu padre viviera...

—Putra madre, tía, no perdonas ni una ocasión como ésta. —Amadeo golpeó la voz: —Si el viejo viviera ¿qué?

—Nada, nada, yo decía, pero vienes grosero, imposible. Alégrate, matrimonio solamente hay uno en la vida, recuérdalo.

—Oye, tía —cambió la conversación Esteban— ¡qué elegante vienes! Se hizo un silencio forzado, Moctezuma tosió desde el asiento delantero. La Fargo cruzó el centro del puerto, parecía dar saltos; iba evadiendo baches, pozas, perros y cerdos. Se abrió paso entre una masa heterogénea de gente, en la que era posible distinguir al comerciante nómada, a los pescadores semidesnudos ofreciendo pargos, piguas y camarones, niños descalzos que vendían cacahuates y chicles, tecas del Istmo con sus mangos y nanches curtidos, quesos blancos envueltos en hoja de plátano, totopo y gusanos rojos; campesinos del Soconusco y sus productos: cecina, frijol negro y café de grano. Aquello era un mercado a la intemperie.

La Fargo se impuso sobre la estridencia vespertina, la dejó atrás con cierta facilidad; tomó una de las calles en subida, patinó en la arena floja, aceleró y continuó hasta

la orilla del río, embarcadero de animales, granos, frutas y abarrotes. Respiraron el olor a fritangas. Amadeo miró hacia el otro lado, Allende y su muelle mohoso, el pequeño pueblo de casas de palma. A unos cien metros, donde el río se abre al mar, la camioneta se detuvo junto al portal de la casa de Berta.

—Supongo que la novia ya estará lista —dijo la tía Elvira.

—Mira tía, cállate —le ordenó Amadeo, mientras la bajaba del auto—. Procura hacer tus comentarios en otro momento ¿quieres?

—A mí no me vengas con sermones —dijo la mujer, pisando tierra—. A nadie vas a engañar, mucho menos a esta chica ingenua.

—No sigan; qué ganas de pelear —dijo Esteban, conciliador.

Traspasaron la verja y el patio los deslumbró. Entre los almendros y los limoneros, habían colocado tiras de flores blancas de papel crepé, y en el portal de la casa, una falsa marquesina de palmas anunciaba la boda: «Felicidades Berta y Amadeo». En el blanco de la huerta, había un estrado de madera, y a su alrededor mesas y sillas formando un círculo; en el corredor habían puesto la mesa de honor, enormes tablas sobre horquillas. Los meseros colocaban mesas en el patio y las cubrían con un mantel blanco; las adornaban con una canastita de petate llena de claveles y los músicos instalaban la marimba, el saxo y la batería. Doña Sara salió a recibir a los familiares de su yerno y también a Amadeo.

—Llegan a tiempo—dijo nerviosamente—, en esta casa se necesitan hombres ahorita.

Doña Sara, casi rejuvenecida por la emoción de que su única hija se casaba, atendió a la tía Elvira y a Esteban. La mujer parecía hechizada; el tono festivo de su rostro la encendía, su peinado resaltaba el pelo cas-

taño y destacaban sus ojos negros. Su vestido largo le dibujaba el cuerpo.

— Pero Sara — dijo la tía Elvira alarmada —, ¿eres tú, mujer? ¡Dios mío, qué guapa!

— Por favor, Esteban, atiende al señor juez — dijo doña Sara.

El juez, su secretaria, su esposa, otro ayudante, entraron en ese momento. Amelia empezó a ordenar las cosas, precisamente cuando llegó Villar con su esposa y sus hijos; y enseguida, González, el padrino de música, acompañado de varias personas. Desde su llegada, Amadeo se había ido directo al cuarto de Berta. La encontró sentada frente al tocador, ya vestida con el traje blanco de batista de Suiza, asistida por Amelia y otras muchachas, que la peinaban. Amelia saludó a Amadeo y salió; lo mismo hizo su ayudante. Berta miró la cara de Amadeo a través del espejo; él se acercó a ella; la abrazó por la espalda y le puso las manos sobre los pechos.

— Estás preciosa, Berta — dijo, recargándose en su hombro —. Debes darte prisa.

— No sé, estoy muy contenta, pero me siento trabada — y Berta se frotó el mentón —. Es la hora que no hago maletas, ¿tú crees?

— Mi vida, tú termina de arreglarte. Las maletas, la fiesta, el casamiento, van sobre ruedas.

Ella tomó las manos de Amadeo y las apoyó contra sus pechos; suspiró satisfecha. De pronto, su risa fue sonora.

— Y ahora, ¿qué te pasa?

— Desde ayer, mi madre se prepara, se arregla, como si ella fuera la novia. Pobre. Todavía sueña.

— Pues tiene mucho derecho de hacerlo, ¿no crees? — dijo Amadeo, jovial —. No me gustaría pensar que le abona eso al capitán.

—Claro que lo hace por él —y Berta se puso de cara a Amadeo—. Cree que mi padre está por ahí escondido y que puede venir a la boda.

En eso llamaron a la puerta. Era doña Sara que, enojada, entró, reprendió a los novios: ya debían estar con los invitados. Amadeo salió de inmediato para atenderlos y doña Sara se alegró. La casa olía a cochinita pibil y a barbacoa de res. Amadeo saboreó esos guisos con el olfato. Desde la terraza vio muchísima gente; saludó a su hermana Rosario y a su marido Armando Riveroll.

—Hola, Rosario, qué bueno que llegaron —dijo Amadeo, sonriendo, y besó en la mejilla a su hermana—; aquí no es posible dar un paso.

—Necesitamos que nos digas en qué podemos ayudar —dijo Rosario, solemne.

—Por supuesto, Amadeo, lo que digas, cuñado —recalcó Riveroll.

Amadeo se alejó de ellos, sin aclarar nada. Lo llamaban; empezó a saludar a amigos y conocidos. Formando un abanico de mesas, la gente se hallaba más o menos instalada, pero en desorden. Amelia y dos meseros los organizaron. Luego, pusieron cervezas en las mesas y la fiesta comenzó. Doña Sara servía, saludaba y sonreía. Se le notaba inquieta, exaltada. Vio, de pronto, que no había ni un alfiler en su casa; el patio estaba lleno, la sala pequeña se había convertido en un rumor de voces y risas. La tía Elvira fue al cuarto de Berta y le suplicó que saliera.

—Anda, hija, tienes que salir y atender a los invitados —le dijo con cariño—. Aquí está todo el puerto. ¿Te sientes bien?

—Sí, ahora voy, se me hizo tarde —replicó Berta, viéndose por última vez en el espejo.

—Ay, muchacha, estás demasiado arreglada, ¿para qué te acicalas tanto?

—Un favor, uno solo, tía —suplicó Berta—. Vaya por Amadeo y me lo trae.

La tía Elvira refunfuñó, alegó y salió disparada, con sus movimientos torpes, a cumplir una empresa difícil para sus kilos. En dos minutos localizó a su sobrino, lo llamó, lo jaló del brazo y regresó al cuarto de Berta con él.

—Qué eficacia —dijo Berta, al verlos entrar.

—¿Qué quieres? —preguntó Amadeo.

—Nada, por Dios, nada —Berta se desesperó—. Estoy lista, quiero salir contigo para empezar a saludar a la gente. Me da miedo...

—Por supuesto —dijo Amadeo—, vamos. Mi tía puede venir con nosotros ¿verdad?

—A mí no me metan en sus asuntos —replicó la tía Elvira.

Salieron. Berta se detuvo un instante en la sala de su casa y, del brazo de Amadeo ganó el patio que parecía un salón al aire libre. Los ánimos se exaltaron. Sonaron aplausos, vivas. El nombre de los novios se mantuvo en el aire. Como iluminada, Berta se entregó a los invitados; obsequiaba abrazos y besos interminables.

Los novios caminaron entre las mesas pisando la tierra húmeda, sonreían, hablaban. Regresaron a la terraza y se sentaron en la mesa grande. Ahí el juez esperaba, listo para llevar a cabo la ceremonia civil. La tarde se fue disolviendo en el mar; subió la marea y sobre el agua gris del río brilló otro cielo. La fiesta se animó y corrieron la bebida, la música y el chisme. La marimba hizo una pausa. El público permaneció en ascuas; en la mesa de honor, el juez, su ayudante, su secretaria, hicieron los preparativos pertinentes. Los invitados se apresuraron en el patio fresco y rodearon la mesa de los novios. La ceremonia comenzó. El juez se equivocó varias veces al leer la epístola de Melchor Ocampo, pero ejecutó su oficio con relativa soltura. Se hicieron los juramentos de rigor, firmaron los

contrayentes, luego los testigos y un grito certero rompió la breve tensión acumulada.

— ¡Que vivan los novios! — Esteban alzó la voz gravemente.

Fue una invitación a reactivar el ambiente; en cadena, sonaron otros gritos similares, en coro se lanzaron vivas y porras. Cantaron todos una misma melodía. Moctezuma, padrino de la boda, descorchó una botella de *champagne*, el corcho salió disparado y cayó en la mesa de las Sevilla. Continuaron los aplausos y las vivas al *champagne*, a la caída lógica y simple del tapón. Todo era motivo de bromas y regocijo. Una fila inmensa se formó para felicitar a los recién casados, mientras la orquesta tocaba un bolero lenta y parsimoniosamente. Las notas seguían el ritmo de los abrazos, las exclamaciones de júbilo; enseguida, el público exigió a los novios iniciar el baile. En el templete de madera, Amadeo y Berta, a petición de la multitud medio alcoholizada, bailaron como en un salón encerado. El confeti, los globos de colores, los farolitos de papel crepé, brillaron con la luz eléctrica en la incipiente noche. La tarde fue devorada por el mar; el saxo hizo tersa la fiesta. Amadeo parecía iluminado; apenas tocaba a la novia. Cedió a Berta; Moctezuma bailó con ella y luego Esteban y enseguida Riveroll; también Villar y otros jóvenes, amigos de Amadeo. El ron Batey y la cerveza, el Madero XXXXX y el tequila removieron los ánimos. La gente aplaudía, gritaba; las notas de la marimba se esparcieron por el muelle, se fueron hacia Allende; la luz pálida de la calle se reflejó caprichosamente en el agua del río.

Después de haber bailado dos piezas con Esteban, la tía Elvira cayó extasiada; se había sofocado, pidió una silla urgentemente. Junto a ella, en la mesa de honor, estaba Rosario.

— Ay, hija, los años son los años, no puedo más, ni modo.

— Pero tía, si dabas vueltas como un trompo, ¿quién te viera? — bromeó Rosario.

— ¿Y qué te parece tu hermanito, querida? — la tía señaló a Amadeo que daba vueltas con Delia Sevilla, ágil, complaciente — . Es un diablo.

— No seas así, tía, Amadeo decidió casarse, volverse hombre serio, ¿qué quieres? Berta es muy guapa y muy joven, lo entenderá.

— Si yo no digo nada, sólo pienso que Amadeo debió esperar.

Rosario recibió la frase con cierta burla, y abanicándose, pegada a su tía, le dijo:

— Está bastante crecido, tía, ¿querías que se hubiera casado a los cincuenta?

— No, por favor, no me digas esa tontería — . La tía Elvira bebió un vaso de ron y gaseosa con mucho hielo — . Debí esperar a que su situación con Victoria se aclarara.

— Ese asunto pertenece al pasado.

— Tú eres muy ingenua, hijita. Amadeo y Victoria Castillo quedaron marcados.

— ¿Estás insinuando que se casa por despecho?

Llegó Riveroll a la mesa, bromeó con la tía; la orquesta tocó un merengue y él sacó a bailar a Rosario. Los

bailadores eran más de los previstos y el estrado de madera rechinaba. Amadeo brindó con sus amigos. En la mesa de Moctezuma, se bebía en serio. Cantaban o lloraban. Arriba, la noche cubría el puerto. Una melodía hizo estragos en la multitud y todos la cantaron a coro, desentonadamente, pero hirviendo.

Amadeo se escapó con Uribe, del ruido y de los briagos. Carlos Uribe era de la misma edad que Amadeo, habían ido juntos a la escuela; se fueron a estudiar a la universidad, uno leyes y el otro medicina, hasta que Amadeo decidió regresar al puerto. Apoyados en la verja que da al río, sintieron la brisa nocturna, y miraron las luces tristes que ellos creyeron resplandecientes; escucharon la marejada golpear los rompeolas, en cuyas rocas anidaban cangrejos, caracoles. Uribe le tendió el brazo por el hombro.

—Estás contento, Amadeo —dijo.

—Si, pues es el día de mi boda, pero tú, ¿qué planes tienes? Eres el mejor médico.

—Eso dicen, ¿verdad? Bueno, ¿te sientes feliz?

—Estoy a gusto simplemente —dijo Amadeo con marcado orgullo—; ojalá que todo siga sobre ruedas. Tengo algunos planes que luego te contaré. La mueblería podría ser uno de ellos.

—Por supuesto. Tu padre les heredó un buen negocio.

—Si, aunque donde brilló su genio fue en el comercio ribereño. Los barcos le encantaban. ¿Te acuerdas cuando fuimos a El Porvenir en la Nueva Esperanza?

—Ese cabrón de Eulalio se sentía el rey de los mares... logró asustarnos y enojar a don Amadeo.

Hablaron aprisa, divertidos, simples. En la penumbra, un rayo de luz perdido iluminó el rostro de Amadeo. Chocaron sus vasos, brindaron y por un instante recobraron su infancia, sus travesuras adolescentes; había poca luz y apenas intuyeron sus miradas. Soltaron al mismo

tiempo una carcajada monumental. Amadeo aventó su vaso al río, que se estrelló contra las piedras, haciéndose trizas; Uribe lo imitó. Algo los juntaba y los hacía cómplices, la infancia, la escuela, las borracheras y luego las muchachas.

— Me voy, Amadeo, dejo el puerto para siempre. En realidad, quería despedirme. Estoy harto.

— Te gusta la tragedia, Nene, aquí tienes todo, incluidas las mujeres.

— Sí, pero entiende que debo salir de aquí.

— ¿Qué pasa, Uribe? La capital llama a los provincianos y allá van, a conquistarla.

Carlos Uribe se fue a la capital. Ahí se especializó y se enamoró de una porteña emigrada, luego hizo el viaje de regreso para instalarse en su terruño; no antes de mucho tiempo ya era el pediatra más cotizado de la región.

Regresaron a la boda. La música seguía su ritmo. En la verja, la luz del faro los buscó inútilmente. Amadeo vio a sus amigos, sus familiares, y sobre todo a Berta — sentada en la mesa de honor —, y pensó que casarse era dar un gran salto en su aventura cotidiana; era ganarle tiempo al tiempo, entrar con paso firme en el imperio del amor y sus riesgos, disipar las sombras y hacer luz en sí mismo. Era hallar de una vez por todas un eje sobre el cual apoyarse de ahora en adelante para trazar sus deseos. Ya verán. Se dirigió hacia Berta. Lamentó en silencio, mientras los invitados reunidos bajo los almendros de doña Sara bebían y olvidaban el mundo, que don Amadeo no estuviera ahí. Seguramente el viejo se habría alegrado con la boda.

— Eres mi hijo mayor, tienes que aprender a trabajar — le decía algunas veces su padre, sobre la cubierta de la Nueva Esperanza, navegando hacia El Porvenir —, nadie se gana la vida por declamar, suspirar y enamorar a las muchachas.

Berta estaba molesta porque el tacón se le había roto. Pidió otros zapatos y el mismo Amadeo se los calzó. A su lado, Uribe servía de testigo.

—Ahora sí, Carlitos, vas a bailar con la novia -dijo Amadeo.

—No te me vas a escapar —le advirtió Berta—. Ese aire tétrico no me gusta.

Uribe y Berta bailaron con una delicadeza ejemplar; como hechizados, sus vueltas parecían ensayadas; su entusiasmo contagiaba. Dieron vueltas y vueltas, haciendo un compás perfecto. El médico conducía a la novia por el aire. Ella meció el cuerpo y lo acercó notablemente al de su amigo.

—Ese muchacho está enamorado de mi sobrina —sentenció la tía Elvira, mitad en broma, mitad con sarcasmo.

—Pues se ha convertido en el soltero más codiciado —aclaró Rosario rápidamente.

—¿Quién te gusta más para tu hija, Sara? —preguntó la tía Elvira, dirigiéndose a doña Sara que bebía una copa.

—El que eligió. La suerte está echada ¿no crees?

—Sólo es una broma, mujer, no te pongas tan ceremoniosa.

—Reconozco —agregó doña Sara— que Uribe es un médico responsable, un hombre lindo, bueno como el pan.

En el estrado de madera, casi bajo los almendros, Uribe y Berta giraban y la noche y sus luciérnagas rondaban a unos metros de ellos. Los amigos gritaban, brindaban por la novia. Aprovechando el escándalo, Berta se acercó a Uribe.

—¿Amadeo terminó con Victoria? —dijo suplicante.

—Claro que sí, Berta, ¡qué ocurrencias las tuyas!

—Es que dicen tantas cosas, que a veces una se confunde.

—Recuerda esto: Amadeo te quiere, te necesita. Quiérello, olvida el pasado.

Levantaron en hombros al novio, lo subieron al estrado; lo empujaron para que deshiciera la pareja; Amadeo tomó a Berta. El baile se reanimó; todo el mundo volvió a la pista. Más tarde, sirvieron la cena y por un instante la agitación tuvo una pausa; fue una especie de tregua en esta guerra sin cuartel que eran los brindis, los chistes y el relajo tropical. Berta y Amadeo ocuparon el centro de la mesa de honor. Eran las nueve y media de la noche. Amadeo se bebió la undécima copa de la jornada y comió cochinita pibil, barbacoa, frijoles refritos y arroz con mole. Pensó en Victoria y los muchos años que esperaron para casarse. Tiempo perdido, dijo, y le entró en el cuerpo un odio indescifrable por ella. Berta le quebró esa imagen, involuntariamente.

—Amadeo, no bebas mucho. El tren sale a las doce.

—No te preocupes. Me siento como nunca —le dijo él, besándole la mejilla—; ¿está todo listo?

—¡Qué pregunta! Amelia preparó las maletas. Esa mujer nunca falla.

—Es el alma de esta casa, no lo puedes negar; te vistió, te preparó para el viaje, guisó la cena y además, organizó la fiesta y la sirvió. De plano, Amelia necesita un hombre que le queme esa energía.

Desde la mesa de honor, Moctezuma propuso un brindis por los novios; se hizo un silencio repentino. Esteban, doña Sara, Villar y su esposa, la tía Elvira, Uribe, Rosario y su marido, el juez y su secretaria, alzaron sus copas, las chocaron y bebieron. Horacio quería dirigir unas palabras a los recién casados. Pero en ese instante se fue la luz; la oscuridad se hizo brillante, la penumbra resaltó las figuras humanas. El discurso se frustró. La luz huidiza del faro pasó sobre el patio y les dio de rebote. Fue como un relámpago que alumbró las palmeras y los

almendros. Al lado de una botella de ron de la que no se separaba, Esteban aprovechó para acercarse a doña Sara.

—Mira bien ese faro, Sara —le dijo, a quemarropa—. Marca rutas, tiende la mano, es un seductor. Tienes la mano helada, te hace falta calor.

—Ya estás borracho, Esteban; pero tienes razón; sigue, tus tonterías me gustan.

Le pasó la mano suavemente por el rostro ardiente de la mujer. Esa noche entendió que las mujeres traen de nacimiento el sello del deseo.

Moctezuma estiró la mano y acarició pesadamente los senos de Amelia que se hallaba entre su esposa y la tía Elvira. La mujer, por instinto, rechazó aquella mano impertinente, buscó de dónde procedía; vio que era del padrino de boda y, en la oscuridad, hizo una mueca de fastidio; la mano volvió en dos segundos, suplicante, tentadora y ella aceptó la propuesta. Las voces se escuchaban con claridad, el rumor creció.

La luz volvió. Amelia se apresuró a preparar los platitos para el pastel que debía partir la novia. Los músicos tocaron. Luego se hizo el rito de la boda; los invitados bailaron por debajo del vestido de la novia, mientras ella se subió en una silla; el juego era la nota obligada de los porteños. Al novio lo hicieron bailar de rodillas, y obedecía como un juramento a todas las peticiones, por imbéciles que fueran. A las once de la noche comenzó la despedida; los novios partían en el expreso de la medianoche a Veracruz. Se disponían ya a abandonar la fiesta, cuando Enrique Lemarroy, ordenó:

—Nos vamos a la estación, con todo y música, bebida y gente; ¡a despedir a los novios! —gritó, y recibió aplausos.

Berta y Amadeo salieron como escapados con Esteban, doña Sara, Moctezuma, Amelia y la tía Elvira. Subieron a la Fargo. Cuando llegaron a la estación, a seis

cuadras exactamente de la casa de doña Sara, Enrique Lemarroy y los hermanos Domínguez, con sus respectivas novias, ya estaban ahí, bebiendo, escandalizando. La fiesta cambió de escenario.

Enloquecida por el alcohol, la gente invadió la estación de Sotavento. Era una comparsa irredenta, capaz de despertar al puerto entero. El viejo galerón de lámina de zinc, oloroso a estiércol, mariscos, aguardiente y soldados, se estremeció con aquella multitud que de una manera improvisada lo tomó como por asalto. El tren se había retrasado media hora; los de la fiesta invitaron a los pasajeros atrincherados en la reducida sala de espera. Se bebió, cómo no. La marimba orquestó sus melodías tropicales de rutina y prendió los ánimos. Aquel corredor a la intemperie tomado comúnmente por andén, fue convertido en cantina, comedor, salón de baile y de recepciones, cabaret. Los padrinos obligaron a los novios a bailar para la concurrencia. Amadeo, que sonreía a todo y no dejaba de beber, cogió resignado a su mujer y en mitad de maletas, sacos, animales y bultos de pescado seco, bailaron risueños. Los trabajadores participaron también en ese improvisado carnaval. Esteban fue a las oficinas tapizadas de telaraña del director; lo invitó y lo sacó. El viejo don Irineo creyó una obligación bendecir la boda.

—A la salud de los novios De la Fuente —dijo alzando su copa—. Todo mi bien para ellos.

Con esa bendición, poco faltó para que destruyeran el local. Sonaron los aplausos, los vivos. Amadeo agradeció las atenciones del viejo amigo de su padre; Uribe y Lemarroy levantaron en vilo a don Irineo. La máquina del tren rugió, su sirena anunció la partida próxima. Música y voces se pararon. Comenzó la despedida y los abrazos descomunales se hicieron en cadena; hubo lágrimas, adioses, miradas lánguidas. Cuando doña Sara fue a despedirse de su hija, la miró con tristeza; a las dos se les

humedecieron los ojos; se tomaron las manos como niñas que juegan a la víbora de la mar.

—Pero mamá —dijo Berta, con voz quebrada— estoy feliz, ¿no te gusta?

—Sí, sí, claro que sí, pero no puedo evitarlo, siento ganas de llorar y de correr. Te cuidas mucho, hija.

3

Amadeo subió al tren despeinado, sudando, con la corbata tapizada de billetes, casi huyendo. Parecía que regresaba de la guerra. Desde ahí dijo adiós a sus amigos, a la tía Elvira, a Uribe y quiso decirle algo a Esteban, pero su deseo llegó muy tarde. La locomotora se movió; aceleró su máquina y los vagones empezaron a rodar lentamente. El tren fue abriéndose paso, iluminó la vegetación y detectó las casuchas de madera y guano. Doña Sara tuvo la sensación de que en ese momento terminaba la vida apacible en compañía de su única hija, y comenzaban días largos en la soledad de su casa junto al río. Amelia, a su lado, como un bastón que necesita un cojo para apoyarse, trató de consolarla.

—Sara, por favor, no se han ido para siempre, volverán, verás de nuevo a tu hija. Ahora, a olvidar.

—Eso es, Amelia, a festejar —interrumpió Esteban que se arrimó a las dos mujeres.

—Ustedes qué saben, hija casada, hija que se pierde —dijo doña Sara, aún con la mano levantada, en señal de adiós.

—Tienes mucha razón, Sara —apuntó Esteban—. Regálanos esta noche.

—Eso es —reforzó Amelia— hay que festejar a los desposados, no rezarles, madre.

—Los rezos, para los muertos —dijo con ironía Esteban—; las fiestas para los vivos. Amelia extendió el brazo por la espalda caliente y húmeda de doña Sara. Moctezuma y su grupo de amigos, se acercaron a ellas.

—Bueno Sara, vamos; vamos a comenzar la celebración, ¿no es así? —habló Moctezuma con esa voz ronca, de bajo. Elogió a doña Sara, la hacedora de la novia más bonita que el puerto había visto. Y como en una procesión, los invitados regresaron; la fiesta volvió a su lugar de origen. Brilló la luz del faro en la medianoche inerte, sopló un viento del noroeste húmedo, tibio, la música golpeó de nuevo las paredes de la casa de madera de doña Sara. La mujer bebió por la boda de su Berta.

En el compartimiento de primera clase, debidamente instalados, Amadeo y Berta veían, a través de la ventanilla, las sombras que pasaban velozmente, dibujadas apenas por el resplandor del faro de la locomotora; hablaron un momento de la boda y el sabor grato que les había dejado. Berta se quejó; estaba cansada. Amadeo le tomó la cintura; luego besó su mejilla izquierda; ella se dejó hacer entregada al vaivén del tren y se recostó en el pecho de su marido. Amadeo permaneció despierto.

La ventanilla le devolvió la imagen de Victoria Castillo; era ella la que iba medio dormida esa noche sobre sus hombros. Vio los finos labios de Berta, los acarició en silencio. Pero el falso espejo reproducía falsas imágenes. Ese viaje lo había hecho Victoria un año atrás. Amadeo recordó que al irse Victoria, él había perdido todo lo que amaba en el puerto. Fue a despedirla a la estación de Sotavento; la vio partir y esa noche odió los trenes, los andenes y las despedidas. Había quedado como en ruinas, a la deriva. Ahora era diferente. Sus ojos siguieron mucho rato clavados en esa ventanilla, mientras Berta se perdía

en un sueño inmenso y vivo como el tren. Lo invadió un vacío nocturno que iba y venía por su garganta, se detenía en el estómago. No pudo eludir la sonrisa ancha y descarada de Victoria, sus ansias intelectuales, sus piernas flacas. Se acordó de la única carta que le envió a la ciudad de México.

Le decía que a tres meses de su partida, estaba convencido de que definitivamente no iba a cambiar ese lugar por otro. Reconocía por supuesto, su valentía, su espíritu aventurero que la impulsaba a buscar nuevos y mejores escenarios donde desarrollar sus inquietudes. Él, en cambio, se declaraba cobarde, no era capaz de prescindir de su ambiente reducido, provinciano. Desde ese puerto caluroso, la imaginaba feliz entre aquellas multitudes, libre de las limitaciones de una sociedad rústica y paya (¿no había definido ella así sus costumbres?), de la que había formado parte muchos años y a la que un día había despedido de su vida. Le parecía acertado que se hubiera vuelto cosmopolita y hubiera enfocado su actividad a obtener éxito y fama; a él ya nada lo movería de allí, él era — a menudo lo decía ella — un batracio de estos ríos y pantanos, un ave de la sabana. Allí había nacido, allí moriría. Ni modo. No pedía más. Era cierto: hacía mal en aislarse, y permanecer bajo la custodia de los negocios de su padre. Pero no creía en las bondades de la ciudad; eran tan escasas y forzadas que las rechazaba mecánicamente. Claro que habría ocasión de visitarla; tomaría el tren, viajaría toda la noche y al despertar se hallaría frente a sus ojos en la estación de San Lázaro. Olería la gran ciudad, sus orines, sus desechos. Pensaba en un encuentro casual que los acercara o los separara para siempre. La incertidumbre le agobiaba, era una piedra que obstruía su camino. Debía confesarle algo: extrañaba sus charlas, las noches en que bebían en la bocana, riéndose de las vueltas imbéciles del faro, y algo más: sus manos pálidas

y tibias, entre las suyas, un amanecer de mayo. La ciudad era linda y luminosa, qué bueno. Él siempre se la imaginó triste y en la penumbra. Le decía también que su vida se había llenado de poetas y escritores, periodistas y pintores, le daba gusto saberlo. Allí sólo había pescadores, burócratas de medio pelo, unos cuantos aficionados a la literatura y petroleros. Se quedaba con ellos, eran parte de su vida. Ni modo, él no había escogido ese escenario. Le decía que pronto iría al extranjero y que le gustaría ir con un amigo conocido y querido como él. ¡Cuánto había disfrutado leyendo eso! Sin embargo, duró poco el placer. En seguida pensó: ¿Por qué no había aceptado Victoria quedarse allí, casarse con él, construir un hogar y lidiar a sus hijos donde la gente los quería? ¿Por qué diluirse en la bruma capitalina? Le recordaba que las distancias le daban pavor. Él jamás viajaría.

Le aseguraba que se podía morir sin haber visitado París, Londres, Venecia, Florencia, Heidelberg o Granada. Se privaba de los museos, de la arquitectura renacentista, de las catedrales góticas, del Sena y la Alhambra. Allá como acá, creía, la gente ama y odia, nace y muere; en todas partes crece como mala hierba el sufrimiento, la violencia y el crimen. Mientras hubiera un café donde conversar, desde el que fuera posible ver pasar las tardes, él no dejaría ese puerto. Beber hasta el delirio, he ahí uno de los mayores placeres de esta vida breve. Le aconsejaba salir cuanto antes del puerto, de acuerdo; ahora le preguntaba: ¿necesitaba ese currículum tan de moda para soliviantar sus penas y sus dudas? Le gustaba la poesía; a veces, recitaba en los bares o en la playa, para diversión de sus amigos, versos de Darío, de Díaz Mirón, de Nervo. Con esos autores que habían leído juntos, le bastaba. Era un provinciano, jamás lo había puesto en duda. Cuando caminaba en las tardes por la orilla del mar y veía el crepúsculo reflejado en el agua, creía entender mejor que

nunca sus diferencias. Durante esas tardes, le parecía acariciar sus manos suaves como la espuma, cálidas, y sus labios que se abrían para decirle adiós. Con su partida, había abierto una herida en su alma. ¿Es que en sus vidas sólo cabían las despedidas? Amaba esos instantes crepusculares, y sabía de sobra que no podía vivir sin ellos, ¿cómo pretendía que la siguiera al altiplano, si era hijo nato de la costa? Nada tenía sino esas imágenes hechas de sol y de agua. Era sencillo, de pueblo, afianzado a su paisaje tropical; sabía, sin embargo, que se nacía con dolor y se moría con pena. Tal vez, la frustración era su destino manifiesto. Si era así, él y ella habían sido herrados con esa frase.

No entendía por qué hacía planes con él en la distancia, si la proximidad había sido vana. Lo aceptaba, era amigo íntimo de la anarquía; le gustaba el desorden y el derroche. ¿Había conocido ella algún porteño disciplinado, avaro y casto? Era como el viento, disperso, cambiante, frágil. Sus únicos asideros, los conocía de sobra: el puerto y sus calles desahogadas y amplias, la silueta del mar y los nortes que pasaban enojados en diciembre y enero, el río y su soledad, para contarles sus desdichas. ¿Cómo explicarlo? En las noches hablaba con ese lagarto dormido que era el río para engañar a la soledad. Le daba pánico dormirse. Cuando al fin conciliaba su temor con la almohada, comenzaba una de sus tragedias cotidianas. Soñaba que dos colmillos como agujas se clavaban en su brazo; golpeaba la cabeza del animal con furia — solía ser un gatito inocente— y persistía; le mordía la piel y luego la carne, pero sobre todo el alma. El día subía, mientras la noche bajaba, y el dolor desaparecía, tal vez la luz del alba diluía las sombras acumuladas. Entonces, los signos cambiaban; dormido presentía la aurora que se anunciaba allende del río; su pensamiento se enlazaba con el suyo; primero como imagen difusa, luego se aclaraba su

cuerpo y su rostro; tocaba sus párpados que en un instante el mar había lavado. Sus ojos verdes se hacían brillantes. De nuevo la aurora disolvía los sueños. Así, sólo así, volvía a enfrentar un día más.

4

El tren emitía su tric-trac incesante y la noche pasaba a los lados. La máquina era una irrupción violenta con su sonido de metales. Amadeo sintió ese movimiento y tuvo la sensación de estar cabalgando pero en la comodidad de un sillón de resortes en el que su cuerpo se balanceaba dulcemente. Vio a Berta y le apartó el pelo que el vaivén del vagón le había soltado sobre los ojos. Las ruedas chirriaron, produciendo chispas; el tren frenaba. Antes de que se parara, Amadeo reconoció la estación de Chinameca. En efecto, el tren se detuvo en una construcción desteñida, de láminas, muy pequeña, donde el letrero de caracteres góticos mal dibujados y semiborrados, anunciaba el lugar. Berta se despertó.

—Amadeo, ¡ay!, me quedé dormida y me torcí el cuello —dijo, acurrucándose más en los brazos de su marido—. ¿Tú qué hiciste?

—Veía la maleza y la noche. ¿Quieres algo? —preguntó Amadeo.

—Sí, que no te muevas de mi lado, ¿cuántas paradas faltan para Veracruz?

—¡Uh, mi vida, ni las cuentas!; apenas hemos recorrido 48 kilómetros, ¡imagínate!

El tren dejó en aquella estación una especie de claro entre la vegetación, a mujeres y niños desvelados con

sus ollas de tamalitos y de empanadas. Amadeo y Berta, instalados en sus asientos, durmieron abrazados. En algunas paradas se despertaron apenas, pero sus manos se buscaban, y continuaban durmiendo. Hacia el amanecer, Amadeo abrió los ojos completamente y vio el Papaloapan bajo el tren, con sus aguas crecidas; cientos de golondrinas hacían un arco y subían, volando como por encargo; el tren parado, tal vez esperando en un empalme. Amadeo no recordó la boda ni la borrachera, sino la voz decidida, irónica de Victoria que desde la ciudad de México le había enviado una carta, la falsa respuesta a una correspondencia insostenible.

Querido Amadeo: No obstante la distancia y las ideas que nos separan, me gusta leer tus cartas, escucharte a través de tus palabras (¿no sería mejor llamarlas quejas?). Tienes un estilo cálido, sentimental, provocador. Querido, eres un bicho provinciano sin remedio. Defiendes por sobre todas las cosas la quietud porteña, la idealizas de una manera asombrosa (de pronto me pregunté: ¿De qué lugar habla Amadeo?): Es apacible, hermosa. Eso quiere decir que para ti esa tierra es un vergel, ¿verdad? Ya se te olvidaron las plagas de agosto y septiembre; la lluvia inclemente que no deja hacer nada los meses del invierno; los vientos innobles del norte que azotan seis meses al año sin misericordia a los porteños. No te hagas tonto, ¿por qué intentas mentir?, la vida costeña es sabrosa y divertida, pero el mundito que gira sobre sí mismo y te aprisiona parece un infierno. Recuerdo que hay días en que no se encuentran temas de qué hablar porque ya se han gastado y es preciso estirarlos para que no se agoten. Tu puerto, debes reconocerlo, está más cerca del infierno que del paraíso.

«Sin embargo, lo pintas como un edén; ¿y los insectos y las inclemencias del tiempo? Ese calor sofocante de día y de noche, que oxida hasta los húmeros. ¡Qué fasti-

dio! Allá es imposible emprender algo, tomar iniciativas; antes de empezar a caminar, uno ya se cansó. Y no cito la mirada inquisitiva que vigila, como un policía, a un condenado cada movimiento. Es una nube en la que nuestra amable sociedad te envuelve. ¿Está claro? Recuerda la rutina que en el puerto enmohece las palabras. Allá termina pudriéndose el pensamiento. Pero eso sí, todo el año fiestas, comidas y bailes. Haz un acto de justicia y reconoce objetivamente lo que estoy diciendo. Apaga, por favor, tu sed provinciana con un gesto razonable y verás que la infelicidad, el abandono, la soledad, son síntomas de nuestra época y no características ineludibles de las diferencias entre la ciudad y la provincia. Los contrastes entre el puerto y la capital son muchos y variados.

«No me creas tan feliz en la capital; estoy contenta, simplemente. Cada noche analizo mi situación citadina con un mínimo de objetividad y se me viene encima la urbe y sus desgracias. Conozco amigos de todas clases, unos ingratos y pedantes, otros encantadores y sencillos; visito galerías, voy a exposiciones, me gusta la charla y frecuentar a los nuevos pintores; sin embargo, extraño a menudo —no me consideres desarraigada— el puerto y su marisma. Debo aclararte que me tienen sin cuidado el éxito y la fama, me importa sobre todas las cosas ubicar mi trabajo. Intento ser una acuarelista del paisaje, nada más. No es que el arte necesite «un rico suelo económico», sino tu amiga que necesita otra atmósfera menos ingrata. En lo demás, estamos de acuerdo.

«Fíjate, qué coincidencia, yo también quisiera hablar contigo, continuar nuestras largas y lúgubres charlas sobre proyectos que jamás íbamos a realizar. Pero he pensado que no nos llevarían a ningún lado. ¿Por qué no me casé contigo, Amadeo?

«Se me agolpan las palabras y se fugan. Varias veces hablamos sobre el tema ¿verdad? Tú deseas vegetar,

esperar que las cosas te lluevan del cielo en vez de procurártelas; tu sueño más hermoso es vivir siempre en el puerto para ver pasar las tardes sudando, bebiendo, remendando el mundo de sus agujeros más triviales. Nunca quisiste entender la complejidad de las cosas, prefieres que pasen simplemente; en vez de enfrentar la realidad, optas por evadirla.

«A ratos, tu sinceridad raya en la mentira: No querido, jamás vas a tomar el tren, ni vas a descender en la estación. La ciudad como empresa ha quedado relegada de tus proyectos; alguna vez fuiste universitario, orador y hasta poeta, ahora sólo te queda jugar con esas imágenes del pasado. A ti, querido ingenuo, te sobra sensibilidad para asirte al mar y a sus gaviotas, te faltan — disculpa mi crudeza — horizontes, inquietudes. La modernidad, según la entiendes, es apresar para tu propio beneficio los adelantos técnicos, la comodidad y el confort. Por eso vives engolosinado con las bondades porteñas; ahí han empezado a llover recursos que transformarán los hábitos y el pensamiento de todos ustedes, habrá un cambio de actitud, no lo dudo. Yo me niego a esos cambios si los hombres no van a ser mejores; ¿habrá solamente robots que veremos en 1980?

«Mejor dicho, Amadeo: No me casé contigo porque no nací para esperar en casa a mi marido. Tu lugar se encuentra en el pasado, no en el presente que tanto defiendes. Deberías volver al siglo XIX: la bohemia, las comunicaciones tardías, los grandes espacios y los amores lentos, las caras pálidas, el siglo de los hombres. Eres un sentimental, un cursi, y sabes bien que por eso te quiero y no puedo olvidarte.

«Quisiera decirte algo más — antes que me traicionen las palabras —: Tantos años de conocernos sólo han servido para distanciarnos; creemos, cada uno a su manera, que tenemos la llave del otro, y la verdad es que

somos dos desconocidos. Por eso, quizás, en nuestras vidas sólo caben las despedidas. Recuerdo aquellos días cubiertos de la niebla marina que invade Allende y la bocana, y las barcas parecen meros fantasmas. Tienes que aceptar, Amadeo, que de eso no vive nadie; estimula la imaginación, emociona y uno siente que su vida se detiene en esas imágenes, pero refugiarse ahí, me parece excesivo. Creo adivinar lo que estarás pensando: Victoria es práctica, quiere ensanchar sus horizontes. No es eso, Amadeo. En este punto difiero rotundamente de ti y de tu pasión tropical. Tu deseo por afianzarte al paisaje húmedo y caliente, como un náufrago al último pedazo de tierra firme, es risible. Justificas tus desvelos y fracasos, tus caídas y esa maldita ansia por beber, con la brisa del mar y el crepúsculo ensangrentado. Espero tu respuesta. La esperaré siempre. Saluda, en tus noches de insomnio, borrachera, cigarro, plática y desolación a la luna, a ella puedes confesarle tus penurias. Mírala radiante en el cielo, ámala, podría ser nuestra intermediaria. Un beso infinito. Victoria».

Amadeo vio la luz blanca del amanecer, sintió el traqueteo del tren y el rostro de Berta moviéndose como desencajado sobre la pared. Pensó, fue el primer presentimiento que se anidó en su mente, que el trayecto se alargaba. Era el primer viaje con Berta, y el último de su vida de soltero. Ella entreabrió los ojos y lo acarició con la mirada. Insinuó una sonrisa.

El tren se detuvo en Santa Lucrecia, el sobrecargo anunció la próxima parada, que era el fin del viaje y Amadeo pensó que ya era tiempo. Berta despertó y sin quererlo, rescató las impresiones de la noche anterior: su madre al borde del llanto, Amelia consolándola; la fiesta y los amigos que no se decidían a soltarla; vio su boda y le pareció grata, estimulante. El tren se alejó de la última estación y se enfiló en línea recta, veloz, hacia su destino.

Amadeo y Berta hicieron planes conyugales; creyeron por un momento que el sol los saludaba, esa mañana a bordo del Ferrocarril del Sureste. Comenzaba, entre sueños, su luna de miel.

—¿Estás bien? Yo me siento molida —dijo, y se acercó al cuerpo de Amadeo, lo abrazó, le sonrió como se le sonríe al día.

—Sí, y mira, casi llegamos—. Amadeo señaló la pradera que se adivinaba a través de la ventanilla. Pensó que era preciso aprovechar el viaje para hacer proyectos, aclarar dudas, acariciar la vida, y animar a su mujer. Quería inyectarle optimismo, no porque estuviera deprimida, sino para él, que necesitaba ver el futuro con claridad. Le hizo dos caricias suaves en la cara, le besó el ojo.

—La fiesta fue estupenda ¿verdad? —dijo Berta, despertándose—, un poco más y acaba con nosotros.

—¿Te gustó?

—Sobre todo los comentarios, como los de la tía Elvira.

—No le hagas caso, por favor —subrayó Amadeo—. Habla como un loro. A veces le sale un humor negro.

—¿Crees que la tomo en cuenta? Pero escuché cuando le comentaba a tu hermana Rosario que tú amas todavía a Victoria.

—¿Eso dijo? —Amadeo soltó la frase claramente exaltado—. Es una víbora, la cabrona. Desde que enviudó no hace sino inventar chismes. Está loca de remate.

—Presiento que a tu tía le dolió mucho que tú y Victoria hayan terminado...

—Su marido fue un buen hombre ¿sabes? —Amadeo pensativo—. Perdió la vida en un accidente. Era muy listo para los negocios. En poco tiempo hizo dinero. Dejó a mi tía bienes y tres hijos de espíritu inquieto; uno se fue a México, quiere ser artista; otro se embarcó y desconocemos su paradero. Beto, el menor, vive en Agua Dulce, tra-

baja en la Compañía El Águila. Han huido de su madre. Y bueno... la soledad, los años y la viudez, hacen odiosa a mi querida tía.

— Ahora entiendo sus bromas pesadas.

— Vamos a olvidarnos de ella — Amadeo acarició las manos de su mujer —. Tenemos que pensar en nuestro futuro.

El vaivén del tren era uniforme, acompasado; sobre terreno plano, se deslizaba rápido, no parecía que jalara un convoy de hierro, sino de plumas.

DIOS DE ESPUMA

*Navegantes han muerto en todas las edades.
El árbol de su vida mecieron tempestades.
Fueron hojas que el viento dispersó en el oleaje.
Hoy sus huesos descansan en abismos sin luna.*

V. Hugo/J.E. Pacheco.

1

Doña Sara regresó a su casa aparentemente alegre; en sus ojos traía la huella de la despedida de los recién casados en la estación de Sotavento. Bebió unos tragos, bailó con Esteban y no pudo eludir la imagen de su hija en el andén. Tenía un sabor de haber perdido todo. Hacia la madrugada, dejó que los invitados siguieran divirtiéndose y se fue a acostar, mareada, acariciando la escena de la noche como se acaricia a un amante. Se desnudó. El calor era ingrato. Se tendió en la cama y la boda se le agolpó velozmente en su pensamiento. Cerró los ojos, pero no dormía. Quiso regresar a su juventud, tener un novio, casarse y una noche así de cálida, irse a la capital con el adiós de sus amigos. Sería felicitada cariñosamente, mientras la música le tocaba «Las golondrinas». Sus ojos lloraban de alegría; recibía brindis en su honor, bromas, besos y abrazos. Subía al tren del brazo de su marido en medio de una lluvia de confeti. El sobrecargo los atendía y les abría puertas: un compartimiento especial para

los recién casados que olía a jazmines; en otro vagón, el comedor y sus lámparas de pantallas rojas; les servían una exclusiva cena amenizada con música de cuerdas. El tren se iba, dejando escapar chirridos de acero contra acero. Ella soñaba, en los brazos de su esposo. Sintió que llegaba el alba y que los últimos invitados salían de su casa cantando, borrachos, felices. Sara no tuvo luna de miel ni despedida como su hija y Amadeo; a ella la conquistó un marino como surgido del mar, un invierno, durante el huracán Janet que azotó a Allende. Una tarde llena de sombras sacudida por el viento y la arena que levanta, un barco mercante se refugió en Allende. La marejada lo aventó a la otra orilla del puerto. Una vez a salvo, el capitán permitió a su tripulación bajar a tierra.

— Vayan al pueblo, pero en orden — les dijo, enérgico —. No quiero problemas. ¿Entendido?

Los siete marineros del barco caminaron al billar, a la única cervecería bajo el viento incesante. Los parroquianos se sintieron invadidos. ¿Fuereños en Allende? El capitán permaneció en el puente, metido en su saco de paño, mirando a los costeros asombrados, incrédulos. El hombre no quería pisar el improvisado muelle de Allende, sino descansar en su camarote. Vio satisfecho el puñado de pescadores, mujeres y niños que a un lado del muelle resistían el viento fuerte y miraban la embarcación como hechizados.

Una muchacha de pelo suelto, sandalias y chaleco rojo que el viento estiraba, permaneció inmóvil, cuando ese grupo se disipó. De pronto subió al puente y le entregó al capitán una blanca mariposa.

— Gracias — dijo amable y contento el capitán —, muchas gracias, niña.

— Fíjese que siempre he soñado con un barco como el suyo, señor, es tan bonito y tan grande — dijo Sara atropelladamente.

—No es mío —sonrió el capitán— pero puedes verlo; es pequeño, hay unos verdaderamente enormes.

Sara se acercó, resuelta, al hombre de blanco; parecía un dios de la espuma; era rojo como el alba, alto, de hombros atléticos. El capitán intentó encender su puro y el viento se lo impidió. Se sintió ridículo frente a su admiradora.

—Y tú, ¿eres de aquí? —preguntó el hombre.

—Por supuesto. Mire, mi padre es el guardafaros de este lugar; cada tarde se va a la punta de la barra y lo enciende; en las mañanas regresa y lo apaga. Viera usted cómo le gusta el mar, aunque jamás ha navegado ni navegará —y la voz de Sara se opacó.

—Bueno, bueno —quiso concluir el capitán, hablando rápidamente—, vete a casa, criatura. Viene la noche, mírala hacia este lado —y señaló el poniente con el brazo erguido, largo.

Empezó a llover, gruesas gotas se desprendieron del cielo negro y la tarde fue sepultada. El capitán no supo qué hacer; le dijo a la muchacha que volviera al día siguiente; ella corrió y se metió de golpe en la tienda de don Carmelo. Afuera pasó el viento, azotando las casas de lámina y madera. En el comercio se protegían del agua y del frío, los habitantes de Allende que habían ido al muelle. Sara, en plena lluvia, se fue a su casa. En la noche, recostada en su catre, sola en su cuarto de madera, escuchó la lluvia que caía en las láminas del techo, como una sinfonía. Pensó en el capitán y deseó ardientemente conocer el barco, aquella montaña blanca sobre el agua.

En la mañana, mientras desayunaba con su padre unos tamalitos de chipilín, café y galletas, don Mariano se quejó del mal tiempo.

—Oye, papá, ¿viste ayer el barco gigantesco que atracó?

—Mira hija, hay barcos enormes que nunca has visto; contra ellos, nada puede el mar atormentado.

—Sí, ya sé. ¿Viste la tripulación? Yo conocí al mismo capitán.

—Sara, un capitán es un domador. Ten cuidado, recuerda que los marineros son hombres endemoniados, aparecen y desaparecen.

Sara escuchó divertida. El viejo creía su obligación prevenir a su única hija. Alguna vez intentó abandonar Allende, cruzar el río y vivir en el puerto; le ganó la partida el impulso de los días, el tedio. Murió de fastidio, pero satisfecho; antes, entregó a Sara a un hombre hecho y derecho. En los últimos quince años de su vida, don Mariano no hizo sino jugar dominó —su vocación innata— varias horas diarias. No obstante el mal tiempo, Sara se arregló con esmero; se quitó la blusa suelta y el chaleco rojo y se puso un saco de terciopelo negro —herencia de su madre—; se caló sus tacones, improvisó un atuendo de invierno y, premeditadamente, calculó llegar al muelle después de la comida. Esperó la tarde con ansiedad. Igual que la víspera, encontró al capitán en el puente, de blanco, despidiendo a sus hombres. Sara esperó un momento y, de pronto, se le plantó al capitán; el hombre quedó desconcertado por la transformación de la muchacha; la invitó a pasar. Entraron por la proa a la cabina de mando; afuera soplaba el viento, adentro había paz absoluta. El balanceo del barco no permitía estarse quieto. El capitán tomó asiento, justo al lado del timón; Sara hacía preguntas, el hombre las respondía. El seguía tratándola como a una chiquilla, pero estaba admirado de la belleza de aquellos ojos rasgados que lo miraban con curiosidad.

—Vamos a recorrer el barco, señorita —dijo el capitán—. Sé que va a gustarle.

Bajaron al cuarto de máquinas, el capitán explicó el sistema de las calderas, la potencia del barco, le mostró

las bodegas, le indicó el tonelaje, vieron los camarotes; le enseñó el funcionamiento de las grúas, regresaron a la cabina y siguió explicando como quien da una lección. Sara emitía exclamaciones. Al final, entraron a la cocina-comedor, especie de cámara bien equipada; mesas y sillas atornilladas, cafetera, refrigerador, parrilla. El capitán encendió la estufa y enseguida, le invitó un café a su joven acompañante.

—Mira ahí —le dijo el hombre, señalando unos anaqueles—. Abre la puerta derecha, tomas una lata de galletas y la bajas.

Sonrieron. Sara subió sobre el mismo banco en qué estaba sentada, dio la vuelta y quedó de espaldas al capitán. Los ojos del hombre se llenaron de deseo; recorrió de un vistazo las piernas redondas y las caderas de Sara. Ella bajó la lata de galletas.

Una semana duró el mal tiempo; durante siete días estuvo fondeado el barco en Allende. Sara no dejó de visitar a su dios blanco una sola tarde. Para él también fue una costumbre esperar a la muchacha. Pero un día el viento se detuvo y a la mañana siguiente Allende volvió a iluminarse con el sol líquido, que dejaba ver un cielo lavado, puro. Sus habitantes regresaron a las faenas del mar, a sus parcelas y a sus cocales. Sobre todo, volvieron a cruzar el río, actividad vedada durante el norte, para ir al puerto. Vino el sol a secar la tierra mojada; primero se apareció tímido, luego descarado, con una dosis inevitable de calor. Fue un día luminoso, azul, que el río reflejó fielmente.

En la mañana, el capitán fue a la casa de Sara. Ella estaba sola, limpiando las tres piezas sencillas que la formaban; su padre había salido muy temprano porque para él también era un día nuevo, agitado.

Sara vestía una blusa de algodón transparente, sobre la que se dibujaban en la penumbra, sus senos del-

gados. El capitán entró con mucha confianza, no tocó ni se anunció.

—Hola Sarita, vengo a despedirme —le dijo, risueño, de pie junto a ella que parecía absorta en el quehacer.

—¡Dios mío! ¡Qué alto te ves en esta casa tan pequeña! ¿o es que has crecido, capitán? Por favor, siéntate.

El hombre tomó una silla de palma, obedeció. Sacó su puro de la bolsa de la camisa y lo encendió. Adoptó una posición fabricada.

—Pues vine a despedirme —dijo resuelto—. El tiempo es bueno y hay que reiniciar el trabajo ¿no crees?

—Bueno, como yo no trabajo más que en casa, no sé de qué hablas. ¿No sería lo mejor del mundo, olvidar el trabajo?

El capitán soltó una risotada franca; Sara tomó una cafetera de peltre, la llenó de agua y la puso al fuego:

—Te voy a preparar un rico café —dijo— y no me pongas esa cara de ya me voy, ni modo.

Sara puso las tazas, el azúcar, y no dejó de moverse por la reducida cocina; en uno de sus movimientos, el hombre le tomó el brazo, la empezó a frotar. El momento se desbordó, Sara se montó en el capitán que seguía sentado y la silla crujió. Se derramó el café y el capitán, dieciocho años mayor que Sara, se entregó como un adolescente que juega a las desgracias. Hasta ese día, Sara supo el nombre de aquel marino quemado por el sol, de vellos canosos: Carlos Govea.

En la tarde, casi a la misma hora en que lo había conocido siete días antes, Sara fue a despedir a Govea; una corazonada imposible de apartar le decía que jamás volvería a verlo. Antes de subir al puente, para entrar al barco, Govea la abrazó suavemente y le dijo que volvería por ella.

—Ella regresó a su casa, a su rutina. Cada tarde iba a la orilla del río con motivo o sin él, y desde el rústico

muelle de tablas, por las que veía jugar el agua, miraba hacia la bocana, pensando en su dios blanco. De ahí no se quitaba hasta que en el otro lado, las luces del puerto se encendían y le indicaban que era preciso esperar un día más. Escuchaba la sirena de algún barco y los ojos se le llenaban de lágrimas: no era la embarcación de Govea. La pasión se convirtió en desconsuelo y don Mariano vio con tristeza que su querida Sara esperaba un imposible. Sabía que el marino es bruma, viento... Pero no se lo demostró a su hija; al contrario, la animaba y mediante una que otra broma, a ratos, la hacía olvidar. En realidad, él también se volvió cómplice de la espera. Una tarde, Sara regresó desecha a casa.

—Ven, hija, siéntate, toma café conmigo— le dijo el viejo.

—No quiero nada, no puedo tomar nada, este pueblo va a acabar conmigo— le dijo furiosa y se encerró en su cuarto.

Don Mariano dejó que el tiempo curara a su hija. Esa noche Sara durmió y soñó durante horas; escuchó la sirena del barco de Govea, vio que venía hacia ella desde el mar lejano; parado en la proa con su gorra, impecable, apenas tocado por la brisa de las tres de la tarde, Govea le sonreía. La escena se repitió varias veces ¿o fue su imaginación? Creyó estar soñando, cuando a las siete de la mañana de regreso del faro, don Mariano tocó a su puerta.

—Niña, despierta, anda mujer, escucha la sirena aquí mismo en el muelle— el viejo gritaba alborotado, contento.

Govea había regresado.

Don Mariano Rodríguez murió tranquilo después de haber aceptado a Govea; lo consideró un hombre noble y, ante todo, entendió que su hija lo amaba. Lo velaron en su viejo catre donde había dormido casi toda la vida. Nada se llevó, porque nada tenía. Se fue a la tumba

como vino al mundo. Después de conocer a su nieta, la pequeña Berta, dijo que su misión había terminado. Sara, Govea y la niña acompañados de varios pescadores, lo sepultaron en las lomas arenosas desde donde se ve el mar. Dos días antes de su muerte, el viejo había recibido un telegrama de la capitanía del puerto en el que le anunciaban su jubilación. Fue su fin; tenía setenta y tres años y una hija, cuatro lámparas de petróleo que antaño llevaba a la bocana y le servían para el faro, y su pequeña casa. El día de su entierro, ya acostados, Sara se abrazó fuertemente al cuerpo velludo de su marido. Metió la cabeza entre los brazos del capitán. Allende vivía una noche plena, en silencio; la casa de don Mariano era una sombra entre las palmeras.

—Sara, mañana mismo nos vamos al puerto —alcanzó a decir Govea, antes de dormirse—; allá crecerá Berta.

2

Carlos Govea fue un práctico de la marina que pasó la vida sobre el agua; se inició en la navegación maniobrando canoas y pequeñas embarcaciones que vendían animales, telas y baratijas, abarrotos y granos en las riberas. Alijador, fogonero, despachador de mercancía en los barcos que un tiempo comerciaron entre Veracruz, Coatzacoalcos, Frontera, Ciudad del Carmen, Campeche

y Progreso. Su ruta fue el agua, por la que escaló hasta llegar a capitán. Estaba ligado a las mareas, a los vientos del norte, y a las noches cogidas por la oscuridad. Su vocabulario parecía un diccionario de navegación: calados, escotillas, nudos, esloras, ciclones, grados, los puntos cardinales, barlovento, barómetro, quilla, cabos, barras, muelle, estribor. El agua —la del mar o la de los ríos y arroyos— era en su vida más que un aliciente y una necesidad: fue, casi siempre, una pesadilla.

En las noches quietas en que la embarcación de Govea avanzaba sobre el agua, consideraba al mar un compañero y le platicaba sus temores y su inmensa soledad. Pero enfurecido, lo creía su peor enemigo, una bestia. Entonces juraba vencerla, acabar con ella.

Govea fue amigo de los billares, de las cantinas y los burdeles. Sara le cambió la vida. Hacía lo mismo de antes, pero sin excesos. En sus descansos en tierra, veía a sus amigos del puerto. Bebía con ellos y les relataba sus historias maquilladas: «Vi el primer barco que Naviera Puerto México trajo del Mississippi. Fue una aparición sobre el río que el puerto saludó como se saluda a un soberano o a una vieja amante. En la noche, la luz del barco iluminó los rostros pálidos que se hincaron para dejarlo pasar, majestuoso, centellante. Era un edificio de dos pisos que enloqueció a la gente. Lo vimos y no lo creíamos; jamás había atracado en estos muelles algo semejante. Cómo decirle, amigo, 'El Yalton' era la esperanza del puerto, subirse a sus salones equivalía a subir al cielo. Lo conocí de arriba a abajo; sus camarotes ventilados, su inmensa cocina, el comedor en el segundo piso y al lado, el bar con música y una sala de juego donde tocaba en las noches una orquesta de viento. Se bailaba y se bebían vinos finos. Se apostaban fuertes cantidades de dinero; hubo ganaderos que jugaron ahí su hacienda, tahúres que ganaron inmensas fortunas. Eso sí, nada de

mezclas humanas: arriba, el pasaje de primera clase, la música, el champagne y los bocadillos de salmón y queso holandés; abajo, las reses y los cerdos, las bodegas repletas de maíz, frijol y pieles en salmuera, las hamacas, los hombres palúdicos, las comilonas de tamalitos y pejelagartos. ¡La segunda clase! Arriba, los vestidos de gasa, los peinados altos, los cuellos blancos con lindos collares, las voces apretadas, las parejas prometiéndose amor eterno al compás de una melodía. Abajo, el calor y los moscos, el dril y la mezclilla, la manta y los sombreros de palma.

«Me llamaron para navegar en 'El Yalton' y acepté con mucho gusto. Era marinero de rango, o lo que es lo mismo: simple ayudante del cabo. No me importó hacer de todo: vigilante del timón, maquinista, supervisor de limpieza, práctico, sí claro, conducía el barco en las zonas bajas. Fue bonito viajar; eso sí, cada mañana, desde las cinco a trabajar. Lavar cubierta, preparar el desayuno de los señores, el de sus esposas y el de sus malcriados hijos. A las ocho de la mañana, el comedor de primera parecía una feria: saludos, gestos complacientes, niños traviesos, humo de largos habanos; era la hora crítica del servicio. Para atender al pasaje con eficiencia debíamos participar todos, sin excepción. Conocí, desde luego, muchos nombres, familias prominentes de la región, hacendados; exportadores de madera, pieles y plátanos; políticos destacados, hombres de ciencia, médicos, antropólogos. También artistas que iban de gira al sureste. Tuve amigos, señores, que me estimaban, y yo escuchaba sus quejas, sus impresiones de viaje, sus negocios. En la noche, cuando se animaba el baile, me invitaban unos sabrosos tragos: cognac, whisky, champagne. A veces jugaban hasta el amanecer. Corrían verdaderas fortunas, cómo no. Noches tibias en que pasaban como fantasmas, en las riberas, las ceibas y los manglares. No sé, fue otra vida, otros tiempos. Hubiera seguido trabajando ahí, si

no mando a la chingada al capitán una mañana de octubre. Después de una breve discusión porque no quise obedecerlo, le solté en la cara:

—Estoy harto de ser su escudero, es decir, su pen-dejo; su apoyo en las maniobras peligrosas. Yo no voy a sustituir a un mesero, ¿está claro? ¿Quién controla las operaciones de carga y descarga mientras usted se larga por ahí con las putas?

—Ya veo, me equivoqué —dijo el capitán—. Usted no es gente de confianza, Govea, sino un rufián.

—Tal vez lo sea —le contesté—, pero a usted se le olvidó que engaña a la tripulación con un descuento— impuesto marino, se atreve a llamarlo—; se roba la mercancía, infla los gastos de combustible del barco, inventa reparaciones, contrabandea vinos.

«En la siguiente escala del viaje, me bajé y no volví. Me estacioné en el puerto decidido a quedarme en tierra. Pero cómo decirle, los que nacemos marineros, marineros morimos. Tenía apenas dos semanas de descanso y una mañana me encontré a don Jesús González.

—Govea, qué gusto verlo —me dijo, en la calle del mercado—. Tengo un trabajo muy bueno.

—¿De qué se trata? —pregunté. —Es algo sencillo —respondió con una risa abierta, echando humo de su habano—, pero necesita estar libre de compromisos. Báje-se del ‘Yalton’ y yo le aseguro un empleo de alta responsabilidad.

—Mire don Chucho, hace quince días estoy ocioso —le dije—, así es que suelte de una vez la oferta.

«Me citó en su oficina, me mostró la foto de una panga hermosa para doce vehículos. En cuatro días atracaría procedente de Tampico. Me invitó al recibimiento y a la bendición del Pantepec l.

—Solamente a usted, Govea, confío este costoso transbordador.

—Gracias, don Chucho —alcancé a decirle y me embarqué.

Cruzar una orilla y otra era un jueguito aburrido, rutinario, sin gracia. Cuando vine a darme cuenta, habían pasado doce años y yo de panguero. Me sirvió para después. Le dije a don Jesús que me iba y no trató de detenerme; me dio unos cuantos pesos y una carta de recomendación. Me llamó la Wharton de Ciudad Madero y me entregó 'La Asunción'. ¡Qué barco! Volví a navegar; renací. Ya sé, usted quiere saber si me arrepiento de ser marinero; por supuesto que no. Es difícil saber si regresaremos o no, pero con todo, es una tarea tranquila. Lo que son las cosas, la vida del agua se le mete a uno en los huesos, en los ojos, y nadie nos puede apartar de ella. El mar sabe dar. Usted me dirá que es azul, infinito, al que le han cantado los poetas, yo le respondo que es un eslabón de las pasiones del hombre, un sepulcro y una cuna, un demonio que no se debe desafiar. Ese es el mar».

3

Govea y Sara se instalaron en el puerto, junto al río; el capitán compró una casita con un amplio patio frente a Allende. Ahí estarían, contentas y seguras, su mujer y Berta. Desde ahí podía ver las dunas de arena de Allende, la entrada y salida de los barcos, el comienzo del mar, las palmeras y los pinos que había en la otra orilla y la luna que salía atrás de las lomas blancas de Allende. Arreglaron la pequeña casa de madera, limpiaron el patio de abrojos. Sara sembró tulipanes, almendros, bugambilias y palo

mulato, junto a los cocoteros. Su marido se ausentaba y ella había hecho de la espera un hábito de la convivencia conyugal. Govea regresaba contento, cansado, pero dispuesto a dedicarle las veinticuatro horas del día a su mujer y a su hija. Conocía las corrientes, las mareas; llenaba de historias y fantasías la imaginación de Berta.

Sara escuchaba y bebía ginebra. Luego venía el momento triste: la partida de Govea. Él decía que entre su barco y el mar existía un trato de no agresión. Con esto, Sara sonreía, lo besaba y trataba de esperarlo contando las horas, repasando el itinerario de su marido. En una de esas travesías, «La Asunción» desapareció. Sara esperó a Govea los primeros días, convencida de que era demasiado listo para dejarse destruir por un ciclón. Setenta y dos horas duró la furia del viento y sus rachas huracanadas; fue una lucha entre el agua, las nubes y el mar. Cundió el pánico en el puerto, el viento tiraba techos y mordía la tierra; se decretó estado de emergencia en las zonas bajas. El agua subió una noche y arrasó cosechas y calles. El mar se metió por la zona oeste y devoró árboles y embarcaciones. Acabó con lo que pudo: tiró postes de luz, abrió boquetes en las calles, dañó la vía férrea y en las noches se le escuchaba: era el sonido metálico del mar. Pasaba sobre el puerto, llamaba a las casas, golpeaba, y nadie le abría. Invadió y trastocó el alma de los porteños marcándola con su huella de destrucción. Durante el día no dejaba salir, porque levantaba remolinos de arena que cegaban. En la noche, el agua violenta y fría mantenía a la población aprisionada. Fue el gran ciclón de la temporada. Después de tres días, escampó. Sara se preparó para recibir al capitán. Se fue al mercado, compró plátano macho, malanga, chiles secos y carne con hueso. Guisó un exquisito puchero y colocó un mantelito diseñado por ella misma sobre la mesa de caoba del comedor; al mediodía estaba lista. Bebió tequila con limón y sal. No se quitó su saco de ter-

ciopelo porque el ciclón había dejado una estela fría pocas veces vista en la costa. Pero sobre todo, porque quería recibir a su marido con el saco que la había conocido. No mostró preocupación delante de Berta, a pesar de que le preguntó un poco alterada por el papá.

— Ha tenido un retraso, eso es todo — le dijo, alisándole el largo cabello castaño —, de un momento a otro lo tendrás aquí.

— Pero mamá — se quejó Berta — todo mundo sabe que mi papá ha desaparecido con la tripulación y el barco.

— Pueden decir misa, no le ha pasado nada.

— ¡Ah, sí! Un barco destruido en el mar por un ciclón, ¿puede dejar huellas?, ¿alguien se salva?

— No digas tonterías, por favor, hija, vete a la escuela, no pienses en lo peor.

Berta no pudo oponerse a esa idea; sintió que una semilla le obstruía la garganta y la asfixiaba; tosió como desgarrándose, besó a su madre y salió. Las seis calles que mediaban entre su casa y la escuela, pasaron junto a ella indiferentes; las omitió de su vista como si llevara orejeras. Sabía que algo grave estaba ocurriendo. Mientras, doña Sara encendió un cigarrillo, aunque no fumaba; repasó meticulosamente la casa que poco a poco, en los doce años que tenían de habitarla, fueron amueblando Carlos Govea y ella. La recámara y una alacena de caoba todavía estaban pendientes de pagar en un cincuenta por ciento en la mueblería De la Fuente. ¡Dios mío, qué irá a ser de nosotras!, empezó a pensar casi horrorizada; solas, a la deriva, como dos huérfanas. Pobre Berta, tan linda, apenas en sus doce años.

Sara parecía una actriz simulando diálogos, dramas, huidas, pasiones al fin aplazadas. Apagó la radio y siguió dando vueltas por la casa; se detenía de pronto en mitad de la sala, caía sentada, luego iba a la cocina, intentaba beber agua, se le olvidaba. En el patio, Amelia,

la jovencita que se había traído de Allende, lavaba ropa en una batea. Sara se bebió de un sorbo medio vaso de tequila; sintió que la lengua se le quemaba, pero a los dos minutos vio que ésa era la medicina ideal para aliviar su enfermedad. A las ocho Berta regresó de la escuela. Entonces tuvo la certeza de que su marido corría peligro. Amelia les sirvió unos tamalitos de elote, galletas ovaladas y chocolate. Berta cenó; su madre cabeceaba. Dos golpes secos, contundentes, sonaron en la puerta de la calle; Sara corrió despavorida; abrió. Berta y Amelia vieron la escena desde la cocina.

— Buenas noches, señora.

— ¡Qué le trae por aquí, oficial?

— Por órdenes de la capitanía del puerto, debo informarle que el barco de su marido ha naufragado — dijo rotundo el oficial, y se quitó la gorra.

— ¿Y cómo debe interpretar la esposa del capitán esa noticia?

— Como quiera, hasta que no confirmemos qué ha sucedido en realidad.

— ¿Quiere asustarme? Mi marido, usted lo sabe, no muere así nada más, después de tantos años navegando. Nació en el mar, ¿cómo va a llevárselo su misma madre? No me conteste, piense bien lo que acabo de decirle.

— Está bien, señora. Yo solamente vine a darle parte de que su marido ha desaparecido. Con su permiso. Hasta pronto, y gracias.

Sara fue a la cocina y cogió por la cintura a Amelia y Berta — ambas eran del mismo tamaño —, lloraron amargamente en coro. Se sentaron en la sala, escucharon la voz de las olas, una aliada en la desesperanza. Frente a la repisa donde ardía una veladora, las tres mujeres parecían hallarse delante de un retablo. La luz débil del bombillo en el centro de la sala creaba sombras largas. La puerta de madera sonó apenas, y de atrás, salió una voz aguda, afilada.

—Sara, abre por favor, soy yo, Amadeo. Sara se secó las lágrimas y corrió a abrir al tiempo que decía:

—Voy, don Amadeo.

Apareció la figura de un viejecito consumido por la edad, encorvado, de pelo blanco, anteojos, mirada incisiva, apoyado en el brazo de su hijo Amadeo. El viejo no les dio tiempo de nada:

—Supe la noticia y vine a saludarlas. ¿Es cierto, Sara?

—¡Qué va a ser verdad ese rumor, don Amadeo! Usted no se altere, si mi marido muere, yo le pagaré de todos modos la cuentecita—. Señaló la alacena y, de paso, a Berta.

— ¡Válgame el cielo! ¡Qué hija tan guapa tienes! No, no puede ser, pero si es una mujer. Esta casa se va a llenar de pretendientes, ya lo verás, hija. Anda tú, hijo tonto, mira qué chicas más lindas produce el puerto. A ver si te decides ...

Rieron holgadamente y Berta se ruborizó; Amadeo chico sonrió con desgano, era en realidad un hombre que doblaba tal vez en edad a Berta, no encontró más palabras que un saludo.

—No quiero estorbar; nos marchamos. Ojalá sea un falso rumor —dijo con malicia don Amadeo y se encaminó a la puerta—; pero Sarita, el ciclón fue apocalíptico, dice mi compadre que llegó a la India, ¿qué te parece? Y te lo dice un porteño.

—Gracias don Amadeo, gracias—recalcó Sara—, y ya le digo, usted tranquilo; con mi marido o sin él, la cuentecita será saldada.

—No seas tonta mujer, yo quiero siempre ayudarlos. Dime ¿quién amuebló esta casa?—. Sara prefirió no contestar; saludó a los dos Amadeos con buena cara, les sonrió y los despidió. Acostó a Berta que estaba nerviosa. Bebió otro medio vaso de tequila, «para dormir», se dijo, y entró en su recámara, pegada a la de su hija.

Esperó a Govea toda la noche; estuvo deseándolo con ansia; buscó su cuerpo inútilmente. Sólo en sueños creyó recuperarlo. Fue una noche pesada.

Sara llegó a sentir que su cuerpo era un horno desprendido de su pensamiento, aislado en una celda. Intentó reproducir las caricias, las manos de Govea, y fue imposible. Sin embargo, lo vio sobre cubierta, dando órdenes a la tripulación del barco (era una embarcación muy alta, alargada que se iba hacia las nubes), con su ropa blanca, sus ojos redondos que irradiaban confianza en la maniobra destinada a dobligar el viento. Una ola en remolino se estrelló en el cielo, rebotó y cubrió a Govea y a sus hombres; sólo quedaba el mástil; por ahí salió a la superficie Govea. Sara le tendió la mano mojada, fría, y el hombre, desnudo, resbaló en su cama.

A la mañana siguiente, Sara, siempre ayudada por Amelía, preparó un desayuno excepcional: picadas verdes y rojas, empanadas de pescado, frijoles refritos, cecina, pan del Istmo y café. Berta entendió que su padre era esperado y se unió al rito. Govea no apareció.

El fin de semana Sara y su hija salieron a pasear por los muelles; llegaron a la bocana, miraron las palmeras deshojadas de Allende, y vieron entrar y salir del puerto barcos, canoas, remolcadores, piraguas, chalanes. Extasiadas frente a aquel movimiento del que jamás se habían percatado se les fue el domingo. Berta pensó en su padre y en las historias de mar que ya no le contaría; miró a su madre fijamente y le dijo:

—Papá solía decir que el mar tiene miles de colores, según la luz.

—Mira, Berta —doña Sara la interrumpió—, los hombres no saben mirar el mar. Las mujeres, en cambio, acostumbramos mirarlo para esperar a quien amamos. ¿Me entiendes?

Berta no respondió; tomó del brazo a su madre y regresaron a casa, cansadas de la vista y con la mente agitada. Anocheceía bajo un cielo cálido y sin esperanza. Doña Sara iba convencida que de un momento a otro tropezarían con Govea. El lunes por la mañana, el abogado de la Wharton se entrevistó con Sara y Berta. Después de varias explicaciones sobre el caso, firmaron de conformidad el documento de indemnización. Sara firmó, agitada, dio las gracias y habló con su hija de otro asunto. Al mes siguiente, la compañía de seguros le entregó una letra de cambio liquidable en sesenta días por el seguro de vida de su marido. Sara no dejó de imaginar que una tarde reposada vería al capitán trasponer la verja del jardín, cargado de regalos para ella y Berta.

Pasaron los meses del invierno plagado de nortes infames, se instaló como en su casa el calor de abril y los aguaceros de mayo, y Sara seguía esperando. La ropa de Govea estaba en el armario bien planchada, sus zapatos lustrados y la cama impecable. Aún el día de la boda de Berta, Sara, con sus cuarenta y dos años plenos, pensaba en él con empeño y seguía esperándolo. Una idea cruzó por su mente: Govea vendría a la boda de su hija.

Doña Sara estrenó zapatos de charol, vestido largo, medias, una mecedora y un aparato de música, no solamente por el casamiento, sino porque presintió el regreso del marido. La víspera de la boda se sentó en el portal de su casa mientras Berta y Amelía ensayaban el baile y se probaban la ropa. Se sintió joven y fresca, miró los lirios sobre el río columpiándose en la marejada, vio casas reflejadas en el agua, palmeras y postes de luz. Entre esas imágenes creyó descubrir la de su esposo. Entró un inmenso carguero que borró las siluetas dibujadas en la superficie del río, y la Penélope de la costa pensó que ahí venía su Ulises.

La noche de la boda fue igual a estirar los recuerdos, golpearlos y sacudirlos; cuando la luz ceniza del alba se

anunció en la habitación de doña Sara, se diluyeron las imágenes del pasado. Y la mujer, tendida boca abajo, desnuda, miró de reojo el día, uno más que se colaba por la ventana. Cobró conciencia de la falacia de sus esperanzas, y de algo más genuino: de la vida que el desaparecido le había robado. Quiso levantarse y las fuerzas no le obedecieron; sus piernas temblaban. Cayó sobre la cama, y el sueño la sorprendió. Una última imagen la acompañó ese amanecer: la de su hija en el tren con Amadeo, diciendo adiós.

4

Después de haber despedido a su hermano, Esteban regresó a la fiesta del brazo de doña Sara; la escuchaba con una sonrisa mecánica. En vez de subirse a la Fargo, caminaron por en medio de la calle, encabezando a la multitud que exigía diversión. Los marineros se asomaron desde las claraboyas de los barcos anclados en el muelle y aplaudieron a los escandalosos. Esteban prescindió de los buques y sus hombres, y se dedicó a cazar a doña Sara. Llegaron a casa, donde Sara atendió a los invitados, charló con ellos; bebió, bailó. Esteban tomó media botella de ron, dio vueltas por la casa, miró a los bailarines y a la orquesta. Platicó con Moctezuma y Riveroll de cualquier cosa. Siguió bebiendo y de pronto se hartó del ambiente. Se apoderó de las llaves de la Fargo; convenció a Uribe, y se fueron a los burdeles de la zona. Allá, Esteban se sentía satisfecho.

En el salón Jalisco, Esteban le invitó un trago a Uribe —que más bien fue una botella— y se sentaron a beber como dos parroquianos; oyeron música y platicaron.

— Anoche tu hermano estaba contento, ¿te fijaste?
— dijo Uribe, y dio un sorbo de ron.

— Ojalá y le vaya bien — Esteban se frotó el mentón —. Quiere impulsar la mueblería, importar. Me parece una locura, pero ya sabes, cuando a Amadeo se le mete una idea en la cabeza nadie se la quita.

— Por ejemplo, su boda tan de repente.

— Sí. Todo mundo dice que se casó herido de gravedad. No lo creo, pero sí le hacía falta una tregua.

— No para, ¿eh? — Uribe sonrió burlescamente —. Compra madera, vende lo que puede. Hace una semana hizo un negocio espléndido de cacao, ¿supiste?

— Aunque no lo creas, Amadeo es extrovertido con los demás; conmigo calla, a no ser cuando se trata de emborracharnos y cogernos a la misma vieja.

— Me dio mucho gusto que no se fuera atrás de la Victoria, ¿te imaginas qué hubiéramos hecho aquí sin la chispa de tu hermano?

— Aburrirnos, ¿qué más? Fíjate que yo quise irme a Estados Unidos, trabajar, ganar dinero, luego regresar. Pero mi padre, que siempre fue necio, menos con Amadeo, se interpuso.

— Coño, Esteban; tu viejo fue como el amigo del puerto.

— De acuerdo, pero siempre consintió más de la cuenta a su primogénito, tú lo sabes.

— Ahí viene tu «cuñada» — dijo Uribe irónico y es- tiró la mirada hacia la izquierda —. ¿Qué le vas a decir?

— No seas tonto, nada.

Se acercó una mujer espigada y huesuda, acompañada de otra, más joven pero también más bajita. Saludaron, tomaron asiento. Esteban las invitó, bromeó con ellas. Llamó al mesero cojo, pidió para las damas. En la penumbra del burdel, los parroquianos parecían figuras de humo, aprisionadas en los muros de la música, el bai-

le, las risas y los gestos furtivos. Hasta la mesa de Esteban llegaba como una marejada el sonido de la orquesta; se puso coqueto y conquistador, miró el escote de Aniceta, sus pómulos y los ojos de gacela, y la deseó. Sobre los huesos pronunciados de Aniceta y de esa nariz recta, sobresalían como dos gemelos, sus ojos que imponían respeto. Era difícil resistir esa mirada segura, tentadora, compasiva. Empezó a beber despreocupada; a todo decía que sí o que no.

—¿Qué te pasa, Aniceta? —preguntó Esteban, invitándola—. Esta noche has perdido la brújula.

—¿Y qué? ¿No has oído que a cada santo se le llega su día?

—Ya sé, quieres regresar a tu tierra. ¿verdad?

—Deja de decir tonterías. Brindemos —alzó su vaso y extendió su brazo largo, delgado—, a la salud de Amadeo.

Esteban y Uribe se miraron, cruzaron una sonrisa cómplice y alzaron sus copas. En ese momento apareció un grupo de los que aún venían de la boda: Castillo, primo de Victoria, Castellanos, Pompeyo Riveroll y Raúl Bush. Entraron y a su paso, tiraron sillas, escupieron al mesero cojo, estrellaron un vaso de licor de los que traían en la mano. Vieron a Esteban y a Uribe; se acercaron a la mesa. Pidieron una botella de ron, música, putas. La lenta noche que vivía el burdel se aceleró de repente. El cojo fue a la barra y le dijo a su patrona, persígnese, doña Aurora, porque mire qué clientela nos cayó. La mujer estiró la boca con resignación y ordenó que le sirvieran a los clientes. Castillo sacó a bailar a la Aniceta; la mujer lo rechazó.

—Te sientes la reina del Mayab o qué hijos de la chingada —dijo amenazante, poniéndose de pie, jalando del brazo a la Aniceta.

—Me gustas mucho, Pepe, pero ahora no.

—Pues que traigan más putas a este gallinero.

Pompeyo calmó a su amigo; los demás se mearon de risa. El pecoso Bush sacó a bailar a la bajita de senos puntiagudos que parecía una estatua de piedra. La mesa se relajó pero rompió su paz; habrá que lidiar a estos muchachitos caprichosos, pensó Esteban. Uribe hizo un intento de irse y fue detenido cariñosamente por Castillo. El médico sacó a bailar a la Aniceta. En realidad querían alejarse un poco de los recién llegados. Ya en la pista — un círculo de cemento mal pintado, con una gran palmera simulada en el centro —, Uribe se sintió desahogado, jaló a la Aniceta, la sintió tensa.

—¿Estás que te lleva la chingada, eh?

—A ti no te lo puedo negar. Lo sabes —y lo apreté contra sus pechos—, solía venir todas las noches. Hace una semana desapareció y no me dijo nada.

—Lo conozco bien, te lo ocultó por prudencia no por maldad.

—Así me hizo más daño —Aniceta suplicante—, parece cobardía.

—Eso jamás—Uribe le besó la mejilla—, Amadeo poetiza todo.

—Sí, claro, hasta las noches que ha venido a suplicarme, a decirme te quiero, Aniceta, no seas vanidosa, y yo de bruta creyendo sus palabras y abriéndole las piernas por amor.

—Tal vez él lo ha hecho también porque te quiere.

—Es que Amadeo me traicionó; le he dado lo que he podido; cariño, ayuda económica cuando anda apurado ¿tú crees? —y la mujer lloró sobre el hombro izquierdo de Uribe—. Me debe mucho, mucho.

—Vamos por un trago —él halló una salida y la consoló.

Aniceta aprobó la oferta. Se reunieron con los demás amigos; bebieron, jugaron cartas, hicieron apuestas

absurdas. Castillo amenazó a Aniceta, ahora vienes conmigo, grandota. Ella lo rechazó nuevamente. La noche se hizo larga; cuando los primeros cantos de gallo se escucharon, Castellanos estaba dormido sobre una mesa; Raúl Bush se había ido a un cuarto con una de las muchachas; Uribe desertó, tomó un taxi que lo llevó a su casa. Y más o menos ecuanímenes permanecían Esteban y Castillo, obsesionado por Aniceta. El tema traído y llevado continuaba de pie: la boda. El protagonista era Amadeo y sus hazañas amorosas. Tan luego vio el camino despejado, Esteban invitó a Aniceta, vamos a la playa, le dijo. Y ordenó cervezas, una botella de ron, refrescos, hielo, que el cojo le puso en una cubeta y subió a la Fargo. Le dio el brazo a su compañera y salieron. El aire de la madrugada estaba caliente, pero a ellos les pareció un bálsamo. Se fueron por las calles arenosas y empinadas del puerto. Rumbo a la playa, Aniceta estalló.

—Cobardes, son unos cobardes los hombres. Y tu hermano el más grande que he conocido —decía furiosa, lagrimeando, bebiendo implacablemente.

—¡Ah sí! ¿y eso qué? —Esteban detuvo la Fargo en la orilla del río. Empezó a frotarla. Era el premio de consolación inevitable. Como cadáveres, abrieron los ojos desde la mitad del río, varios pescadores que se hacían a la mar en su barca. En la proa, un hombre flaco, sin camisa, lucía su cuerpo esquelético. Parecía la muerte. Esteban sintió que había pasado la tormenta; Aniceta sonreía satisfecha, resignada. Se arrimó a la orilla del mar, los faros de la Fargo alumbraron la playa dormida. Vio volar algunas garzas y tuices. Se detuvo.

—Necesitamos un trago bien fuerte —dijo Esteban y cambió el volante por las piernas macizas de la mujer.

—Nada me importa, ¿me oyes? Tu hermano murió anoche para mí.

— ¿Me quieres o no me quieres, grandota? Mi hermano te engañó pero yo voy a reivindicarte.

Sus voces sonaban como campanas solitarias. Esteban la declaró reina del agua y de la madrugada; le regaló las aguas profundas e indescifrables del océano, los peces y corales y perlas de los mares. Ella escuchaba absorta y se dejaba hacer. Esteban preparó el terreno. Mirando la fosforescencia de las olas, se montó en Aniceta cuantas veces pudo. Cantó, bebió; la mujer obedecía. Se amaron con el mar enfrente y la luz cárdena acumulándose en el oriente. La noche se iba, venía el día. Aniceta aulló como si estuvieran estrangulándola. Esteban se detuvo. Esta mujer es un ángel, pensó, y siguió frotándose en su sexo. Miró a la distancia una sombra gigante, era o tenía la forma de una embarcación monstruosa. La playa parecía mustia o celestina. La luz ceniza los sorprendió desnudos, saturados de alcohol, tabaco y caricias. Se desengancharon, se vistieron. Esteban abrió una cerveza, la caló y vio que aún estaba fría; la bebió como si fuera la primera de su vida. Acarició el rostro deslavado de la mujer que parecía una caricatura: sin los afeites de la noche, los pelos en la cara, los ojos inyectados de agua, la luz pegaba en su rostro y la hacía pálida, como salida de un cementerio. Pidió una cerveza.

— Ahora sí, vamos a olvidar, amorcito; en nombre de tu hermano.

— Ya déjalo en paz, chaparrita.

— Si lo digo con cariño. Ojalá que esté gozando su noche de bodas — bebió y sonrió, luego le entraron compulsiones y soltó gruesas carcajadas.

— ¿Qué quieres hacer, Aniceta?.

— Yo, nada, mandar a tu hermanito al diablo.

— Como quieras, ya es hora de tu regreso. A las seis, se ordeña a las vacas — dijo Esteban, provocador.

— Vaca tu madre.

— Es broma, no se me enoje — le pidió Esteban. Deslizó la mano por la entepierna de Aniceta, sudaba; la palpó. Jugó en esas aguas. La mujer suspiró. Escuchó el sonido ronco de las máquinas de las lanchas del puerto; no quiso abrir los ojos. Pensó que este hombre ancho, de ojos verdes, era un verdadero elefante del trópico, un alma loca y cariñosa, insaciable. Aniceta parecía sonreírle al amanecer.

— Eres brava, muy brava, vieja.

— ¿Pues qué querías, una palomita? — Aniceta se alisó con sus manos la falda —. Mira, hermano de Amadeo, esta noche quiero quitarme el velo de mi vida, ¿tú crees que me llamo Aniceta? Mi nombre verdadero es María González Rubio — la música del radio servía de acompañante —. Nací en Zacatecas. Recuerdo el frío y el desierto. Fui a la escuela como todo el mundo, cumplí quince años y ya era así de alta como me ves. Tuve un novio con el que daba vueltas en la plaza los domingos. Terminé la secundaria. Al año siguiente mataron a mi padre. Líos de tierras. En la casa éramos siete bocas, ¿te das cuenta? Hubo que emigrar. Mis hermanos se pelaron a la Unión Americana; mi hermana mayor y yo quisimos probar suerte con una tía que vivía en México; las cosas se complicaron. No teníamos con qué sostenernos y mi tía tampoco. Una tarde, caminando por San Juan de Letrán, nos conectó una mujer gorda; nos propuso trabajo de recamareras en Cuernavaca. Allí comenzamos nuestra actividad en este negocio. Luego — una es torpe, ni modo — me enamoré de un acapulqueño, coprero de profesión, violento, huraño, hijo de puta. Pensé que me quería. Hizo promesas que jamás cumplió. Mi hermana se instaló en Cuernavaca, allá tiene una cervecería. Rodé por muchos lupanares. Yo estaba en Acapulco cuando me enteré de este puerto y sus promesas, de modo que no lo pensé dos veces y cambié de orilla. Fíjate, decían

que no solamente corría petróleo en estas tierras, sino mucho oro contante y sonante.

¡Salud! Esteban no contestó. Arrancó la Fargo y se dirigió al burdel. Aniceta repetía «él se lo pierde», aludiendo a Amadeo. Se durmió en las piernas del chofer con los primeros rayos del sol. Esteban se reanimó. Sudaba su frente. Era un sol débil y lloroso. Varias imágenes de doña Sara se le iban cruzando mientras pasaba las calles con tremendos baches. Muchos rumores corrían en el puerto sobre doña Sara y su marido. ¿Víctimas del azar? ¿Ángeles del infierno? Moctezuma decía que el capitán había sido un hombre trabajador y honrado, pero entrado en copas se transformaba. Se refugió en Allende porque asesinó accidentalmente a un marino en Tampico. ¿Qué otra explicación puedes darle a la aparición de Govea en esa tierra de nadie?, preguntaba Moctezuma. Si se mencionaba el otro lado del río era para estirarlo hasta hacerlo reventar. Se hablaba de aquella orilla igual que si se mencionara un hoyo de podredumbre. Quienes vivían allá eran maleantes, fugitivos, condenados o pobres diablos. Don Amadeo también conoció al capitán; fue amigo, además, de don Mariano y lo vio bajar a la sepultura. Solía afirmar que Govea y Sara eran almas nobles que Allende había infectado.

—Pero si vivieron poco tiempo allá, papá, no seas cuento —le decía Esteban sólo por irritarlo.

—Cállate, holgazán. Yo sé lo que les digo.

Esteban prefería no llevarle la contra a su padre. Escuchaba. Las Sevilla solían contar —bajo juramento de decir la verdad— que en las noches, clandestinamente, la mujer del capitán salía de su casa disfrazada de tehuana: de ama de casa pasaba a reina del coito. Caminaba por el puerto como sonámbula y se metía en una de las casas de citas más exclusivas. Ahí le abría las piernas, con una voracidad insensata, a los marineros. Cogía, pues, única y

exclusivamente con figuras que le recordaran a su marido. En fin, todo lo que saliera de Allende era negro y confuso, sospechoso y perverso. El verbo de los porteños se ensañaba contra la soledad y el olvido de la «otra orilla». Era una voz invisible pero convincente: subía a las lomas de la ciudad, luego se esparcía por las calles y entraba mágicamente en cada cabeza. Ese verbo irradiaba chispas, una de las cuales mostraba a Sara en su casa, junto a su hija, absorta, apresada por el eco del mar, espiando en la oscuridad la llegada del capitán.

Llegaron al antro; Esteban despertó a Aniceta.

—Ya no aguantas nada, vieja.

—Ay, qué barbaridad, me dormí sin darme cuenta.

Pero vamos a tomar algo.

Abrieron la puerta del antro, ahora en la penumbra. Los recibió el hombre bajito, cojo, que hacia la limpieza en la oscuridad del salón; barría colillas, arena, vidrios, cáscaras de limón. Había un penetrante olor a cosas agrias y podridas,

—Eh, tú, cojo de mierda -le gritó Esteban—. Sírvenos, ve por los músicos y despierta a las abejas. El hombre simuló no escucharlo y pensó que Esteban se había vuelto loco.

—No seas grosero, querido —intervino Aniceta—. Ven conmigo, vamos al cuarto, tengo trago bueno para mis amigos.

Atravesaron el amplio salón, entre el bochorno acumulado; el burdel dormía con su resabio de desvelo, su olor a ron y tabaco. Ya en el cuarto, Aniceta entró al baño; sintió que la cabeza le daba vueltas: No pudo más. Vomitó en el excusado. Aliviada, pudo bañarse, salió con una bata floreada y vio que Esteban la esperaba acostado, bebiendo un whisky que había localizado en la repisa, junto a la veladora y la virgen del Carmen. Sin mucha conciencia de lo que hacían, se metieron en la cama. Esteban in-

tentó cogérsela una vez más y en los primeros tercios se quedó dormido. Ella también. Desnudos, refrescados por el ventilador de aspas colgado del techo de lámina, durmieron como muertos.

5

Horas más tarde, Esteban despertó con una cruda infame. Se vistió y después de un baño con agua fría, salió recuperado de la noche anterior y en el salón pidió una cerveza helada. La bebió con un placer tremendo. Pensó en doña Sara y decidió ir a verla. Salió a la calle empinada, se subió a la Fargo y se fue. Iba contento de su empresa; sabía que Aniceta era la puta más cotizada en el puerto, que Amadeo tenía una especie de patente sobre ella. Esta noche la perdió, se dijo. Los hombres de veinte a cuarenta la buscan día y noche, le ofrecen la luna y las estrellas, y Aniceta pone sus condiciones. Era una mujer nacida para mandar y no para obedecer; creía que los hombres eran unos cobardes, miopes para ver más allá de sus braguetas.

La fama de Aniceta creció en poco tiempo. De los pueblos vecinos llegaba uno que otro hacendado o petrolero, comerciante o ganadero para pasar una noche inolvidable en El Jalisco, bailar con la Norteña — como le decían oficialmente — y luego conquistarla para el Amor. A una demanda tan prolífica, ella interpuso una oferta limitada. En primer lugar, aceptaba una copa si era de buen aguardiente; en segundo, si el pagador la solicitaba con finos modales y la festejaba; por último, hacía el amor con él siempre y cuando estuviera segura de conseguir,

no una cantidad, sino favores posteriores. Del gerente del banco obtuvo un préstamo para comprar los terrenos alejados a la «casa»; del superintendente de Pemex, cuatro máquinas para limar los cerros y aplanarlos; del tesorero del H. Ayuntamiento, el permiso para fraccionar lo que llegó a ser La Candelaria. Fue un proceso lento pero seguro, el que le permitió volverse una de las escasas mujeres dinámicas y empresarias del puerto. Cuando llegaron los cosacos, Aniceta era ya una señora respetada, propietaria de dos casas de citas muy exclusivas, del fraccionamiento Candelaria —en honor de su abuela materna—. Su actividad no varió; seguía atendiendo a los viejos clientes, sólo por disciplina, cariño y pasión a la vida. También accedía, a veces, a los caprichos de los hijos de sus «viejos amigos» porque ella no renegaba de su profesión. Era fiel a la cama.

—Mire usted, don Horacio —le dijo una noche a Moctezuma—, mi trabajo es igual a los demás, sólo que clandestino.

—Eres ya una verdadera filósofa, Aniceta —dijo Moctezuma, con el puro entre los labios—, no compares y vamos a vivir en paz. Una cosa es un burdel y otra una empresa, una hacienda o una zapatería.

—Pues sí, pero ya estuvo bien de que nos condenen —Aniceta enrojeciéndose. Y la discusión se volvía la defensa expresa de la prostitución, el antro, la libertad de la mujer para ganarse la vida como le conviniera, el derecho a la sexualidad, el amor por placer o por interés. «¿Qué sería del mundo sin nosotras?» era su frase final, para contestarse: «una mierda, querido».

Aniceta fue tomando su lugar en la sociedad porteña; sabían de ella las esposas de Amadeo, Moctezuma, Riveroll y otros. Entre los nuevos ricos llegados al puerto, petroleros, profesionales, empresarios, su nombre, la señora González Rubio, parecía el sello del prestigio gana-

do a pulso. Nadie hubiera previsto su trágico fin a pesar de haberse convertido en el dolor de cabeza de los hombres y las mujeres de la sociedad porteña.

Finalizaba la época de los cosacos, cuando Aniceta fue hallada muerta en el hotel Holyden, céntrico y novedoso lugar. El suicidio era evidente en el diagnóstico dado a la prensa por el médico forense. Enseguida se habló de un homicidio. Aniceta había sido estrangulada. A los seis días, *El Diario de Sotavento* publicó una noticia en la que se comprobaba que el «caso» tenía implicaciones políticas y económicas. En el acta del ministerio público se asentó que un forastero, de nombre Alonso Medrano, había invitado a «Aniceta» varios tragos y a pasar una noche en el Holyden. Desaparecieron. A la cuarta noche, la mujer apareció muerta, precisamente cuando el hombre de sombrero texano tenía veinticuatro horas de haber abandonado el hotel. La policía no pudo hallarlo. Sin embargo, el administrador dijo bajo juramento que el forastero había dejado en la habitación a la señora y que se fue manejando su propio coche. Aniceta recibió a algunos amigos la noche del crimen. Se interrogó por oficio a los conocidos y conocidas de la víctima y no se esclareció nada. Al contrario, el rumor aumentó y fue el tema obligado, durante varias semanas, de los cafés y las tertulias. El caso fue archivado, sin haberse puesto en el acta si era homicidio o suicidio, sólo se escribió la palabra muerte y el adjetivo incidental.

Esteban manejaba y sonreía a la noche blanca de estrellas; buscó al negro, el chofer y dueño de la camioneta. Le entregó las llaves y una propina jugosa. Caminó por la calle del río, junto a los embarcaderos y los muelles; miró las luces escasas de Allende, el pueblo parecía estático, deshabitado. La bruma lo hacía distante y mostraba el rostro de las casas de madera a la noche sin luna. Eran las ocho de la noche. Esteban entró al portal de doña Sara,

cantando; se frotó las manos, abrió la puerta y dijo buenas noches.

—Mira nada más qué fachas —exclamó doña Sara al verle el pantalón manchado, el cabello embarrado de vaselina—. ¿De dónde vienes?

—Esta noche vengo del infierno a beber un trago contigo, por la felicidad de Amadeo y Berta —dio unos pasos ensayados y saludó de un beso a la mujer.

—Haremos lo que usted guste, amigo, pero con calma ¿de acuerdo? Doña Sara trató de complacer a su improvisada visita. Llamó a Amelia y le pidió vasos, tehuacanes y la botella de whisky. Se sentaron; ella en una mecedora, Esteban en el sofá. La casa parecía un bodegón de colores; el cielo simulado era azul pastel, las paredes blancas, los muebles de caoba, el piso de ladrillo.

—Ahora sí dime, Esteban. ¿Qué te trae herido?

—Ay, Sarita, si tú supieras mis pesares ... ¡son infinitos!

—¡Dios mío! Es cierto entonces lo que murmura el puerto a voces, que los De la Fuente tienen alma de poetas.

Esteban encendió un cigarro, hizo una pausa con la sonrisa de aprobación. Clavó los ojos verdes en los pechos de la mujer.

—El único poeta y loco ha sido Amadeo —dijo—. Mi padre fue un comerciante de los ríos y yo sólo conozco versos de Díaz Mirón.

Amelia acercó la botella y los vasos a una mesita de centro. Esteban sirvió los tragos. Bebieron a gusto. Hablaron del puerto y los chismes más recientes. A la cuarta copa, Esteban vio que doña Sara ya no podía acabarse la última.

—Quieres emborracharme, bribón, eso quieres, ¿eh?, pues adelante.

—Por favor, no me condenes, estamos festejando la boda de mi hermano y de tu hija, nada más.

Doña Sara encendió el radio; la música de «Quintopatio» alegró la casa; afuera, las chicharras aleteaban furiosamente, y en la orilla del río, el sonido de las ranas parecía una orquesta desafinada. La mujer se sentía contenta, miraba a Esteban, lo maldecía y al mismo tiempo le daba gusto tenerlo en su casa. Era cómo el hermano que nunca tuvo o el amante añorado, la imagen transparente del desorden. Él hizo un movimiento para servirle un nuevo trago, puso hielo en los vasos, echó whisky, agua mineral, movió y entregó la copa a doña Sara.

— Brindo por ellos — alzó su copa — y por su futuro.

— Eso lo dijiste anoche — le recordó doña Sara — y me gustó mucho. Gracias. Se acercó a Esteban, que la tomó por la cintura; fue un frote leve, el presagio evidente de que las copas ablandan el corazón.

— Sara, me siento agobiado — a Esteban se le quebró la voz, soltó la mano de la mujer y cayó en el sofá.

— ¿Qué te pasa? — preguntó ella, preocupada —, tú estás enamorado.

— No es eso.

— Entonces, andas mal en los negocios con Amadeo.

— Menos, la mueblería va como siempre y Amadeo hace sus cosas.

— Te ha invadido esa diosa de los treinta años: la melancolía.

— Todavía no llego a los treinta — tomó su copa, bebió con pasión—. Lo que pasa es que me aburre el puerto. Este lugar enloquece. Es tan pequeña la ciudad y tan grande el murmullo. Aquí nadie se salva.

— Estás descubriendo el Golfo de México a estas alturas de la zafra, Esteban ...

— Sí, ya sé que es muy obvio. ¿Sabías que a mi padre le inventaron su leyenda negra? Que lo envenenó una teca, que se murió porque le debía dinero a todo el mundo...

—Don Amadeo era algo especial ¿eh? Tenía su chiquilla en El Porvenir...

—De acuerdo, pero fue un hombre intachable. Tú lo sabes, primero navegó en sus barquitos vendiendo y comprando de todo, en las riberas, luego se dedicó a la mueblería. Jamás jodió a nadie.

Bebían y discutían si el puerto era ingrato o no; a ratos aseguraban que era el infierno y a ratos que así había sido y sería el mundo. Como ráfagas de viento pasaban por los ojos de doña Sara los días junto a Govea; vio de una manera clara el día gris y lluvioso en que lo conoció, parado en el puente del barco, hablando a su tripulación. El capitán jamás recobrado se le había convertido en un eco lejano que le llegaba de pronto en las noches, y llamaba. Notó, y fue la última llama que alumbró su conciencia aquella noche, que su copa estaba vacía. Miró el rostro de Esteban y le pareció idéntico, al de Govea, Sara tarareó una melodía para el capitán. Intercambiaron varias miradas que hablaron la misma lengua. Ella sirvió de beber. El resto lo ejecutó Esteban como *chef d'oeuvre*. Invito a la mujer, sudaba. El tren de las doce rugió. Sara sentía las manos del capitán sobre su cuerpo. La brisa se hizo más intensa y entró como una aureola a la sala.

Bailaron; primero por el gusto de mover la cintura, en seguida por el placer de sentirse cuerpo a cuerpo. Primero un roce, algunos besos, y un silencio absoluto. El río se fue a la bocana y entró al mar, luego regresó con sus aguas rejuvenecidas. Esa noche, doña Sara despertó de un largo sueño; creyó que había perdido muchos años engañada por la brumosa imagen del capitán. Fue seducida en su propia sala bajo su consentimiento. Se abrió a la noche y al silencio, a la noche de julio bañada de sonidos; se abrió como se abre el río en su desembocadura. En vez del rostro afilado de Esteban, vio el de Govea, redondo, ingenuo. Hicieron el amor. Él le dijo que jamás había

conocido nada igual: estaba hecha para el amor. Esteban supo, casi a los treinta años, cómo era la ternura de una mujer enamorada. Como dos novios salieron a ver la silueta de las aguas, y sobre todo, la de Allende, en tanto la luz del faro iluminó sus manos enlazadas. Posaron la vista en aquella orilla, sentados en el portal de la casa que el capitán había construido. Esteban seguía bebiendo; doña Sara, una aparición con su camisón blanco, lo besaba.

Así los sorprendió la aurora, frente al alba. La mujer había sido vencida, no por Esteban y su espíritu anárquico y festivo, sin límites, sino por la ausencia de Govea. Quiso romper la rutina obligada y lo logró. Obtuvo a cambio un sueño realizado. O tal vez los excitó la bruma de la noche, el whisky, los recuerdos compartidos, la solidaridad real o fingida ante la ingratitud costeña. Entraron a la casa, en la penumbra, y volvieron a hacer el amor sobre la cama que Govea le había comprado a don Amadeo. Citaron a Amadeo y Berta, como el pretexto al que le podían pasar la cuenta. Juraron que no volvería a suceder. Para Esteban fue la coronación de sus juergas, pero también el encuentro con la melancolía. Abandonó la casa y vio que el día estaba oculto tras nubes grises desparramadas por un cielo indiferente. La luz híbrida rozó sus ojos.

Años más tarde, seguía recordando la casa de madera y su huerta perfumada por los naranjos y las gardenias. Ese olor lo remitía inevitablemente a las caderas elásticas de doña Sara, a sus senos resplandecientes. Vio pasar los meses y los años, las lluvias y los nortes; la abrupta expansión del puerto iniciando así una carrera comercial sin precedentes. Se casó, tuvo cinco hijos, una amante joven y hermosa, un edificio y varios coches, y sin embargo, nada le pareció tan grato como ese aroma; no pudo — tampoco lo intentó — olvidar el amor divino de doña Sara.

Encendió un cigarro, caminó por la orilla del río en dirección al centro, con su saco sobre el hombro como un viajero. Escuchó la sirena de la azufrera soltar su quejido largo; el tren silbó como en una fiesta. El puerto latía ¿o era Esteban? Pasó desapercibido por los muelles; era la hora del trueque, del embarque y el desembarco; obreros de El Águila cruzaban a Allende; zarpaban canoas y embarcaciones cargadas de abarrotes, atracaban otras con reses, pieles y granos. El río se mecía como lagarto, sobre su cuerpo flotaba lirio. Esteban quiso regresar a los brazos de doña Sara, pero sus pasos lo llevaron a la mueblería. Se alejó de la orilla y se perdió entre las voces del puerto.

EL COLOR DE LA ABUNDANCIA

1

Octubre siempre sería recordado por Amadeo como un mes clave en sus proyectos. De simple ayudante de oficina, se convirtió en director de Azufre, S.A. El salto, previsible pero no inevitable, significó una nueva etapa para él. Fue como pasar del infierno a la gloria, del olvido a la memoria.

El viernes a las diez de la mañana, el C.P.T. Adalberto Herrera llegó a la azufrera; se entrevistó con el director y en unas horas tomaron la decisión mediante la cual Amadeo de la Fuente ingresaba a la alta burocracia. El discurso en la toma de posesión, fue breve y directo:

— Por su capacidad, su infatigable labor durante varios años — dijo el viejo funcionario en la oficina central de la compañía, rodeado de trabajadores —, usted pasa a ocupar el más alto cargo de esta empresa. ¡Buena suerte!

Se descorcharon botellas de champagne, se improvisaron bocadillos servidos con vino blanco del Rhin. Asombrado, Amadeo saludó al personal de confianza, al de base, a las autoridades del puerto — invitados expresamente para la toma de posesión, algunas personalidades de Pemex, la Aduana y el comercio. En menos de setenta y dos horas, Amadeo tuvo más amigos que el resto de su vida. Los brindis se alzaron al cielo, en

medio de los abrazos y buenos deseos. Amadeo se sintió conmovido; el calor natural que se respiraba en esa casona de lámina y concreto, lo obligó a sonreír mecánicamente. Los funcionarios le aplaudían con la mirada. Era una mirada de aprobación y a ratos de velada envidia. Amadeo bebía y conversaba pero su pensamiento estaba fijo en lo que debía hacer de ahora en adelante. Debía imponer respeto a sus subordinados, dar órdenes precisas, establecer sus propias normas de trabajo. De las oficinas salía un murmullo de voces y risas, brindis y felicitaciones. Sonó el teléfono; la secretaria del director tomó el aparato, lo dejó sobre el escritorio y fue hacia Amadeo.

— Señor De la Fuente, lo llaman de México — le dijo, con holgada amabilidad.

Amadeo se acercó al teléfono y contestó. Era el Presidente. Se saludaron y se enviaron mutuos abrazos y recuerdos. Colgó. La reunión comprendió el alcance de aquella llamada oportuna. El ambiente pareció reafirmarse; se bebió más y con mayor seguridad; hasta los mozos y choferes, se entusiasmaron. Apareció la camarilla de Amadeo: Moctezuma, Villar, Riveroll, Bush, Ledesma y González. La sociedad, ahí representada, se le ponía a sus órdenes. «Lo que quieras», le dijo el gerente del Banco Nacional de México. «Estamos para apoyarte en todo, Amadeo», le susurró al oído el superintendente de Pemex. Y lo mismo hicieron el presidente municipal, el dueño de la Ford y el de la Chevrolet y otros tantos. El brindis se prolongó y hacia las cuatro de la tarde, los comensales empezaron a retirarse.

— Te esperamos en el Cortijo — le recordó Moctezuma —. Nosotros nos adelantamos, Amadeo. Hace hambre ¿no?

— Claro que sí, estoy con ustedes en veinte minutos — pidió Amadeo.

Las oficinas fueron vaciándose, sólo permanecieron el exdirector, el enviado de la capital, la secretaria, el gerente y Amadeo. Llegó el momento de hacer la entrega formal de las instalaciones, y de la amplia oficina del director. Era un rectángulo de concreto, como un apéndice de la construcción general; ahí, Amadeo gozaría de baño, refrigerador, aire acondicionado y un hermoso escritorio de roble. Desde la ventana vio algunas golondrinas sobre los almendros. Se fueron todos y se quedó al fin solo. Acarició el escritorio, la comodidad, el lujo del local. La secretaria lo sacó de su éxtasis:

—¿Puedo servirle en algo, señor De la Fuente? — preguntó en tono meloso—. Yo tengo llave de la oficina, si la necesita.

Amadeo vio la cintura delgada de Esther, sus ojos negros. Recordó que la había deseado muchas veces. Maseó a la mujer; luego le ordenó que se marchara. Caminó por la oficina todavía incrédulo de que él gobernara esa empresa. Decidió salir. Ruperto, el chofer, lo esperaba en la camioneta que tenía una torre dibujada en la portezuela y abajo decía, Azufre, S.A.

—A sus órdenes, don Amadeo — dijo el hombre de caqui.

—Hola Ruperto, tú vas a seguir aquí, ahora a mi servicio ¿de acuerdo?

—Pero por vida de Dios, que estoy para jalar parejo, ¡felicidades!

La camioneta arrancó, bordeó el río, cruzó la vía del ferrocarril y salió al muelle por una empinada callecita. Amadeo vio de otra manera el río callado; el lirio era abundante, lo arrastraba la corriente. Hacia la desembocadura, un barco entraba, parecía avanzar sobre esa alfombra de agua que era El Uxpanapa y su escarceo incesante. Sintió la brisa tibia y pensó que los muelles, Allende, las embarcaciones, los pescadores y marineros,

le saludaban. Ahora si —se dijo— van a saber quién es Amadeo de la Fuente.

La camioneta se detuvo frente a un restaurante de palmas, como encimado en un recodo del río. Sus amigos lo recibieron, ya sentados en cuatro mesas juntas. Escuchó palabras de aliento, felicitaciones, y se dejó acariciar por la alegría natural. Pensó, todavía estaba a tiempo de hacerlo, llamar a su casa, platicarle a Berta lo ocurrido. Iba a decirle: «querida, todo ha salido como te lo anuncié. El Presidente no olvida a sus amigos, mucho menos a sus paisanos. Estoy feliz». Pero las bromas, la alegría multitudinaria, los tragos, se lo impidieron. Empezó la música, mientras servían platos de mariscos, bebidas. Una borrachera entusiasta en esa tarde de octubre, que sombreaba las lomas y las palmeras de Allende.

El faro comenzó a girar su luz huidiza prematuramente; esa luz tirada al firmamento, hacia el mar lejano, trajo una luminosa nostalgia a la mente de Amadeo. Pensó en Victoria Castillo, le sonrió a Moctezuma y a Villar, alzaron sus copas, brindaron. Cuando abandonaron el Cortijo, la noche era total, estrellada, sin luna. El festejo se prolongó. Se largaron a la zona, los de siempre, Villar, Moctezuma, González y Amadeo. Un nuevo socio se sumó a ellos, el chino Lay. El resto del grupo soltó cualquier pretexto y regresó a sus casas.

Amadeo tenía la costumbre de cantar acompañado por la marimba, a petición de sus amigos. Una juerga más se consumó en la zona, con un motivo archijustificado. El final sorprendió a Amadeo: al volver a su casa, Berta estaba despierta sobre el viejo sillón de cuero, escuchando música y bebiendo. Amadeo aparentó serenidad.

—Pero, cariño —le dijo, esforzándose por no arrastrar las sílabas—, ¿qué haces aquí? Son las cinco de la mañana.

—Eres un desgraciado —contestó Berta acentuando la frase—. El día de tu ascenso y te vas por ahí. Tu hermano se cansó de esperarte para brindar, yo también estoy harta ... ¡Qué viernes!

—No seas infantil —cortó Amadeo, y tomó del vaso de su mujer—. Entiende los compromisos. Hasta el gerente del banco estuvo en la reunión. Ya tenemos camioneta y chofer.

—Yo pensé hacer planes contigo —siguió Berta, como si no hubiera escuchado las excusas de su marido— para reorganizar la casa, me preocupan los niños ... Tú ya no puedes seguir viviendo en el desorden; se avecinan cambios en nuestra vida y el señor, bien, de parranda.

Amadeo se dejó caer en un sofá. Desde ahí atacó.

—¿Quieres convertirme en un títere manejado por su mujer? Te quiero, eres la primera en todo y se acabó—. Amadeo la tomó por la cintura, la obligó a dejar el sillón de cuero y Berta resbaló en el sofá. Dejó ir su mano izquierda por una abertura de la bata de Berta. Ella intentó rechazarlo, pero Amadeo la buscaba con sus labios y sus manos. Berta sabía que la violaría igual que otras madrugadas en que llegaba borracho, con la idea cruzada entre las piernas de que era fiel y muy hombre. Se besaron con violencia, sentados, la pierna de Amadeo tiró un vaso, y durante el rejuego, él se durmió. Berta le quitó los zapatos, los calcetines, lo desvistió. Cubrió su cuerpo moreno, con una sábana. Se fue a dormir sola a su recámara. Se metió entre las sábanas húmedas; recordó las veces que Amadeo había hecho lo mismo. Apagó la luz. En la penumbra del cuarto permaneció cavilando. ¿Qué será una mujer para Amadeo? Ocho años de casados y no se aquieta. Es infiel por naturaleza, como dice Chela Moctezuma. Rechaza la vida familiar. Necesita de su mujer y de sus hijos; a veces, lo veo entusiasmado paseando con nosotros por el puerto. Pero no abandona sus vicios. Maldita sea. Des-

de que regresamos de nuestra luna de miel, aquí vivimos, en esta mueblería vieja, incomoda, la casa de su padre y su hermano. Y ha vivido pensando en su golpe de suerte. Esa es su palabra predilecta. «Berta, un golpe de suerte lo decide todo, ya verás», me ha dicho infinidad de veces. Primero estuvo obsesionado con agrandar la mueblería, convertirla en un centro comercial de primer orden: iba a diseñar mesas y sillas, comedores, trinchadores de caoba y maderas preciosas. El carpintero debía obedecer sus instrucciones. ¡Exportaría! Y bueno, el negocio sirvió de algo; pero quién va a fijarse en estos muebles rústicos, sin gracia. Sus planes fracasaron. Las ventas se hacen en el puerto, en los pueblos cercanos. Nada más. El negocio da para vivir a sus dos propietarios, pero no para alimentar los sueños de Amadeo. Por eso consiguió el trabajito en la azufrera; ahora ha sido promovido. Ojalá que nos cambie la suerte. Con esa idea la sorprendió el amanecer. Escuchó los chillidos de los zanates que en bandadas se posaban en las calles y en el parque.

El nuevo director de Azufre, S. A, inició sus actividades el lunes a las ocho de la mañana. Subió a la camioneta que lo esperaba en la acera de la mueblería, saludó con un dejo de pedantería a Ruperto y dijo: a la oficina, por favor.

Amadeo creyó que sus primeros años de matrimonio habían sido coronados con esta designación. Encendió un cigarro, miró su reloj. Quería llegar. La vida se le alargaba; a un paso de comenzar lo que tanto había querido durante mucho tiempo, creía no alcanzarlo. Anhelaba atrapar el puerto y sus bondades antes de cumplir los cuarenta años.

A las ocho de la mañana, Amadeo entró a la azufrera convertido en un hombre totalmente nuevo; guayabera blanca de manga larga, pantalón de gabardina azul marino, la mirada displicente. Saludó a varios colaboradores y se dirigió, con paso decidido, a su oficina,

situada al fondo. La sección general parecía un gallinero: el personal amontonado sobre los escritorios y sus anaqueles; en vez de aire, las ventanas dejaban entrar moscos y bichos de la parte baja del puerto. Ficheros de madera en desorden; escritorios y sillas a la deriva; los contadores y sus auxiliares, las secretarias de los ingenieros, el departamento de planeación, como al aire libre. En un rincón, varios restiradores con sus luces indirectas y sus bancos altos donde se sentaban los dibujantes que trazaban proyectos. En esas oficinas, se enredaban más o menos cincuenta empleados, sin contar los tres choferes de las camionetas y dos de camiones pesados.

Amadeo recibió cálidamente el saludo de cada uno de sus empleados, con un «buenos días», apretones de mano, miradas solidarias y un efusivo abrazo del gerente. Muestras de simpatía y apoyo. Gestos amables. Sonreía la mañana. Amadeo no recordó siquiera que tres días antes su lugar de trabajo era aquella silla de resortes de la entrada y el escritorio color caoba, de asas oxidadas. Sus pasos fueron medidos; entró a su oficina orgulloso. El director se sentó en un sillón de piel marrón, abrió cajones, sacó papeles, blocks, carpetas con balances anuales, hojas cuadriculadas de estados de pérdidas y ganancias, miró la correspondencia del extranjero. En eso, llegó Esther.

—¿Desea algo, señor De la Fuente? —preguntó, moviendo un lápiz entre los dedos. Amadeo tuvo ganas de desnudarla ahí mismo. Su deseo fue aplazado; primero era la responsabilidad administrativa, después la vida.

—Llame, por favor, al licenciado González y tráigame un cafecito, ¿eh?

—Por supuesto —dijo la secretaria, y salió de la oficina.

Llegó el gerente: el contador Eliseo González. Lo puso al tanto de los próximos embarques, le mostró las cantidades en existencia, los acreedores, le citó una por

una las necesidades de la compañía. Trabajó toda la mañana con su gerente, a ratos ayudados por Esther que podía traducir del inglés cierta correspondencia. Al final, estuvo en la reunión el arquitecto Martínez.

—Es preciso que vayamos a la planta de Cosoleacaque —dijo, fumando su puro, mostrando un colmillo de oro—; tenernos en proyecto construir dos almacenadoras de azufre y comprar una grúa para agilizar el embarque, ¿verdad González?

Amadeo vio que eran hombres de confianza a los que iba a necesitar y les mostró una cara de agradecimiento y de apoyo.

—Muy bien, señores, mañana mismo haremos el viaje a la planta —dijo y se levantó de su silla—. Visitaremos al personal que trabaja allá y estudiaremos en detalle los proyectos.

A las tres de la tarde de ese día, Amadeo salió de la azufrera, convencido de que todo corría sobre ruedas y se dirigió a su casa. Durante la comida le dijo a Berta con marcada autosuficiencia que la situación en la empresa era clara, sólo debía disciplinar a los trabajadores, promover la superación personal, y por añadidura, la azufrera se iría para arriba. Se sintió seguro, premiado. Cuando comía el postre, dulce de coco, pensó en Victoria. Si me viera, la muy tonta. Egoísta sin remedio, mujer al fin.

—Amadeo, te he dicho dos veces si regresarás temprano y no escuchas —dijo Berta, irritada—. ¿Qué te pasa?

—Ah, si —respondió él, animado, tratando de demostrar que su mente estaba en casa—, pero la verdad, me siento cansado. Dormí poco anoche.

En efecto, la noche anterior Amadeo se había despertado varias veces, inquieto, nervioso. La segunda vez tomó el despertador y vio que eran las cuatro de la mañana. Trató de dormir. Imposible. Un poco después abrió

los ojos. Sintió náuseas al pensar que se le había hecho tarde. Eran las cinco y diez. Se echó de nuevo en la cama, desesperado, ansiando que amaneciera de una vez. Fue al baño, orinó; de paso, miró la calle desierta, las aceras líquidas, los techos de zinc. Se acostó, convencido de que no iba a dormir más aquella noche. Renunció al sueño como se renuncia a la bebida. En su pensamiento brillaban solamente las actividades que debía asumir el día siguiente en la azufrera. Pensó en su sueldo, en sus regalías y compensaciones. Se sintió contento con su suerte. Vino a su cabeza la imagen de Victoria: impaciente por hacerse un sitio artístico en la capital, una excepción del puerto. Le demostraría con hechos el gran error de su vida. Se sobresaltó cuando el rin-rin del despertador sonó y la habitación pareció inundarse con el sonido ingrato del reloj. Berta se movió bajo las sábanas, abrió los ojos.

—Deja de dar lata, Amadeo — dijo molesta, con voz pastosa —, toda la noche te he sentido.

—¿Qué te pasa? Es hora de levantarse — ordenó Amadeo, muy cerca del oído de su mujer —. Te levantas ahora mismo y empiezas a preparar la ropa, el desayuno. Que no te lo repita, ¿entendido?

—De acuerdo, señor director. Estoy a sus órdenes, voy a servirle en lo posible y en lo imposible.

Amadeo se montó en el estómago de Berta, la tomó de los hombros, la jaló, le hizo gestos horribles con los ojos y la boca. La estremeció: ¿quería golpearla, violarla?

—No te burles, ingrata. Hablo en serio; deja las bromas para otra ocasión.

Amadeo saltó de la cama, se metió a la regadera. Estaba insoportable y Berta no sabía qué hacer. Mientras se bañaba, frotándose como si intentara blanquearse o arrancarse la piel, cantaba, hablaba solo. Se enjabonó tres veces, salió de la regadera y empezó el largo proceso de embellecimiento. Primero las lociones, el talco, el desodo-

rante de pastilla. Luego se afeitó, se echó colonia. Sintió su cuerpo fresco como una fuente. Se palpó los brazos, las piernas, hizo una lagartija; comprobó la flexibilidad de sus miembros; en cada uno, tocaba sólo éxito. Escogió una guayabera blanca, empezó a abotonarla, cuando descubrió que le faltaba el botón del penúltimo ojal.

—Putá madre, Berta, ¡qué ocurrencias las tuyas! No tengo ropa y tú acostada, haciéndote la dormida.

Berta se sobresaltó.

—No grites, Amadeo, ahora mismo te pongo el botón.

—Sí, para ti todo es fácil; mira el reloj, son las siete. Me lleva ...

—No te lleva nada, en un minuto puedes ponerte la camisa y si no te buscas otra, ¿está claro?

—¡Coño, qué mujer! Quieres arreglarme la vida, precisamente hoy.

—Amadeo, por Dios, ¿qué tiene que ver un botón con la vida?

Tomó al fin otra guayabera, se puso un pantalón de pliegues, azul marino, jaló un cajón del ropero que tenía enfrente, buscó unos calcetines también azules y no los halló. Entonces su paciencia se hizo trizas. Alzó la voz al cielo como desencajado, pidiendo piedad. Berta, ya en pie de guerra, no sabía qué hacer para calmar a su marido; abrió los ojos extrañada:

—Esta mañana, el director se ha vuelto loco. ¿Qué quieres, Amadeo?

—Mira Berta, no tengo calcetines, carajo. Dame unos calcetines ahorita, ¿me oyes?

—Te escucho, querido, pero tus calcetines están afuera en el tendedero del patio. Espera y te los traigo.

Salió como autómatá; descolgó los calcetines de la lía y se los llevó a Amadeo. No olvidaría jamás esa mañana. Se fue corriendo a la cocina para preparar el

desayuno; encontró a Amelia en acción, exprimiendo naranjas para el jugo. Por la ventana entró como un fognazo la luz del sol.

— Ay, Amelia, hoy se levantó de un carácter del diablo — se quejó Berta —. A ver cómo le hacemos el desayuno y que se vaya cuanto antes.

— Es natural, quiere empezar su trabajo dando gritos, que los dé primero en su casa no está mal.

— No lo justifiques, por favor. Se ha pasado toda la noche dando vueltas como sonámbulo. ¡Ay, Dios! que se tranquilice.

Amelia seguía organizando la cocina; en una olla de barro, hervía los frijoles; en el sartén negro empezó a freír cebolla, tomate y chiles, luego le puso longaniza; el humo picoso hizo estornudar a Berta.

— Amelia ¿qué estás haciendo?

— Mira Bertita, despreocúpate. Atiende a tu marido; yo me encargo de estos asuntos.

— Buenos días, Amelia — dijo Amadeo, gracioso, sentándose en la pequeña mesa, frotándose las manos como quien se dispone a empezar la lección.

— Buenos, Don — respondió la mujer.

— Amadeo, no estorbes ¿quieres? — ahora era Berta la del mal humor —. Te has echado ahí, cuando aún no he puesto el mantel.

— Este día, hago lo que me pidas, hija — sentenció Amadeo, con una sonrisa a flor de labios —. ¿Y Eduardo y Gonzalo no van a la escuela?

Berta le recordó que Amelia ya los había despertado; Amadeo asintió; desayunó con relativa calma, viendo su reloj cada cinco minutos. Tomó café y se fumó un cigarrillo con lentitud, saboreando el aroma del tabaco. Iba a encender el segundo, cuando Berta le dijo:

— Oye muchacho, ¿ya olvidaste tu prisa? Deja de fumar; ¿quieres llegar tarde?

Le entregó el *Diario de Sotavento* que Amadeo hojeó sin hallar alguna noticia excepcional en que detenerse. Vio de una ojeada que el mundo seguía igual: Francia anunciaba un plan de emergencia para acelerar la reconstrucción y la revitalización de su economía. El gobierno franquista hablaba de medidas democráticas y su ministro, Manuel Fraga Iribame aseguró que los años del hambre eran asunto del pasado. El presidente Alemán había firmado el día anterior, en el Palacio Nacional, un acuerdo mediante el cual México pagaría a las compañías inglesas, holandesas y norteamericanas, la deuda pendiente de la expropiación del 38. Los embajadores de esos países confirmaron su confianza en México y le pronosticaron al licenciado Alemán el despegue de la economía mexicana. Venían además, fotos del presidente inaugurando obras públicas —alumbrado y alcantarillado en la ciudad de México. Amadeo dobló el periódico y lo aventó en una silla. Pasó al baño. Se acicaló por última vez, antes de salir. Con un beso cálido, se despidió de Berta.

—Cuídate, querido, empieza bien desde el primer día. No comas ansias.

—Sí, sí; pero voy un poquito nervioso, ¿será normal?

—Estoy segura que tu presencia en la azufrera impondrá orden.

Amadeo atravesó el patio, abrió una puerta —la de la mueblería-, salió a la calle. Ya lo esperaba el chofer.

Esa había sido la odisea obvia, la víspera de su primer día como director de Azufre, S. A. Ahora, tirado en la cama, adormilado después de la comida, se reía de su desesperación. Berta, a su lado, lo tenía abrazado. Bajo los efectos del almuerzo y de los tragos, Amadeo aflojó su cuerpo. Semidesnudo, jugaba con Berta en pantaletas y sujetador. Aprovechaban el calor que los excitó y la ausencia de los niños. Se precipitó sobre ella, hizo un triángulo con sus piernas y sin quitarle los calzones, abrió una especie de rendija apartando un poco la tela y la penetró. Berta intentó zafarse pero era tarde, su marido daba saltos como un potro sobre sus curvas. Después de un coito fallido, sudando a mares, Amadeo encendió un cigarrillo, posó su cabeza en el vientre de Berta y habló del futuro inmediato.

—Hay planes muy buenos en la azufrera; vamos a construir nuevas oficinas, fíjate nada más; también la planta de Cosoleacaque se ampliará. Habrá más personal, más trabajo, más inversión, ¿te das cuenta? Y le besó los pechos.

—Ojalá sea cierto —dijo Berta como si las palabras se le cayeran de los labios—, porque hasta este momento sobran proyectos. Seguimos viviendo en esta mueblería. Dios te oiga.

—Deja a Dios en paz. Vamos a movilizarnos, a construir nuestra casa.

—Eso sí que sería bonito. Ya es hora, Amadeo. Ocho años de casados y sólo hemos visto enriquecerse a nuestros amigos. ¡Cómo han hecho dinero, Moctezuma, Villar, Riveroll, tu cuñado, y los demás!

Berta recibió las primeras muestras de simpatía de la sociedad del puerto, esa misma Navidad que vivían bajo el signo de la azufrera. El 24 de diciembre en la mañana, llegó el primer «beneficio»: un paquete envuelto en papel regalo, con campanitas rojas, dirigido a Amadeo de la Fuente y su esposa. Intentó abrirlo, pero decidió llamar antes a Amadeo. No pudo comunicarse con él; «se encuentra en una junta», le informó Esther. No lo abrió, pero lo estuvo mirando un buen rato, hasta que llegaron de la calle Eduardo y Gonzalo, y lo tomaron, lo colocaron abajo del arbolito. Después del mediodía, Berta vio conmovida dos regalos más. Y en la tarde, fue como una lluvia de bolsas y paquetes, sobres cerrados y cajas. Desfilaron por la mueblería mensajeros, choferes, dependientes de algunas tiendas y Berta creyó desfallecer. La lista de obsequios era variada: perfumes, vinos importados, un reloj de oro, quesos y latas, ropa fina, mucha bisutería que los barcos desembarcaban en el puerto casi todo el año.

Se acostumbró a recibir cada diciembre aquel mundo de regalos durante los casi seis años que Amadeo estuvo al frente de Azufre, S.A Vio en aquella marejada de atenciones un merecido reconocimiento a la labor de su esposo. Amadeo se le esfumó de su vida lenta pero irremediablemente; como si los premios tuvieran su contraparte natural: el olvido. Pensó en un castigo inevitable que Dios le enviaba por tantos bienes acumulados en tan poco tiempo. Aceptó ese castigo y trató de sacarle provecho mediante la indiferencia. Desde esa primera Navidad, Berta se alejó de la vida tranquila y apacible que pasaba entre sus hijos, la casa y sobre todo, las exigencias de Amadeo. Como en cadena, se sucedieron sus compromisos sociales. Entró en una carrera abrupta y veloz; abandonó de pronto su vida tranquila y desinteresada, en la que solamente cabían los recuerdos del capitán Govea, las atenciones para sus hijos, las pláticas interminables con

Doña Sara, allá junto al río, mirando las palmeras solitarias de Allende. El mundo pasaba por sus ojos y ella no lo miraba. Saltó olímpicamente las leyes del tiempo. No lo vio ni lo entendió: sólo algunas fisuras le recordaban el paso de los días.

Amelia dirigía la casa en esos años agitados por la abundancia. Cuidaba a los chicos, limpiaba, corregía defectos. Lo mismo servía la mesa, que conseguía lavandera, ayudantes en la cocina. Lo que olvidaban sus patronos, ella sabía recordarlo; vigilar las finanzas, llevar un control del gasto doméstico, mandar a la servidumbre fueron parte de sus múltiples funciones. No eran esas, sin embargo, las principales tareas de Amelia; la menos espectacular, pero la más efectiva fue la de testigo de los líos conyugales. Oidora de las arbitrariedades de Amadeo, era la confidente de Berta. Se convirtió en el almacén de los secretos del matrimonio De la Fuente. La vida era para Amadeo y Berta, una fiesta ininterrumpida. Amelia conocía el carácter y las preocupaciones de su patrona, sus estados de ánimo; vivía junto a ella las ausencias de Amadeo. De alguna manera, Amelia vigilaba el espectro de la casa con un celo sin igual. Fue la primera en saber, porque iba al mercado y saludaba a mucha gente, que Esther, la secretaria de la azufrera, era la amante oficial de su patrón. Eso lo pasó desapercibido; pero cuando se enteró que Amadeo se paseaba algunas noches por ahí, en los pocos restaurantes con la querida, le pareció un abuso de confianza, un riesgo evidente para el matrimonio. Al principio intentó decírselo a Berta, alertarla al menos para que la noticia no le cayera como un balde de agua fría sobre la cabeza; sin embargo, desistió. Vio que Berta no iba a resistir la noticia de ese calibre, contada por alguien de su entera confianza, y optó por el silencio. Pero se preparó para el gran día; inclusive pensó la frase que le soltaría:

—No sé nada, Berta, de las andanzas de tu marido; no soy su policía, ¿me oyes?

Berta se sintió llamada por la sociedad; estaba en todo y en nada; flotaba como una embarcación sin rumbo; se acostumbró a perder el tiempo en las minuciosas actividades que el puerto ofrecía. Sus amigas envidiaban su hermosura y su disponibilidad para meterse en tantos vericuetos sociales. La única que la ponía en tierra, bajándola de su nube, era doña Sara.

Algunas tardes, Berta pasaba a ver a su madre; la encontraba en su sillón, meciéndose, espantándose los moscos, en silencio.

—Esta ciudad se está convirtiendo en un basurreo, hija —le decía, riéndose— y Amadeo y sus amigos no se dan cuenta.

—Ay, mamá, eres muy pesimista —Berta, convencida—. El puerto está creciendo, hay más calles, pronto habrá un mercado en forma, abrirán más cines y el malecón será de verdad un paseo marino, y tú sigues empecinada en que era mejor antes.

Doña Sara se ponía de pie, caminaba en el portal de la casa, miraba hacia Allende, donde estaba sepultado su padre, y le decía:

—Nunca quieres ir al otro lado.

—Sabes que no tenemos tiempo y que Amadeo repudia esa orilla. De allá —decía Berta, señalando hacia Allende—, no viene sino desesperanza, pobreza. Excepto tú y los González que salieron a tiempo, de aquella selva no hay nada que envidiar.

—Eso creen ustedes —y Sara suspiraba—, pero allá la vida era tranquila, cálida, menos descarnada. Mira el rumbo de la estación del tren, ¡qué barbaridad! ¡cómo ha crecido la miseria por ese lado del puerto! Además, nos hemos llenado de putas y desconocidos.

Berta se sentaba en la mecedora, tomaba el lugar de su madre.

— Espera y vas a ver la limpia que hace el nuevo presidente municipal.

— No seas ingenua, por favor, Bertita.

— Ni tú exagerada.

Doña Sara hacía esfuerzos por comprender los planes de su hija, sus aspiraciones. Sin embargo, la veía bajo la influencia de las amistades que frecuentaba. Le gustaba, por supuesto, que le estuviera yendo bien a su único yerno. A veces, doña Sara se trasladaba el fin de semana a la casa de Berta — claro, cuando construyeron la nueva y necesitaban a menudo ausentarse y que la abuela cuidara a los niños —. Doña Sara aprovechaba esas ocasiones para platicar con Amelia ampliamente. Recordaban. Se convertía en un mar ininterrumpido de recuerdos por el que pasaban el capitán Govea, Allende, don Mariano, sus lámparas y su faro. Luego hablaban de Berta y Amadeo; del puerto y sus luces, su gente desaprensiva: Doña Sara le recomendaba a Amelia en tono maternal:

— Deberías casarte, conseguirte un novio, ¿vas a quedarte soltera toda la vida? La soledad enmohece.

— Pero doña Sara, si yo les tengo a ustedes. ¿Van a tirarme al arroyo?

— No seas tonta, sabes que eres de la familia.

Y la mano cálida de doña Sara acariciaba el cabello lacio de Amelia, que se sentía feliz. Casi lloraba de emoción, al constatar que doña Sara era una verdadera madre para ella.

— Tú eres como la hermana de Berta, recuérdalo, han crecido juntas, eso basta. Pero Amelia, eres demasiado lista para no conseguir un marido, o siquiera un hombre.

— ¿Y usted qué sabe? Virgen no soy, lo juro por mi madre que está en Allende.

—Bueno, bueno, pero dime ¿cómo van las cosas aquí con Bertita?

—Como siempre, doña Sara, como siempre.

—Berta no se aquieta, ¿verdad? Parece un ciclón. No le veo tranquilidad a mi pobre hija.

—No se preocupe, yo la veo contenta.

—¿Y Amadeo?

—También, como siempre.

3

La empresa más brillante de las que llevó a cabo Amadeo en esa época, fue sin duda la compra de un viejo caserón que transformó en una asoleada y hermosa residencia. A los doce meses de su nuevo cargo, solicitó un crédito hipotecario al Banco Nacional de México. Con eso y bajo la dirección del ingeniero de la azufrera (también bajo el apoyo de ciertos materiales que la empresa facilitó), comenzaron las obras. Una tarde calurosa de junio, Amadeo pasó a la mueblería con su camioneta de la azufrera para llevar a Berta a la construcción. Se hallaba un poco retirada del centro; la sociedad encumbrada del puerto se estaba instalando en las calles laterales de lo que sería el Paseo Cifuentes; esa zona residencial quedaba lejos de los sitios reservados al comercio y el tráfico. Berta subió a la camioneta sin entender por qué Amadeo conducía y no traía al chofer.

—¿Y ahora tú, qué te pasa?

—Nada. Vamos a la casa, ¿eh? Hace dos meses que no vas por ahí.

—Chistoso. Si voy, te enojas, y si no voy me acusas. ¿Quién te entiende?

Amadeo guió unas cuantas calles. La tarde se iba y el calor era intenso. En una calle de profundos arenales, se detuvo. Bajaron de la camioneta. Amadeo tomó la mano de su mujer, la apretó levemente y le dijo:

—Esta es nuestra casa, cosita, la que mereces tú, la que he conquistado yo, y la que exigen nuestros hijos.

—Amadeo le dio las llaves; Berta quería besarlo, o gritar de puro gusto. Frente a sus ojos tenía la casa terminada: dos plantas y un estrecho jardín, estacionamiento para dos autos, grandes ventanales. La casa parecía más grande de lo que en realidad era debido a su ubicación. Se hallaba en una loma y los terrenos se desprendían, como ramas pesadas. Así, parecía una fortaleza. La bautizaron de inmediato como El Castillo. El arquitecto Anaya había improvisado estilos y el resultado estaba a la vista. Amadeo le mostró a Berta la planta baja: la estancia, el comedor, la sala, la cocina a la que se entraba por una puerta de resortes. Abajo de las escaleras un pequeño estudio y un medio baño. La rodeaba un jardincito y ese había sido el problema: la falta de espacio. Subieron y Berta vio las recámaras de sus hijos, el baño en mitad de las dos piezas, y enseguida la recámara grande para ella.

—Pero desde aquí —dijo Berta, en su recámara— no vemos el río ni el mar, sólo el trasero de las casas.

—Creo que no se puede tener todo en esta vida —respondió Amadeo en broma. Caminaba de un rincón a otro; abría los closets, revisaba los baldosines, las maderas. Tocaba los acabados.

—Eres malo —dijo ella—, no me habías hablado de los avances.

—Era una sorpresa, Bertita. Lo importante es que terminen para mudarnos cuanto antes. Ahora sí,

a amueblar lo nuestro. Quiero un desayunador en la cocina, un bar en la sala ...

– Y yo, bañarme en la tina todas las tardes.

– Haremos una alacena de cedro.

– ¿Aún piensas en el río? Lo vemos todos los días, mujer.

– El baño es muy grande, Amadeo. Podemos dividirlo, hacer un vestidor.

– Claro, fíjate en las puertas de caoba.

– Abajo cabe un piano, ¿te gustaría?

– Y una consola para escuchar la música que quieras.

– Eduardo podría tocarlo.

– Ese muchacho tiene alma bohemia.

Por la ventana vieron la caída de la tarde que se diluía en el mar. Tenían la boca pegajosa, seca. Salieron y contemplaron la construcción, la casa que resistió muchos embates.

En pleno reinado de la azufrera, Amadeo hizo la presentación oficial de su nueva casa. Invitó a los directores de los bancos y a sus respectivas esposas, al presidente municipal, al gerente de Azufre, S. A, a Esther y, por supuesto, a los amigos de siempre, a sus familiares, vecinos. En una reunión formidable juntó a comerciantes prominentes, ganaderos, líderes petroleros, empresarios, propietarios de barcos camaroneros y mercantes, a los pocos extranjeros radicados en el puerto. El gerente de la azufrera se encargó de comprar las cantidades pertinentes de whisky, vino español y francés, con cargo a la empresa; también ordenó el banquete servido por el Neguri. Lo que pudo facturarse, corrió por cuenta de Azufre, S.A y lo que era imposible comprobar – el trío, los meseros, las mujeres de la cocina, los músicos del conjunto tropical – fue cortesía de Amadeo. A las dos de la tarde de un sábado de diciembre, la casa de Berta parecía iluminada; mujeres hermosas de largo,

escotadas, luciendo joyas y altos peinados, brindaban y hablaban sin cesar. Sus maridos hacían lo mismo, pero con menos estridencia. Jarrones de margaritas y rosas, daban la impresión de frescura no obstante el calor despiadado; en el centro de las mesas, platones de camarones gigantes, langostinos y bocadillos. Fue la fiesta de la abundancia incipiente que se anunciaba en el puerto. La sociedad reducida, estuvo comentándola durante dos semanas consecutivas. El presidente municipal, Ricardo Castellanos, su esposa y sus hijos llegaron a primera hora; convencido de que había sido invitado para inaugurar la casa, Castellanos le dio un abrazo fuerte y efusivo a Amadeo y le dijo, en voz alta:

—Eres un ejemplo de progreso, Amadeo; de aquí en adelante, los porteños tenemos la obligación de prepararnos para asimilar el cambio; ojalá te sonría siempre la suerte, hermano, ¡salud!

El presidente alzó su jaibol y lo imitaron los demás; chocaron los vasos y brotó el entusiasmo. Ahora sí, la sociedad porteña estaba completa, dueña de su destino. Matías Bush hablaba con los hermanos Riveroll. Bebían jaiboles como agua. Intercambiaban bromas a costa de sus amigos y enemigos. De paso, surgieron, inevitablemente, los temas mercantiles.

—Estamos construyendo la carretera a Las Choapas —dijo el mayor de los Riveroll—; es curioso: una parte la paga Pemex y otra, el gobierno del estado.

—¿Y es un buen proyecto?— preguntó Matías, con indiferencia.

—Pues es el mejor que nos ha caído —aclaró Riveroll chico.

—Dos millones en una obra de ayuda a la región —comentó Riveroll grande.

—Eso es— y Riveroll chico miró a Matías—, nos interesa el servicio a la comunidad. Por eso queremos

el contrato del muelle que va a construir la capitanía del puerto.

—Caray, eso no representa problema —sonrió Matías, sobrado—. Ese contrato será para ustedes. Vengan, les presento al presidente y arreglan el asunto, ¿qué les parece?

—Vamos —ordenó Riveroll grande—, ha sonado la hora.

La primera parte de la fiesta sirvió para intercambiar nombres, sumas y firmas; la segunda, para comer y beber. Se sirvió pescado a la vasca, arroz con langostinos, picadillo de jaiba, camarones a la plancha. El vino blanco voló; la ginebra, el whisky y el ron, también. Con el postre, llegaron los primeros síntomas de embriaguez en algunos comensales; se estrellaron en el piso vasos, platos, copas, cascots, como si nadie las aventara. La reunión estaba ecuaníme; recibió el coñac, encantada. Entonces, apareció el ritmo del grupo «Corazón del trópico». Las mesas se pegaron a la pared y el baile comenzó. Amadeo, aparentando un compromiso ineludible, bailó con Esther; Matías Bush, con Berta. Los jóvenes y adolescentes cayeron encima de sus hermanas, primas o amigas y animaron la fiesta. Oscurecía cuando se soltó un aguacero despiadado. El primer desmayado ni siquiera hizo ruido; el hijo mayor del presidente municipal había bebido whisky en las rocas, luego vino, al final media botella de coñac. El cuerpo grueso del muchacho cayó fulminado. Hubo más alcoholizados, pero felices. Con esa espléndida comida, Berta cosechó la amistad de Alma Rosa, que la llenó de orgullo. Alma Rosa Bush era una de las mujeres más desenvueltas y nombradas del puerto. Berta ya la conocía, pero no había entre ellas sino fórmulas y saludos forzados. En la comida se descubrieron. Alma Rosa brillaba quizás por sus alhajas y sus ojos verdes. Una reunión podía caerse, entusiasmar poco, si la Bush no asistía. Cena

donde no se escuchaba la voz cálida y contundente de ella, era un indicio de fracaso. Parecía una necesidad oír la contar su último viaje a Nueva Orleans, describir la casa del gobernador del estado, el barco inmenso que la llevó de Veracruz a San Juan, Puerto Rico. Los porteños veían en esta mujer hermosa y despierta, cuyo carácter envidiaban por rutina, el ejemplo lógico del progreso porteño, el camino que ellos debían recorrer si deseaban colocarse a la altura de Europa y los Estados Unidos. Alma Rosa y su marido, aparte de grandes fortunas que se habían juntado gracias al amor y que venían de los años veinte con la compañía El Águila y la vía del ferrocarril mexicano, eran los únicos que habían estado en Nueva York. Berta enloqueció con aquella figura femenina, la otra cara exactamente de lo que era ella. Un negocio unió a Matías y Amadeo; una sonrisa ingenua enlazó a Berta con Alma Rosa, el día de la inauguración de la casa.

La Bush se hizo íntima de Berta, que soñaba con sus ropas importadas y su seguridad. En ella resumió sus carencias; la convirtió en su hermana, su madre y su amiga. Alma Rosa se sintió satisfecha de ser solicitada arduamente por Berta; vio con naturalidad la influencia que ejercía sobre su amiga; la encontró pueblerina, hurañá todavía, sin pulir, pero sincera, urgida de una mano que le indicara el camino que debía transitar para vivir con mayor libertad. No lo ensayaron: entre ellas nació una de esas raras amistades, producto del interés y la rutina social, pero también de la atracción. A Alma Rosa le encantaba el trato descarado, muy porteño y animado de Amadeo; ese sabor costeño, de gran señor educado, la volvía loca. Y a Berta le parecía exquisita la simpleza de Matías, su hosquedad, sus modales refinados, su seguridad económica, su éxito social producto de las hazañas comerciales: era propietario de barcos mercantes, controlaba dos agencias de coches y camiones, tenía un rancho

en Los Tuxtlas que parecía el paraíso. A pocos porteños le concedieron tanto tiempo y dedicación Berta y Amadeo como a los Bush; los admiraban por sus adquisiciones, sus viajes y la suerte que los acompañaba desde siempre. Cada vez que Berta veía a Alma Rosa, era un regodeo; la lluvia de frases y declaraciones de simpatía, el gesto cariñoso y espontáneo de una mujer educada para impresionar, mantenía despierta a Berta.

A menudo, se refugiaban en Los Tuxtlas, en el rancho Los Mangos, con sus respectivos hijos: los dos de Berta, Gonzalo y Eduardo y la hija única de los Bush, Alma Rosa, casi de la misma edad que Eduardo. Comían langostinos de la región, bebían vino blanco del Rhin y jugaban cartas. Ante todo, hablaban del futuro espléndido del puerto. Desde la Sierra de San Andrés, la costa les parecía un lugar remoto, pero necesario para sus proyectos. Desde las colinas azules alfombradas de pasto, bajo las nubes desteñidas que a veces tocaban la tierra como si quisieran besar el alma, era posible imaginar otra vida. Un paraíso tropical: agua en abundancia, ríos y cascadas, repastos, las huertas de plátano, tabaco y mango, establos con ganado lechero, aves, caza. Esta exuberancia exaltaba a los Bush y, en especial, excitaba a Berta y Amadeo. Recordaban el puerto y descubrían que era la entrada al progreso que se anunciaba en el horizonte del Sureste. Querían modernizarse, sepultar el edén pueblerino y costeño, y lo consiguieron. Con el tiempo el paisaje se tiñó de polvo y humo, obreros y comerciantes lo tomaron como por asalto. El aire no volvió a tener la fragancia del mar; se hizo sucio, un polvo infernal que bajaba del cielo, parecido a una maldición. Habían escogido Los Mangos para señalar y anunciar, entre aquellas lomas de varias tonalidades de verde, la expansión porteña.

Dejó de llover; partieron varias familias. Berta ni se enteró, estaba prendida de la Bush. La comida se

prolongó. Mientras Amadeo bebía con sus amigos, no apartó la vista de Esther, que bailaba con castellanos. Amadeo la vigilaba.

La música cesó; el trío tocó algunas melodías y en la casa nueva sólo quedaron los invitados más cercanos, ya bien servidos. Chela Moctezuma, cayéndose, pidió que declamara Amadeo. Paredes y su esposa, Delia Sevilla y Eliseo González, apoyaron la iniciativa. Amadeo no se hizo rogar; con una copa de whisky, se puso de pie. Miró a sus amigos contentos; su cuerpo vibró. Como un relámpago pasó por su mente la imagen de él mismo, descalzo, flaco, caminando entre la lluvia y el lodo detrás de su padre rumbo al muelle. ¡Qué ingrato el pasado y qué grandioso el presente! De pronto, aquella figura picaresca se convirtió en un artista, un poeta de las luces, un trovador que sufre y goza con un arma arrolladora: sus versos. Alma Rosa, pensativa y feliz al mismo tiempo, sintió que los versos de Rubén Darío le golpeaban lo más sensible de su alma, y derramó lágrimas. El poema cayó como una bomba; con las decenas de tragos, en una fiesta de música y a plausos, hizo un efecto inusitado. Alma Rosa parecía la más entusiasmada; se acercó al declamador y lo abrazó efusivamente contra sus pechos tibios. Fue el clímax y el fin de la comida. Antes de salir, Moctezuma invitó a sus amigos una copa en el Neguri. Nadie se negó a seguirlo; se fueron a rematar la fiesta.

Amadeo estableció una modalidad: festejar cada año a lo grande, el aniversario de su casa. Seis años duró la opulencia y esa costumbre: los mismos en que desempeñó el cargo de director de la azufrera, un periodo caracterizado por el auge de la empresa y su rápida expansión; aumentó su planta productiva y sus exportaciones, su personal de base y el de confianza se duplicó. El viejo galerón de lámina que servía de oficinas, fue destruido y en su lugar se edificó una sólida construcción de enormes

ventanales, comedor para los empleados, espacios equipados y funcionales. Muchos años le duró a Amadeo el gusto de aquella obra; muchos años permaneció convencido de que el desarrollo laboral y financiero de la empresa había sido obra suya. Fue su estandarte del éxito.

4

Entre Amadeo y Esther se fue tejiendo un raro cariño nacido de la costumbre de hacer el amor bajo el espectro del miedo que los mantenía siempre con el deseo despierto. La clandestinidad de sus relaciones los unía. A los dos meses de haber sido nombrado director de la azufrera, Amadeo la declara su compañera. «Debes asumir tu función como mi compañera en los negocios y en los distintos ámbitos de mi actividad», le dijo una noche en la playa, mientras escuchaban música de Agustín Lara en el radio del auto. La besó en el cuello y le juró quererla en las buenas y en las malas. Esther escuchó atenta a su jefe. Mediante ese pacto verbal, Amadeo creyó que la muchacha le pertenecía; a menudo la llevaba con sus amigos a las juergas y ellos envidiaban esa conquista fresca, que los llenaba de orgullo. «Esther es ya la mascota del grupo», aclaró Moctezuma en el Neguri. Ella les parecía una extensión del éxito permanente; era el símbolo de la prosperidad que Moctezuma y sus amigos festejaban los 365 días del año. ¿Por qué? Don Horacio creía tener la respuesta exacta: porque el primitivismo ha sido expulsado de nuestra sociedad y estamos a la altura de las grandes capitales. Amadeo, Riveroll, Villar, Bush,

Castillo, Moctezuma y otros cuantos, llevaban un ritmo de vida similar. Se reían de los mismos chistes, bebían licores importados que servían en sus fiestas y reuniones, solían llevar la misma moda y enviar a sus hijos a la misma escuela. Entre ellos surgió, fuerte e indivisible, una especie de hermandad que dominaba el presente y el futuro de la sociedad porteña, y se distribuía proporcionalmente los negocios y las mujeres.

Esther fue, con todo, el emblema de esa modernidad, por sus cualidades físicas y morales, decía Moctezuma, el líder del grupo. Había llegado al puerto dispuesta a ocupar un lugar en la administración de empresas, respaldada por cuatro años de estudios contables y el idioma inglés. Solicitó empleo en la azufrera; el director la vio y no la dejó irse. A las tres semanas, tenía un trabajo excepcional. Su padre era un profesor de escuela y había infundido en su hija mayor un criterio liberal, junto a una formación práctica. Esther no lo olvidaba; los fines de semana iba a visitarlo y se quedaba platicando con el viejo maestro, mientras su madre les hacía empanadas y chocolate. En una de esas pláticas, Esther tuvo una revelación: dejar a Amadeo. Vio tan clara su decisión como el agua del lago que tenía enfrente. Recordó que sus hermanas menores estaban ya casadas, tenían hijos, y vivían con sus respectivos maridos; entonces deseó bajo todas las cosas, tener un compañero, hijos y un hogar. Se sintió segura. Regresó al puerto y esa misma noche, le pidió a Amadeo que la invitara a cenar.

— Estoy decidida, Amadeo — le dijo en un rincón del Yi-Yen —, no puedo seguir en esta situación.

— Por favor, Esther, ¿para eso me has hecho venir? ¿A qué situación te refieres?

— Ya te lo dije mil veces; quiero vivir de otra manera; la incertidumbre me agobia. Además, no soy ladrón ni criminal.

— A veces pienso que te pasas de lista — Amadeo la miró retadoramente, mientras comía unos camarones en salsa cantonesa.

— Te ciega el orgullo.

— Me insultas, querida, y me pones tenso.

— Llevamos siete años juntos o más bien, separados porque nuestro destino es huir, escondernos. Llegué a un límite.

— Las amenazas siempre me han dado asco — dijo Amadeo y bebió vino como extraviado.

— Siete años, Teo, de momentos felices pero fugaces, de ácidas intrigas y fingimiento. Basta — Esther alzó la voz —, siete años de escuchar tus problemas familiares, con hijos; casa y esposa; es mucho tiempo, a cambio de nada.

— Eres cruel y desconsiderada: Baja la voz, ¿quieres?

— Para colmo fui la responsable de la azufrera; si hubieran hecho una auditoría, seguramente que me hubieran consignado a mí y todo ¿para qué?

— Ojalá que seas consciente de tus palabras, hija de la chingada; fíjate bien que me estás reprochando la confianza que he depositado en ti. Ahora te arrepientes.

— No me insultes.

— Eres infame, oportunista y desalmada.

— ¿Y tú qué eres Amadeo? ¿Te lo has preguntado alguna vez? No se me olvida tu enredo con esa mujerzuela, la Aniceta...

— Deja de fastidiar — Amadeo rabiando de coraje — . Haz lo que quieras, pero en mis asuntos no te metas.

— Pues eso quiero, hacer lo que creo conveniente. Tu respuesta ha sido la misma: no me martirices, bastante complicado es el mundo para atormentarse más. Está bien. Sigue de espaldas a la realidad hasta que te tropieces con ella; sigue metido en tus sueños de grandeza, en tus ambiciones desmedidas.

— ¡Cállate!, no seas bruta.

— Muy bien, señor De la Fuente, habrá que obedecerlo! — Esther gritaba como poseída.

5

Al día siguiente, Esther recibió un telegrama urgente en el que su padre le decía que necesitaba verla. Su madre estaba grave. Esther se lo comunicó de inmediato a Amadeo que movilizó sus tentáculos: preparó la camioneta y el chofer; inventó una excusa para viajar y acompañó a Esther a Catemaco; vieron a la enferma y sugirió llevarla a un hospital privado de la capital. De hecho, Amadeo se hizo cargo de la señora, asumió la responsabilidad económica y estuvo al tanto del resultado de la operación de los ovarios; consoló a Esther y fue a buscarla cuando la madre se recuperó. Sólo así pudo transmitirle su idea de que el amor no se reduce a palabras y promesas, golpes de pecho y tormento; es algo más complicado que él trataba de mostrarle a diario con sus acciones. Tuvieron una reconciliación sin condiciones. Pero mientras Amadeo trataba de tapar ese hoyo sentimental, había ido abriendo uno más grande en su casa con Berta y los hijos. Su esposa ya lo había amenazado, no aguanto más, te lo juro, que no te soporto, le dijo una madrugada. Amadeo osciló de un extremo a otro, dejando que sus problemas se resolvieran solos, sin presiones ni prisas. No quería sacrificar su matrimonio, pero tampoco perder el cuerpo de Esther y el prestigio

que le había dado entre sus amigos esa conquista. Se dedicó, por lo pronto, a controlar a Esther; el tiempo lo había ido haciendo desconfiado hasta el delirio, celoso, necio. Y empezó a vigilarla de una manera ilógica; le exigía que no saliera de casa en la noche, que no visitara a ninguna amiga, ni anduviera sola. Esther no obedecía; Amadeo insistía en su reglamento. Él la hostilizaba, ella lo rechazaba. Amadeo se convirtió en el detective en busca de un culpable. Una noche fue a buscarla sin aviso previo; ha salido con el licenciado Castellanos, le explicó la tía de Esther. El dio las gracias y se fue temblando de rabia. La tarde siguiente, pasó por ella. Mostró indiferencia, pero de inmediato le dijo:

— Mira, Esther, no quiero ser tu censor ni tu policía, sólo debo recordarte que tienes un compromiso conmigo. Sí, jovencita, aunque pongas esa cara de inocencia y te extrañe, con un hombre no se juega. ¿Me oyes? Y mientras manejaba, no apartaba la vista de la blusa escotada de Esther, del comienzo de sus pechos.

— ¿Qué te pasa, Amadeo? preguntó ella, sin mirarlo.

— No te hagas la inocente. Aprecio tus gestos, tu actitud solidaria, pero cuando adoptas esa indiferencia hacia mí y hacia todo, me encabronas.

Amadeo conducía su coche por la orilla de la ciudad, fumaba, impaciente, no sabía exactamente qué reprocharle a Esther. Vieron la tarde sobre la sierra de San Martín, el mar fosforescente y los barcos entre la bruma. La brisa entraba por la ventanilla del coche y Esther escuchaba la voz monótona de Amadeo y no entendía o no quería entender sus exigencias. Hoy no quería pleito, sino ver el mar, escucharlo. Esther no conoció la costa sino hasta su llegada al puerto, entonces tomó la playa, el río, como sus amores predilectos. Quería vivir ahí en una cárcel imaginaria, aprisionada entre las aguas. Amadeo miró a su compañera y dejó de hablar por un

momento; ella iba como en un viaje en alta mar. El detuvo el auto.

—Eres excepcional, querida —comenzó Amadeo—. Sabes tratar a la gente, conoces el sentimiento de los hombres, tienes sensibilidad para los negocios y para la vida. Por eso te escogí. Yo no quiero una hembra, por favor, escucha con atención esta frase, sino una inteligencia luminosa que alumbré con su ejemplo a un hombre de mi talla moral. Hemos llevado a cabo muchas empresas juntos, querida, eso demuestra la confianza que nos tenemos, el cariño que me inspiras. ¿Qué te cuesta, Esthercita, obedecerme y abandonar para siempre esa rebeldía?

Esther pensó que esto ya lo había escuchado muchas veces; tuvo lástima de Amadeo y de ella misma, le entró una rara sensación de agobio y melancolía; se ahogaba en lágrimas con las palabras de Amadeo. Permaneció callada, él le besó la mejilla y le dijo con voz apagada, insegura:

—¿Quiere a tu Teo, es mucha exigencia?

—Tienes razón, Amadeo, pero a veces juegas conmigo.

En ese momento, él se sintió seguro, preparó como en la guerra su artillería más pesada para contraatacar al enemigo. Se hallaban en las dunas junto al panteón.

—A nadie respeto tanto como a ti. Sin embargo, me pareces una niña caprichosa cuando no me escuchas -y Amadeo le desabrochó los botones de la blusa y le mordió los senos—. Tus sentimientos y deseos son los míos ¿o me crees un desalmado? Tu moral es la mía. Buscamos a fin de cuentas hallar los mismos placeres. Luchamos por los mismos ideales ¿no es cierto? Quiero tu alma solamente —y ya sudaban, jadeantes—, quiero el aliento de tus ojos y el calor de tu boca.

Para completar la faena, Amadeo sacó de su memoria los pocos versos que durante sus años de estudio

había aprendido; eran los mismos que declamaba en los burdeles, ya medio borracho, y en las fiestas de sus amigos y cuando se lo pidieran. En el momento de acariciarla y tocarla, le susurró a Esther:

— Ámame en chino, en el sonoro chino de Li-Tai-Pe. Yo igualaré a los sabios poetas que interpretan el destino; madrigalizaré junto a tus labios.

Ella lo besó con desmesura, en un intento por atraparlo, quería que Amadeo entrara ahora mismo en ella como entra el río en su cauce. Él le dijo que solamente era un cuarteto de un poema dulce y sonoro como ella misma; separó los labios y fue introduciendo sus dedos en el pubis de la muchacha.

BRUMA

SOBRE EL PUERTO

1

El puerto sufrió cambios importantes; la típica casona de lámina y madera que le daba una apariencia de campamento fue desapareciendo para dar cabida a las mansiones californianas como la de Bush y la del superintendente de Pemex, a casas rectangulares de estilo híbrido cuyo único mérito eran los espacios. La fisonomía del puerto iba modificándose con cierta rapidez, se tuvo la certeza de que el progreso era como el maná que cae del cielo, y esta idea fue a posarse como un águila colosal en el centro de la actividad cotidiana.

El gobierno federal y los petroleros construyeron un muelle moderno, de anchas estribaciones, para carga y descarga de la marina mercante internacional. El comercio portuario se incrementó considerablemente: en ese muelle se exportaba a Estados Unidos y Canadá, azufre, plátano roatán y naranja; a Europa, maderas preciosas y pieles. Ahí mismo se descargaban productos manufacturados, vinos, telas, refacciones para los ingenios azucareros, equipos de perforación petrolera, productos químicos y piezas para mover la incipiente industria de la zona.

El río fue profanado: se dragó su cauce para hacerlo más profundo y navegable; la bocana se transformó con el fin de que pudieran entrar al puerto barcos de grandes

calados, y las escolleras se ampliaron y reforzaron, así, se simuló una bahía ideal en la cual la navegación mexicana y la del extranjero, tendría seguridad. Como consecuencia de este auge, el dinero corrió igual que las aguas del río: en abundancia. Se contrataron verdaderos ejércitos de trabajadores para obras portuarias, caminos y carreteras, puentes, industrias — como la refinería 18 de Marzo —, perforaciones. Apareció un nuevo prototipo social, el ingeniero, al que se le veneró como a un dios; era el jefe de cientos de obreros, el director de obras, el que decidía el destino de los porteños. Se multiplicaron las diversiones, los bares, restaurantes y burdeles; la zona de tolerancia fue pavimentada y se abrieron dos gigantescos cabarets provistos de calificadas obreras.

Los porteños enloquecían de grandeza. El presidente municipal que reinó dos trienios — suceso que no volvió a repetirse —, creó su propia constructora para «beneficio social y en atención a los porteños de hoy y de mañana», dijo en su último informe de gobierno. Amplió el alcantarillado, pavimentó seis calles, construyó el muelle como proveedor privado; además, se preocupó por tapar las pozas de agua que se formaban en las calles no pavimentadas. La obra que le valió el reconocimiento general fue, sin duda, la ampliación y remodelación del Paseo Cifuentes, y la construcción del malecón que inclusive fue adornado con banquetas para que el turista pudiera ver el mar y el río sentado. Remodeló y amplió el palacio municipal, sobre todo, modernizó su oficina: espejos importados con marcos de cobre, una sala de juntas alfombrada, mesas y sillas de nogal holandés, a las que cubrió con paño verde «para nuestras partiditas de póker y dominó», le confesó a Amadeo. La silla reclinable del presidente, de terciopelo rojo, le pareció su mayor adquisición.

Algunas noches de borrachera, Amadeo las terminó en el palacio, bebiendo con el presidente, mientras rifa-

ban a las mujeres que los acompañaban; a Amadeo, Esther; al presidente, una de sus amantes en turno. Entonces, la cocina-bar, atendida por uno de los auxiliares del ayuntamiento, era prodigiosa; de ahí salían camarones a la plancha, angulas, vinos importados bien fríos, whisky, coñac, champagne.

Surgieron otras transformaciones menos visibles y espectaculares. Algunas se notaban a fuerza de mucho espulgar y continuaban dándole al puerto su fisonomía costeña. El desarrollo tan esperado por los porteños iba mostrando sus ventajas, pero también los riesgos evidentes. El río que se movía hacia el mar, perdía su color natural a grandez zancadas; a veces, mostraba residuos de aceite en sus remolinos y una espuma sucia manchaba el jacinto que cubría la superficie, sobre todo en los meses de lluvia. Las piraguas y los cayucos, seguían haciendo su rutina de siempre como si para ellos la modernidad no hubiera llegado. Para los pescadores y los pocos campesinos de las márgenes del río, el progreso estaba lejos. Veían los barcos, los modernos remolcadores de Pemex, las obras de embellecimiento del puerto, y era igual. Desde sus barquitos camaroneros, los pescadores miraban los barcos extranjeros y sonreían, incrédulos. Los pequeños comerciantes que navegaban por el Uxpanapa vendiendo y comprando mercancía, tampoco registraron con asombro las modificaciones del transporte marítimo, del movimiento obrero. Ellos no advirtieron nada. Todo este cuadro desarrollista se expandió y se unió al apogeo industrial, comercial y petrolero que parecía beneficiar a la sociedad en su conjunto.

El alemanismo tocó a su fin. La carretera que conectó al puerto con la capital de la república, trajo oleadas de trabajadores. Al caer la tarde la zona comercial se animaba. Era como si todos los habitantes hubieran huido de sus casas. Se llenaban los cafés de chinos, las neve-

rías, los restaurantes del centro. La ciudad se encendía de colores; hombres de botas enlodadas, barba crecida y casco, recorrían los comercios y los cines, buscando olvidar el trabajo insensato de los pozos petroleros, allá en los potreros inclementes llenos de moscos, bichos y un sol endemoniado. Se les llamó los cosacos. Era una plaga que azotó por igual a la sociedad encumbrada que a los burdeles y a las cantinas; el comercio le abría de par en par sus puertas, y las fondas suspiraban por ellos que venían a comer y beber como cosacos. El viejo salón Jalisco se modernizó también; Aniceta —su propietaria actual— le quitó la apariencia costeña y lo maquilló; una rockola que los clientes aplaudieron fue la primera adquisición; luego levantó el piso rústico de cemento y mandó poner baldosines de imitación mármol; en vez de láminas puso losa y compró grandes cortinas de terciopelo rojo; cambió las mesas y las sillas, el bar y la barra. En vez de catres, en los cuartos metió camas de colchón. A la entrada del Jalisco, una marquesina de luces daba la bienvenida. Los cosacos hallaron ahí su refugio cálido. Pronto hicieron fama de rudos y arbitrarios; desde sus camionetas de doble tracción desafiaban a los porteños. A nada le temían, y poco respeto sentían por las autoridades, por los apellidos consagrados y las familias finas.

Cada semana corría la noticia de sus fechorías y escándalos. Se hicieron acreedores de las más increíbles hazañas y de un apetito sexual exacerbado; se decía que no había virgen que resistiera la embestida de aquella voracidad sexual desatada. Estos hombres eran lobos hambrientos que pasaron como una nube gris por el puerto. Solamente el tiempo pudo domarlos, aplacarlos y los estableció al fin como dios manda. Venían de distintas regiones del país. Algunos regresaron a sus lugares de origen. Pero en la época de su llegada, fueron invenci-

bles. La única fuerza que reconocían, era la del dinero; su salario era capaz de comprar todo lo que el comercio y las diversiones porteñas podían ofrecer. Respaldados por el sello verde del charrito o sus filiales, fueron auténticos aventureros que llegaron a partirse la madre en los pantanos y potreros con el agua a la cintura para abrir caminos. Asimilar esa actitud indiferente y sin objetivos, fue parte de la modernidad. El puerto, como una puta, le fue abriendo las piernas al dinero que los cosacos traían en los bolsillos. En las sobremesas porteñas no se hablaba más que de sus modales y sus hábitos. Berta los veía pasar desde la terraza de Esteban, y se divertía frente a aquellos hombres rudos y desvergonzados. El derroche, las riñas callejeras, los escándalos en la madrugada, fueron parte de la vida cotidiana.

Bajo el sol tropical que dibujaba la silueta de las palmeras, ocurrían cambios inusitados. El periodo de transición que vivía el puerto repercutió en los hábitos de sus habitantes. Ya no se soñaba con una ciudad que tuviera todos los servicios, sino igualarla a San Francisco; en vez del carnaval porteño, se anhelaba ver el de Nueva Orleans. Esto pasó a ser una de las aspiraciones más empecinadas de Berta y sus amistades. Todos los días el periódico recordaba el ambiente que se vivía: el mundo se reacomoda, el país crece y está a la altura de occidente, los mexicanos ya no tienen nada que envidiar. Estas premisas, los porteños las constataban en sus negocios, en su acumulación de capital, en sus deseos cumplidos. Se evidenciaba, además, en el rostro moderno y urbano de la ciudad; Chela Moctezuma la llamaba tierra de promisión. Amadeo y sus amigos veían, convencidos, que se hallaban en la puerta de la modernidad, en lo que sería el puerto más importante del Golfo de México.

La euforia llegó a su límite cuando supieron que en el centro, en una manzana completa, se iba a construir un

hotel de once pisos; tendría centro nocturno en el último, restaurant-bar y piscina. Creyeron que el puerto podía llegar a ser, en poco tiempo, un Nueva York mexicano. Había que modernizarse, en las comidas y en las modas, en la música y en las adquisiciones del exterior. El hotel no cumplió su plan inicial, pero sí dejó perplejos a los porteños por sus instalaciones y su comodidad. De todos modos, la carreta que jalaban los comerciantes y hombres de negocios, era la del progreso; mientras que el resto de la población seguía jalando la de siempre.

Fue claro que cuando terminó el sexenio de la suerte, el puerto y Amadeo habían modificado notablemente su fisonomía. Amadeo había dejado de vivir en una casa de madera incómoda, donde el calor fermentaba en las noches; ya no andaba a pie sino en coche y había ingresado de lleno al mundo de la especulación. El rostro del puerto se hizo menos áspero, lucía terso, maquillado con leves retoques. Amadeo logró conquistas inigualables.

Puerta que tocara se le abría sin condición; sus caprichos se cumplían a cualquier precio; no volteó a los lados, siguió de frente en su recorrido ascendente. Nadie detuvo sus excesos; ni su mujer ni sus hijos. La sociedad porteña se le entregó desnuda, en cuerpo y alma. Y él hizo con ella lo que creyó era un deber. Guiado y apoyado por sus amigos, no obedeció más ley que la de sus dominios, sus propiedades, su fortuna obtenida mediante el trabajo y el sacrificio. Vivía contento. Obtuvo su coronación como seductor insuperable, con la hija del director de la Whar-ton, una güerita delgada, de senos lechosos, que Amadeo conquistó sabiamente. La saboreó — y lo contó a Villar, Moctezuma, Riveroll, que le aplaudieron intensamente — durante cuatro meses y trece días exactos que estuvo con su padre, de paso, en el puerto. La paseó por la playa y la sierra de San Martín, la invitó a las poblaciones cercanas como El Porvenir, San José, Catemaco y Agua Dulce.

—Mira los pantanos, las garzas picando gusanos, y quiere que se la metas —contaba Amadeo a sus amigos y se morían de risa.

En un gesto fraterno, intentó regalársela a Moctezuma; se la presentó al exgerente de la azufrera, Eliseo González, y los dos fracasaron. Se propagó la idea de que la «gringuita» estaba enamorada de Amadeo, el único que pudo montarla hasta que regresó a Ciudad Madero. Después de su paso por la azufrera, contadas sus adquisiciones y sus nexos comerciales, Amadeo recobró el aliento perdido durante su gestión administrativa como director de Azufre, S.A. En su reinado vivió bajo fuertes presiones que, una vez resueltas, lo satisfacían. Fueron días excepcionales que no volverían. Al fin de sus años de director, sintió un vacío en su cuerpo — como si se hubiera despojado de un tumor enorme — y pensó dedicarse a sus negocios. Debía atender, primero que nada, la constructora de la que era socio. Ahí tenía el apoyo de Matías. Era una empresa que crecía cada mes debido a la demanda exagerada de materiales en la industria de la construcción. En segundo, pensó construir dos casas pequeñas para alquilar, en los terrenos comprados recientemente. Quería a toda costa organizar su vida de otra manera, de acuerdo a las actividades más remunerativas. En realidad, le sobraban recursos. Un poco después de haber dejado la azufrera, una noche en que brillaba la luna, apareció Esteban en su casa.

—¡Qué milagro!— dijo Amadeo, al verlo—. Eduardo, Gonzalo, aquí está tu tío. ¡Vengan!

—Hola sobrinos; ¡están creciditos!, son unos hombres — Esteban admirado —; acérquense, saluden.

Bromeó con los niños, saludó a Berta y se sentó en la sala, ahora fresca por el ventilador y la noche de marzo. Amadeo preparó dos jaiboles con mucho hielo. Le tendió un vaso a su hermano.

—Oye, Amadeo, ¿qué comes que adivinas?— dijo Esteban abriendo la boca grande para soltar una sonrisa.

—Ya ves, enterrador de muertos, un trago para una noche como ésta ¿no está mal, eh?

—¿Y a tu esposa que se la lleve el diablo? —protestó Berta—. Anda sírveme una ginebra con refresco de limón.

Amadeo se la trajo. Por fin, se sentaron en la sala. Amadeo encendió la radio, ofreció cigarrillos y dijo «así son las mujeres. Ni modo». Después de dos tragos, preguntó:

—¿Va bien la mueblería?

—Hoy estás muy lúcido, de eso te quería hablar— dijo Esteban, y miró a Berta—: ¿Qué le diste, cuñadita?

—Ya sabes, a veces, lo pone contento estar encerrado en su casa con su mujer y sus hijos. Creo que le sienta mejor que andar de pata de perro.

—Basta, basta, suelta de una vez lo que traes entre manos —dijo Amadeo, y le ofreció un cigarro a Esteban.

—Pues mira, el asunto es el siguiente —explicó Esteban—. Me ofrecen la representación de la DM Nacional, y necesito una lana para empezar ...

—¿Qué estoy escuchando? —dijo Amadeo—. Eres muy ingrato ¿Por qué no me lo habías dicho? Esto merece un brindis. Salud.

—Es que no sabía si era seguro; pero me llegó de México esta carta —y sacó de la bolsa de su camisa un sobre y lo mostró— donde se formaliza el asunto.

—¡Qué burro eres, carajo! Con ese negocio te llenas de billetes, ¿me oyes?

—Antes de eso, Amadeo, escucha por favor, necesito cerrar la mueblería, remodelar el local, meterle pintura, piso de mosaico, ventiladores. Lee la carta, ahí están las condiciones.

—Cuenta conmigo, Esteban. No seas pendejo. Ese negocio no se te puede escapar, así es que manos a la obra.

Con motivo de la nueva empresa que iba a crear Esteban, se bebieron la botella de whisky.

Amadeo se comprometió a facilitar cierta cantidad, de inmediato, para que Esteban comenzara su obra. A los cuatro meses, de la vieja mueblería, sus talleres, sus sierras y prensas rudimentarias, no había quedado ni el olor. Esteban remató a uno de sus carpinteros, el equipo, y sacó viruta y aserrín en cantidades inimaginables. Luego comenzó la remodelación.

El local fue inaugurado el sábado tres de agosto, debidamente iluminado de tubos, con una marquesina gigante donde se leía: «De la Fuente, S.A. Representantes exclusivos de DM Nacional». Era un anuncio más de que el puerto estaba viviendo bajo otro signo. Amigos y conocidos de Esteban asistieron en la tarde al moderno local para ver el milagro que había hecho él con su antigua y rústica mueblería. El éxito fue también milagroso. Al año de haber abierto su tienda, Esteban tenía pedidos para Agua Dulce, El Porvenir, San José y el resto de los centros petroleros de la región, en cantidades que nunca imaginó. Las utilidades eran asombrosas. Le pagó a Amadeo el préstamo. En la parte de atrás construyó una bodega; arriba de la tienda, edificó su casa, amplia, ventilada, de cuatro recámaras, una estancia enorme, dos baños, aire acondicionado, una terraza que miraba a la calle, cocina integral. Y cada año cambiaba su coche por un nuevo modelo. Tuvo un Hudson, luego un Pontiac, y le regaló a su mujer un Hillman Minx. Antes de cumplir los treinta y ocho años, decidió casarse. El auge lo agarró casado con una de sus eternas amigas de fiestas, bailes y tertulias: Yolanda Paredes, cinco años menor que él, hija de un periodista muy conocido en la región. Bajo esta lluvia de bendiciones comerciales, Esteban compró algunas propiedades,

hizo —sintió que era su obra mayor— un edificio enfrente del parque; lo dividió en diez confortables departamentos y los rentó al precio que se le pegó la gana; abajo, alquiló el local para un comercio. Ahí se instaló un mercado de discos impresionante. En noviembre de 1957, Esteban fue a la Ford, con su amigo Osorno, y compró un coche blanco, de vestiduras rojas en piel, climatizado.

Esteban invitó esa noche a Amadeo y Berta a su casa para festejar su cumpleaños de casado; improvisaría una cena; dijo que llamaría a Villar, Moctezuma, a los dos Riveroll. Fue una noche completa. Después de la cena, se deshicieron de sus respectivas esposas; Esteban y Amadeo pasaron por sus amantes y siguieron la juer-ga en la playa. A la orilla del mar, con el coche descapotado como testigo, Esther se desnudó y se metió al agua. Amadeo le declamó a las olas y a las gaviotas e improvisó un discurso en el que le regalaba a Conchis —la de Esteban—, el agua del mar y los barcos. Bebieron sin pausa, luego entraron al puerto y se metieron en el departamento que Esteban le había regalado a su Conchis, en Palma Sola. Era una de sus compras más recientes. Desde el cerro de esa célebre colonia —ahí construyeron el penal bautizado con el mismo nombre—, vieron las luces del puerto y se asombraron de cómo había crecido. Ya no era aquella pequeña ciudad de calles arenosas con una farola cada dos esquinas, sino amplias avenidas iluminadas, llenas de comercios, anuncios y marquesinas. Desde ahí vieron los pinos de Allende y adivinaron el río, ahora tapado por la urbanización. Salieron a la pequeña terraza del departamento. Esperaron el alba, aún lejana. Esteban notó a su hermano ido, ¿los tragos, la mala noche? Quiso saber, le dijo:

—Deja de pensar en aquella mujer— le pegó con la punta del zapato en la rodilla—. No lo niegues, estabas pensando en ella.

— ¿Qué dices? Yo ... te refieres a Victoria ¿no es así? ¡Qué pendeja fue! Ya hizo su vida. Se casó. Su hija es linda y se llama como su puta madre. A Victoria la borró el tiempo.

— No te hagas, esa vieja te dolió hasta la médula — dijo Esteban.

— Me dolió, nunca lo he negado, pero yo hice mi vida contento, con una mujer que en otro sentido me ha sabido entender.

— Eres hábil para cambiar de conversación. Yo digo que uno jamás encuentra a la mujer de sus sueños ...

— Bromeas ¿eh? Pero es cierto.

Conchis y Esther salieron a la terraza, interrumpieron a sus compañeros. Sirvieron algunos tragos, bebieron y clavaron la vista en el oriente, hacia Allende, sus dunas y sus pinos. El faro pasaba rápido, con su luz vigilante. Iluminaba el mástil de algunos barcos anclados en el muelle. Recibieron como una caricia, el aire impregnado de agua salada y humedad que venía del río. Las mujeres se sentaron en las rodillas de sus amantes. Cantaron desentonados la primera melodía que se les ocurrió. Esther quiso ir por otro trago a la mesa de la cocina y resbaló. No se hizo daño, pero era evidente su estado. Amadeo la levantó. Esther se puso de pie, de pronto sintió que Esteban y Amadeo se le escapaban; apartó la mirada, la posó en las luces del puerto y el mareo fue mayor; pidió una silla; Amadeo la condujo al sillón de la sala. Siguió girando todo a su alrededor. Estornudó, escupió; se desmayaba, vomitó cantidades de alcohol y marisco. Amadeo la condujo al baño y en el trayecto regó con su boca el departamento. Se recobró con una velocidad impresionante. Pidió un whisky; Amadeo le dijo que estaba pendeja. Ella reiteró su deseo. Entonces Esteban que había observado desde la terraza los desaguisados de su «cuñada», fue a servirle el trago que solicitó.

—Un jaibol con mucho hielo. Es la medicina pertinente — dijo, y miró a Amadeo.

Le dio el vaso y Esther se lo bebió de un sorbo.

—Esa es mi Esther — gritó Amadeo, contento, incrédulo de la forma como bebía.

—Creo que es preciso repetirle la dosis, ¿de acuerdo? — dijo Esteban.

—Por favor, van a matarla — se asustó Conchis.

—Usted cálese, vieja fea — le dijo Esteban.

—Vieja es tu madre, cabrón — subió la voz Conchis — hagan lo que se les pegue la gana, total son unos caprichosos.

Esteban preparó un segundo jaibol, bien cargado, con agua mineral de Tehuacán. Se lo volvió a dar a la enferma que ahora parecía haber recobrado la lucidez perdida en la juerga. Esther bebió, dijo salud, hijos de la chingada, salud. Le siguieron la corriente. La mujer volvió a la terraza. Tomó la silla que antes ocupaba Amadeo. Desde ahí, bostezó.

—Pinche Amadeo, eres un culero, nada más que un culero; viejo, ni modo, tengo que decirlo. Y empezó a llorar en silencio; era un llanto doloroso, agudo.

Desde la sala, donde la veía, Amadeo le dijo: — ¿Qué te pasa, Esther? Estás bien pasada de tragos, hija.

—Pasado de tiempo estás tú. Me has tenido como a una puta, ¿me oyes? Ya basta. Y Esther tuvo un raro choque nervioso mediante el cual aventó su vaso a la calle; se escuchó claramente cómo se deshizo en el pavimento, cómo rodaron los vidrios por la calle en bajada. Amadeo salió de inmediato a la terraza, la sujetó. Pensó que esta mujer había perdido el juicio. Sudaba. Pálido, sin fuerzas, intentó controlarla. Al fin, logró meterla al departamento. La sentó.

—Cuñado de mi alma — llamó Esther —, dame otro whisky, no me lo vayas a negar.

—De ninguna manera —dijo Esteban—. Ahora mismo te sirvo uno, cabrona, pero no lo avientes a la calle.

—Amadeo, eres un culero, ¿me oyes?—dijo Esther—. Lo peor que he conocido.

Y mientras Esteban le servía, la mujer soltó un grito seco, que estremeció el edificio. Esther parecía lejana, desencajada. Siguió insultando a Amadeo. Le dijo que estaba harta de sus mentiras, de sus promesas incumplidas. Que tantos años siguiéndolo como pendeja era demasiado alarde, que hoy había decidido que se fuera a la chingada con sus millones.

—Que te aguante otra, hijo de la chingada, yo me cansé, ¿me entiendes? Me cansé de tu hipocresía, de tu arrogancia. No eres mi padre. ¿y sabes? No quiero un solo centavo más de tu bolsillo asqueroso.

—¡Esther, coño!, ¡cálmate! —dijo Amadeo.

—Y te voy a decir, aquí delante de tu hermano lo asqueroso que eres. Me has entregado a tus amigos, te has cagado en mí.

Por un momento se calmó. Pero cuando vio la luz blanca del amanecer y recordó cuántas veces había esperado a Amadeo en la noche hasta que el alba le anunciaba que se durmiera, el coraje se le metió otra vez en el cuerpo. Volvió a insultarlo como se insulta a un criminal. Lo escupió y Amadeo se le fue encima. Tambaleándose, tiró el vaso que bebía; rompió una mesilla y una botella; rodaron algunos ceniceros. Levantó la mano derecha y le pegó en la mejilla, luego, en la frente y el ojo; repitió la dosis tres, cuatro veces, hasta que Esteban le detuvo la mano. La mujer parecía no llorar, la invadió un sollozo permanente, un ataque de dolor y resentimiento. Rodó por el piso, sangrando. Conchis, que era la menos briaga, la levantó y la puso en su recámara como se tiende a un paciente grave. El sol hería ya la borrachera nocturna. Esteban se llevó a su hermano

en el auto nuevo. No comentaron nada. Cada uno volvió a su casa.

Pompeyo Riveroll llamó a Amadeo para que trabajara a su lado. Lo nombró tesorero del ayuntamiento. Este cargo le cayó a Amadeo como una bendición más. En los tres años que duró, trabajó doce horas al día en los problemas urbanos del puerto, junto al presidente municipal; buscó otra vez a la Aniceta y ella lo protegió; así fue mitigando el dolor por la pérdida de Esther y el miedo creciente de que ella le hiciera un escándalo.

Cuando supo que se había ido sin decirle adiós, lloró de impotencia, pero se quedó a gusto. Entonces conquistó a Rafaela, contadora del ayuntamiento. Se iba con ella dos o tres noches por semana.

2

Esas noches, Berta esperaba a su marido con un enojo desarticulado. Juraba que era la última vez que obedecía las reglas impuestas por Amadeo. Pero pronto se dio cuenta que sus decisiones no serían escuchadas, que rápidamente Amadeo las barajaba como un naipe y sacaba juegos imprevistos en los que siempre ganaba. Sabía que su misión era obedecer, no contrariar. Era casi imposible cambiar las reglas del juego. Sus nexos conyugales se reducían a complacer. Eso estuvo pensando durante la noche. Lo esperó como otras veces, sintió que se le terminaba la paciencia. ¿cuántas noches había esperado? Lo ignoraba. Eso sí, en la madrugada, cuando se había cansado de pensar, de parchar su vida, decidía que su marido no le importaba más (que se lo

lleve el diablo, pedía), y al fin aparecía, borracho. Olía a jabón de tocador, a loción Vetiver, para ocultar el hedor penetrante de alcohol que despedían sus ojos y su boca, sus manos y oídos. Berta sumaba y restaba, y mediante esas operaciones, se daba cuenta que eran ya muchos los años, interminables los meses y los días, pasados bajo la soledad conyugal. Sí, era imposible negar que de repente, Amadeo le traía rosas, o una pulsera de oro, o le llevaba serenata como un novio. Y las cenas con los amigos, los bailes en el casino, eran siempre con ella. De eso no podía quejarse. Le gustaba Amadeo en las reuniones; era divertido, alegre, y ya borracho, junto a su mujer, le declaraba su eterno amor.

—Ves querida, estoy dispuesto a darte lo que quieras; eres un encanto Berta, fogoncito que calienta mi corazón.

Y a ella no le quedaba más que mostrar buena cara, fingir que había olvidado todo, inclusive la imagen de Aniceta, esa prostituta legendaria cuyo amante oficial se decía que era Amadeo. Las noches en que reñía a conciencia con Amadeo se sentía indefensa, inútil. Lo insultaba, le suplicaba que cambiara. «No puedes continuar así. La bebida va a terminar contigo, Amadeo, y también con mi paciencia», le decía llorando. Amadeo empezaba a frotarla. Ya con la luz del sol sobre el puerto, y sobre sus cuerpos desnudos, sudados, la hacía olvidar. La otra cara de su pensamiento, le indicaba a Berta lo contrario: aferrarse a sus hijos, vigilar a su marido y servirlo, obedeciendo inclusive sus caprichos más ridículos. Vista así su situación, ella misma se inventaba pretextos para restarle importancia a las borracheras de Amadeo. Qué más da, se decía, que se haya ido de parranda si al fin y al cabo regresará y me pedirá perdón, dirá que estaba arreglando un asunto decisivo para el bienestar de

su mujer y sus hijos. Ese ángel mantenía a Berta en la fidelidad; si pensaba en un hombre que le hubiera llamado la atención — como el cosaco que se acostumbró a ver todas las tardes desde la terraza de Esteban — lo apartaba rápidamente de su deseo. En la oscuridad de su recámara, escuchando el rugido del mar a lo lejos, sintiendo el frío del amanecer en los meses de diciembre y enero, temblando con los vientos intensos del norte, Berta desfallecía. La noche se convirtió en su martirio permanente; escuchaba lamentos, ruidos de pasos, puertas que se abrían o se cerraban. El viento. La marejada. Ladraban los perros y ella sabía que corrían atrás del diablo. Berta vivía bajo el imperio del puerto, a pesar de no aparentarlo. A veces se iba la luz y el viento y la lluvia pasaban por su casa galopando, en dirección a los potreros.

Esas noches, no escuchaba la radio: su refugio más cándido y seguro. El aparato Philco se convirtió en su compañero; a través de él se trasladaba a otros sitios, imaginaba otras historias. La XEW le permitía olvidarse de Amadeo y del puerto. Desde su rincón pensaba en la ciudad de México y sus bondades, y se decía a sí misma que allá se encontraba la felicidad. Antes de la medianoche, la consolaba la voz de María Luisa Landín, la música de Gonzalo Curriel o la guitarra de Cervera, los boleros de Gutty Cárdenas o los tangos de Agustín Lara. La radio la conducía a sus amistades, a los deleites del puerto. Pero también la obligaba a pensar en caminos oscuros, intransitables, en los que brillaban los ojos de fuego de la noche. La pesadilla la despertaba. Quería aclarar lo sucedido y no podía; cogida por el terror, iba a la habitación de Eduardo, el menor de sus dos hijos, y comprobaba que nada sucedía, sólo escuchaba su respiración, su sueño insondable. Bajo los efectos de la noche, ya apagada la radio que había

dejado de transmitir, maldecía la ausencia de Amadeo. El llanto del viento — si había norte — parecía la queja de un niño castigado, un diablo en ruinas; ese llanto se convertía en pesadilla y la despertaba; entonces corría a buscar a Amelia. Infinidad de veces, Amelia la consoló hasta el amanecer. Berta le decía que no soportaba más la vida junto a ese hombre. La historia se repetía y Amelia solamente escuchaba, le sonreía, le suplicaba que se calmara, que pronto regresaría Amadeo. Berta lloraba y sentía que la cabeza le estallaba; dejaba que Amelia la viera desamparada, presa del sufrimiento acumulado en muchos años de matrimonio.

—Esto se acabó —le decía a Amelia—, te lo juro que hoy mismo termino con esta situación.

En una etapa de su vida, se creyó una mujer abandonada; más tarde le entró esa sensación abrumadora que convierte el dolor en recuerdo. Llegó como el alba, abriéndose paso entre los escombros de la noche: la melancolía. Así se protegió de las inclemencias de su vida conyugal. Y su matrimonio, en vez de quebrarse, se resarcía y seguía su curso. Más que compañero, Amadeo era el eterno ausente, cuya presencia se traducía en rectificaciones, gestos suaves y sonrisas perfumadas. A su cinismo insuperable, Berta le opuso la melancolía, o sea, la evidencia de los años que se iban con una velocidad ciega. Renacía su amor por el pasado y su infancia que parecía detenida en Allende. Pensaba en Pedro, su primer novio, y su trágico fin; lo comparaba con Amadeo y veía claramente que el destino había escogido por ella. Envidiaba la historia de su madre y el capitán Govea.

Berta iba al cine Ideal y olvidaba las andanzas de Amadeo, durante una semana soñaba con los héroes y las heroínas de la pantalla. En las noches de espera volvía a ellos y refrescaba su imaginación. Leía «Rutas de Emoción», del diario *Novedades*, buscando noticias

sociales; las hazañas capitalinas le parecían sensacionales en comparación con las actividades raquícas del ambiente porteño. Lo que viera o tocara se convertía en objeto nostálgico. La nostalgia la condujo a comprender las palabras de Alma Rosa. Su amiga más querida le recomendaba ser paciente con Amadeo, seducirlo, insinuarle sutilmente que dejara la bebida. No exigirle, sino suplicarle. Nunca contradecirlo, sino llevarle la corriente. Tampoco emprender batallas contra su esposo porque no se trataba del enemigo a vencer, sino del amante a conquistar. Reconocer siempre, en las buenas y en las malas, que Amadeo había construido un hogar estable y apropiado para su mujer y sus hijos. En vez de retarlo, sugerirle sus errores; jamás insultarlo, mejor abrirle las piernas. Era una de las tareas ineludibles de la mujer.

Así pasó muchos años inventándose pretextos para evitar un disgusto definitivo con Amadeo. Creyó que si él era un desobligado, ella debía compensar esa irresponsabilidad. Delia Sevilla, Cristina España, Leticia Villar y Chela Moctezuma, el círculo más íntimo de Berta, trataban en sus reuniones el asunto de la relación marido-esposa. Chela elaboró, sin proponérselo, un prontuario de la vida conyugal para evitar la ruptura en el matrimonio. Ágil de palabra, delgada, con sus ojos deslumbrantes, Chela no titubeaba.

—Lo importante, querida, es que tu marido traiga a casa —hablaba y bebía un martini seco— la quincena. Cuando la deje en otro sitio, preocúpate. Yo sé hasta donde cedo. Si mi marido se va con sus amigos de parranda, no me importa. Perdónenme, pero no me importa. Detecto sus mentiras y hasta sus olores. ¿Me crees tonta?, le digo, cuando veo que se le está pasando la mano. Y con esa pregunta lo desarmo. Entonces regresa a casa temprano, me complace en todo, me llena.

Y cumple, no quiero entrar en detalles para no impresionarlas, pero parece un burro.

— Esa es tu teoría, Chela -replicaba Cristina—. Tus tácticas me parecen buenas, pero no son aplicables a todas ¿verdad, Berta?

En el fondo, coincidían en la necesidad de soportar, negociar, transigir con sus maridos por el bien de los hijos. Chela terminaba soltando una carcajada, llena de picardía:

— Imagínense si no capoteáramos a nuestros maridos, ¿qué sería de la sociedad? Yo creo que se terminaría el mundo, ¿verdad?

Ninguna era creyente ni profesaba otro credo que no fuera el de la vida diaria. Eran libres a su manera, en aquel calor sofocante que se imponía sobre costumbres, creencias e ideologías. El calor era el rey de los deseos y los sueños, dirigía la conducta y la moda de los porteños; era un excelente alcahuete en las relaciones extramaritales. Chela decía que en la costa una niña se convertía en mujer en tres días mientras que en la capital necesitaba tres años. El grupo que ella encabezaba imponía las reglas del juego social en el casino, organizaba posadas, recolectaba fondos para carnavales y eventos especiales.

Una Semana Santa se le ocurrió organizar una regata en el río Calzada; fue un fracaso. En el puerto no existían lanchas rápidas ni veleros, ni yates, sino algunas canoas inadecuadas para competencias. Sin embargo, la prensa felicitó efusivamente a las organizadoras debido al impulso que se le estaba dando al deporte.

Mientras sus mujeres criaban hijos y como perros de lujo cuidaban la casa, los maridos hacían negocios — lícitos o ilícitos —, amasaban cuantiosas fortunas y se divertían. Cumpliendo fielmente su misión, Amadeo se refugió en los negocios, las juergas, los compro-

misos sociales y políticos y vivió muchos años plenos, rebosante de estímulos. Su última gestión pública, la de tesorero, lo dejó con el suficiente dinero para retirarse y sólo cuidar de que las inversiones y las propiedades rindieran lo debido. Fue clave en su vida el periodo entre los 32 y los 55 años de edad. Se embarcó en un tren de actividades que lo llevó precipitadamente del puerto donde había nacido, crecido y se había hecho hombre y padre de familia, al andén desconocido de la ciudad de México. Lo increíble de este tren de primera clase, fue su resistencia. Desde esos vagones vio hacerse hombres a sus hijos, envejecer a sus amigos; ajeno a la velocidad desbocada de la máquina, fue indiferente a todo, menos a sus caprichos. Así, ese tren lo condujo de un lugar a otro, sin una estación para descansar. Supo dar ilimitadamente. Sumergido en esta marejada de bondades y logros sociales, vivió bajo la sombra de sus triunfos. En plena carrera, lo sorprendió un indicio de tormenta: la edad que le salía por los ojos y por la piel.

Algunos nubarrones le avisaron que aparte del puerto risueño y bonachón, que se burlaba incluso de sí mismo, existía un suelo movedizo, donde estaba asentado. Uno de ellos fue el alcalde Pedro Colmenares, joven ingeniero que desde su silla presidencial intentó ordenar a la sociedad porteña. Eso lo hizo acreedor de un pasaporte para ser destituido y para irse derecho a chingar a su madre. Colmenares llegó a su tierra, después de una larga ausencia desde su niñez; había vivido en la capital — donde se había formado o deformado — hasta que un colega suyo de la universidad, el gobernador, lo llamó a colaborar con él. Pensando en su cargo como en una empresa mesiánica, a la semana de haber sido instalado en el palacio de gobierno, bajo el reconocimiento público de la prensa y los distintos sectores sociales, comenzaron

sus disposiciones. Creyó una necesidad inmediata atacar el contrabando, cobrar los impuestos municipales al gran comercio y a los hacendados, conforme lo estipula la ley del Estado. Quería impedir el desorden, la especulación con lotes y predios, investigar mediante una auditoría los gastos, los ingresos y egresos de su antecesor.

En los días que Colmenares planeaba esas reformas en su ayuntamiento, Amadeo compró un impresionante cargamento de whisky y vinos; no pensó infringir ninguna ley si lo guardaba en la bodega de la antigua mueblería, y en su momento lo vendía al comercio porteño y al de las ciudades vecinas. El presidente fue informado del desembarco, del acarreo y el destino final de las bebidas. Dejó pasar algunas semanas, para ver si Amadeo hacía la declaración legal, si pagaba los impuestos correspondientes. Pero no hubo ninguna solicitud, entonces envió al licenciado del ministerio público a levantar el acta correspondiente en el local de la DM Nacional, propiedad de Esteban de la Fuente. El agente regresó satisfecho de su intervención (y con cinco mil pesos en su cartera de piel de lagarto) demostrando que todo era legal. Colmenares dudó del licenciado, giró una contraorden para que el whisky ilegal fuera incautado sin derecho a fianza. Le pidió la renuncia al licenciado, a fin de cuentas un funcionario del ayuntamiento anterior, y envió a tres policías con el nuevo agente del ministerio público, que ejecutó, al fin, la orden. Amadeo se hallaba en el casino, en una de las reñidas partidas de dominó, cuando Esteban le habló por teléfono.

— Debes comunicarte cuanto antes con Colmenares — escuchó la voz de su hermano.

— Este hombre se ha vuelto loco — dijo por el auricular, temblando de coraje. Colgó. Les dijo a sus amigos lo que había sucedido. De alguna manera, Moctezuma, Villar, González y Bush, se sintieron amenazados.

—Don Paco, tráiganos una botella de Courvoisier —ordenó Moctezuma.

—Este hijo de la chingada me ha decomisado las cien cajas de whisky —informó Amadeo—, y debemos hacer algo pronto que lo detenga.

—Primero un trago —dijo Moctezuma con voz pausada—, luego vamos a preparar una estrategia que de una vez lo ponga en jaque.

—Esto no puede quedarse así —amenazó Villar—. Colmenares sabe quién es Amadeo, sabe quiénes somos: los que producimos para que el puerto respire. Y no hay duda: viene a golpear.

Bebieron varios tragos, discutieron acaloradamente y hacia las siete de la noche, en que por lo común se levantaba la partida de dominó, Matías Bush creyó tener la solución del problema.

—Vamos a verlo al palacio —dijo—. De una vez hay que enseñarle cuáles son las reglas del juego y cómo debe amoldarse a ellas.

Los jugadores de dominó se dirigieron en sus autos al palacio de gobierno. Subieron al segundo piso, donde se encontraba la oficina del presidente municipal, como por su propia casa. Los policías y otros funcionarios que los vieron, los saludaron. En el recibidor, un muchacho enclenque, con camisa blanca almidonada, corbata estampada de lunares rojos, pantalón azul marino, les preguntó qué deseaban. Moctezuma explicó con una frase que les urgía ver al ingeniero Colmenares. El muchacho de huesos largos y puntiagudos, salió disparado, previendo que estos señores traían vientos desfavorables a su jefe. Corrió con la noticia. De inmediato, entraron a la oficina, de grandes espacios, muy fresca, y el presidente los invitó a sentarse en unos sillones donde se hundieron los cuatro amigos.

Ya conocían a Colmenares; primero en la campaña, cuando era candidato, luego en la toma de posesión. Por

último, habían estado con él en una comida que se sirvió en honor del ayuntamiento saliente — del que Amadeo era tesorero — y para recibir al entrante. Cuando Colmenares soltó su frase protocolaria, estoy a sus órdenes, caballeros, Amadeo creyó su obligación abrir fuego.

—Mire usted, señor presidente —le dijo con voz suave, suplicante—, hemos venido a verlo porque estamos presenciando ciertas amenazas contra la paz del puerto. Creemos una obligación aclararle que no es posible gobernar mediante órdenes que pudieran ser consideradas improcedentes. Antes, pues, de que ocurra lo indeseable, debemos, como porteños comprometidos con el desarrollo de la entidad, manifestarle nuestra preocupación—. El ingeniero miró los rostros inquietos de sus interlocutores y trató de asumir su papel. Empezó a preguntar, escuchar, sondeando lo que imaginaba.

—Le agradezco mucho, señor De la Fuente, su apoyo y a ustedes su preocupación social. Me gustaría que me explicaran sin rodeos cuál es el asunto que los inquieta; estoy aquí para servirles y tratar de resolver los problemas esenciales de la ciudadanía. Quiero saber cuál es la causa de esta visita, que tengo en alta estimación.

—En nombre de los petroleros, yo quisiera decir— Moctezuma alzó la voz, hizo un gesto enérgico—, que nosotros somos una porción de la sociedad que lucha por la estabilidad social, cultural y política del puerto. Pregunte usted a los porteños y le dirán sin duda qué avances se deben a nosotros, qué obras sociales hemos promovido sin pensar en nuestro provecho, qué inversiones realizamos para dar empleo y bienestar a la población. Nadie ignora que tanto Villar como Bush, González y De la Fuente— podría citar a muchos más que no están presentes— y su servidor, han servido de puente entre el viejo puerto que heredamos de nuestros padres, achacoso, adormilado y

provinciano, de calles con pozas de agua y lodo, de casas de madera y lámina que el viento más leve tiraba, con el de hoy. Este puerto dinámico, de anchas avenidas hermo-seadas con palmeras, ejemplo de lo que es una sociedad ágil y emprendedora cuando sabe cumplir su destino y aprovechar sus recursos, de paseos y bulevares, donde crecen nuestros hijos. Esta vida comercial incesante como en las grandes capitales y el comercio marítimo que casi lo convierte en el primero de la costa del Golfo, es obra de los que usted ve aquí. Pero usted, ingeniero, ignora seguramente lo que ha costado este rostro limpio y sonrosado del puerto, porque acaba de llegar. Nosotros, en cambio, lo hemos ido maquillando y embelleciendo año con año; puedo decir —usted disculpe— que lo hemos parido.

Los amigos que se hallaban bajo la lámpara de imitación de cristal cortado, una especie de racimo que se desgaja, tuvieron el impulso de aplaudir el discurso de Moctezuma, orador profesional, líder obrero. El presidente llamó a su secretario privado y le hizo una indicación. Acto seguido, el muchacho preguntó si los señores querían tomar algo. Anotó o hizo que anotaba y envió a una secretaria con las copas debidas. Colmenares quería tomarse un trago fuerte y enfrentarse a sus verdugos; pensó que la partida iba a ser difícil. Hubo una breve pausa, luego comentarios deslavados sobre el tiempo de lluvias y el calor. Bebieron. El ambiente tenso se volvió holgado.

—Señores, reconozco en ustedes— dijo el presidente— a verdaderos promotores del progreso de la ciudad. En ningún momento descreo de sus palabras, señor Moctezuma, mucho menos en el compromiso social que tienen. Dígame en qué puedo contribuir a sus tareas, siempre y cuando estemos dentro de las leyes de nuestro estado y del país.

—Mire, ingeniero —dijo Amadeo, cordial, encendiendo un cigarro— ya vio que le brindamos amistad,

apoyo, y la posibilidad de participar a nuestro lado de las delicias que ofrece el puerto. Es preciso flexibilizar sus decisiones respecto a nosotros.

—Yo quiero—agregó Moctezuma— que cierto asunto pendiente y un tanto bochornoso se arregle entre usted, ingeniero, y nuestro amigo De la Fuente.

—Por supuesto, amigo De la Fuente —aseguró Colmenares—. El problema es que la orden ya fue ejecutada y el Ministerio Público no puede retractarse.

—No importa, ingeniero, esas actas y órdenes se queman entre amigos —sugirió Bush.

—Depende— el presidente sonrió—. Se trata de un contrabando.

—No precisamente —intervino Amadeo—. Ahí es donde radica su falsa apreciación de la justicia, su error, creo yo, para aplicar las leyes. Se trata de un negocio privado y nada más.

—Según ustedes, pero no según las leyes del estado— insistió Colmenares.

—Vea bien el asunto, ingeniero —dijo Villar, conciliador—. Comprar vinos y licores, luego venderlos. ¿Es un acto ilícito? ¿Se están violando las leyes?

—Claro que sí, amigos —dijo Colmenares, contundente—. De la Fuente no está autorizado para efectuar ese tipo de transacciones; no sacó el permiso correspondiente en comercio, salubridad, la tesorería general del estado, el ayuntamiento, ¡ah!, y en hacienda.

—Bueno, bueno, no exagere —aclaró Amadeo—. No voy a dedicarme a ese negocio; hubo la oportunidad y pensando que el puerto compra esos vinos en diciembre, me adelanté. Usted mismo lo haría, ingeniero.

Se dibujó una leve sonrisa entre los amigos de Amadeo. Moctezuma dijo algo en secreto al oído de Bush; se miraron, abrieron y estiraron la boca.

—No quiero pecar de santo —dijo el ingeniero, acorralado—. Tal vez sí lo haría, pero no lo hice, y estoy aquí para evitar o sancionar en su caso, las violaciones a las leyes.

—En eso estamos de acuerdo —dijo Moctezuma— pero las leyes son flexibles.

—A veces —aclaró Colmenares.

—¿Qué quiere decir, ingeniero?—preguntó Amadeo.

—Nada en especial, pero vean una cosa: ustedes vienen a decirme que en sus terrenos no me meta, es eso, ¿verdad?

—Hemos venido a saludarlo para conversar, facilitar las cosas —dijo Moctezuma—, porque estamos preocupados por la salud de este mozo que es el puerto. Y usted empieza, de entrada, a confundir los términos.

—Más bien deseo aclararlos —y Colmenares caminó hasta su escritorio—. Es preciso disciplinarse, amigos, ya no es posible pensar en los privilegios de una casta social y económica que se erige por encima de la sociedad, impone sus leyes que no son sino las de la especulación, la corrupción a ultranza, y bajo el amparo de los políticos esconde su barbaridades.

—Ingeniero —dijo Moctezuma, alarmado—. ¿Qué insinúa? ¿Qué ideas defiende?

—Las que ustedes no desean ver.

—Usted me insulta —Moctezuma agresivo, subiéndole la sangre a los ojos—. Cree que somos una partida de privilegiados y corruptos. Está equivocado, terrible y peligrosamente equivocado. Representamos una parte de la empresa privada, un sector de la sociedad que agiliza y pone en marcha el desarrollo de la región. La historia lo demostrará.

—No estén tan seguros —Colmenares, pensativo—. La historia demostrará lo contrario.

—No sea dogmático, ingeniero —aconsejó Amadeo.

El ingeniero encendió un puro, movió la cabeza con un gesto negativo, vio los almendros del parque como si hubieran perdido su color debido a la luz de neón que les caía y los desfiguraba. Vio el movimiento lento, rítmico de los porteños, caminando alrededor del quiosco, y decidió terminar la plática.

—Me parece que no vamos a ponernos de acuerdo —dijo, desde su escritorio—. Lo siento de verdad.

—Está en sus manos —dijo Amadeo.

—No me refería a sus vinos, sino a las ideas a las que me aferro porque forman parte de la dignidad y de la lucha que nos dieron quienes hicieron el país.

Se despidieron de Colmenares con un fuerte apretón de manos, sabiendo que de aquí en adelante la guerra quedaba declarada. Ya en la puerta, Moctezuma fue el último en despedirse.

—Piense bien lo que hace, ingeniero —dijo. Y se miraron a los ojos en un claro desafío.

Amadeo jamás recuperó sus vinos y licores; Colmenares intentó cerrar filas y descubrió un grandioso fraude al fisco en los almacenes de España; en esos días comprobó que los terrenos de la colonia petrolera los había vendido el mismo Moctezuma sin tener título de propiedad. Eran terrenos nacionales. Amadeo y sus amigos cerraron también el cerco contra Colmenares. La lucha se intensificó. El primer golpe que recibió vino de el *Diario de Sotavento*, que lo acusó de izquierdista, corrupto e inepto, porque el puerto vivía en la incertidumbre. El periódico más reciente, *La Verdad*, que obedecía a los petroleros, reforzó las acusaciones. En cafés y charlas, en el casino, las tertulias y los bares, Colmenares se convirtió en el plato favorito. El escándalo llegó a la capital del estado. O tal vez de allá vino. Se estiró en el puerto y siguió su curso lógico. Regresó a la capital, el gobernador tomó cartas en el

asunto —después de dos huelgas generales del comercio organizado y de muchas cartas enviadas para denunciar a Colmenares— y le pidió la renuncia al presidente.

Un viernes caluroso, de sol desenfadado, Colmenares abandonó el palacio de gobierno. Se dijo que huía cobardemente. El *Diario de Sotavento* lo llamó falso profeta de la democracia, títere de las fuerzas oscuras de México, chacal, antimexicano y mostró una fotografía de su familia para comprobar su hipótesis. Colmenares —aseguró la prensa— era un insecto anodino, depravado; basta ver el rostro y la facha de su esposa. Ese viernes, al saberse la renuncia, Moctezuma ordenó fiesta general en el casino. Lo que se bebiera corría por su cuenta.

Una semana más tarde, a la misma hora, el casino se vistió de luto. Ahí se levantó el rumor de la muerte del empresario Armando Riveroll, cuñado de Amadeo. Se trataba del crimen más espectacular de los últimos tiempos, en toda la zona. La prensa solía recoger noticias de nota roja sin aparente relevancia: petroleros acribillados, campesinos desaparecidos, pescadores ahogados, marineros acuchillados en riñas de cantina, hombres despedazados por el tren durante la noche, colocados en la vía. Pero el caso Riveroll fue su tema; le sirvió para especular sobre fuerzas oscuras, clandestinas que, desde las sombras querían desestabilizar el progreso conseguido. Los amigos de Riveroll enviaron cartas al gobernador para exigir el esclarecimiento del crimen y detener a los responsables. No pocas veces el gobernador prometió todo y no pudo cumplir su palabra. Moctezuma, a través de los petroleros, culpó directamente al ingeniero Colmenares, expresidente municipal del puerto, enemigo de los porteños y de la sociedad, vampiro que había venido por la sangre de un empresario progresista y ejemplar como Riveroll. Agrupaciones sindicales, la cámara de comercio se sumaron a la protesta. Las asociaciones de padres de familia señalaron a los cosacos: «son ellos los culpables de la violencia y la corrupción». Se pidió a la autoridad protección a la ciudadanía, limpiar de una buena vez por todas el puerto de maleantes. La sociedad, irritada, se lanzó a una verdadera campaña depuradora. Fueron días aciagos. Cerraron la zona de tolerancia, prohibieron

que los barcos atracaran antes de haber sido revisados cuidadosamente por las autoridades portuarias. Se vigiló la entrada y salida de los trenes; y de nada sirvió. El culpable jamás fue descubierto.

Al salir de las oficinas de su constructora, Riveroll caminó media cuadra precisamente en la hora más animada y concurrida. Al doblar en la segunda de Juárez, justo enfrente de La Primavera, una tienda exclusiva de ropa, un hombre se acercó a él, lo amagó. Parece que la víctima no dio importancia al que le salió al paso. Por la espalda, sintió que le disparaban. Cayó con dos balazos en el pulmón derecho. El hombre que lo había interceptado, lo remató de un tiro en la cabeza. La operación fue perfecta. No duró ni dos minutos. La gente rodeó el cuerpo desfallecido, y el chofer de Riveroll reconoció en el caído a su jefe. Los gritos se escaparon de entre la multitud. Cundió el pánico. La sangre se esparció por la banqueta y rodó a la calle. Riveroll murió instantáneamente de tres impactos de bala calibre 45. En las calles hubo movilización de la policía; los bomberos y los marinos rompieron la monotonía de esa tarde. Eran las seis y media cuando Riveroll fue atacado. La ambulancia de la Cruz Roja recogió el cadáver en mitad de una multitud sin precedentes. Aquello parecía un mitin. Los familiares fueron avisados de inmediato; llegó Rosario de la Fuente, su esposa, se acercó al cuerpo manchado y estalló en gritos enloquecidos. Amadeo y Esteban se encargaron de su hermana. Debían levantar un acta rápidamente, hacer trámites judiciales. La prensa tomó nota del incidente, fotografió la esquina, la sangre derramada, el rostro del victimado o lo que quedó de él. El miedo apareció esbelto y tenso, instalándose en la sociedad amiga de Riveroll. La noticia llegó con relativa prontitud a Palma Sola donde se hablaba de una balacera en el cen-

tro, con un saldo de varios muertos, la policía se batió con los matones en franca desventaja, la calle Juárez parecía un cementerio. Los viejos taxistas del puerto pensaron que se vivían malos tiempos; uno de ellos, el decano, el negro que había tenido aquella legendaria Fargo, citó la Biblia, después de haber visto tirado en la banqueta a don Armando Riveroll, viejo amigo suyo. Anunció que la quinta trompeta del Apocalipsis estaba sonando; las aguas vencerán el odio desatado, explicó a sus compañeros. El capitán del puerto acuarteló a sus marinos y el coronel Sánchez, encargado de la partida militar, ordenó que un comando motorizado patrullara las calles y ciertas zonas estratégicas para vigilar el orden y contribuir a la caza de los asesinos. Elementos de la policía judicial y de caminos se encargaron de controlar la entrada y la salida de vehículos.

Esa noche detuvieron a tres «sospechosos»: unos albañiles que portaban armas. Fueron «calentados» y a la mañana siguiente, puestos en libertad. Los balazos y la saña con que asesinaron a Riveroll fueron suficiente para que durante varias semanas, el puerto estuviera custodiado como un fuerte. La noche del crimen, nadie durmió. Después de la hora de mayor agitación, entre las seis y las ocho y media de la noche, la ciudad quedó solitaria, en silencio. Las calles se convirtieron en un desierto alumbrado. Solamente la brisa del mar recorría aquellos lugares tan animados otras veces con la charla de los porteños, sus pasos y sus risas. La presencia abarcadora del río se dejó sentir. Las familias prominentes culparon del crimen a los «pobres diablos» de la otra orilla. La abuelita de las Sevilla quería que el ejército fuera a Allende y borrarla de la geografía costeña el pueblo lleno de maleantes y salvajes. Quizás los porteños perdieron la memoria en un intento cumplido por no recordar el desaliento amargo de esa noche. El diario cubrió

el crimen magistralmente; trató el caso en sus distintos aspectos; y al mes seguía publicando especulaciones sobre los responsables. Publicó notas rojas, crónicas, entrevistas, encuestas a los grupos sociales que conocían a Riveroll, manifiestos a la opinión pública, cartas al gobernador, en las que se pedía justicia. Esta palabra fue clave en esos días; olvidada y sólo nombrada en casos excepcionales, de pronto la desenterraron. El puerto la reclamó como el regreso a casa de una hija desobediente a la que es preciso escarmentar. Se argumentó que un crimen de esa naturaleza no debía quedar impune pues daría pie a otros que podían afectar gravemente la paz. Después de varios meses de haber sido sepultado Armando Riveroll, las conjeturas sobre sus victimarios seguían circulando. Rosario, la viuda, decidió irse. No soportó la pena ni las desdichadas opiniones que fueron saliendo sobre la vida de su esposo. Se fue con sus hijos a la ciudad de México y allá se instaló cómodamente en una amplia residencia de la ampulosa colonia del Valle. Dejó todo, amistades, familia, la constructora, su casa y su terruño. Solamente se llevó la imagen desquiciante de su marido, asesinado en la calle más céntrica y ruidosa del puerto.

La hirió profundamente el rumor de que su marido estaba coludido con ciertos caciques de la región, a los que debía miles de pesos; se decía que ellos ordenaron el crimen. Se habló de una amante, también de una deuda — la honra de una muchacha — que Riveroll tenía pendiente en Cosoleacaque.

Pasaron los días; al fin, el caso se olvidó o se archivó en los cajones del ayuntamiento. Apareció un nuevo sexenio, que se dibujó en la mente colectiva del puerto como promisorio, aparte de la carrera progresista ya natural en esa zona. Si las actitudes y los pensamientos de los porteños estaban marcados por el petróleo, a este dios

del dinero se sumaron nuevas promesas: se habló de un canal que atravesaría el Istmo de Tehuantepec y lo convertiría en un corredor industrial, comercial y turístico, sin precedentes en México. Los porteños consideraron que era el momento de exportar su modelo de ciudad, y sus ángulos modernos, hacia el Sureste. Desde ahí se izó la bandera que reflejaba el progreso y la idea de abrir brechas entre pantanos y potreros, venciendo la selva virgen y la furia de los ríos, para extender su imperio. El proyecto fue un afán colectivo; los porteños se creyeron ciudadanos del universo por primera vez en su vida.

Comenzaba a despuntar el nuevo sexenio cuando los amigos de Amadeo recibieron una noticia que despertó oleadas de comentarios y rumores. Fue también en el casino, donde se recogió la primera versión sobre la sorpresiva y extraña muerte de la señora González Rubio. La época de los cosacos se había consolidado y el puerto tenía ya un rostro nuevo, que lo hacía sentirse cosmopolita. Si el caso Riveroll levantó una nube de indignación, el de Aniceta provocó resentimiento. ¡Cómo iba a relacionarse el nombre de esa mujer con el de distinguidos ciudadanos! Aun cuando fuera cierto que la conocían o la frecuentaban, no era lo mismo un hombre que una prostituta. Chela Moctezuma se enteró antes que sus amigas, que las «pupilas» de Aniceta habían ido al ayuntamiento para exigir castigo a los culpables: los amigos de su patrona. Reunió a Berta y Alma Rosa y les dijo: «queridas, estamos en franca quiebra de valores, ¿qué les parece? La muerte de esa mujer no tiene nada que ver con nosotros. ¿saben lo que gritaron esta mañana esas mujeres? Que nuestros maridos eran los responsables de la muerte de la González Rubio. Nada más». Y les explicó que se estaba cometiendo una injusticia con el nombre de distinguidas familias, obra de intereses inconfesados y absurdos. A los tres días del crimen, la policía asestó un golpe que entur-

bió aún más el asunto. Hizo una ronda de «rutina» en El Jalisco y descubrió un arsenal de droga que —era evidente— sería embarcada hacia el extranjero. Las autoridades competentes citaron a Moctezuma, Amadeo, Bush, Villar: debían declarar sobre el trato que mantenían con Aniceta; Don Horacio envió a su abogado; le pidió a sus amigos no perder la cordura y ordenó entregar una suma de dinero al ministerio público que la aceptó con mucho gusto. Pero el rumor continuaba y la muerte de la Aniceta —como la de Riveroll— era un misterio. Una tarde en que bebían coñac, Esteban, Amadeo y Eliseo González pusieron el tema en la sobremesa del Neguri.

—La mató el desconocido— afirmó Eliseo, categórico—. Su socio en el norte para el contrabando.

—No seas inocente —dijo Esteban—. Ese hombre no venía del norte, sino de Acapulco.

—Eso dicen, pero la verdad es otra —insistió Eliseo.

—Dejen esas tonterías a un lado —Amadeo en voz baja—. Lo grave es que han querido involucrarnos. Hasta mi mujer está enterada de todo.

—¿Y si fue ella misma la que tejió esta comedia? —preguntó risueño Esteban.

—Yo la había visto una semana antes, parecía feliz —dijo Eliseo y se bebió su copa de un sorbo.

—¿Sí? Yo, esa misma noche.

—¡No juegues, Amadeo!

—Por supuesto. Su chofer me localizó en el café de chinos. El Negro me dijo que la señora quería verme; dejé mi coche frente al café y nos fuimos al Holyden. La encontré muy arreglada: vestido de lentejuelas negro, maquillada. Empezamos a platicar. Ella reía de todo. El Negro trajo unos camarones gigantes a la vinagreta y los puso sobre la mesita; abrió una botella de vino blanco. Sirvió.

—Amadeo, eres el único amigo que tengo en esta ciudad —me dijo, y caminó radiante por la habitación.

—¿Qué te pasa, querida? —le pregunté. Bebí y la miré; seguía siendo una mujer guapa, con un halo de sensualidad.

—Estoy harta —dijo y me tomó las manos.

—¿Harta de qué, Cheta? ¿De hacer billetes?

—Eres demasiado directo —me dijo, y me soltó—. Sabes bien que he luchado no solamente por el dinero y los burdeles. Siempre he buscado otras cosas.

—Pero Cheta, tú tienes el cariño de tus amigos, reconocimiento...

—Escucha —me interrumpió— y no te hagas el tonto: sin amor no se puede vivir, si acaso se puede morir.

Eliseo dijo que Aniceta estaba como en un éxtasis extraño; sentía añoranza de su vida pasada y presente. Lloró por sus padres, por sus hermanos y hermanas, le pidió que la acompañara a su pueblo: quería ver de nuevo su cielo de montaña, sentir el frío despiadado, dar vueltas en la plaza, oler el aroma de los fresnos. Eliseo la dejó así de inspirada y bien pasada de copas. Moctezuma, al parecer, la vio después.

—Entonces, el último que la visitó fue Amadeo —dijo Eliseo.

—No creo —Esteban miró a su hermano—. Aniceta intentó beber y hablar esa noche con sus viejos amigos ¿entiendes? También me llamó a mí.

Al día siguiente, Amadeo llegó al casino y recibió la noticia de que Matías Bush y Alma Rosa se habían marchado intempestivamente del puerto. Moctezuma trajo el adiós de ellos para el resto de los amigos. Amadeo no aguantó más; creyó por un momento que el mundo conspiraba contra él. Abandonó el casino, rechazó participar en los rumores y salió a la calle.

El calor era intenso; subió a su auto y, pensativo, irritado, bajó al río sin darse cuenta. Miró las luces de Allende reflejadas en las aguas oscuras del Uxpanapa y

sintió una impotencia colosal. Se sintió el hombre más desamparado de la tierra y en su cuerpo brotó un cansancio infinito, demoledor, corno si toda la vida no hubiera dormido. La brisa le entró por los sentidos pero fue insuficiente para estimularlo; respiró como un pez cazado que se asfixia y en sus ojos brillaron algunas lágrimas que la misma brisa secó. Pensó en Berta y recordó las veces que había reñido con ella por culpa de Aniceta o Esther. Tuvo lástima de sí mismo. Decidió convertirse en animal sedentario; dedicarse a sus hijos y a la casa. Jamás lo cumplió, pero al menos esa noche sintió el llamado. Recordó a su padre, a Esteban, a la tía Elvira que había sido como una madre. Le parecían tan distantes, seres de espuma. El mismo creyó estar hecho de bruma y viento, ser una sombra nada más. Subió al auto y manejó hasta su casa. Le contó a Berta lo sucedido durante la tarde y ella le dijo que sabía todo; estaba pálido, con la mirada caída. Cenaron como en un cementerio, rígidos; hablaron con frases cortas, huecas. Eduardo y Gonzalo se aliaron al luto imaginario. Amadeo pronosticó la tercera guerra mundial; Amelia lloraba en la cocina. Eduardo se cobijó en los brazos de su padre.

—Oye, papá —le dijo, sentado en las rodillas de Amadeo— ¿Y regresará pronto Alma Rosa?

—Claro que sí —mintió Berta, sonriendo—, ¿por qué no iba a volver?

—Me molesta que no se hayan despedido —dijo Amadeo, irritado—, y más cuando han ocurrido tantas cosas.

—¿Es cierto que Matías era amigo de Aniceta?— preguntó Gonzalo y miró a su madre buscando respuesta.

—¡Majadero! —respondió Amadeo—. Si vuelves a hacer una alusión a ese asunto en esta casa, te apaleo ¿me oyes?

—Cálmate, Amadeo —pidió Berta—, ustedes váyanse a acostar, le dijo a los niños.

Esa noche la familia De la Fuente se fue a la cama con la misma sensación de soledad y desesperanza que flotaba en el ambiente de la ciudad. Cada uno soñó cosas diferentes. Eduardo vio que Alma Rosa regresaba en un barco inmenso; él iba a recibirla al muelle; quería darle la mano pero no la alcanzaba. Amadeo no descifró su sueño, sin embargo le provocó nerviosismo y lo despertó en la madrugada. Berta soñó que sus amigas encabezadas por Alma Rosa caminaban en los prados de Los Mangos. La Bush llevaba un vestido blanco, largo, que irradiaba luz en el mediodía soleado. La casa era blanca, y el prado verde, los ciruelos, el palo mulato, las jacarandas y los almendros, habían perdido su color. Era blanco el paisaje y el cielo, la tierra y las flores, las montañas de Los Tuxtlas, los animales y las lomas. Alma Rosa se acercó a Berta; con su mano suave, blanca y delicada, le acarició la nuca. Como hechizada, Berta rodaba por el pasto; en ese gesto descubrió un goce inmenso, enigmático.

LA DE LAS MANOS BLANCAS

1

Cuando se supo que Matías y su esposa habían regresado, Amadeo y Berta se apresuraron a divulgar la noticia entre sus amigos; de alguna manera querían borrar aquella vieja leyenda según la cual habían escapado como delincuentes. Berta recibió un telegrama de Alma Rosa en el que anunciaba día y hora de su llegada. Preparó con Amadeo el recibimiento y decidieron organizar un coctel en su honor. La inteligencia y la belleza de Alma Rosa, brillaron de nuevo entre los porteños. Pero ahora el matrimonio tenía un motivo más para sentirse satisfecho: los ojos verdes de Alma Rosa, sus dieciocho años bien repartidos, su hermoso color. Asistió, como en los viejos tiempos, la bola de amigos de Amadeo y Berta, Villar, Moctezuma, Esteban, las Sevilla, González y algunos nuevos rostros que sorprendieron a Matías. Para él, todo parecía agradable y distinto. Escuchó con atención el relato de los cambios, las obras, el desarrollo del puerto en pocos años, y no dio crédito a tan repentino avance. Amadeo no se separaba de Matías. Después de varias anécdotas curiosas, quiso aclarar un asunto pendiente.

— Bueno y ahora se puede saber por qué te fuiste en esa forma de aquí — dijo Amadeo, sonriendo.

— La cosa fue sencilla — explicó Matías, mirando a sus compañeros —. O me decidía de un golpe a abando-

nar el puerto o jamás lo haría. Tenía verdaderos deseos de instalarme un tiempo en Estados Unidos y así lo hicimos.

—Y te ha ido muy bien ¿no es cierto? —preguntó Villar—. Acá dejaste negocios estupendos, a un socio fiel (miró a Amadeo) y a tus amigos.

—Ni modo, hermano —siguió Matías, con su puro y su jaibol—. Es imposible a veces atender tantas cosas al mismo tiempo.

—Por lo pronto digamos salud —sugirió Amadeo—, por el regreso de los Bush.

La reunión se animó, hubo música y mucho vino; bocadillos y camarones empanizados. Los Bush regresaban con unos cuantos años más encima y lucían espléndidamente; sin embargo, se veía el paso del tiempo por aquellos rostros; Alma Rosa tenía patas de gallo, había engordado, su silueta distaba mucho de ser la de antes. Matías estaba casi completamente calvo y ahora sí, era un señor. Berta le dijo a su querida amiga que la había extrañado mucho, le agradeció las postales que había recibido.

—Estás igualita —dijo Berta, bebiendo un jaibol.

—Mira bien, la que no ha cambiado nada eres tú, Berta —Alma Rosa seria, perspicaz.

—Estoy de acuerdo, pero eso no importa —Berta, abrazándola—. Lo que vale es que hayan regresado a ver a los amigos.

Berta notó que junto a su hija, Alma Rosa se veía en franca desventaja. En la misma reunión, Eduardo saludó al matrimonio Bush y cuando se acercó a Alma no supo qué hacer. La vio y no pudo creer que esta mujer tan crecida fuera la niña enclenque y desteñida que él había dejado de ver pocos años. Le dio un beso en la mejilla, sabiendo que los dos se ruborizaban de sus actos; ella le sonrió con cierta complicidad y le guiñó un ojo. Fue también una sorpresa ver a Eduardo, hecho un hombre, alto; desaliñado por la flacura, de ojos negros

pequeños, su boca ancha y unas manos largas que tomaron las suyas. Amadeo notó que su hijo estaba trabado por la timidez y rompió el hielo: «Mira qué linda amiga tienes», dijo en broma.

Y tan pronto se apartaron de los mayores, Eduardo y Alma platicaron holgadamente. Él quería enseñarle cuanto antes su cuarto de adulto, sus pinturas, sus libros y discos, y la invitó. Subieron a la planta alta de la casa. Alma Rosa vio la silueta del puerto y suspiró. La noche había entrado y el puerto flotaba entre la luz mortecina que caía sobre las palmeras.

—Siempre quise regresar, pero líos de negocios y no sé que otros problemas — dijo ella — no se lo permitían a mi padre. Hasta que ahora, de un momento a otro, nos llamó a mi madre y a mí, nos preguntó si queríamos venir. ¡Claro!, le respondimos.

—Hubieras venido tú, a la casa de tu tía — Eduardo, bebiendo whisky —. Te olvidaste de nosotros, no lo niegues.

Y al decirlo Eduardo le tomó la mano; sus cuerpos se atraían como dos imanes. Ella se dejó hacer. Se juntaron, se miraron, como para recordar los abrazos y los besos que se daban de niños imitando a los mayores. La Bush le recordó que abajo estaban sus padres, que podían subir. Él se detuvo ante la insistencia y el peligro real. Se dedicó a besarle los ojos, la boca, el cuello; cautelosamente, como si estuviera ensayando un concierto, la acariciaba. Ella seguía el compás: Se contaron resumidamente sus vidas en todos esos años de no verse. Cada uno mintió a su manera. Ella había tenido un novio a los quince y no se había enamorado de él; luego había salido con algunos amigos con los que bailaba en las fiestas y nada, no encontraba nada. Últimamente había conocido a Armando.

—Y es tu novio, ¿verdad? —preguntó Eduardo, pasando su mano por las piernas de ella.

—Qué va, es un excelente amigo, nada más. Aunque, sí, es el mejor de todos—. Ella miró detenidamente a Eduardo y le preguntó en broma:

—Dime de una vez, ¿quién es tu novia en el puerto?

—Pero si mi novia eres tú, mi novia ausente, ya lo sabes, y lo seguirás siendo.

—No mientas, Eduardo, no hace falta.

Y él le tomó la cintura y la besó. Acostados en el sofá, hablaban, reían, fumando, bebiendo. Hasta que la Bush se negó a hacer el amor, no era la forma, le explicó, debían esperar. Eduardo insistió por puro amor propio. Quería a su antigua amiga, a la niña de bucles dorados que hacía enojar cada vez que se los jalaba. Le decía la Gata Minina y se reía de ella. En Los Tuxtlas jugaban a las escondidas y mientras Gonzalo los buscaba, ellos se besaban atrás de la puerta o en cualquier rincón. Eduardo seguía aquella imagen como un demente. Y no la encontraba al acariciar y besar a la Bush que ahora tenía en su cuarto. En todas partes, la Gata y su carita ingenua de no me toques, y si me haces esto o aquello se lo digo a mi papá. Ahora le acariciaba el cabello ondulado que le caía en los hombros y le dibujaba la cara. Miraba el cuerpo de la Bush, y sabía que era una mujer, pero su rostro no había cambiado, entonces besaba a la niña aunque con un gesto más definido y tierno.

Eduardo no durmió aquella noche sólo de pensar en el contraste de la niña que había dejado de ver y la mujer que esa tarde había visto. Escuchaba su voz y no la reconocía. Enseguida, la Bush sonreía y en esos labios delgados hallaba otra vez a su antigua compañera.

Al día siguiente la buscó y la vio, y le enseñó el muelle inmenso, el malecón remodelado; la llevó a la playa y corrieron por la orilla del mar, se metieron al agua, comieron ceviche en las ramadas; actuaban como autómatas. Se rieron de la ciudad y su fisonomía provinciana,

de aldea. Saludaron a los amigos de Eduardo. Martín, su amigo inseparable, se unió a ellos. Fueron días de fiestas en la noche, lunadas en la playa, paseos a los ranchos cercanos. Cruzaron a Allende en el remolcador de Pemex, Caminaron por sus dos callecitas arenosas, comieron helados de coco, se bebieron una Victoria. Martín les dijo que estaban locos de remate, pero no los abandonó. Cuando desembarcaron, Eduardo creyó una obligación hablar del pasado.

—Mira Alma, en este muelle —dijo señalando, mientras caminaban sobre el hierro—, mi abuela Sara conoció a mi abuelo. Cuenta que lo vio desde abajo —el capitán se encontraba en el barco—, y ella, una chama-ca todavía, como tú, digamos, pensó que ese dios de las aguas tendría que llevársela.

—¿Y es cierto todo eso que se dice de Allende? —preguntó Alma Rosa, incrédula—. Todo me parece normal: los pescadores, esos pequeños comerciantes, los marinos ... no veo ladrones y asesinos, brujos, malvados ...

—Tú deja esas historias —respondió Eduardo—. Ahora vamos al faro nuevo. Quiero enseñarte algo—. Y caminaron por una vereda marcada por las rodadas de un camión, hacia el faro, que se hallaba en la punta de esa lengua de tierra que era Allende. Se alejaron del pueblo y su escaso caserío de lámina. El viento les aventó a la cara arenisca de la playa; siguieron rumbo al faro con paso firme; atravesaron las dunas, se hundieron en la arena floja. Eduardo continuaba contando la historia de su bisabuelo, don Mariano, un viejecito diminuto que atravesaba con mal tiempo, en mitad del viento y la lluvia, estos arenales y encendía el faro. Aunque nadie se lo exigiera, el viejo corría a prenderlo. Por fin, llegaron a la torre blanca como en embudo que habían modernizado a partir del aumento de tráfico marino en el puerto. Ahora era automático. La parte de abajo, enmohecida por el

salitre, había sido el viejo faro, de unos cuatro metros de altura. Arriba, en una especie de ventana, don Mariano colocaba sus linternas. Eduardo explicaba eso como si él lo hubiera visto. Martín abrió la puerta de acceso, vieron la escalera de caracol, gritaron y el eco les devolvió en fragmentos sus voces; sintieron frío, y de tanto mirar hacia arriba, se marearon. Alma Rosa creyó ver una sombra en movimiento que bajaba por las escaleras; el sol terrible de afuera y el viento del norte, seco, la había despeinado y traía los pelos en la cara. Eduardo se sintió en la cueva de un monstruo marino.

Entre las crudas y las desveladas, y su obsesión por Alma Rosa, vivía esos días como en las nubes. Iba a las reuniones hechas con motivo de las vacaciones, pero en blanco; su pensamiento se había clavado en los pechos de Alma Rosa, en su gracia, en las envidias que había despertado entre la adolescencia porteña. Salieron de ahí, sofocados, aun cuando el lugar era húmedo y guardaba una baja temperatura. La luz los cegó. Alma Rosa casi se desmaya; la tomaron de los brazos, la recostaron en un cocotero que hacía sombra y evitaba el viento insidioso. Desde ese ángulo vieron el puerto; era una alucinación, los pinos y los almendros, las palmeras que sobresalían de la urbanización; el malecón hacía un arco sobre el que se estrellaban las olas, y lo blanqueaban de espuma. Caminaron hacia el pueblo, como si hubieran desentrañado un enigma; por fin habían visto aquella otra orilla de cerca, habían caminado por sus calles y observado a la gente.

Cruzaron de nuevo el río. Alma Rosa pidió una tregua, quería descansar, ir un rato a su casa, estar junto a sus padres. Pero Eduardo, en un arrebató impositivo, inventó una comida en la playa. Beberían vino y cervezas, comerían camarones gigantes, ostiones en su concha y verían, desde el comienzo de la sierra de San Martín, la puesta de sol.

—No puedes negarte —sentenció Martín, mirando a la Bush—. Es un ofrecimiento increíble, Alma. Vamos a cambiarnos de ropa, y de paso, recojo a mi amiga Aida.

—Sí, sí pero deben entender —ella se dirigió a Eduardo—. Por favor, Lalo, ¿no vas a ser razonable?

—Contigo, definitivamente ¡no! Vienes al puerto dos semanas, una visita fugaz, y no sabes cuándo vas a volver. Como castigo, tienes que disfrutarlo, ¡a morir! ¿verdad, Martín?

Ese plan lo hicieron mientras cruzaban el río en el enorme lanchón de Pemex, que en quince minutos pasaba a cientos de pasajeros de una orilla a otra. Con viento y lluvia, entre el oleaje más alto, el barco se imponía y domaba la corriente desenfundada. Atracó lentamente; hizo dos maniobras para pegarse justo al muelle. Bajaron, compraron jícamas, tomaron el auto estacionado en el malecón. Eduardo organizó el paseo a la playa. Allá se refugiaron el resto del día. Hasta que el sol fue tragado de una bocanada por el mar, regresaron al puerto. Esa tarde, Alma Rosa tuvo que llamarle la atención a su hija porque de pronto sintió temor de tanta fiesta, paseos y playa.

—Tú y Eduardo se han vuelto locos —le dijo en la recámara, donde Alma se cambiaba de ropa, para acostarse—. No puede ser que todo el santo día anden en la calle. Por favor, Almita, ¿qué van a decir en este pueblo tan chismoso?

—Es lo que menos me importa —respondió, metida en su cama—. Nos divertimos de lo lindo. Estuvimos en Allende, cruzamos en el lanchón, fuimos al faro, luego comimos en la playa. Desde San Martín vimos el atardecer...

—¿Y se te hace poco? ¡En qué sitios se meten, hija! No te expongás.

—No te preocupes, ¿quieres que tu hija se aburra? Necesito dormir un rato, a las ocho y media viene ese

diablo a buscarme, así es que lo entretienes si aún no estoy lista.

— ¡Todavía les queda la noche! No entiendo la prisa.

Este ritmo de actividades no era excepcional en los meses de vacaciones. Los estudiantes venían a sus casas, se juntaban los que estaban afuera con los del puerto, revivían sus andanzas, festejaban por festejar. No había tregua. Ese reencuentro se traducía en borracheras interminables. Una vez pasada la euforia, Eduardo veía con tristeza partir a sus amigos, a Xalapa, la ciudad de México, el Tecnológico de Monterrey, mientras él se sentía abandonado. Debía esperar a que le tocara la hora de partir, dejar el puerto con su rutina y sus limitaciones. El año que regresó la Bush, era el decisivo para él. Terminaba el bachillerato, se iría a estudiar a San Carlos.

Desde su reencuentro con Alma Rosa, no quiso dejarla un solo instante en libertad; la convirtió en su amiga y su esclava, su novia ideal. La hizo llorar de coraje, porque fue intransigente hasta en la música. La llevaba a su casa, la muchacha saludaba a Berta con timidez y subían a la estancia de arriba, luego al estudio de Eduardo. Él le ponía discos de los Platters, Paul Anka y Charles Aznavour. Escuchaba las canciones que se sabía y se las cantaba a Alma Rosa. La hacía girar sobre sí misma, le besaba el cuello y cuando menos lo pensaba ella, Eduardo le había desabrochado la blusa y la acariciaba. Alma Rosa temblaba; sabía que ese ímpetu no podía durar. Se sentaban en el *chaise-longe*, fumaban, bebían; un jaibol, Eduardo; una copa de vino, la Bush. En sus arrebatos caseros, él le hablaba, de prisa, como si el mundo se estuviera acabando.

Cada día era levantarse con la misma ansia de estar junto a Alma Rosa. Fue una rutina para Eduardo, ir a buscarla, tomarse un helado, dar vueltas y vueltas en el coche por el malecón, el Paseo Cifuentes, caminar de

la mano en el parque, saludando a los conocidos, platicando un minuto con ellos y ¡adelante! La playa, la orilla del río, las tardeadas en La Terraza, con música viva del conjunto rockanrolero de moda.

Una noche en que bailaban en la amplia sala de la casa de Andrés Moctezuma, Alma Rosa le recordó que éste era su último día en el puerto.

—No me veas con esa cara de diablo -le dijo y lo besó—. Simplemente nos vamos mañana en el vuelo de las cuatro y media.

—Piensa bien lo que haces, Almita, Almita— Eduardo la apretó con impaciencia.

—¿Vas a ir a despedirme?

—Ojalá pueda hacerlo —la soltó de la cintura y bajó la mirada—. Sabes que es difícil decirte adiós, esperar. ¿Qué puedo esperar?

—Qué trágico te pones, Lalo. Ahora se acabaron las vacaciones. Pronto nos veremos, confía en mí.

Eduardo dejó de bailar la pieza de Ray Coniff, tomó un jaibol, pasó entre los que bailaban, entre los mirones, le guiñó el ojo a Martín, y salió a la terraza; la luna creciente teñía el cielo azul de blanco. La brisa de la noche les quitó el calor sofocante de encima; se sentaron de frente al jardín de almendros, tulipanes y jacarandas. En el centro, un ancho tamarindo sombreaba en silencio. Eduardo le pasó el brazo por la cintura y con sus dedos le acarició ligeramente la punta del hombro izquierdo. Se encogió.

—Quédate unos días más, ¿qué te cuesta?

—Es mi papá; debe regresar a ver sus asuntos y nos lleva a las dos Almas.

—Por favor Alma, no te vayas todavía. ¿Es que no te has divertido? Ya me acostumbré a ti, a tu pelo, a tu voz, a tus ojos. Ni modo. Sucedió.

—Yo también, Eduardo, me hice en estos días a tus cosas. Me gustas, lo sabes bien.

—Sí señorita, cómo no —dijo Eduardo, actuando, inflando la voz.

—Yo le creo todo lo que usted me diga, pero no se vaya. Hagamos aquí, frente a los cuernos de la lunita aquella —y levantó la mano hacia el cielo—, una promesa: usted va a quedarse en el puerto desobedeciendo la orden paterna.

—Mi destino es otro, mira los signos de la noche —Alma Rosa siguiéndole la corriente, actuando también—, señalan la hora de mi partida.

—¡Ah, querida mía!, en el cielo no confíes nunca —implorando—, desde siempre ha sido pésimo consejero, bruja que roba el alma de las estrellas, es mutable como los días. Hoy te bendice, mañana te repudia.

—Lo siento, señor mío, pero a mis pobres sentidos los entrenaron desde mi más tierna infancia para confiar en el cielo, en la noche y sus secretos, en la cara estirada de la luna. Yo me debo a usted, pero los astros dominan mi pensamiento y mi alma, voy tras ellos como la luz sigue al día.

—Entiendo, entiendo, ¡ah, desdichado de mí! Entonces debes morir. —Y Eduardo hizo el gesto como si sacara de su cintura una daga y se la clavara en el pecho a su amiga. La muchacha soltó un grito que llegó —en una pausa de la música— a los oídos de los de la fiesta. Martín y Moctezuma se asomaron y encontraron a Eduardo y Alma Rosa muertos de risa. Ellos también sonrieron por la broma.

Al día siguiente Martín y Eduardo se fueron al aeropuerto, a escasos treinta kilómetros; llegaron en el momento en que los Bush se bajaban de su auto y el chofer que los llevaba abría la cajuela. Las dos Almas se acercaron de inmediato a los muchachos. Martín se quedó con Alma Rosa y Eduardo caminó hacia el pequeño espacio que servía de oficinas a Mexicana de Aviación. Deseaba

que no llegara el avión. Eran las cuatro de la tarde. El calor era intenso y el sol amarillo aún hervía. Las maletas de los Bush fueron colocadas en el mostrador de la entrega de equipaje; sus boletos confirmados; el vuelo solamente tenía un retraso de diez minutos. Los pasajeros se agitaron; la pequeña oficina se llenó. Eduardo hablaba, por cortesía, con Matías, charlaban y bromeaban. Martín le hacía chistes a las dos Almas. Y de repente, Eduardo clavaba la vista con unos ojos tristes, cabizbajos, en los de Alma Rosa; ella le respondía la mirada con una sonrisa. En ese momento, se anunció la llegada del tetramotor. Aterrizó. Eduardo vio las hélices del aparato detenerse y pensó que era su desdicha, el culpable de llevarse las manos blancas de la Bush. Siguió hablando y sonriendo, pero pensando en otra cosa. Bajaron los pasajeros, recogieron su equipaje y anunciaron el vuelo con destino a la ciudad de México. Eduardo aún no se había subido a un avión, no había visto la tierra desde el aire.

Como si hubieran dado la orden, los pasajeros empezaron a despedirse; era la hora de los abrazos; se escucharon llantos de niños, prisa de los que llegaron a última hora. Eduardo y Martín, ya en la barrera de ingreso a la pista, se despidieron de los Bush. Fue tan rápido el abrazo de despedida que Eduardo le dio a Alma, que ni lo sintió. Un beso, hecho como de espuma. Y la promesa de rutina, «te escribiré», y los tres Bush subieron a la escalerilla del avión. Entraron. Martín y Eduardo, esperaron. Al cabo de un rato, el avión aceleró sus motores, maniobró, y se fue hasta el final de la pista. Desde allá lo vio venir hacia ellos. Se elevó. La tarde se había incendiado; nubarrones blancos, sin agua, dibujaban el poniente. Como entre una selva de animales que simulaban las nubes, pasó el avión. Fue la última imagen que recogieron los ojos de Eduardo.

—Vamos, Martín, no te quedes hecho un tonto, soñando.

—Quién lo dice, cabrón. Se te fue ese pedacito de cielo que es la Bush.

—Ya vendrá, no te preocupes.

—El que debe preocuparse es otro; ya volverá y lo festejaremos, Lalo. ¡Qué vacaciones hemos pasado! Las mejores, sin duda, ¿no crees?

—Coño, qué preguntas tan obvias, por supuesto que sí, mi querido Martín.

Eduardo parecía sonámbulo desde que se fue la Bush. Perdido entre la niebla sola y fría de enero, se hizo poeta; le escribió versos a la noche y a la luna, al crepúsculo y a las aguas sucias del río. Pintó escenas eróticas, animales fornicando sorprendidos por la muerte. A menudo soñaba con los ojos verdes de la Bush. Lo despertaba la pesadilla; iba al baño, se metía a la regadera, se frotaba el pene y deseaba a su querida amiga de la infancia. Regresaba a su cama, a la lucha frontal con las imágenes expulsadas en el sueño. Creyó vivir en una abrupta noche del desierto. Veía a la Bush con un vestido de gasa verde, apenas reconocible porque la bruma del mar la envolvía; a grandes pasos iba hacia él, lo llamaba y corría por la orilla; descalza, pisando el agua dulce de la playa dibujaba sus pasos en la arena blanda; el cabello recogido, su mirada brillante surgían de la espuma en la tarde sin viento ni barcos, ni pelícanos. No se escuchaba tampoco el vaivén de las olas. Con sus manos blancas, lo llamaba y él desobedecía, aunque deseaba acercarse a ella y complacerla. Una fuerza incontenible impedía que él tocara aquellas manos y acariciara su cuerpo ingenuo, sus pechos púberes. A unos centímetros de la Bush, iba a tocarla y el mar con sus crecidas olas y su marejada ingrata, se interponía entre ambos. Al azar, tomó su ropa; se vistió, salió al hall, miró el cielo pálido. Creyó estar en otro sitio. Bajó y desayunó, bromeó con Amelia y Berta. Les contó chistes a costa del viejo taxista negro, una excepción en el puerto, que adivinaba el futuro y recitaba

el Apocalipsis. Berta lo dejó solo con «tía Amelia» y la mujer que conocía a Eduardo desde siempre, le dijo:

— Eres un crío enamorado de la primera que besas. No te hagas ilusiones, conozco bien a Almita, uh, desde chiquita, caprichosa y malcriada.

— Y eso qué, Amelia — le respondió autosuficiente, ignorándola.

— Pues nada, pero sigue siendo igual. Los dos están muy verdes ¿me oyes?

— Es bonita la Gata, ¿verdad? ¿crees que me domina? Es demasiado niña para acercarse a los hombres...

Amelia hizo un esfuerzo para no reírse. Le tomó la mano huesuda a su «sobrino», lo miró detenidamente.

— Veo en tus ojos muchos años de felicidad — le dijo en broma —, goza de la vida, no dejes que te venza la carita de Alma Rosa.

— Pero Ame, si yo lo que quiero es irme de aquí, cuanto antes.

— Pues habla con tu padre.

— Claro, cómo no, es tan fácil que te escuche.

— ¿Por qué dudas de él, Lalito?

— Lo conozco, Amelia, él solamente vive para sus viejas.

Amelia se calló cuando entró la cocinera que había estado lavando ropa en el patio. Eduardo bebió café, encendió un cigarro, se quedó en el sillón de la sala, escuchando música. «Poetry in motion» lo remitía a la Bush que había regresado con el bochorno de julio, esos días calurosos y malditos, la ola verde y la lluvia ácida. Julio y agosto, meses ingratos; pero más terrible sentía este enero sin gracia. Tomó el periódico, lo hojeó sin entusiasmo. Mataría el tiempo, inventaría algo.

Llegó Amadeo, sofocado, con la guayabera abierta.

— ¿Qué haces tú, ahí tirado? — le dijo a Eduardo —. Vamos a preparar mis cosas. Esta semana voy a México.

—Berta escuchó la voz de su marido y bajó de inmediato.

—Iré contigo —le dijo a Amadeo—. Esta vez no me quedo.

—Berta, por favor, son viajes de negocios, rápidos, aburridos.

Amadeo y Berta subieron. Eduardo escuchó una larga discusión de sus padres. Sonreía. Un poco más tarde, Amadeo bajó, hizo como si no viera a Eduardo y salió. No se movió de la sala, no quería preocuparse de nada; sólo le importaba que el tiempo pasara y decidiera por él. Su mente se deleitaba en reproducir los días junto a la Bush. El timbre del teléfono lo sacó de su aburrimiento.

—Hola, ¿cómo estás? —escuchó a Martín por el auricular—. ¿Qué haces?

—Nada. Estoy sin novedad en el frente —le dijo en broma.

—No te has dejado ver. Vamos al playón, Lalo, a tomarnos una cerveza.

—Caro que sí. Enero es insufrible. Oye Martín, vámonos escabullendo unos días a México, ¿jalas?

—Yo sí, pero mis papás salieron y me encargaron la casa, los coches, la sirvienta y hasta el perro, ya sabes.

—Bueno, ni modo, vamos a los ceviches y al diablo todo.

—Paso por ti a la una, y estás listo, cabrón.

—Sí, Martín, te espero. Chao.

Colgó el teléfono. Volvió a su posición anterior, abrió las persianas. El mar era una silueta borrosa y gris por la niebla que empezaba a diluirse con los rayos blancos del sol. Subió a su habitación, contento; tenía un plan para ese día.

Tomó un libro de Graham Greene, pero se le caía de las manos, y en un intento por leer lo atrajo a sus ojos. Pero la lectura se le escapaba; dio vueltas por su habitación como acorralado. Sonrió el mediodía con su luz ceniza, de enero. ¿Qué estaría haciendo en este momento Alma Rosa? Imposible imaginarla en la ciudad. Se tiró de nuevo en el sillón; vio el cabello de la Bush, sus pechos, sus manos blancas. Entonces le vino la idea como una estrella. Necesitaba valor, nada más. En seguida tuvo plena conciencia que decía tonterías; no quería dejar el puerto y su aroma. No sintió la presencia de Berta.

— ¡Eduardo!, te estoy llamando. Voy al banco, luego a La Primavera, quiero que me acompañes.

— ¿Para qué? Esa tienda y el centro a estas horas, ¡qué fastidio!

— Chistoso, todo te fastidia, anda, ven conmigo, no seas flojo.

— De verdad mamá que iría; quedé con Martín a la una; vamos un rato al playón.

— Este tiempo no está para ir al mar, ¡qué ocurrencia, Dios mío!

— Sólo iremos a tomar una cerveza y una botana.

— Está bien, haz lo que quieras. Pórtense bien — Berta subrayó la frase y quiso besar a su hijo, pero su decaimiento se lo impidió.

Cuando Berta salió, Eduardo tuvo una extraña sensación de soledad; le parecía ajena su propia casa, su cuarto y sus pinturas. Recorrió la planta alta de la casa, vio

el verde pálido de las paredes que el salitre convertía en poco tiempo en nada. Bajó, con su cigarro encendido, fumando despreocupadamente. Observó los sillones de la sala, la lámpara de plata y la de porcelana. Como el ladrón que reconoce el terreno, miró con atención el decorado. Lo vio plano, sin gracia, árido. Se topó con el retrato de su hermano Gonzalo, de medio perfil, elegante, guapo; vivía en la ciudad de México, estaba terminando la carrera.

Un claxon lo sacó de su contemplación doméstica. La mañana se le había ido de las manos; reaccionó. Se asomó a la puerta y vio enfrente a Martín, en el Pontiac del papá y a dos chicas que no reconoció.

— Espérame un minuto, Martín

— Te apuras — le gritó —. Es la una y cuarto y andas todavía en pijama.

Eduardo subió rápidamente y se cambió de ropa. Traje de baño, encima un short, tomó una toalla de baño entero, sus anteojos de sol, un bronceador y bajó. Ya en el auto, saludó a las dos chicas, Leticia y Aída, compañeras de prepa. Martín encendió la radio y arrancó el auto. La música de Glenn Miller sonó en las calles arenosas de subidas y bajadas que debían cruzar para llegar al Paseo Cifuentes. Levantó una lluvia de polvo. El sol de enero, tímido, producía bochorno. Tomaron otra calle y en seguida el Paseo.

Entraron al carril de tierra floja y vieron el mar quieto. La playa se extendía como una inmensa carretera; el aire tibio entraba al auto. Recorrieron en pocos minutos varios kilómetros de tierra blanca maciza, junto a las olas que lamían la playa.

— Está bonito el mar, ¿no les parece? — dijo Leticia.

— Yo lo veo raro — contestó Eduardo —, medio verde, tirándole a chocolate. No está en su mes ni en su día. El mar, decía mi abuelo, es una bestia lampiña.

Se detuvieron, apartados de las palapas y las fondas de mariscos ahora cerradas; solamente abrían en

temporada. Martín se estacionó más allá de donde se metían al mar los bañistas, lejos de la ruta de los vendedores. Había una caleta que el mar construyó involuntariamente. Martín acomodó el coche de cara al mar; bajó la nevera con cervezas frías. Eduardo le pidió de inmediato una, también las chicas. — ¿Qué les parece? — preguntó Martín, señalando las cervezas.

— Muy ricas — dijo Aída, mientras se quitaba el short y quedaba en traje de baño. Martín extendió un petate en la arena, sacó de la cajuela latas de angulas, de camarones y una grande de abulón.

— La que está sabrosísima eres tú, querida — irrumpió Eduardo, clavando la mirada en Aída.

— Majadero, no empieces a fastidiar — advirtió Aída y encendió un cigarro.

— ¿Es majadería una flor? Mira las piernas de Aída, ¡qué cosa tan bonita!

— Cambien de tema ¿quieren? No sean idiotas — exigió la muchacha, contenta.

— Pero si es parte del paseo, ricura — dijo Martín.

Las chicas caminaron hacia la orilla del mar, con sus cervezas en la mano. En traje de baño, holgadas de tiempo, se deslizaron por la arena húmeda. Sin quererlo se alejaron de sus amigos; fueron levantando chucherías marinas, los excedentes del mar. De pronto, Leticia alzó la vista, respiró intensamente, miró con agrado a Aída.

— ¿Qué sabes de Eduardo? Cada día lo veo más flaco y bocón.

— Está raro como siempre — contestó Aída—. Le ha ido mal. La nariz se le va afilando y parece un cuchillo. Míralo, peor que don Quijote.

— Oye, manita, es que esa chica lo dejó en los puros huesos.

— ¿A cuál te refieres?

—Qué tonta eres, pues a la gringa, a la única que lo pescó.

—Ninguna gringa, es porteña como nosotras; ¿qué le habrá visto a Eduardo esa güera desabrida?

—Pues algo. Eduardo tiene su atractivo aunque no se lo veas a simple vista.

—Yo no sé, es el mismo desde la secundaria en que le crecieron las orejas y los dientes. Le decíamos el diente que habla.

Y se rieron mientras una gaviota volaba en dirección a ellas, como si viniera a saludarlas. El mar tocaba la sierra y dibujaba una franja inmensa. Tuvieron un ataque en el que repetían el apodo de Eduardo y aumentaba la risa. Dieron la vuelta y regresaron.

—Ah, te cuento lo último —dijo Leticia apurando las palabras—. Dicen que se va a México para casarse con la güerita.

Aventó las conchas: «Pues que le vaya bien», agregó Aída, con un gesto de indiferencia. Vieron a distancia el auto y a sus amigos recargados en el cofre. Martín y Eduardo habían abierto dos cervezas y las tomaban lentamente, de cara a la brisa y al eco de las olas. Un barco se aproximaba al puerto, parecía hundido en el agua, sin movimiento. Del lado de la sierra venían Leticia y Aida. Eduardo bebió el resto de su cerveza y tomó otra. La sed lo tenía fuera de sí; se quejó del sol a destiempo de enero y siguió su charla con Martín, despreocupado.

Leti y Aída se unieron a ellos, sofocadas, contentas. Se recostaron en las toallas estiradas sobre la arena dura. Ellos cayeron sobre los cuerpos de las muchachas. Besos, risas ... Después, Martín comenzó a abrir las latas de angulas, ostiones ahumados. Saborearon la botana, descorcharon una botella de vino blanco y Eduardo, parado frente a sus amigas, dijo:

—Esta botella ha perdido la virginidad, ¿quién desea probarla?

Probaron regocijadamente el vino frío, le entraron a las angulas y a los ostiones; bebieron con más ansias. No pararon hasta que la nevera quedó solamente con el hielo hecho agua. El sol opaco, triste, fue estirándose hacia el poniente, y pudo iluminar con su palidez un costado de la sierra de San Martín, que parecía un fantasma bajo el cielo. La brisa que empujaba el mar se hizo menos caliente; refrescó. La marea cambió. Eduardo y Martín caminaron por la orilla; las muchachas durmieron una breve siesta. Fue un sueño ingrato sobre el colchón de arena, pero musicalizado con el mar.

Cuando Amadeo vio el reloj, ya sentado en la mesa, le dijo a su mujer que empezaran a comer, no iba a esperar a Eduardo. Berta sirvió una sopa de pescado hirviendo; Amadeo la felicitó; luego probó el robalo a la veracruzana y dijo que Amelia era la mejor cocinera del puerto.

—Decídete, ¿quién es la especialista en guisos de mariscos, yo o Amelia?

—Celosa, Bertita, mi querida mujer agobiada por los celos. ¡Las dos, las dos son geniales, mujer!

Bebió media botella de vino blanco del Rhin y anunció oficialmente que aplazaba el viaje a México. Disfrutó como un niño el pescado y la ensalada de pepinos y lechuga, y devoró el flan de coco. Sofocado aun cuando la temperatura era templada, Amadeo comía en camiseta, le sudaban las axilas y la frente ancha. El café lo hizo sudar más. Por fin, terminó de comer, y se paró; acarició el mentón de su mujer —era una señal, en realidad— y anunció su reposada y bien nutrida siesta. Desde arriba, ya en la recámara, llamó a Berta.

—Berta, por favor, deja eso, ven querida—. Berta subía ya. Empezó a desvestirse, dijo:

— Quería esperar a Eduardo, no sé, lo veo muy indiferente desde que se fue Alma.

— No seas tonta. Eduardo necesita estudiar como su hermano, aprobar esa materia. Es tu niño consentido ¿entiendes?

Amadeo pasó al baño, se lavó los dientes, Berta lo imitó. El cuarto estaba un poco frío, apagaron el ventilador. Recostados sintieron el silencio pegajoso que a esa hora se extendía como un pesado lagarto. Era la hora del tedio y la desolación en el trópico. Amadeo trenzó con su pierna desnuda el muslo de Berta. Le besó el vientre y los pechos, metió su mano por entre las piernas. Simulaban cierto forcejeo mediante el cual sus bocas se juntaban y se separaban, sus piernas se enlazaban, hubo manotazos, cosquillas, y de pronto los dedos de Amadeo más que provocar eróticamente, profanaron la vagina de su rival; no luchaban, sólo continuaban un viejo juego como de gato y ratón. Uno avanzaba, golpeando una puerta que no quería abrirse, la otra huía con disimulo y aceptaba las caricias. Al fin, Berta se montó en Amadeo y estuvo cabalgando ahí. Antes de dormirse, él le dijo:

— Si voy a México, iremos juntos, te lo prometo.

— Eso espero. Tal vez todavía sientes un gramo de cariño por tu mujer, malvado.

Fue una siesta tersa y dulce, rociada con el aire del pacto efímero recién firmado. Se levantaron cuando el sol ya se había puesto. A Berta le pareció oportuno tomar un helado en el Neguri y pasear por el malecón. Amadeo aceptó la propuesta. Se ducharon. Amadeo tomó su guayabera azul pálido, zapatos blancos y pantalones de lino. Berta también se arregló excepcionalmente. Invitaron a Esteban para que los acompañara, pero tenía que enviar el reporte anual a la DM Nacional de México. Amadeo salió de su casa como con una novia.

Martín sugirió que levantaran las cosas. El sol se había metido en el mar. Regresaron. Dejó primero a Eduardo, luego a Leti y Aída. Eduardo subió un momento a casa, se trabó un pantalón, agarró las llaves de la pick-up, arrancó la camioneta dispuesto a dar una vuelta por el puerto. Bajó al malecón y vio como una sábana blanca el crepúsculo que se extendía sobre la otra orilla. A las siete y cuarto en punto, con la sal del mar en el cuerpo, regresó a su casa. En su recámara se desvistió tranquilamente y se metió a la regadera. Sobre sus huesos cayeron gotas de agua fría. Se puso una playera, un vaquero y sus botas. Fue a la recámara de su padre —como si no hubiera tiempo que perder—, abrió la cómoda y tomó el revólver. Sabía de antemano que ahí guardaba Amadeo una Smith que sólo había usado en el rancho de los Bush. Quitó el seguro, hizo girar el rodillo: en vez de seis balas, tenía cuatro. Regresó a su habitación. Colocó la pistola en el buró; jaló la Biblia de su librero. Tomó una pluma y escribió, en una hoja sin rayas, un recado dirigido a Berta. Salió al hall y en la mesita de centro, lo dejó. Volvió a su cuarto. Abrió la Biblia, leyó en voz alta fragmentos del Eclesiastés. Escuchó su propia voz, le pareció que se hallaba en un túnel. Sintió que el túnel oscuro se lo tragaba. Respiró violentamente, como si muriera de asfixia. De sus ojos cafés salieron dos gruesas lágrimas. Tomó el revólver y puso el cañón entre sus labios. Lo sintió frío, repulsivo. Creyó haber perdido el sentido del tiempo. Lo apartó instintivamente como se elude un puñetazo o una piedra.

Recordó la tarde en que le dijo a su profesor de filosofía que el verdadero creador del existencialismo se hallaba en la Biblia. Y el licenciado, rojo de coraje, exaltado por la burla, lo negó. La clase estalló en sonoras carcajadas, luego en risitas nerviosas. Le respondió que estaba equivocado. ¡Tonterías!, se dijo. El tiempo le pareció detenido; sintió que el pecho le explotaba; un vacío recorría su mente. Se agitó, tragó saliva. Su boca estaba seca. ¿Estaría enfermo? Pensó llamar al médico. Algo se lo impidió. Intentó levantarse, dejar que pasara el impulso terrible. Pero sus fuerzas estaban rendidas. Le dolían los codos, las rodillas, el estómago. En un instante sintió que la corriente del río lo jalaba, un remolino lo envolvía. Lloró de dolor y de placer. Volvió a ser el niño olvidado. Recordó a su padre sentado en una lancha de madera, cruzando el río enojado. Eduardo tenía unos seis años; iba de pantalón corto, con una gorra. El sol de la tarde se reflejaba en el agua gris, movediza. La lancha pintada de azul, franjas blancas y magenta, rasga el agua, aparta el lirio inocente. Los pasajeros no hablan, los moja la marejada. El niño, emocionado, siente miedo y en ese instante la mano pesada de Amadeo cae como un bálsamo en su cabeza. Cree que esa mano lo salva de la oscuridad que el río guarda en su seno. Serpentea el agua y salpica a Eduardo en la cara. Mira el muelle de Allende y los cayucos varados en la orilla. Cree estar soñando. Recuerda el desembarco, que parece un triunfo después de la batalla ganada a la fuerza del agua. Se queda vacía la lancha pequeña en forma de piragua. Bajan los marineros, hombres y mujeres con sus canastas y morrales. Ausculta la lancha y entre los pasajeros que acaban de cruzar no hay ningún niño. Solamente él y su gorra de paño; se ajusta los tirantes que sostienen sus pantalones. Allende le parece un horizonte lejano, de fantasía. Le gustan las casas de madera y el comercio que hay junto al muelle, pero

más las empanadas de camarón que come con su padre. Y recuerda las palmeras que saludan al que llega. Con esa imagen se instala en su alma una paz como de sepulcro. La caricia de su padre le parece intraducible, se le esfuma, como las manos lejanas de la Bush. Hay un instante de quietud absoluta, su pensamiento flota. En la penumbra del cuarto, cree ver un rayo de luz que se asoma por las persianas. Sus ojos no se cierran. Adivina el arma, la encuentra y empuña; se la acerca a la boca, entra el cañón y dispara. El río y sus resplandores, parece, a lo lejos, de manchas blancas y negras. En su piel se adivinan luces y sombras; es una moneda con dos caras inexorables. Es una dama anhelante que llama desde las sombras.

Tres diarios locales informaron sobre el caso y lo comentaron; hubo coincidencia y también diferencias. *La Opinión*, creado como reacción al alemanismo, cabeceó en primera plana, un texto en apariencia frío, imparcial, «Trágica muerte de Eduardo de la Fuente». La nota decía: «Ayer, a las ocho de la noche, murió trágicamente el estudiante Eduardo de la Fuente Govea, a la edad de 18 años, por un disparo de pistola calibre .38, hecho por su cuenta y riesgo, según se desprende de la carta que dejó a sus padres. El suicidio ha enlutado a una familia conocida y estimada en el puerto, causando verdadera consternación en los medios sociales y culturales de la localidad. Como se sabe, Eduardo de la Fuente había terminado sus estudios de bachiller y quería irse a la ciudad de México para ingresar en la Universidad Nacional Autónoma de México. Desgraciadamente, el muchacho aún debía una materia en la preparatoria, lo que le impidió cumplir sus deseos.

«Desde las nueve de la noche, la casa de don Amadeo se llenó de amigos, familiares, que acudieron a dar el pésame. Hasta el momento no se sabe cuáles hayan podido ser los móviles de la muerte violenta del joven estu-

diante y pintor. Sin embargo, se dice que el motivo pudo haber sido el lío que tenía con el profesor Martínez que lo reprobó. Parece más bien que un fracaso amoroso orilló a la víctima a la soledad de las últimas semanas de la que son testigos sus compañeros.

«Los doctores Uribe y Lemarroy intentaron inútilmente hacer una operación de emergencia al joven De la Fuente, pero no tuvieron tiempo. El impacto de la bala hizo que De la Fuente muriera a los diez minutos de haber ingresado en el hospital regional de Petróleos Mexicanos. No tenía ya posibilidad de salvarse. Según los médicos, el recorrido de la bala fue decisivo: entró por el maxilar derecho, rompió el aparato auditivo, siguió su curso ascendente, se internó en el parietal izquierdo, hizo un círculo y salió por la nuca. En una palabra, le destrozó el cerebro. El sepelio será hoy a las tres de la tarde en el panteón De la Llave, y los numerosos amigos que don Amadeo tiene en el puerto, lo acompañarán en el dolor».

El *Diario de Sotavento* hizo más ruido, sobre todo por su encabezado a ocho columnas que decía, «Un suicidio conmueve a la sociedad porteña». La nota fue la siguiente: «De un balazo en la boca, pone fin a sus días, el joven Eduardo de la Fuente Govea, por una rara y antigua rencilla entre él y su madre. Los hechos ocurrieron anoche, al filo de las 19:45 horas, cuando el muchacho se encontraba solo en su recámara, de la casa número 114, de la calle Heriberto Jara, y murió en la mesa de operaciones del Hospital Lázaro Cárdenas, cuando iba a ser operado por los doctores Uribe y Lemarroy.

«El ahora difunto, estudió la primaria, la secundaria y el bachillerato en este puerto. Precisamente ahora se preparaba para viajar a la ciudad de México y proseguir sus estudios en la Escuela de San Carlos. Sus sueños no cuajaron, una bala calibre .38, de un revólver que

don Amadeo guardaba en su ropero, truncó una vida joven, llena de esperanza. El suicidio ha inundado de pena a la sociedad porteña y obliga a redoblar la vigilancia en nuestras familias. Tal parece que el fantasma del existencialismo y otras corrientes de pensamiento ajenas a nuestra idiosincrasia, camina y se extiende por nuestras casas.

«Uno de sus amigos de toda la vida, y con el que era posible verlo a todas horas y en todas partes, dijo a este diario, al borde de las lágrimas, que no comprendía lo sucedido. Martín del Regil, aclaró: 'Se puede estar confundido, bajo presiones muy fuertes, pero con un mínimo de voluntad se sale del atolladero. Y Lalo, la tenía de sobra. Hubo un elemento, tal vez, terrible en su vida, un raro designio que lo llevó a tomar esa decisión. Él y yo sabíamos que seguiríamos estudiando; él, artes plásticas, yo, economía; hacíamos planes para el futuro, entusiasmados. Esta misma tarde, minutos antes de quitarse la vida, Lalo me decía, serio, estirando los ojos, mirando la cálida sombra del mar, que le urgía dejar el puerto. Se asfixiaba. Quería vivir otro paisaje para plasmarlo en su obra; le interesaba la línea y el color ante todo, no el retrato ni las naturalezas muertas ni el exterior; su expresión quería llegar a las aguas profundas de la conciencia'.

«Del Regil hizo una pausa, se sentía profundamente conmovido por la pérdida irreparable de su amigo querido, y luego terminó con estas palabras:

«'El gesto de Eduardo es una clara muestra de rebeldía contra el mundo en crisis que padecemos los jóvenes. En ese sentido, su actitud resulta valiente, sobre todo, para quienes le oíamos decir: 'la sociedad huele a mierda, hay que vomitarle la cara. Si sobrevivimos a la guerra fría, nadie sabe lo que nos espera. Hacia allá (y apuntó el cielo cubierto de nubes anaranjadas) todo es incierto, acá, el dolor y el sufrimiento. ¿A dónde iremos?'

«Hemos perdido, sin duda, a uno de los talentos más inquietos, a una de nuestras promesas artísticas. Este diario se une a la pena que embarga a la familia De la Fuente y le expresa sus más dolidas condolencias. Asimismo hace un llamado a la ciudadanía para permanecer alerta de las filosofías destructivas que atentan contra la salud de nuestros hijos. Lalo de la Fuente, descansa en paz».

El periódico más insignificante de los que trabajaron la noticia, *El Diario de la Mañana*, de reciente formación, impreso en offset (posiblemente financiado por caciques de la región), redactó un titular demoledor: «Hasta en las mejores familias», con fotos de la víctima donde aparecía la cabeza desfigurada, la sangre saliendo como de una fuente a borbotones. Su texto fue un duro golpe para Amadeo y la familia. «El terrible suicidio del estudiante Eduardo de la Fuente Govea acaecido ayer a las siete de la noche, sin motivo aparente, puso al descubierto el olvido en que las familias poderosas mantienen a sus hijos, y el triste e inevitable fin a que son conducidos.

«Después de una vida disipada, hecha de drogas, mujeres, sexo y alcoholismo prematuros, el autovictimado no hizo sino darle continuidad a la imagen paterna. Este muchacho todo lo tenía, era aficionado a la pintura, en cuyas obras se veía la perversión temprana del desdichado artista. En la escuela nunca triunfó ni fue sobresaliente; el último dato suyo es el insulto gratuito y cobarde que propinó al licenciado Martínez de la Rosa, nada menos que a su profesor, a quien debía obediencia y respeto. Aunque el profesor del suicida eludió opinar del caso, dejó entrever que el joven De la Fuente era un enajenado del vicio, un rebelde que obedecía las leyes de sus impulsos y no las de la razón. El profesor de Lógica y Filosofía de la Preparatoria Lázaro Cárdenas está convencido que Eduardo era un psicótico, un perturbado

emocional, pues siempre vio a su exalumno distraído, lejano; su aspecto hosco, su semblante pálido y decaído, lo convertían en un hombre como salido del cementerio. A Eduardo de la Fuente era imposible guiarlo — siguió diciendo su profesor —, enseñarle lo que uno sabe, su experiencia y sus conocimientos; a este muchacho rebelde por naturaleza, poco le importaba su escuela y sus compañeros, sus maestros. Vivía, cómo le diré, en estado puro. La escuela no pudo con esta voluntad destructiva, tampoco la sociedad, mucho menos su familia, que ahora sufre las consecuencias. En una alma tan joven no puede existir, lo sostengo como profesor que ha estudiado a los clásicos del pensamiento, tanto pesimismo y amargura. Era un viejo que caminaba por el mundo arrastrando quién sabe qué cobija del fracaso y el desamor. Porque De la fuente, estoy seguro, jamás amó a nadie. Y este parece otro rasgo sobresaliente del muchacho: no buscaba compañeras, lindas rosas del jardín porteño para hacerlas sus novias y después formar un hogar, sino amantes. ¿Habrá sido un destripador de doncellas? Alma ingenua que tocara, la convertía en humo, en polvo. Citaba a los filósofos del caos y de la guerra, a los que han envenenado el alma de la juventud del mundo y de México.

«Declamaba versos blasfemos: 'Yo nací un día que Dios estaba enfermo', degradantes, en los cuales el hombre era un ser deforme, el enano del universo. Solía decir que el sexo y la muerte, son dos actos similares, ¡qué barbaridad! Con la frase 'los hombres mueren y no son felices', jugaba a menudo con el sentimiento de sus amigas. Apenas el verano pasado enloqueció con el seudoescriptor francés, Jean-Paul Sartre, terminó el profesor Martínez, sudando a mares, preocupado en serio por la juventud actual.

«Lo sucedido en la familia De la Fuente Govea debe servir como punto de referencia para hacer un balance

de nuestra sociedad, vigilar a nuestros hijos, ser celosos guardianes de sus lecturas, del cine, de los poetas y las filosofías que les llegan. Eduardo ha muerto de una manera extraña, sus restos serán sepultados hoy en el panteón De la Llave, pero la lección que nos ha legado no la vamos a olvidar: el libertinaje sin muro de contención, el conocimiento a la deriva, la cultura sin orientación y una clara conciencia de sus riesgos, la sexualidad y sus excesos, conducen irremediablemente al suicidio.

«Un profundo vacío ha dejado entre nosotros esta muerte joven; será llenado con mucho esfuerzo para superar tiempos adversos; lo llenará también el optimismo y la ilusión que sepamos infundir en la juventud, la sonrisa y la esperanza de la sociedad sana y emprendedora, la única que cambiará los enmohecidos hábitos que hemos heredado. Los porteños dijeron adiós a un compañero, sabiendo que tienen una misión que cumplir aquí y ahora».

VELADA DE ENERO

1

Fue una noche plana, de plegarias, en la que el velorio ocupó un lugar secundario en el rostro asombrado, incrédulo, de los porteños. Cuando el alba se anunció por entre los ventanales de la sala, la luz incierta del amanecer tropezó con un féretro gris metálico, sobre el que habían llovido crisantemos y lirios. En el improvisado velatorio, un nutrido círculo de mujeres rezaba, sus rostros aparecieron compungidos, llorosos de su propia impotencia; mientras algunos niños acurrucados en los sillones dormían en desorden, como sorprendidos por el sueño. La luz del día se impuso y disipó las sombras de una jornada asfixiante, llena de lamentos, de conjeturas. En mitad de ese círculo, Berta hacía guardia al cadáver de su hijo menor, arrodillada, sonámbula, de negro, metida en un chal de seda. La estancia de arriba, mejor ventilada que la sala, fue utilizada por varias decenas de hombres que consumían cigarrillos, coñac; un murmullo de voces, lento y sin ritmo, salía de los amigos de Berta y Amadeo, que pasaron la noche cavilando sobre el incidente. Pepe Villar se levantó—había sentido dolor de cuello, presintió el alba—, miró por la ventana las hileras escalonadas de pinos alzándose sobre las dunas que miran la playa y dijo:

—Se nos fue la noche —y golpeó la rodilla del chino Lay—. Yo necesito descansar. Nos vemos en el cementerio.

—Y se nos fue este muchacho de la manera menos creíble — aclaró Lay —. ¡Qué barbaridad!

—Bajen ese tono trágico, colegas —terció Coqui Lemarroy. Se quitó los lentes oscuros y mostró sus ojos grises irritados—. Yo me quedo, mi hijo Enrique abrirá el almacén.

Villar dio tres caladas rápidas, nerviosas a su cigarrillo, sintió el aire frío y húmedo de enero, clavó la mirada en la niebla suelta —«el rocío de la costa», se dijo— que venía del mar:

—Menos mal que tienes a quien mandar, Coqui. Tú saliste bien librado. Yo, en cambio, con tres hijas estoy perdido. Sólo me queda esperar que se casen y entonces mantener a tres yernos. Ni modo. —Sonrieron Lay y Lemarroy, el Ciego González y Patricio Ledesma.

Una mujer cuarentona, de mandil blanco, pasó por la habitación; ofrecía café, chocolate, bollos y tamalitos. Surgieron suspiros de placer, ayes de contento, miradas provocadoras e insinuantes sobre los ojos negros, rasgados de Amelia, sobre sus caderas jugosas y nerviosas como la costa. Regaló sonrisas y de beber; en un instante vació su charola. Villar escuchó que decía «no se preocupen, señores, ahora les envío más». Su mirada tropezó con la de Amelia, la llamó, pero la mujer atendió otra llamada, la de Horacio Moctezuma, especie de jefe de un grupo que había tomado el rincón principal de la enorme estancia. Una sirvienta trajo más tamales y café. Amelia llegó hasta Moctezuma, rodeado por Riveroll, Castillo, Uribe, el presidente municipal, el licenciado Salas y el ingeniero Rodríguez.

—Buenos días, don Horado -dijo Amelia con voz apagada pero dulce—. Le recomiendo los tamalitos. Debe probarlos.

—Pero, mujer —Moctezuma coqueto, rejuvenecido, olvidando la desvelada—, ahora mismo debo irme.

Quiero que me hagas un favor, Ame — La mano gruesa y cálida de Moctezuma apretó levemente el brazo de la mujer; ella se acercó a la cara de su viejo amigo. Las palabras claras, siseadas, con aliento a aguardiente y tabaco de Moctezuma, llenaron su oído.

— Le dices a mi chofer que venga por mí, ¿eh?

— Claro que sí, Horacio — susurró Amelia, casi rozando el lóbulo izquierdo de Moctezuma —. No te preocupes.

Amelia se zafó de Moctezuma y caminó al extremo de la habitación, para atender la llamada de Villar. Notó que el velorio había caído en un desorden inigualable: vasos con refresco en las patas de las sillas, agua derramada de los floreros, copas rotas atrincheradas en las esquinas, olor insufrible a cigarros, coñac y café. Voces apenas perceptibles en ciertos grupos, estridentes en otros. Las veladoras apagadas, los cirios como cansados de tanto rumor esparcido en la sala, la estancia, la cocina y, en general, en toda la casa. La residencia de Amadeo y Berta parecía haber sido tomada por asalto y desarticulada por una multitud voraz, dispuesta a destruir lo que hallara a su paso. Amelia advirtió este desequilibrio desde que Amadeo, a petición de sus amigos del alma, Moctezuma y Villar, abrió la cantina para ofrecerles una copita por la solidaridad mostrada.

— Un trago para el frío — había dicho Moctezuma en tono de súplica —. Solamente uno, Amadeo, yo me encargo del asunto.

Y Amadeo no estaba para negar ni para discutir, sino para ceder, aquella noche en que no supo con precisión lo que hacía. Un golpe decisivo en la cabeza, como un toque eléctrico, lo había paralizado. Amelia, ya con la luz cruda del día que empezaba a avanzar sobre los desvelados, sobre el cadáver y el desequilibrio sembrado a su alrededor, reconstruyó en un instante la noche y se acercó a Villar.

—Ay, disculpa Pepe, ya ves que no he parado—
Amelia hizo un guiño con los ojos.

—Por favor, mujer, tú eres el alma de esta casa —
contestó Villar, de pie junto a ella.

—Gracias, siempre tan amable. Bien, dime qué
quieres, hay mucho por hacer todavía, no te imaginas.
Debo cuidar a Berta, que está muy golpeada. ¿La has
visto, ahí arrodillada toda la noche? Parece dormida,
responde a los abrazos, a las palabras de gente que la
quiere y le tiene cariño, llora, sufre, pero yo creo que no
se entera de nada.

—Sí, claro. Un golpe así te parte —dijo Villar, con
una voz cansada, arrastrando las palabras, muy quedo—. Yo
no podría resistirlo.

Sus miradas coincidieron: había una expresión de
lástima y dolor en la pupila, un dejo de nostalgia en ese
movimiento afirmativo de cabeza.

—Ame, querida, Amelia —alcanzó a decirle Vi-
llar—. Trae otra botella de Courvoisier. La necesitamos.

—¡Ya amaneció y ustedes siguen bebiendo, caray!
Es hora del café y de los tamalitos, Pepe, no de coñac.

—Por favor, Ame, ¿le vas a negar un trago a un vie-
jo amigo?

Una sonrisa cómplice, de aceptación, que eviden-
ció la tolerancia de Amelia. La mujer salió y fue a la
pequeña bodega de los vinos y licores, las cervezas y
las latas importadas. Tomó una botella de coñac, se la
entregó a una de las sirvientas para que se la llevara a
José Luis Villar. Amelia siguió vigilando a la gente, en-
viando café y chocolate a quienes pedían. Pensó que el
circulo masculino —sólido y hermético— había pasado
la velada a gusto, asimilada como una reunión más.

Eran amigos ejemplares que montaron guardia des-
de las diez de la noche hasta las cinco de la mañana, de
cuatro en cuatro, cada quince minutos. Y entre la plática,

el café, el compromiso de la guardia, el cigarro y el coñac, la noche se había esfumado.

En este lado de la casa se escuchaba un rumor de voces sueltas, acaloradas; a ratos ese rumor subía de intensidad, y luego, como de común acuerdo, disminuía. Caía un silencio horizontal, que parecía dirigido al muerto.

—Quién sabe si Amadeo pueda reponerse— dijo Castillo, ya ven cómo se privó, cómo estalló. Casi enloquece nuestro amigo.

—Yo no sé de qué manera borrará el recuerdo de su hijo — anotó Ledesma, en tono reflexivo —, porque la huella que nos deja un ser querido es indeleble. Es una visión que el pensamiento acuña, ¿me entienden?

—No exageres, filósofo — masculló Castillo—. Lo concreto es que el muchacho se saltó los sesos sin causa alguna. Antes, debió haber pensado en su familia.

—Sólo intentaba explicar que Amadeo o Berta no van a poder quitarse de encima ese trancazo.

—Menos filosofía y más simplicidad, amigos — atajó Jiménez, ya medio pedo —; ni ustedes ni sus padres, ni la ciencia más fregona, van a saber nunca, ¿me oyen?, nunca, qué pasó. Fue, por ejemplo, ¿una decepción amorosa la culpable?, ¿fracaso y desilusión en los estudios? Todos conocimos a Eduardo, tan flaco, una varita de nardo. ¿Estaba acomplexado? Yo me pregunto: ¿tuvo choques fuertes con Amadeo? ¿Le faltó cariño? ¿No halló estímulos entre sus compañeros, maestros y familiares? No sé.

—Digamos que fue todo eso junto y ahí está la causa — dijo sonriente Castillo.

—Pudo ser eso y otros detalles — agregó Ledesma —, de acuerdo. Pero también habría que incluir la posibilidad de que ninguno de esos aspectos enumerados por Jiménez haya intervenido en su decisión. ¿Y si solamente fue un cable que se le cruzó, y ya? Se le vino encima el mundo y se mató.

Villar interrumpió el diálogo y brotaron carcajadas por la última explicación de Ledesma, comentarios sueltos que nadie atendió ni escuchó.

— Dejen de decir pendejadas — aconsejó Villar —. Nos gusta la idea de un suicidio. Recuerdo a don Quintín Zamudio, el encargado del rancho de mi padre. Se puso pensativo y agregó: — Mientras limpiaba bajo un frondoso mango su Winchester 22, se le fue un tiro que hirió a su hija de ocho años. El hombre lloraba, hincado, mientras el médico trataba de salvar a la pequeña. En la operación murió. Don Quintín trató de pegarse un tiro, pero su hermano lo detuvo. Luego se colgó de la rama del mismo árbol que le servía de sombra aquella mañana ingrata. La cuerda se reventó, el hombre se quebró un brazo y no volvió a intentar matarse. ¡Quintín! Un hombre bueno como el pan, hermano. Asesino — por accidente — de su propia hija. Trabajó toda la vida con mi padre. Después de sus fallidos intentos suicidas, empezó a beber. Los hombres que conocían su pena, lo levantaban de las banquetas del pueblo y lo llevaban cargado a la hacienda. Don Quintín hablaba con su hija, le decía, «¿cómo estás, nena?, ¿dónde va mi niña?», hablaba con ella borracho, luego sobrio, en sueños, a todas horas. Y su frase predilecta era «mejor no haber nacido, ¡Dios! — gritaba —, mátame de una vez». Bueno, ¿qué les parece este caso?

El grupo de Moctezuma se unió al de Villar y la plática se animó y brotó un momento de silencio. Hasta ellos llegó la voz suave del sacerdote que inició lo que Amelia llamó el último rezo para salvar el alma de Lalito. La voz se hizo clara como el día que ya se había extendido por los arenales y la playa. El coro respondía acorde, «ruega por él», y el ventilador emitía un leve chillido. Los hombres saborearon el coñac recién abierto. Terminó la oración y la charla fue retomada.

—Yo les decía que las cosas pasan, de lo contrario, la vida sería plana —siguió Villar satisfecho de su elocuencia, contento porque en esta velada triste se bebía la cerveza que él distribuía.

—O sea que los hechos ya están escritos —señaló Moctezuma.

—Sí, pero no —respondió tajantemente Villar, dueño de la situación—. No estaba escrito que a Don Quintín se le fuera un tiro precisamente cuando su hija le traía una olla de limonada. Tuvo que haber un duende, un maleficio que juntó las circunstancias y jaló el gatillo del rifle que provocó el disparo con el que ese hombre mató a su propia hija.

Amelía se acercó a Pepe Villar para informarle que a las once de la mañana partiría el cortejo. Le pidió un autobús para llevar a la gente al cementerio, relativamente cerca de la casa de Amadeo; se hallaba en un playón pelado, de arena aguada, desde el que se veían los muelles, los barcos. ¿Sería el ojo de los muertos que vigilaba a los vivos? Subir a él era una empresa difícil.

—Dile a Berta que no se preocupe —dijo Villar, prepotente—. Los rápidos de Sotavento vendrán a colaborar en este duro trance. Sí, señor. Llama, por favor, a mi chofer. De una vez que se traiga un autobús.

—Pepe, no digas tonterías —se alarmó Amelia—, es muy temprano. Tranquilízate, a su hora te lo pediré...

—No es eso, querida Ame...—Villar suspiró—, si yo volviera a casarme lo haría contigo, ya lo sabes. Pero siempre has preferido a Moctezuma ... ¿por qué a él y no a mí?

—Señor Villar —cortó Amelia, sería—eso déjelo para otra ocasión, ¿quiere?

—Soy un bárbaro, Ame. Te decía, si no ordeno sacar el autobús ahora mismo, lo van a programar para un viaje, ¿entiendes?

—Ah, sí, claro. Bueno, ahorita te envío a don Jesús. —Amelia salió de la habitación olorosa a tabaco y aguardiente, llena de bromas pesadas y alegatos. Frente a la casa, en un Ford último modelo, estaba recostado don Jesús. La mujer le explicó. El hombre obedeció de inmediato. Amelia sintió un gran alivio, una obligación menos, se dijo. Fue a la cocina, tomó una bandeja, colocó tazas, una cafetera, tamales y panes. Subió a la recámara de Berta, donde se había alojado al fin, a sugerencia de su madre y de Amelia. Después de muchas súplicas lograron quitarla de la sala. Parecía una moribunda asida al féretro de su hijo; toda la noche lo estuvo viendo a través de la tapa de cristal; tan joven, como dormido, tan fresco. Ahora Berta estaba a salvo, meciéndose en su sillón, con los ojos cerrados. A su lado, sentada en la cama, doña Sara. Apenas brillaban sus ojos inundados, perdidos en remotas y crueles imágenes. Amelia no hizo ruido al entrar. Doña Sara la miró y le regaló un gesto complaciente, luego sirvió café; llenó una taza y se la ofreció a su hija.

—No, mamá, no me cabe nada —dijo Berta, irritada.

Amelia se quedó muda, frente al tocador. De pronto sintió el brazo de Berta tocando su cara, acariciándola. Llegó a ella, en un giro rápido. Se abrazaron.

—Todo, todo lo tenía, querida —le susurró al oído, ciñéndola — y mira cómo nos ha pagado, cómo se ha vengado de su pobre madre.

—Tal vez eso lo perdió —dijo doña Sara, mecánicamente—. Tanto consentimiento es malo. «Palo y trabajo», decía mi padre, es la receta para educar a los hijos.

Amelia les dijo que ya debían bajar arregladas para el sepelio. Berta asintió, mientras su madre sorbía despacio su café, pensó que los ojos se le habían secado, lloraba pero en seco, sus ojos eran un pozo sin agua; toda la noche sumida en un llanto insaciable, a veces ridículo. En realidad se apartó del féretro porque no soportó

la luz del día, era un agravio a la noche con la que había cubierto su pena; pena y dolor por una muerte subrepiticia. Condolencias, abrazos, amigas que habían llorado con ella, comerciantes y funcionarios del puerto conmovidos hasta el llanto y el asombro, con marcada seriedad — tal vez con cierto dolor — habían llegado hasta ella y no se atrevieron a pronunciar una sola palabra. Berta como estrella de un drama íntimo, tomó de los hombros a Amelia y le dijo:

— Anda Amelia, querida, ve, no te entretengo más. Ordena como mejor te parezca las cosas y cuando no puedas, que mi madre te ayude. — Miró a doña Sara que asintió con un movimiento de cabeza. Pero antes de salir de la recámara, Amelia abrazó de nuevo a Berta; el contacto de sus cuerpos algo les removió. Y cayeron en un llanto rígido, sin explosiones. En sus pensamientos brotaron, instantáneas y transparentes, imágenes de Eduardo. Lalo recién nacido, a los cinco años, en la escuela, en la playa, en sus cumpleaños; Lalo en una velada de su primaria, disfrazado de Gato Félix, moviéndose al compás de la voz ronca de la maestra Nata, «al sonar, las dos de la mañana, los muñecos salen a bailar... »

De pronto, doña Sara se dejó caer como desplomada en la cama, estaba abatida. De su cuerpo salía un vaho doloroso. Ella había vivido un poco apartada de Amadeo y Berta, porque creyó siempre que llevaban un ritmo de vida acelerado, sin pausas. A sus nietos — Eduardo y Gonzalo los gozó de niños, los quiso mucho y claro, ayudó en su crianza como toda abuela. Pero se acostumbró a prescindir de las fiestas y las recepciones del casino que tanto fascinaban a su querida Berta.

Amelia intentó romper la escena estática, que impedía en la recámara, miró a sus amigas — eran como una madre y una hermana para ella —, y notó claramente el pánico que las dominaba.

—Berta -dijo, golpeando la voz— es preciso que comas algo, no te abandones. ¿Por qué hacerte más daño?

—Tienes razón, Amelia, al menos tomaré un chocolate muy caliente. Más tarde un trago de coñac, pero debes saber que mi estómago está débil.

Amelia salió como triunfante; vio que su palabra era escuchada en esa casa y que, como otras veces, ella implantaba la calma. Recordó los pleitos entre Berta y Amadeo. ¡Cuánto había sufrido por las borracheras de Amadeo! Tantas calamidades, pensó, pero ninguna como la de anoche. La muerte de Eduardo se le apareció como un gesto excesivo, tosco. Sintió escalofríos. Puede acabar con estas paredes y estos muebles, con los sueños de Amadeo, sus ambiciones y su amenazada fortuna. Amelia no sentía sueño ni cansancio, el ritmo de la actividad la mantenía despierta; hablaba con la gente, servía, ordenaba, y sin embargo, en su pensamiento permanecía clavada la idea del desastre.

Berta siguió postrada en un sillón. Con mucho esfuerzo pudo apartar de su memoria la escena (las escenas) de la noche anterior. Pero éstas se superponían y traicionaban su pensamiento; así, cuando menos lo esperaba, ahí estaba la imagen de Eduardo tirado en la cama, desfigurada la cabeza, sumergido en un charco negro de sangre. Y en seguida, un alarido lanzado a la incipiente noche de enero.

La luz invadió los tres costados de la casa y la planta baja resistió primero el calor; luego, la planta alta, donde Berta se había refugiado en los últimos instantes. Su presencia hizo mella en los cuerpos de hombres y mujeres en esa funeraria improvisada. Berta percibió el nuevo día pero se negó a mirarlo. En unas horas más, su hijo sería sepultado. No podía aceptarlo. Su cabeza era un río desbordado de imágenes, recuerdos fugaces, días lluviosos, viento y oscuridad. A lo lejos creyó descubrir que algo muy profundo se había derrumbado esa noche y que a partir de ese momento sería preciso construir una vida nueva, no sin antes haber recogido las ruinas del suicidio. Amelia la sacó de sus cavilaciones.

—Mira Berta, ya fui con Amadeo y no quiere camión, sino la carroza ya contratada. Dice que no es carnavales.

—Vas y le dices a ese desgraciado que está bien, pero que no se burle.

Tuvo un ataque de llanto y desesperación. Doña Sara se asustó; mientras, Amelia la abanicaba. De súbito

se calmó. Amelia entendió que ella sería la indicada para resolver los problemas del entierro. Estaba acostumbrada —veinticinco años de servicio en esta casa— a sacar adelante los asuntos domésticos. No iba a dudar ahora, en un caso excepcional, qué hacer, cómo ordenar, a quién acudir. Berta sintió que estallaba en su interior el odio inmenso que le tenía a su marido. Decir Amadeo era ver de nuevo, de un golpe seco, las caídas y los errores, su descaro y sus ausencias.

Otros amaneceres habían sido para Berta el anuncio temprano de su ilusionado encuentro con el amor y la sexualidad. El de hoy era sinónimo de soledad; a pesar del mundo de gente que se había acercado a ella en las últimas doce horas, la estrangulaba la soledad. Dos tiempos, dos vidas. Ayer y ahora: el encanto y el desencanto. ¿No sería el mismo rostro de dos personas? Siempre a la misma hora, en el sitio convenido, la esperaba Pedro, risueño, ansioso, para levantarla en vilo y estrecharla contra las redes que llenaban el pequeño cuarto. Remos y anclas, cordeles, anzuelos, una gigantesca mandíbula de tiburón, alumbrada por dos veladoras colocadas en el nicho a la Virgen del Carmen que parecían no apagarse nunca. Un verdadero bodegón marino era el escondite de los amantes.

Pedro era el hijo mayor de don Pedro Domínguez, pescador que rentaba canoas y redes a los pescadores y controlaba el negocio de los mariscos en el puerto. Pedro fue a la escuela bancaria; su padre le había sugerido que hiciera una carrera, que fuera alguien en la vida. Sin embargo, el muchacho era distraído, soñador, hablador, se imaginaba grandes historias en alta mar, atribuía a su padre proezas inigualables, inventaba aventuras y prefería irse con los pescadores que a la escuela. Ahí lo conoció Berta, adolescente, ingenuo. Desapareció unas semanas; un viernes Pedro se presentó en la escuela a la hora de la salida.

— Vengo a despedirme, amiga — le dijo, muerto de risa. Berta lo vio y no comprendió:

— ¿Qué te pasa? ¿Estás tonto? Si vas a dejar la escuela, qué más da, no le veo la gracia.

— Bueno, es que te traía un regalo —. Y le tendió un sapo. Berta pegó un grito y soltó una carcajada. Caminaron por la calle de lomas arenosas; él le juró que le dolía dejar la escuela, pero prefería el mar, el negocio, las piraguas.

— Pronto nos veremos, amiga — le dijo, desganado, en mitad de aquel sol de las dos de la tarde —, verás que sí.

— Ojalá, siempre me dará gusto saber de ti, Pedrín.

Al cabo de cuatro años se encontraron. Y entonces fue difícil despegarlos. Él seguía siendo el mismo muchacho juguetón, bromista, hablador, pero su cuerpo se había endurecido con el mar y las redes; su piel parecía bronceada por el sol, su voz era fuerte y áspera. Sus modales eran decididos. Pedro era ya un hombre, fumador empedernido, bebedor de ron y aguardiente: la escuela de los pescadores lo había educado. Berta estaba casi igual: fina, de pómulos claros y delgados labios; una silueta bien formada, de senos recios y pequeños. Pedro sólo podía ofrecer las barcas, las historias de mar transmitidas por su padre. Hablaba con orgullo de las difíciles jornadas en alta mar, en las que todo podía ocurrir. Ahora, estas historias no eran fanfarronadas sino realidad: a Berta la cautivó con esas hazañas que le recordaban constantemente a su padre. En aquel cuarto impregnado de olor a marisco y alquitrán, Berta vivió días intensos, que el tiempo se encargó de borrar. Ahora se preguntaba si Pedro no hubiera sido mejor opción, su verdadero camino junto con el río, las barcas y las redes, en vez del puerto, Amadeo, la sociedad porteña y su afán urbano. Hubo siempre una rivalidad no esclarecida entre aquel mundo y el que finalmente la conquistó.

Pensó que ella no había pedido esa porción de paraíso (o de infierno) que le entregó Amadeo: el casino,

la sociedad adocenada del puerto y su rostro moderno, para la que todo era traducible a diversión. Sintió que la voz de Pedro se había esfumado de su memoria auditiva; no, la había sepultado; pensó que sus labios anchos y carnosos eran el producto de la fantasía, un eco que venía del otro lado del río y caía como una sombra de humo sobre el puerto, una leyenda huidiza. Volver al pasado era verse por la espalda, apuñalarse con sus propias manos. Lloró de fastidio y de confusión. Creyó ver — desde esta orilla — las barcas y el trabajo ingrato de los pescadores y el pasado se le escapó de las manos. Pedro y su cuarto repleto de redes eran polvo en su recuerdo; sin embargo, las imágenes persistían. Berta lo supo a tiempo: sus amores clandestinos con Pedro se terminarían de un momento a otro. Afuera del cuarto, el río pasaba en la noche silenciosa; tal vez dormía; descansaba el cuerpo agitado y en movimiento de aquellas aguas profundas. Pedro desapareció de la vida de Berta, pero no su figura robusta, que se le aparecía a menudo: la camisa desfajada, los pantalones anchos de pliegues, sus carcajadas salidas de un horno caliente. Fumaba como un diablo. Caminaba por el muelle, hablaba a solas, iba o venía; volvía a su cuarto, adonde se mudaba algunas noches. Esperando a Berta, celoso e impaciente, aquél había sido un tiempo despejado. Fueron varios meses los vividos en La Barca, ese cuarto bautizado una noche por el mismo Pedro con nombre de fonda o de canción. Berta besó su ancha boca, devorada por la ansiedad.

—Mira Berta, esto me va cansando —dijo él, y bebió un trago largo de ron—. Quiero hablar con tu madre, decirle de una vez que nos queremos—. Berta se precipitó sobre él, le apretó la boca con sus manos, pudo callarlo. Se acariciaron como dos animales. La prisa o el deseo los ganaba; eran cogidas monumentales que hacían temblar las tablas de La Barca; se mordían,

se golpeaban, jugaban a las montadas, uno era el jinete, otro el caballo. Era un juego convenido: él la atrapaba, la violaba; casi a la fuerza le abría las piernas y la hacía recordar su vida. Berta gozaba hasta las lágrimas; quizás el culpable era el calor, la humedad untada al cuerpo que lo aceitaba; o bien el trópico corriendo por sus sexos encendidos.

Desde la silla de hoy, Berta entendió que sus amores con Pedro habían sido más hermosos y espléndidos reproducidos a distancia, que en la realidad. Sabía que su cuerpo estaba herido por aquellas redes. Tenía la impresión que Pedro en vez de carne y hueso era un hombre de barro, hecho con el aliento del río y del manglar, bañado con el aguardiente de los pescadores, pintado con el sol y el crepúsculo de Allende. Pedro era hijo del agua, venía del agua. ¿No había sido así el capitán Govea? Creyente, supersticioso, alumbrado por una extraña luz de la costa, amante de la Matancera y Celio González, Pedro le había puesto música a la vida de Berta. Tal vez despertó sus deseos dormidos. Se encontraron y se amaron. Raro contraste, ¿o podría llamarse designio? Uno quería las embarcaciones, el mar enardecido, el olor a marisco y a lodo, las noches iluminadas por la luna dulce; la otra, el malecón, el cine, los paseos coquetos en el parque. El tiempo decidió por ellos. Pedro se lo había dicho varias veces, hasta hacerla llorar y cantar de placer, acostados sobre el petate cuyo colchón eran las redes, embriagados de ron y aguardiente:

—Vamos a casarnos, Berta. Si me quieres, de una vez.

—Tal vez mañana pueda convencer a mi madre —aseguraba Berta—. La ocasión debe presentarse; un día nos largamos de aquí ¿te parece?

Berta prometió que cuando terminara su carrera comercial, iba a trabajar, a no depender de nadie y entonces le diría a su madre, me voy, o me caso con Pedro. Y la

terminó; fue al baile de graduación como a una cita definitiva. Bailó toda la noche pensando en que Pedro estaba mar afuera, anclada la piragua, vigilando la trampa, hasta el amanecer. Eso no la salvó de otro mar: Amadeo. Doña Sara vio contenta a su hija; le salía vitalidad, entusiasmo por sus ojos verdes y despiertos. Esa noche sintieron que eran como hermanas. Juró a su madre que aceptaría un trabajo con el señor Moctezuma, el amigo de Amelia. En un abrazo entrañable, las dos mujeres se amaron. Bebieron y cantaron con el coro improvisado de los graduados; fue un orgullo recibir de manos del presidente municipal el diploma de la Escuela Comercial y Bancaria del Puerto, donde aparecía en letras gigantescas, latinas, el nombre de Berta. «Mucha suerte», le había dicho el presidente, junto al director de la escuela, que sonreía satisfecho, de su obra: los muchachos preparados para la labor contable y administrativa del comercio y la industria en permanente ascenso; veintisiete jóvenes que iban a servir a la sociedad porteña. Y al lado del director, Amadeo de la Fuente —creyó Berta reconocerlo—, de fanfarrón, que murmuró solamente: «¡Qué linda estás, Berta!». Y luego tuvo que aceptar su invitación, sus atenciones, y escuchar las exclamaciones de doña Sara, ¡qué muchacho tan divertido!, ¡ése sí que es educado!, definitivamente se trata de un caballero, un hombre hecho y derecho.

Berta lo vio y tuvo la impresión de estar frente a un «señor» de ademanes fingidos, una especie de caballero dulzón, meloso, chocante, que sonreía sin motivo, satisfecho, como si el mundo fuera suyo. El traje azul pastel, de lino, lo distinguía. La nariz fina y larga, rematada en unos labios delgados, apenas visibles, hacían de Amadeo más que un «caballero», un maniquí. Berta se sentó con sus amigas, y a su mesa fue una y otra vez este hombre elegante que bailaba con ella y le hablaba con voz femenina, que le ponía la piel de gallina. Y luego, qué vueltas

daba al bailar; programadas, rítmicas, como quien filma una escena en un salón de baile.

— He recorrido las calles, buscando tu nombre, Berta — le dijo al oído, mientras la música de la orquesta hacía una tregua mediante un bolero —. Ahora te he encontrado.

— Y usted ¿por qué vino a la graduación?

— Por favor, reina, debes tutearme; soy mayor que tú, claro, pero somos iguales. Estoy aquí como invitado del presidente municipal, un viejo amigo mío. Tenemos varios proyectos en común, fuimos a la escuela juntos, y mi padre y el suyo se conocen hace mucho.

— Ah, entiendo — Berta estiró el brazo para impedir que su cuerpo se pegara al de Amadeo—. En el puerto todos se conocen, ¿verdad?

— Por supuesto. Acuérdate que una vez fui con mi padre a tu casa. Eras una chiquilla, pero desde entonces te llevo aquí. Y posó su mano en el pecho.

3

El rezo había terminado y Berta vio con indiferencia que en poco tiempo su hijo sería sepultado. Le hervía la sangre y sin embargo, su cuerpo estaba frío. Tuvo la certeza de que todo era inútil: las lágrimas, el lamento, los recuerdos. Cerró los ojos y los apretó: no quería ver a su alrededor, intentó impedir que el pasado siguiera latiendo en su pensamiento esta mañana de enero.

En la sala, algunos amigos de la familia se sintieron fatigados, pues el bochorno del día se colaba y hacía los rostros pegajosos, sudados. Pepe Villar y su grupo de amigos continuaban bebiendo coñac; la borrachera

revuelta con la desvelada y el sopor de la mañana se les notaba a leguas.

—Es hora de decidir— dijo Villar, jalando el nudo de la corbata —que lo estrangulaba—. Vamos a quedarnos firmes, de aquí nos vamos al cementerio. Luego, Dios dirá.

—Propongo —intervino Coqui Lemarroy, tartamudeando— que después del entierro, vayamos a la fonda del Istmo; un caldo de camarón y dos cervezas, nada más, eso solamente, y revivimos.

—De acuerdo —aprobó Ledesma; garraspeó después de haber sorbido un trago de coñac. Y soltó una carcajada.

—Primero iremos a la playa, hijitos de la chingada— atajó Eliseo González con el cigarrillo en los labios—. Luego a los caldos.

—Más respeto, más respeto, tlacuache —aconsejó Villar.

Y de pronto González estalló en un llanto inusual, que asombró a sus colegas. Se quejaba y se sonaba; eran lágrimas contenidas. «Pobre Amadeo, tan atento; fui su gerente en la azufrera, trabajamos parejo», balbuceó, dominado por un dolor repentino. «¿Por qué le pagó así la suerte?», prosiguió. Los otros le decían que sí a todo, le ofrecían más coñac y el hombre no paró hasta que se quedó dormido. Amelia ofreció una cama en una de las recámaras, y entre Villar, Lemarroy y Ledesma, acostaron al borracho. El olor a estoraje había impregnado la casa y la ropa y el cuerpo de los asistentes al rezo. Villar estornudó fuertemente, tuvo náuseas, creyó vomitar, pero se contuvo. Lemarroy y él volvieron a la estancia donde se hallaban los demás. La conversación no se detenía. Ledesma hablaba del mal que ronda, amenazante y robusto, a la sociedad porteña, y Lemarroy se burló de la filosofía de la cruda y la sorpresa del suicidio.

Berta siguió recostada en el amplio sillón de mimbre; se mecía como si el aire le faltara; doña Sara vio que su hija se hallaba en un estado verdaderamente deplorable y trajo agua tibia y una toalla; le puso paños en la frente, luego le ofreció una pastilla y Berta se dejó acariciar. Su madre fue su mejoral, su tranquilizante; sintió el cuerpo vacío como si recientemente hubiera parido, y fue un alivio suave que la impermeabilizó de sus ataques. Se entregó, ahora sí, al abismo.

Un barco que surcaba el puerto silbó tres veces en la noche, y el huracán aumentó su furia; las maderas de La Barca crujióron y el techo de zinc clavado a martillazos se estremeció. El barco se ancló; no se haría a la mar convulsionada; era preciso esperar que el viento cesara y que se disiparan aquellos nubarrones cargados de lluvia. Pedro creyó, por primera vez en su vida, en la fuerza ingobernable del huracán; el viento pasaba silbando sobre su cabeza, desafiante. Decidió esperar un poco más a Berta; aguantó el viento y el agua que se estrellaban contra la madera del cuarto, pero tuvo desconfianza cuando escuchó el ruido frenético, enloquecido del mar, la caída permanente de las olas gigantescas y entendió que el mal tiempo venía esta vez a vengarse. Abrió sus ojos hambrientos, de bestia. El viento entraba a bocanadas a La Barca y escupía agua salada. Entonces, bajo la noche sin luz, porque el huracán ya había herido el sistema eléctrico, pensó refugiarse en la casa de su padre. Las calles del puerto quedaron desiertas; por ellas solamente galopaba el viento que despegaba láminas de los techos, tiraba palmeras y levantaba una lluvia ingrata de arenilla. No olvidó un solo instante a Berta, es más, creyó verla en la oscuridad, entre la sombra de pavor que imponía el viento desatado. Su intento de fuga fue en vano, estaba aprisionado entre las montañas de agua que el mar aventaba sobre el puerto.

Vino un viento frío que detuvo el huracán; la lluvia se hizo intensa. Pedro avanzó hacia la parte baja del puerto, donde vivían sus padres; apretó el paso, se reorientó entre la oscuridad, vio a gente que salía despa- vorida de sus casas, escuchó llantos, quejas y gritos. La noche había enmudecido. Pero antes de cruzar el puente del ferrocarril, a una cuadra de su casa, con el agua a las rodillas, el viento regresó con más coraje. El huracán hizo temblar al muchacho. Caminó a la deriva. El pánico invadió el alma de los porteños; en mitad de la catástrofe se trasladó a la gente; se llevaron a la población hacia las partes altas. La noche se alargó, pasó el huracán y dejó una estela de inundaciones, postes caídos, casas destrui- das. El viento había querido arrancar de raíz las palme- ras y los almendros, golpeó casas y escuelas, comercios y calles. Las embarcaciones ancladas en el muelle fueron dañadas seriamente. En un momento dado, cuando ape- nas había empezado la brisa y la lluvia, Berta estuvo a punto de salir de casa, no fallarle a su ansioso amante. Doña Sara le prohibió salir; la mujer se arrodilló ante su hija, imploró por todos los santos del cielo, y le pidió, por la memoria del capitán Govea, que escuchara el latido del mar.

—Yo conozco esa voz desoladora que irradia el mar, cuando se viene encima —le dijo Doña Sara, abrien- do desmesuradamente los ojos, anunciando el Apoca- lipsis—; en menos de una hora ese desgraciado barre el puerto. Ya verás.

Berta obedeció más por miedo de las exageradas predicciones de su madre, que por complacerla.

—Está bien —respondió, aceptando—. No salgo a ningún lado, pero olvida tus presagios, por favor. No te obsesiones, mamá.

Y de pronto escucharon el viento que bajaba del mar, sintieron la lluvia que caía en el techo de lámina.

—Te lo dije —sentenció, satisfecha doña Sara—. Aquí empieza esto y a ver cómo termina. Ahora mismo nos vamos con la comadre Teresa que vive junto al parque. A esa zona alta, no podrá llegar el huracán.

Se pusieron sus botas, tomaron sus sombrillas y salieron. Amelia las seguía, indiferente. El aire les impedía caminar, pero avanzaron. La arena suelta se estrellaba en las casas. Iban juntas, de la mano, como si esto las ayudara. Al fin subieron por la 4a. de Hidalgo a la casa junto al parque, escucharon las ráfagas del huracán, esporádicas, luego violentas y fulminantes. La gente empezó a rezar, no obstante que el puerto carecía de santo patrón o virgen. En cada acto había miedo; Berta y doña Sara sintieron que el cielo iba a aplastar el puerto.

El huracán cobró muchas víctimas; murió gente de las zonas bajas, marineros y pescadores; estibadores y ferrocarrileros que vivían en las afueras. Sus casas de lámina y palma no resistieron los golpes tremendos del viento; el cielo se deshizo en jirones color púrpura como si anunciara una tormenta divina. Hacia el amanecer, Amelia, Berta y su madre regresaron a casa, para ordenarla; sintieron el frío dejado por el huracán, las calles eran un colchón de arena, hojas verdes y basura, enormes pozas de agua. Vieron techos caídos, la población alarmada; escucharon el sonido intermitente de la Cruz Roja, de las brigadas de rescate y auxilio del ayuntamiento; los jeeps del ejército trasladaban a damnificados, y las lanchas de la Marina buscaban desaparecidos en las lagunas que el huracán había formado. La comunicación entre Allende y el puerto estaba interrumpida porque la corriente del río era infranqueable; las órdenes de la Marina habían sido terminantes: se prohíbe el tráfico marítimo, de carga y de pasajeros, entre el puerto y Allende por el peligro que representan las corrientes y el oleaje. Luego se supo que era imposible la navegación de una orilla a otra porque

los muelles estaban destruidos; se reanudaría hasta nuevo aviso. Berta se asomó a una ciudad en ruinas que no reconoció a primera vista; doña Sara movía como un péndulo la cabeza para reafirmar su pronóstico: la perversa fuerza del huracán. Más se asombraron cuando llegaron a la orilla del río: las palmeras doblegadas; los cocos tirados en la calle, y el oleaje —cerca de la bocana— alto, se estrellaba contra las rocas de la falsa bahía y echaba chispas de agua. Allende parecía borrado de la geografía.

—¡Dios mío! —exclamó doña Sara, al borde de las lágrimas—, ¿habrá desaparecido aquella orilla y su gente? No es posible esta maldición.

—Del otro lado el huracán no ha hecho daño —dijo Berta—, y señaló hacia aquella nube de agua en que se había convertido Allende, con todo y pinos, muelles, y los techos rojos que desde el puerto se podían distinguir en días con sol.

Caminaron entre la lluvia —una llovizna torpe que caía a plomo—, esquivando los charcos y las pozas, mirando los estragos del ciclón. La casa estaba en pie, que ya era buena suerte; sin embargo, lucía destechada —varias láminas habían escapado con el vendaval—, el patio inundado, los almendros pelados como si una mano devastadora los hubiera podado, la pequeña terraza repleta de arena del mar. Entraron y todo lo hallaron de cabeza; el huracán había desordenado la sala y la cocina, la recámara y el cuarto de Berta; había instaurado el caos.

Berta dejó esos recuerdos, bajó a la sala del velorio y quiso detenerse frente al féretro; vio iluminada la cara de Eduardo, lo miró vivo, palpitante, creyó descubrir un rayo de luz en sus ojos dormidos, y estalló. Pegó un grito que asustó a sus amistades; fue una voz que hizo eco en los muros de la casa y sacó de sus casillas al grupo de Villar. Amelia la tomó del brazo y la subió a la recámara. Fue consolándola mientras Berta se recos-

taba en su hombro y lo mojó con lágrimas calladas. La calma volvió a la casa, pero el sol persistió: iluminó una foto grande que adornaba la sala. Aparecía Amadeo, de traje blanco, sonriente y pleno, saludando al candidato en campaña; atrás, una manta gigantesca con esta leyenda, «Los porteños con el candidato a la presidencia de la república. Veracruz, unido con un solo hombre». La mañana se había desnudado de los resabios de la noche y estaba ahí, azuzando al velorio, que no pudo ahora eludir la luz pálida de enero. Las horas también suelen detenerse en la imaginación: Berta vio el reloj y la mañana bien entrada, pero se negó a darles el rostro, prefirió convertirlos en fantasía, imaginarse otro día, otros soles, bajo cielos menos duros. Amelia se encargó del cuidado de la casa, había atendido a los que llegaron durante la noche, como por etapas, al velorio. Recogió vasos, ceniceros repletos de colillas, tazas de café derramadas, flores pisadas, arena y todo lo que la jornada expulsó.

—Acaban de llegar Matías y su hija —dijo en voz baja Amelia—. No pudo traer a su esposa. Llegó de México hace una hora. Él está con Amadeo; la muchacha, junto a Lalo.

—Creo que no debes recibirla, hija, por favor —aconsejó doña Sara.

—¿Por qué? Me parece tonto —dijo Berta, mirando a su madre—. Al contrario, me gustaría hablar un segundo con ella, es como mi hija.

—Bueno, entonces que pase, ¿verdad? —preguntó, urgida, Amelia.

—Si es su deseo...—doña Sara miró resignada a Amelia— que venga. Yo voy a prepararme para el cementerio.

Entró Alma Rosa, el pelo largo, vestida de negro, con los ojos hinchados, rojos. La muchacha tendió un

abrazo profundo, cálido, a Berta; fueron unos minutos, los necesarios para haber visto de un golpe, el rostro, los ademanes, los gestos y los pasos, en diferentes periodos de su vida, del muerto. Escucharon la voz, la risa de Lalo y lloraron abrazadas, Berta pensando en que su marido y nadie más era el responsable del desastre; Alma Rosa, mascullando como en un lamento que le hubiera gustado seguir hablando, charlando, bromeando con Eduardo.

— Dime, hija, con sinceridad, ¿te dijo algo? — Berta le tomó las manos y le clavó la mirada —. ¿Supiste o sospechaste en algún momento...?

— ¡Imagínese! ¿Quién pudo haber sospechado este final? Creo que nadie — respondió en tono decidido, pausado.

— Pero hija, ¿cómo es posible hacer esto, dime?, ¿en qué cabeza cabe quitarse la vida? ¡Cuántas veces lo vi triste, preocupado, y tuve la oportunidad de escucharlo, saber qué le pasaba en ese momento! Fíjate, nunca me atreví a preguntarle, pues consideré normal sus estados depresivos, propios de los adolescentes.

Y Berta se puso de pie, fue hacia la ventana de la recámara; miró, dándole la espalda a la Bush, las calles en bajada del puerto, su fisonomía pasiva y verde, las aspas de las palmeras.

— Es cierto lo que dice... yo no sé, sin embargo, qué pasó — dijo Alma Rosa en tono triste.

— Mira, tenía todo el puerto para divertirse; mucha gente lo quería — siguió Berta, en un monólogo —. Yo viví a su lado los años de vida que se concedió. Estuvo pegado a la casa, a la ciudad, a sus compañeros; lo contrario de su hermano, que desde la secundaria se fue a estudiar a Puebla. Amadeo quiso hacerlo abogado y ya ves, lo logró. Pero Eduardo, ¡madre mía!, era dulce, cariñoso, divertido; desbordaba entusiasmo. Ahí está el cuarto, el sillón donde tocaban guitarra sus amigos, discutían, charlaban.

Tú misma estuviste ahí con él, escuchando esos discos de moda; se les veía contentos, entusiasmados, ¿quién iba a imaginar...?

Berta dio algunos pasos por la habitación, pasó junto a la muchacha, llorosa. Le acarició el rostro, caminando lentamente, como recordando. De pronto, la cara le cambió: era una mujer por encima de la desdicha, parecía más preocupada por comprender los móviles del suicidio que por perderse en las fuerzas desatadas. De la mujer sumida en la desesperación, había pasado a este lapso reflexivo. De las tinieblas saltó, sin proponérselo, a la luz; ahora la muerte de Eduardo tornaba un nuevo sitio en su pensamiento; la golpeaba de otra manera menos ponzoñosa. Alma Rosa la miró atentamente y no pudo creer en la serenidad de Berta; aunque notó que los ojos, semiocultos por los anteojos oscuros, estaban hinchados y daban la impresión de reventarse. Vio que por esos ojos había salido mucho dolor acumulado, durante el tiempo que Alma Rosa no había estado aquí. Con la mirada vagando afuera de la habitación, la cabeza rígida, sin ver de frente a la Bush, Berta volvió a sentarse; se meció levemente en la mecedora, sintió el cuerpo húmedo y hasta entonces recobró la conciencia de sus miembros —, la ropa gruesa, negra, que se puso en algún momento de la noche.

— Recuerdo que en vacaciones — dijo Alma Rosa, haciendo un esfuerzo por escoger sus palabras —, Eduardo hablaba de terminar el bachillerato para en seguida irse a la capital; quería dedicarse a la pintura, ingresar a la escuela de San Carlos; me dijo en broma y en serio a la vez, que ya el puerto lo tenía hartado. Quería salir de aquí y mirar otros lugares, conocer a más gente. Estaba ávido de viajar. Soñaba verse en otro país, lejos de los amigos, de su ambiente porteño que tanto disfrutó pero del que ya estaba aburrido, escribirle a ustedes desde allá largas cartas donde iba a contarles todo

cuanto vieran de nuevo y hermoso sus ojos jóvenes e insatisfechos.

—Ay, querida, por eso te llamé, porque hablas tan bonito que me siento animada— dijo Berta y la voz se le quebró—. Aunque claro (y perdona estas lágrimas) me hace daño el recuerdo de Lalo, también siento una dicha enorme que se me atora aquí, en el pecho, al poder verlo de nuevo. Pero nada, no te detengas, ¿sí?

—¿No sería mejor conversar otro día, señora? —preguntó Alma Rosa con amabilidad expresa y una mueca de ternura—. En fin, si usted lo pide, yo sigo. Soy menos despierta que Eduardo, sin embargo desde niña me gustaba escucharlo. Entonces era un chiquillo, coqueto, tímido, oculto siempre en su gesto irónico. ¡Ah!, pero qué listo para preguntar y enterarse de las cosas; le costaba entrar en confianza con la gente; pero una vez adentro, dejaba ver su inmensa ternura, su pasión por el cine y la pintura, su entrega a los músicos de rock, cómo decirle... Era un pozo sin fondo. Eso sí, ¡qué escepticismo el suyo, Dios! De su duda, nacía precisamente su fe en las cosas bellas. ¿Nunca lo escuchó usted hablar de sus héroes y heroínas, sacadas de las novelas?

—¡Dios! —Berta tuvo un grito ahogado—, mi hijo, ¿qué has hecho con mi hijo?

Alma Rosa entendió que su relato era excesivo para el estado de hipersensibilidad en que se hallaba Berta y cambió su táctica. Le tomó la mano, se la frotó, le dio un beso, le susurró que otro día hablarían de Eduardo cuanto quisiera y salió de la habitación. Afuera, doña Sara esperaba; le preguntó a Alma Rosa si todo iba bien, la muchacha asintió, y entró para ver a Berta, que se hizo la desentendida y no miró siquiera a su madre; doña Sara le dijo que era preciso prepararse para el cementerio, hizo algunos arreglos en la recámara; entrecerró las persianas por las que entraba un sol despiadado y salió. Berta per-

maneció pensativa, las palabras de la Bush iban de un lado a otro de su pensamiento; no entendía esa idea de que su hijo era un escéptico y con todo, un asiduo amante de la vida; creyó caer en un abismo cálido donde no veía ninguna luz que le permitiera comprender la personalidad de Eduardo. Reconoció que era tarde ya para someterse a esa prueba; si había decidido morir, no valía la pena martirizarse ahora con que jamás lo había comprendido. Entró Amelia y anunció a Gonzalo, Rosario y sus hijos. Berta sollozó abrazada a ellos. La dejaron sola nuevamente. Recordó las noches tibias besadas por la luna inmensa, que desde el cielo la miraba con su cara parda; Berta no tenía sino veladas en el portal de su casa, contemplando aquella luz de metal proyectada por la luna que convertía en sombras las palmeras, en espectros los pinos de Allende. Ella miraba ese disco silencioso y creía que le hablaba; la luna en medio de aquel trópico de ríos y calor, que veía como un imán.

Después del ciclón, llegaron días de luna al puerto; el cielo parecía lavado y era más claro que antes. Fueron noches oscuras porque el puerto se quedó más de setenta y dos horas sin luz eléctrica. La actividad se paralizó; la ciudad parecía herida. Berta estaba sola frente a la noche y a los días desolados, por el ciclón y por la ausencia de Pedro. Entonces llegó Amadeo, sus proyectos y sus modales que impresionaron a doña Sara. Una de esas noches de cielo lavado, besó a Berta por primera vez. Frente al río, con la grandiosidad de la luna sobre el agua, luna que iluminaba las palmeras de una manera sonora, él le había puesto la mano en la cintura y la había tomado sin permiso.

Desde la silla y la recámara de hoy, vio como en sueños esas escenas lejanas. Pensó que todo había terminado. Amadeo había destrozado el presente. Esa era la clave: las mentiras de su marido. Sobre él llovieron decenas

de culpas presentes y pasadas que Berta disparó en un instante; lo convirtió en un océano de males y penurias morales. Quiso recordar un instante feliz de los veinticinco años pasados junto a él, y no pudo. Obtuvo a cambio las imágenes de las noches interminables en las que lo esperaba mientras la ansiedad o la impotencia consumían su vida. De la impaciencia pasaba al odio; del dolor a la locura. Al menos mi madre ha esperado por amor al capitán Govea, pero yo — se decía Berta en la oscuridad — por miedo. Recordaba entonces los líos de faldas en los que había caído Amadeo. Principalmente el escándalo por su amistad con Aniceta, ¿quién no se había enterado de esa pasión? Berta veía el pasado con rabia y lo maldecía. ¡Su marido ligado en cuerpo y alma a una prostituta! Mostró sus conquistas — Esther fue una de ellas — como trofeos ganados en un campeonato; las convertía en heroínas. Para eso usaba sus versos.

4

Amelia entró en la habitación, hizo un gesto de fastidio y reproche que Berta no vio.

— Berta, por favor, es necesario que te arregles — dijo impaciente —. Creo que irá mucha gente al entierro, así es que prepárate.

— Voy en seguida — Berta se asombró de haber despertado con sus propias palabras —. No te preocupes, Amelia; organiza las cosas a tu modo, averigua si viene el gobernador y si falta alguien por llegar.

— Sí, sí — dijo Amelia como cantando —, eso ya lo sé; reacciona, estás ida ¿entiendes?

Y Amelia suspiró al borde de la explosión; se hallaba excitada, en toda la noche no había descansado y sentía a

ratos los estragos de la desvelada, de la tensión inmensa de las últimas horas; resentía más que nada la desolación y el desequilibrio que descubría en Berta y Amadeo. Los veía distantes, indiferentes; cada uno encerrado en sus pensamientos, en sus temores. Berta tomó la sala y la recámara para aislarse; Amadeo, el cuarto de Eduardo. Los notó enfrentados en una lucha sorda y sintió escalofríos.

— Si, entiendo — aceptó Berta, al fin — pero ni modo. ¿Has visto a Amadeo?

— Ahora mismo lo llamo.

— Por favor no me hagas eso, Amelia. ¿para qué quiero ver ahorita a mi marido?

Berta recordó a Amadeo y se dio cuenta que en toda la noche no había sabido de él; suponía que estaba sufriendo mucho, pero no sintió piedad. Amadeo miraba como extraño los dibujos y las fotografías del cuarto, los cuadros y el toque juvenil. A su lado, Esteban parecía un médico que auxiliara a un moribundo, y Elvira maldecía el mundo actual. Habían conversado y repetido una y otra vez que era un golpe duro de resistir; que la muerte intempestiva de Eduardo desencadenaría otras acciones imprevisibles. Recibieron condolencias de los amigos de Amadeo; también de sus socios, compañeros de juerga y su club social. Las horas de la noche habían sido interminables para Amadeo; Esteban lo vio sollozar, bañado en lágrimas, secándose con un pañuelo el sudor de la frente, el agua de los ojos; se sonaba y luego parecía que se iba a ahogar; entonces tosía y le daban estertores. Fumó como enfebrecido. La tía Elvira lo auxiliaba. Amadeo despeinado, con la ropa blanca manchada. Amaneció sentado en el sofá-cama de Eduardo; de sus ojos irritados no salían sino signos brillantes. La nariz muy roja. Le dolía el estómago, los huesos, la cabeza. A ratos sufría de insensibilidad. La noche anterior, Esteban fue contundente:

— Esto no tiene remedio, tendrás que soportarlo. Sé fuerte, agárrate los huevos, hermano. Eduardo terminó.

Una frase sin compasión pero necesaria. Amadeo, en esta mañana rota, entendió que Esteban había sido directo, poco elegante. Ni modo. La escena que intentó borrar durante la noche, le hacía ahora el rostro crudo, desafiante. Al volver a casa, con Berta, después de un breve paseo vespertino de costumbre, había tropezado con el cuerpo de Eduardo, desmayado. Sangraba a mares. Ni Berta ni él dieron crédito. Vieron las luces encendidas, la puerta de la recámara de Eduardo abierta, la luz apagada. Lo llamó. No obtuvo respuesta. Fue a servirse un trago, mientras Berta se adelantó al cuarto de Eduardo pensando que quizás se hubiera dormido. Y al prender la luz, vio aquella masa de sangre y cayó al suelo. Amadeo acudió de inmediato; ahí lo vio con el revólver a un lado; tomó el teléfono y pidió auxilio. Moribundo, sin mucha conciencia de sus actos, trató de levantar a Berta, le puso unos hielos en la cabeza y ella reaccionó. Sus gritos fueron escuchados por los vecinos que tomaron la casa y vieron el cuerpo de Eduardo. Llegó la ambulancia del hospital de Pemex, los médicos le dieron una pastilla a Berta; tendieron el cuerpo en la camilla, aún con vida, y salieron disparados. Amadeo iba junto a su hijo, ya con suero en las venas, preparado para la operación. Amelia se enteró en el parque; regresó volando a casa y empezó a lanzar maldiciones a esa pistola que siempre guardaba Amadeo para nada. No concibió la idea de que Eduardo estaba herido de muerte; se dedicó a lavar la sangre, pegada a las colchas, al colchón, regada por el piso de la recámara. «¿Quién te ha llevado a esto, quién?», decía Amelia, mientras limpiaba, iba de un lado a otro; ese momento lo recordó después: estaba fuera de control; no le obedecían sus impulsos ni la fuerza de voluntad que tanto la caracterizó siempre.

El teléfono empezó a sonar y Amelia contestó; debía explicar lo ocurrido, certificarlo.

—Sí, señora Villar. Hace unos instantes, Eduardo, sí, ¿salvarse? Ojalá Dios lo permita, pero quedó nada de su cabeza—. Colgó. Pensó en el muchacho. ¿Era el mismo que había cuidado durante años? No lo creía. El Lalito débil de pantalones cortos más latoso que diez niños juntos.

Y de inmediato se dio cuenta de sus palabras y estalló en un llanto denso, ingobernable. Recostó en un sillón a Berta, le dio a oler alcohol, le puso paños de agua helada en la frente, y la mujer no reaccionaba. Amelía fue de nuevo a la recámara de Eduardo, quería terminar de limpiar la sangre. Entonces sonó el timbre del teléfono.

—Ah, cómo estás Esteban. No fue un accidente, sino algo peor, Lalo se pegó un tiro en la mera calabaza. Eso es, con la pistola de tu hermano. Amadeo no se apartó de los camilleros, entró con ellos al hospital; varios médicos se encargaron rápidamente del herido. La noticia tocó de puerta en puerta, se desplazó; parecido a un silbato triste, cruzó el río, fue y vino, tomó su debido sitio en la casa de Amadeo.

—¡Despierta!, escucha, ¡despierta! —lo llamó Esteban, sacudiéndolo por los hombros—, está muy cerca la hora del entierro, Amadeo. Te quitas la camisa, te echas un baño y luego un trago de coñac. ¡Anímate, carajo, anda!

Esteban salió de la habitación. Amadeo se frotó los ojos; miró sus cigarrillos, tomó uno y lo encendió. Fumó chupando hasta el fondo, devorando el tabaco. Comprobó que aún llevaba puesta la guayabera azul pálido de la noche anterior, manchada de sangre. Y recordó otra vez la llegada al sanatorio, cargando a Eduardo. No había querido despegarse de los médicos y siguió los preparativos urgentes para la operación. Todavía pensaba en una salida. Entonces llegaron Moctezuma, Villar, el chino Lay y trataron de calmarlo.

—Ni modo, Amadeo, ¿qué se puede hacer? —le dijo Moctezuma, y lo abrazó.

—Bueno, hay que esperar, ojalá y los médicos resuelvan el asunto —balbuceó Lay, con timidez marcada.

—Gracias, gracias, pero el caso es demasiado grave —apenas se escucharon las palabras de Amadeo.

—¡Qué barbaridad!, mi querido Amadeo, cuenta en todo conmigo, ¿eh? —dijo Villar contundente.

Habían pasado apenas diez minutos de la entrada al sanatorio, cuando Uribe llegó hasta Amadeo y sus amigos. Con un movimiento negativo de cabeza, el médico, en un afán de evitar las palabras, dio por terminado el caso. Ahí, Amadeo sintió que el tiempo se detenía; permaneció quieto, sin voz. Abrazó a Uribe, se apoyó en el cuerpo delgado de su amigo eterno. Villar lo detuvo, lo abrazó y de inmediato inventó palabras. Casi en vilo, lo condujeron al quirófano donde Amadeo vio a su hijo desnudo. Imploró como el hombre más desvalido de la tierra. Gritó hasta sacudir los cristales de las ventanas del cuarto. Sus amigos lo sacaron de allí; Uribe previó el estado de ánimo exaltado y le puso una inyección; Amadeo permaneció como dormido, sin memoria, blanco el rostro y blancas las manos, lejos de las voces que llegaron a él. Como un remolino entró la sociedad porteña en el sanatorio para constatar el fallecimiento de uno de los suyos. Tres hombres de la agencia funeraria trajeron el féretro, y Eduardo fue depositado en él, previamente maquillado. Una parte de la cabeza la llevaba vendada; era lo que la bala destruyó de una manera perfecta. Pero el rostro apareció limpio, sereno, simplemente dormido. Amadeo regresó a casa, que hacia las nueve de la noche se hallaba a reventar; en el auto iban Moctezuma, Villar y Esteban que a última hora había llegado al sanatorio. Seguían, como en un desfile, la carroza donde iba Eduardo. A las nueve en punto de la noche, el cadáver de Eduardo de la

Fuente Govea entró a la que había sido su casa durante dieciocho años y tres meses.

Amadeo trató de disipar esas imágenes crueles de su memoria y se puso en pie de lucha; era preciso continuar, hacer un esfuerzo más para darle la cara a este día deforme, que simulaba muy bien lo que era su interior. Pensó en Berta y se dijo que esta mujer desorganizada era la responsable. Sí, eso iba a gritarle tan luego pasara esta pesadilla. Creyó una obligación aclararle a Berta que nunca se había preocupado por la casa, ni por los hijos.

—Por favor, Amadeo, por un carajo, ¡reacciona! — volvió a insistir la voz de Esteban.

—Que sí, ya voy, pero también entiende que estoy quebrado.

—No es hora de reflexiones, sino de ponerse activo. ¿Estaría satisfecho Eduardo viendo que estás caído?

Esteban lo dejó solo. Era difícil mover a su hermano, sacarlo de esa especie de éxtasis en que se hallaba. Amadeo era a ratos un niño que se ríe sin control, a ratos una estatua enmudecida. Con todo, empezó a alistarse. Un baño con agua fría le lavó la desvelada y el sudor acumulado; fue como si el agua hubiera borrado — al menos por unos minutos — su desdicha, sus recuerdos. La regadera se volvió un bálsamo; pero ya arreglado, vestido con un traje gris Oxford, miró la calle en declive, alumbrada por un rayo de sol débil que se filtraba por entre el mar de niebla, y se detuvo. Por esa bajada había visto durante muchos años ir, o venir, a su hijo. Con el paso desgarrado, a veces en compañía de sus amigos, a veces riéndose. Lo vio de pantalones cortos, jugando con otros niños. En un instante se agolparon en él cientos de imágenes y no las resistió. Lo pararon en seco, precisamente cuando se disponía a salir del cuarto, ya decidido y convencido de que era preciso asistir al sepelio de Eduardo. Su mirada quedó pegada a esa calle que salía al Paseo Cifuentes.

Pudo ver a don Amadeo, la rusticidad del puerto en los años anteriores al auge comercial, marítimo y petrolero. Anheló la vida milenaria, pacífica, de su juventud. Amadeo se apoyó en el marco de la ventana, se relajó. Una punzada en la nuca, una especie de descarga eléctrica, lo obligó a retirarse de ahí, ponerse a salvo. Volvió a su mente el instante en que el féretro de Eduardo fue colocado en la sala de la casa; en cinco minutos, los empleados de la funeraria tendieron un cordón de margaritas, inventaron un cuadrado con los cirios y crisantemos, y en cada esquina pusieron un inmenso candelabro. Los rezos comenzaron de inmediato; la casa pareció hincharse de tanta gente. Las hermanas Sevilla creían estar en el palco de un gran teatro.

Amadeo rehusó dar la cara a los porteños que llegaron esa noche. Se refugió en el cuarto de Eduardo para recibir solamente a sus amigos íntimos. Estuvo, sobre todo, con Uribe que le contó historias increíbles de México y Chicago, ciudades donde estudió y vivió varios años. Bromearon y recordaron.

Amelía y doña Sara ayudaron a Berta en su aseo personal. Una vez arreglada, Berta se miró en la amplia luna de su recámara y no se reconoció. Bajó a la sala apoyada en el brazo de Gonzalo, lista para acompañar a Eduardo en su prematuro viaje al cementerio. No quiso verlo de nuevo. En medio de una multitud llorosa, Eduardo fue sepultado. Berta gritaba que quería irse con él. Pasaron los días. Entonces ella vio con claridad que nada iba a detenerla ya en el puerto. Había llegado el tiempo de huir. Sintió que de ahora en adelante no necesitaría el aliento porteño, ni el cielo estrellado de sus noches interminables, ni las fiestas del casino, ni el parque, ni los paseos por el malecón. Soñó —o le pareció soñar— que se refugiaba en un escenario distinto a éste que era testigo de la muerte de su hijo. Intentó repasar lo que había

sucedido con Pedro, pero rechazó la historia por cursi y lejana. Solamente alcanzó a urdir su propia y rápida historia: huérfana de padre, amante de un pescador, luego convertida en la señora De la Fuente, casada con un mundo de obligaciones sociales, consumida por la espera y las promesas nunca cumplidas de su marido. Era tarde — ¿o estaba a tiempo? — para sacudirse el pasado. Y de paso, vio la historia de Amadeo en un párrafo: estudiante arrepentido, arrimado al negocio del padre, aprendiz de comerciante, empleado de la azufrera, en seguida, mediante un ascenso afortunado, su director; enamorado empedernido; empresario, tesorero municipal, protegido del presidente, propietario de inmuebles, accionista del Banco de Comercio, y sobre todo, el mejor cliente de los burdeles del puerto. Berta se afianzó, con necedad, a la imagen de Pedro; compañero de escuela, pescador por vocación, bebedor incesante que había integrado su vida — el mar, las redes, el tabaco y el ron Berreteaga — a la de Berta de una manera natural. Jamás lo encontró ni supo dónde acabó; le dijeron que la noche del huracán había intentado ayudar a los damnificados; lo vieron por las zonas bajas. Tal vez el viento y la marejada lo sepultaron. La noche, el agua y el frío acabaron con él. Más tarde, se enteró de que Pedro desapareció en alta mar.

LAS PALMERAS SOBRE LA LUNA

1

La mañana de agosto se dibujó en el cielo como una figura en el espejo: luminosa, de piel transparente. A las seis y media, un sol aplastante iluminó la casa de Amadeo que amaneció en desorden, sucia de papeles, polvo y tiliches aventados en el piso; enormes cajas, estibadas en la sala y en la estancia de arriba, la habían convertido en bodega. Maletas y petacas, morrales y bolsas, parecían reventar. Berta subía y bajaba revisando sus enseres, etiquetando las maletas. No quería olvidar nada. Aún de luto, falda plisada gris, de botonadura enfrente, blusa negra, el cabello recogido y estirado. Amadeo también despertó activo, y se dedicó a revisar las maletas cuyas cerraduras no funcionaban; sudaba y se veía desvelado, con grandes ojeras, oscuras.

Gonzalo encendió el auto para calentarlo; abrió la cajuela, acomodó la llanta de repuesto para darle cabida al mayor número de maletas. Se empolvó las manos, pero dejó lista la cajuela del Ford; se movía con soltura dentro de sus jeans y se preparaba como quien va a emprender un viaje largo.

La noche anterior, Amelia y doña Sara habían empaclado hasta muy tarde, las cosas delicadas: vajillas y cubertería, el cristal cortado y la batería de cocina. Trabajaron como si en ello les fuera la vida; serias y taciturnas, sufrían y no intentaban siquiera disimularlo. Muebles y camas, enormes cajas, sillas, el refrigerador, la lavadora,

todo debía quedar listo para que la mudanza se lo llevara cuando Berta decidiera. Más que desierta, la casa parecía haber sufrido un bombardeo. Gonzalo y su padre subieron maletas y bolsas a la cajuela del coche; Amadeo entendió que había llegado la hora de partir. Eran las siete en punto de la mañana.

— Yo me quedo aquí, tú ve a buscar a tu madre.

Gonzalo entró rápidamente a la casa. Subió y halló a Berta en el estudio de Eduardo ahora vacío. Iba a llamarla, pero presintió que no era oportuno. Se acercó a ella, por atrás, la tomó de la cintura. Berta veía como extasiada la pintura en la pared, líneas y colores turbulentos, cogidos por el viento que los movía. Miró de reojo a Gonzalo y le tomó la mano que se puso en el vientre.

— No tiene caso, mamá, ¿para qué seguir pensando en lo mismo?

— Pero si he venido solamente a despedirme de él, en el cuarto donde está su voz, sus dibujos — Berta le dio la cara de frente a Gonzalo y sus ojos se humedecieron.

La persiana golpeaba la pared con suavidad; el viento húmedo recorría las habitaciones del segundo piso. Abajo, doña Sara y Amelia seguían empacando, guardando, preparando cajas. Hablaban sin aliento. Gonzalo las escuchó como se oye llover. Pensó decirles que hablaran menos para agilizar la salida, pero en ese momento, Berta soltó sus manos y le dijo:

— Vamos que se hace tarde.

— Estamos a tiempo. Falta despedirnos de mi abuela y de Amelia... -dijo Gonzalo, por no quedarse callado.

Bajaron; Berta dio las últimas indicaciones, recomendó mucho la casa a su madre. Mientras hablaba, salió; Amelia y doña Sara la seguían mecánicamente. Gonzalo pasó un momento al baño y de pronto tuvo miedo de los espacios vacíos de su propia casa; sintió que ahí quedaban encerradas las voces de él y de su hermano.

Sus juegos de niños, sus pleitos y competencias. Salió precipitado. Abrazó a su abuela; igual a Amelia. Subió al volante. Amadeo ya se había sentado adelante, fumaba un cigarrillo aparentando indiferencia; en realidad, le revolvía el estómago la idea de abandonar su casa. No quiso ni voltear para ver la fachada por última vez. Berta subió en el asiento de atrás; Amelia, siempre precavida, le entregó una almohada para que se recostara. Berta bajó un momento y besó a su madre; luchaban en silencio para no comenzar la borrasca de la despedida; abrazó a Amelia y antes de llorar, se puso sus lentes oscuros. Doña Sara cerró la portezuela; ella y Amelia levantaron sus manos en señal de despedida; parecían dos soldaditos que saludan a la bandera; le sonrieron a Berta y Amadeo. Gonzalo aceleró y el auto se alejó. En ese Ford blanco iban veinticinco años de matrimonio con rumbo incierto. Era un raro ataúd. Berta se acostó de inmediato. Intentó evadir la imagen de su casa; se le vino encima aquel salón vacío y revuelto; las paredes sin cuadros, lisas y desiertas; los rincones sin macetas; tuvo escalofríos al pensar que a esa casa siempre estaría anclada.

—Hija, vas bien ¿eh? —preguntó Amadeo, simulando.

Berta respondió con su silencio. Gonzalo rompió la tensión, platicando holgadamente con su padre del tiempo que les llevaría el viaje; citó las zonas difíciles del camino, sobre todo Maltrata, y su niebla perenne. Tomaron una calle que los llevó derecho al Paseo Cifuentes, esa amplia avenida de palmeras en medio pintadas de blanco. Berta adivinó las calles que tantas veces había transitado. Con este sol de agosto hecho de cenizas, sintió que las casas estaban deslavadas. Un pequeño salto del coche le hizo saber que habían llegado al Paseo; su pecho latía aceleradamente. Se despedía de este paisaje anónimo, de las residencias de amplios ventanales que miran hacia el mar, sus balcones y terrazas donde tantas

noches había jugado canasta y dominó en cenas y reuniones mientras la charla crecía y afloraban los sucesos recientes. No quería recordar sino perder la memoria, sepultar el pasado ahora mismo. Por un momento creyó que el coche no avanzaba, ¿dejarían el puerto de una vez? Nada se movía para decirle adiós. El auto salió del Paseo y bordeó la zona comercial. Berta continuaba sumida en el asiento, oculta de la ciudad que abandonaba, pero los olores y el rumor del tráfico y de la gente la obligaron a situarse. Sabía perfectamente por dónde iba; la estación de autobuses de segunda clase, los puestos de tacos de cochinita y horchata de coco; luego La Primavera, el cine Ideal al que tantas noches fue con sus hijos. Vio como en segundo plano las escenas de una película, *Tormentos del deseo*, 1949, cuyo galán André Le Gall azotó a Chela Moctezuma y a Berta. Vieron la película tres veces. ¿Qué año era? 1953. No, imposible, antes, sí, seguro. En la esquina, la Farmacia del Puerto. El coche se detuvo, ella sintió que se asfixiaba y se levantó.

— ¿Qué pasa, Gonzalo, por qué no avanzamos? — dijo casi a gritos, con marcado fastidio.

— Nada, ya sabes que es la hora pesada.

— Cálmate por favor, querida, en unos minutos salimos de aquí — Amadeo, conciliador.

El coche se fue detrás de un tráiler que iba en la misma dirección y abría paso en mitad de la gente, de los coches. Gonzalo lo rebasó en la avenida que conecta con la carretera a México; aceleró. Berta volvió a recostarse en el asiento; un silbato intenso, prolongado sonó desde el río y se disolvió con la lejanía, el auto avanzaba ya a cien kilómetros por hora. Berta imaginó uno de esos gigantescos barcos que salían por la bocana con rumbo desconocido mientras ella desde la orilla del río despedía a amantes imaginarios. La hizo volver a su infancia. Era un sonido demasiado reconocible para no

trastornarla. Mediante él, Berta recorrió Allende y su muelle de madera, donde atracaban pequeñas embarcaciones. Imaginó el barco proa al mar, venciendo las corrientes del océano, como un rayo abre el cielo de las aguas turbulentas para enfilarse a su destino. Neptuno moderno entre las aguas. Así, olvidó de pronto el viaje que emprendía, absorta en el pasado. Escuchó a Gonzalo que anunciaba una escala, dentro de dos horas, en Catemaco. Sintió que veinticinco años junto a su marido, habían sido borrados en sólo quince minutos que tenía de viaje. De un tajo, se había cortado su vida. La voz de Amadeo la arrulló; cuando despertó, el coche entraba a las curvas cerradas de Catemaco. Habían pasado muy rápido los pantanos y potreros tupidos de la maleza donde vivían garzas grises y blancas. Se alegró de no haber respirado aquellos hedores a pájaros podridos, a tierra descompuesta. Le pareció que los indicios de tormenta, derivados de la salida del puerto, se habían diluido y ahora salió como de un escondite y vio el cielo despejado y la montaña reluciente; abajo, la laguna como un plato de porcelana: Y cuando ya se sentía lejos del puerto, llegó a ella como un estertor, su trajín, su movimiento. Era un sonido claramente discernible, que no sale fácilmente de nuestra mente. Te acompaña, te oprime, va contigo: es el salitre de la costa. Intentó quitarse ese moho invisible de la memoria pero su cuerpo estaba impregnado. ¿Era encanto o lastre? La costra del trópico: un olor a azufre y humo de trenes y barcos, a estibadores y marinos, que oxida los huesos. La hora de todos. Brotó una sonrisa franca y soñadora de sus labios y tuvo la certeza de que vencería las vicisitudes que surgieran en esta nueva empresa, lejos de su casa. Encendió un cigarro.

—Vaya, ha reaparecido la dormilona —dijo Amadeo, bromeando, y volteó a verla.

—Hemos dormido tan poco anoche, que sigo aún con sueño, ¿tú crees?

—Vas a despertar con un sabroso desayuno junto a la laguna —sugirió Gonzalo.

—Acepto, claro que sí— y Berta se miró en el retrovisor, se acicaló.

—Eso es, unos tamalitos y carne de mono, luego un rico café y resucitamos —agregó Amadeo en tono jocoso.

—Esa carne le gustaba tanto a él, ahora mismo comería con nosotros —dijo Berta inusitadamente, sin haber pensado en la frase ni en lo que evocaría.

Como agua fría recibieron la alusión directa a Eduardo; Amadeo no se explicaba por qué Berta se empeñaba en martirizarlos con esas bruscas alusiones a destiempo. Hubo un silencio forzado, cómplice. Berta encendió otro cigarro. Gonzalo levantó el brazo, y guiándose por el retrovisor, alcanzó la cara de Berta recostada en el lomo del asiento delantero. Fue un claro de luz en la selva oscura en que se había metido. Su hijo, nadie más, podía consolarla. En Amadeo sólo hallaba rencores acumulados, rectificaciones inútiles. La laguna se hallaba dormida, sus olas no sonaban en la orilla, al estrellarse en las pequeñas rocas; el agua parecía sonora a las diez de la mañana. Desayunaron con calma, copiosamente. Amadeo se mantuvo ajeno a las obsesiones de Berta; Gonzalo charlaba sobre sus proyectos profesionales en México, y a ratos contaba anécdotas de rutina del puerto. Pagaron y subieron al coche. De nuevo, la carretera.

El siguiente trayecto era el de Los Tuxtlas. Amadeo encendió un cigarro, luego otro, a pesar de tener prohibido fumar. No soportó el peso del recuerdo; pasaban precisamente por Los Mangos, el rancho de Matías. Reconoció el viejo portón y vio la hilera de árboles que iban hasta la casa. Qué rápido se fue el tiempo grato en que venían al rancho y hacían planes para el futuro. Qué días tan her-

mosos y claros habían disfrutado junto a Alma Rosa; y en aquel vergel aparecían Berta y Matías, Paredes y su gusto implacable por los tragos, Gonzalo y sus preguntas ociosas. Eduardo se había esfumado como un viento fuerte que azota en la noche y desaparece con el alba; no lo localizaba entre aquella casa rodeada de lomas verdes; lo buscó en las recámaras, en la sala, abajo en el arroyo, y fue inútil. Veía con demasiada claridad, la terraza y el juego de dominó; los ojos despiertos de Alma Rosa, escuchaba inclusive el llanto consentido de Almita, pero no lograba ver el semblante de su hijo. Rugió el motor en las curvas peligrosas. Amadeo le comentó a Gonzalo las imágenes de Los Mangos. Hubo un silencio. Amadeo intentó rescatar algún gesto de Eduardo y fue imposible; sólo le llegaba su rostro alargado, de huesos anchos emanando sangre. En la muerte lo había hecho tangible. Amadeo parecía contento y satisfecho, tranquilo; era solamente la superficie de su estado de ánimo. Si un cable hubiera entrado por su pensamiento, tal vez se habría carbonizado de la electricidad que producía en direcciones opuestas, o se reventaría de tan tenso. Su voluntad quería doblegar el sentimiento; la razón se erigía soberana sobre la pasión y el recuerdo. Pero mantenían una lucha constante, a muerte. Por fortuna, logró dominar aquella sombra que jamás se quitó de encima, porque a la menor provocación, se le aparecía despierto o en sueños, borracho o lúcido. Encendió otro cigarro y le ofreció uno a Gonzalo. Fumaron plácidamente.

Después del desayuno y de haber atravesado Los Tuxtlas, Berta entró en un prolongado sueño producto del café y los calmantes que continuaba tomando por prescripción médica. No se enteró del viaje ni hizo el más mínimo intento por salir de ese cuarto oscuro inventado por su imaginación.

Amadeo iba pensando en la Ciudad de México, y veía que era inútil ahora, intentar algo en el puerto, donde había sufrido un duro revés. Del tormento, pasaba a la dicha; de la desesperanza, a la esperanza; de la oscuridad, a la luz; salía del mar revuelto y amenazante que era la costa, a la paz de las montañas. Cambiaba su paisaje marino y caluroso, por el valle de México, la altura y el frío, las sombras y el ruido. Jamás se arrepintió de haber abandonado el puerto; pero siempre quiso regresar a pesar de los desencantos. Le preocupaba, sobre todo, saber el fin de las propiedades que habían dejado para ser vendidas un tiempo después; Esteban era el encargado de promover la venta y sacar el mayor provecho. Tal vez se haría necesario rematar también El Castillo. Doña Sara y Amelia decidirían. Era una casa que costaba algunas decenas de miles de pesos y, además, Amadeo se empeñaba en conservarla.

Gonzalo conducía velozmente; no dejaba de pensar en los deleites de la avenida Juárez, un sábado como éste. Deslizarse por el Salón Rojo del Hotel Alameda, en mitad de la música de jazz, beberse un delicioso jaibol y cerrarle el ojo a las chicas. A partir de las diez de la noche el bar se pone divertido, justamente a la hora que él calculaba llegar.

Berta se despertó casi llegando a México; había un aire frío que se colaba en el coche; ella lo acarició al respi-

rarlo; olía a olmo, a cipreses y eucaliptos. Ese aroma impregnó el interior del coche. Se asomaban al borde de la carretera árboles que parecían gigantes. Berta solamente los presentía. En pocas horas había escalado una montaña que comenzaba en Allende y terminaba en su hijo Eduardo. Desde la salida del puerto, vio con claridad que aquello había empezado a ser parte del pasado. Su pensamiento se aferró al aire de la gran ciudad que se acercaba velozmente; iba naciendo en ella una nueva sensibilidad que pondría a prueba entre gente desconocida, en una ciudad ajena a sus hábitos.

A las nueve de la noche, Gonzalo se estacionó frente al edificio gris, de marquesina pequeña donde se leía con letras góticas, Hotel Siger. Amadeo dio su nombre en la recepción y de inmediato un *bell-boy* fue al coche para bajar las maletas y subirlas en el elevador. Berta trató de componerse, se vio demacrada y en unas fachas poco dignas para ser recibida en un hotel tan elegante. Descendió del auto, subió del brazo de su marido a la habitación; las maletas fueron acomodadas, y ella se asomó a la calle; vio el tráfico humano de la avenida Juárez, se sintió transportada a otro mundo. Amadeo se acercó a ella por la espalda, le besó el cuello con delicadeza.

—Vamos a empezar una nueva vida, aquí, Bertita, sepultando el pasado.

—Estoy segura que podemos instalarnos bien, re-encontrar el camino, tendrás que cambiar por completo, querido.

—No empieces, por favor, se trata de cerrar heridas, no de abrirlas y hacerlas sangrar. Hemos hecho un pacto, hay que respetarlo.

—A eso me refiero. querido; aquí no podrás llevar la vida porteña. Eso se acabó.

Gonzalo despidió al mozo y se acercó a la ventana donde se hallaban abrazados, como filmando, sus padres.

Se unió para presenciar el ruido cosmopolita, las luces y los anuncios que se encendían y dibujaban figuras; al fondo, la Torre Latinoamericana. Se les notaba la alegría de estar en México; cada uno sabía perfectamente bien que era un sueño realizado.

—Ya no le tocó a él venir a la ciudad que tanto deseó... —Berta se quedó sin voz, bañada en lágrimas.

Fue una frase contundente. Amadeo no la soportó y bajó la mirada. Gonzalo desapareció: se fue a los bares vecinos al hotel, bebió varios jaiboles, pero su intento donjuanesco fracasó. Regresó a su habitación a las doce de la noche, medio pedo, sin haber ligado nada, maldiciendo a los que hablan inglés y a la infame ciudad. Cayó agotado. Se levantó temprano y se fue a la casa de su tía Rosario; vivía con ella y sus primos.

Rosario se había instalado, desde su llegada a la ciudad, huyendo del espectro de su marido asesinado, en la colonia del Valle, en una casa inmensa. Berta y Amadeo llegaron al mediodía, felices. El domingo era azul. Comieron juntos, recordaron viejas anécdotas, sobre todo de la infancia, de don Amadeo y sus recorridos por las riberas del río vendiendo abarrotes y comprando cerdos y semillas en los ranchos. Había sido un mercader dinámico, incansable. Luego se había dedicado a los muebles, pero jamás dejó de comprar y vender frijol, maíz, madera, pieles y palo de tinte. Citaron los hechos más significativos de los últimos años y a sus protagonistas: la familia Moctezuma, Villar, González y tantos apellidos que habían ido enriqueciendo a la sociedad. Berta entendió que lejos del puerto empezaría seguramente a extrañarlo; desde la ciudad reproducía como nunca su aire y su río; extrañaba el sonido del mar como se extraña a un ser querido y entrañable. Ese domingo especialmente, le pareció que todos estaban marcados por los hábitos costeros. Desde el puerto se vivía con la sombra de la gran ciudad,

se anhelaba conquistarla, hacerse cosmopolita de trazos modernos y cultos; y una vez en ella, se trataba de engrandecer la paz y el ambiente costeños. Se rieron mucho del taxista ya legendario, un negro que se creía profeta y parecía el príncipe de los ruleteros, siempre de blanco, mostrando su dentadura limpia y sobresaliente de entre su boca gruesa y ancha de olanes. El mismo que sirvió de chofer a Amadeo en su boda. Recordaron a la tía Elvira; citaron la fortuna de Esteban. Berta presintió que al instalarse en la capital, seguiría reproduciendo —ella y sus amistades y familia— el aliento costeño. ¿El perfume del puerto? Era una especie de aroma indeleble pegado a su cuerpo y a su pensamiento, que le removía la memoria.

La comida en el jardín de la casa de Rosario se alargó; a las siete de la noche, Amadeo cantaba un poco desentonado, en compañía de la guitarra de Armando, su sobrino mayor, un hombre rubio, alto, que ya había salido de la universidad. Gonzalo, animado, hizo la segunda voz y cantó con su padre algunas canciones que había escuchado de niño, en las reuniones de su casa, repleta de amigos que bebían y jugaban a la felicidad. Repasaron el repertorio obligado, Agustín Lara, Guty Cárdenas; se detuvieron en una canción, «Viajera», que alcanzaba la categoría de himno familiar. Todos la entonaron; los unió en una sola fe; les despertó viejos recuerdos y sensaciones. Las copas, los gritos, la guitarra, el clima templado de agosto en una tarde sin lluvia, se precipitaron sobre Berta. No pudo evitarlo, pensó en Eduardo, el puerto, su vida descalabrada. Tuvo un mareo y sus ojos húmedos se enrojecieron. Rosario le ofreció un café bien cargado y Gonzalo se acercó a su madre para consolarla. Amadeo olvidó la diversión y atendió a Berta; sostenía un jaibol y con la mano libre, la abrazaba. En unos minutos, Berta se repuso. Volvió el rejuego y la reunión llegó a feliz término. Salieron de la casa, subieron al coche. Gonzalo ma-

nejó, Amadeo aún no se atrevía a conducir en la ciudad. Vieron la silueta de las residencias californianas de la Del Valle, desembocaron en Insurgentes, una amplia avenida que endulzaba la vista con su fisonomía verde, elegante. Disfrutaron como niños bobos las bocanadas de fragancia que expedía la ciudad. Llegaron al hotel, el auto se detuvo en la entrada de emergencia, la calle de Edison.

—Ve con cuidado, hijo —recomendó Amadeo, abriendo la portezuela para bajar— y procura pasar por nosotros mañana temprano.

—Sí, papá, a las ocho estoy aquí.

—Ay, ojalá encontremos casa pronto —intervino Berta, descendiendo del auto—. Rosario me va a ayudar. Te cuidas, Lalo.

Amadeo y su hijo se miraron y enmudecieron. El coche arrancó. Berta y su marido, del brazo, subieron al cuarto. Cada uno pensó en, la tarea que le esperaba al día siguiente.

3

A los quince días de buscar un departamento cómodo y barato, Berta y Rosario hallaron uno en Minatitlán 24, bien ubicado, de tres recámaras, amplio comedor con piso de parqué y una estancia en desnivel para la sala; lo rentaron de inmediato por la jugosa suma de ochocientos pesos mensuales. Satisfecha con el sitio que sería su casa, Berta llamó a doña Sara y Amelia, les dio la noticia —

que festejaron mucho — y les recordó que le enviaran en una mudanza los muebles, la recámara y lo que había quedado empacado. Esperó impaciente, mientras hizo los trámites pertinentes del contrato de arrendamiento. Exaltada, aprisa, no tuvo contratiempos. El primero de septiembre, entró a su departamento con Amadeo. Se instalaron. Gonzalo se vino a vivir con ellos, pues ya no tenía caso hospedarse con su tía. Los muebles llegaron, pero incompletos; Berta pensó que era una excelente idea que no le enviaran la sala; debía comprar una más acorde con la ciudad. Hizo cuentas con Amadeo, sumaron y restaron, calculando los gastos. Salían librados. Fueron meses en los que Berta se sintió ocupada en una empresa importante. Gonzalo le sirvió de guía y compañero; se iban de compras al centro, comían por allá, platicaban, recordaban las cosas hermosas del puerto, se divertían pensando en doña Sara y Amelia; a veces, entraban al cine, luego cenaban. Amadeo, para no traicionar su vieja imagen, seguía siendo el eterno ausente. Berta diseñó las cortinas y compró la tela; fue a la casa de Rosario, tornó la Singer y cosió los pliegues y el dobladillo; también cortó manteles y trapos de cocina. De pronto se descubrió útil, capaz de hacer aquí lo que el puerto le había vedado. En su vida sentimental había un haz de luz intensa que tal vez la guiaba. El entusiasmo que mostró en la decoración del departamento fue obsesivo, en el fondo quería gastar energía en alguna actividad.

A los cinco años de haberse instalado en la Roma Sur, Berta tuvo una revelación: su marido la había colocado precisamente en la posición de siempre, ventajas para el señor y amo de la casa, mentiras y opresión para la mujercita que todo obedecía. Le vino un poco después de la boda de Gonzalo, cuando la soledad volvió a su lecho, y reaccionó. La soledad, su vieja confidente, estaba de nuevo ahí, lozana, desafiándola. En varias

ocasiones comentó su situación con Alma Rosa Bush, a la que veía de vez en cuando. La ciudad separaba a la gente más de lo que creía y aunque la Bush era amable con su amiga, nunca la incorporó a su círculo de amistades de Las Lomas. De todas maneras, como antes, Alma Rosa le seguía recomendando prudencia; perseverar era la palabra clave que Berta debía aplicar; tantos años junto a Amadeo no se debían aventar al abismo de la noche a la mañana. Esta vez, Berta sintió que no obedecería a su querida amiga. A la falta de disposición para «perseverar», se sumó el descaro que en la vejez había ido mostrando Amadeo; un elemento más obligó a Berta a cambiar: la ruina económica. La ciudad se había tragado sus ahorros que no eran pocos; también el importe de la venta de los terrenos del puerto, y el último año, el dinero de la casa se pulverizó. El reporte que le trajo a su mujer una noche, medio borracho, no admitía dudas: se hallaba en crisis, explicó; tantos años sin trabajar, gastando dinero a manos llenas, lo condujo irremisiblemente al colapso. Fue a la cocina por hielos, se sirvió un trago de ginebra, se sentó —parecía una visita en su propia casa— en una de las sillas del antecomedor, miró a Berta como se mira al perro, un poco desgreñada, envuelta en su bata, y le confesó que les quedaban tres meses de vida económica.

—Sí, mujercita, hemos gastado más de la cuenta y he aquí el resultado —hablaba con marcado cinismo.

—No entiendo, Amadeo —y ella tomó del vaso de su marido—, explícate, por favor.

—¿Explicación? Ah, la señora quiere una explicación, muy sencillo, voló el dinero, así de fácil.

—Pues a mí no me vas a amargar la vida, desgraciado, el dinero lo has tirado tú, en cantinas y burdeles ¿crees que estoy ciega?, y ahora me quieres llevar entre las patas.

—Momento, doña Berta —y Amadeo vació su bebida de un sorbo—. Es fácil echarle la culpa a otro de tus propios errores.

—¿Qué quieres decir? Estás borracho.

—Mira, hija de la chingada, borracha estás tú desde que te conozco; en más de treinta años tu única tarea ha sido exigir, pedir. Te resolvía todo...

—Es cierto, el dinero lo conseguías tú, pero la que aguantaba el peso de la casa y de los niños, tu desvergüenza y tu descaró, ¿quién era?

—Qué bien, me vas a cobrar la crianza de tus hijos.

—Eres un sinvergüenza, nada más.

—Yo creo que no es hora de recuentos y reproches; debemos tomar una decisión prudente, que evite o retrase la caída.

—¡La caída! —repitió Berta burlonamente—; antes de ver la cuestión económica, esa poza de agua sucia donde siempre has estado metido, quiero decirte que me tienes harta. No te soporto más. ¡Dios mío!, eres un sinvergüenza, hace tiempo acabaste con mi paciencia, destruiste mi deseo de seguir a tu lado.

—Deja de amenazarme, ¿quieres?, yo también he necesitado paciencia.

—¡Lárgate!, no me martirices con tus desplantes de vanidad—. Y se fue a su habitación, llorando, lastimada.

Amadeo aguantó dos tragos más; fumó, tosió como un tuberculoso; esperó en la cocina el amanecer, que la fue llenando de luz incierta. Escuchó el rugido de los autobuses en la avenida cercana; se sintió abandonado, recluso en una ciudad aplastante que no le pertenecía, donde era poco menos que nada. Añoró las voces conocidas y cariñosas del puerto, que en las mañanas lo saludaban; quiso recibir aquellas muestras de simpatía y confianza, las miradas complacientes de sus amigos. Viendo cómo se consumía

su cigarro en el cenicero mientras esperaba echarse otro trago, deseó sobre todas las cosas, volver a ser Amadeo de la Fuente, caminar en las tardes calurosas por el parque, respirar la brisa del río, ver de nuevo la bruma del mar. La ciudad, pensó, me tritura y va a desequilibrar mi casa, mi cabeza y, por supuesto, a mi mujer. Despojados de toda esperanza, salió del departamento con el sol ya alto, estrelló la puerta. Berta lo escuchó pero no se movió; prefirió dar la impresión que dormía.

Amadeo se refugió en la casa de su hermana Rosario; aprovechó la oportunidad para visitar a Victoria Castillo. Desde su llegada a México la había llamado pero no la localizó. El año pasado, al fin, encontró teléfono y dirección. Rosario, que era el contacto con Victoria (amigas de la infancia, en el puerto, luego adolescentes que se habían repartido a los novios), la había perdido de vista. Victoria se había mudado a la colonia Anzures. Después de la trágica muerte de Riveroll, Rosario la buscó en la ciudad de México; se reencontraron, se visitaron. Cuando Amadeo llegó, intentó verla, pero fue el momento en que Rosario no sabía la nueva dirección, de manera que fue imposible complacerlo. Hasta que uno de sus hijos, Armando, se encontró a Victoria chica, y le dio el teléfono.

A los diez días de haberse separado de Berta, Amadeo llamó a su ex-compañera; la saludó efusivamente y tal vez por compasión — Victoria sabía al derecho y al revés la historia de Eduardo — aceptó la visita de su viejo enamorado. Tomaron té, platicaron y recordaron. Más que nada, se miraron cara a cara y descubrieron que el tiempo había estropeado sus rostros y sus manos; sin embargo, cada uno sintió que los años no habían pasado y que seguían siendo los mismos. Recobraron aquel amor desdichado, se contaron sus vidas y Amadeo vio que se hallaba en franca desven-

taja con respecto a Victoria. Ella tenía amigos, estaba divorciada y era una pintora de prestigio que había expuesto su obra en varios países, su imaginación y su ternura seguían latentes. Amadeo, para no quedarse atrás, mencionó varios proyectos económicos y sociales que estaba haciendo al lado del secretario de Comercio. Sonrió y se mostró contento con su suerte. Al despedirse, prometió llamar a Victoria, verse de vez en cuando, reanudar por lo menos, la amistad que los había separado. Ella lo acompañó hasta la puerta del jardín.

—Bienvenido a la ciudad -le dijo dulcemente—, aunque sea tarde para hacerlo, felicidades por tu ingreso a la capital.

Amadeo salió disparado. Le molestó haber venido a humillarse delante de una mujer que de algún modo lo había rechazado. Jamás volvió a buscarla; entendió que era un asunto sepultado. Se fue a una cantina del centro y no encontró a nadie de sus amigos; bebió solo. Hacia la medianoche decidió hacerle una visita a Berta. La mujer estaba ya acostada cuando escuchó que llamaban a la puerta; se imaginó de inmediato que no podía ser sino Amadeo y decidió echarlo de casa como a un perro sucio. Se acercó a la puerta, sin hacer ruido y oyó la voz aguardentosa de él:

—Soy yo, hija, abre por lo que más quieras.

—Vienes borracho, Amadeo, vete y cuando estés sobrio regresas...

—Abre, Bertita, abre la puerta que vengo muy sensual.

Ante la insistencia y el humor, cedió; lo dejó pasar: una figura desgarbada que olía a licor y a tabaco; tenía el saco sucio, manchado, el cabello desordenado y las canas le brillaban. Ella vio que Amadeo era un viejo; quiso recordar su edad, ¿63 años?, no, ¿casi los setenta? Amadeo

pidió posada, pero una vez en el departamento, se sintió con derechos, como si ésa aún fuera su casa. Balbuceó unas frases mientras se servía una ginebra, brindó solo y resbaló en el sofá de la sala. Berta no perdió tiempo; lo maldijo, le restregó en la cara su cinismo, lo responsabilizó de la muerte de Eduardo y de la caída económica; le reprochó sus borracheras infinitas y sus parrandas espectaculares en el puerto, le recordó a sus amantes. El parecía dispuesto al regaño. Ella alzó la voz para decirle que había hecho de su mujer un objeto desdichado.

— Amadeo, debes abandonar esta casa para siempre. Tu mujer ya no te necesita ¿entiendes? Me estorbas — levantó la vista, giró sobre sí misma, poseída por el odio y la lástima que le producía su marido.

— Cálmate, querida, cálmate — y Amadeo hizo un gesto conciliador —, voy a conseguir un negocio estupendo, ya verás.

— Entiende, no quiero nada de ti — Berta eludió las caricias —. Vas directo al abismo, y en esa caída me quieres llevar. Vete.

— Te vas a arrepentir, cuando yo vuelva a mi redil.

— Me impacientas, quiero descansar, estar sola, ¿está claro?

— Habría que hablar antes en términos prácticos — Amadeo con voz resignada, dolida —, una separación no es tan fácil como pretendes, digamos ¿quién se queda con esta casa?

Berta intentó encender un cigarrillo; su mano temblaba desafortunadamente. Amadeo avanzó sobre esa debilidad; la tomó de la cintura y en una demostración de fuerza, la besó. Sobre el sillón, desnudos hasta la cintura, hicieron el amor; hubo llanto, súplicas, maldiciones. Para él fue un triunfo más, había puesto en evidencia su dominio absoluto sobre la debilidad de Berta; en ella renació el odio acumulado en años. Durmieron. Berta se despertó

primero que él; estuvo pensando con calma lo que haría tan luego se levantara. Elaboró el plan y los detalles, previó dos tácticas para la ofensiva. Lo vio despierto y le sonrió amable. Le dio los buenos días para darle confianza. Amadeo pidió un desayuno completo.

—No seas tan creído, Amadeo, ésta fue tu última hazaña conmigo. Ahora mismo empacas, toma lo que creas que te pertenece y te largas. Ah, si quieres desayunar, hay huevos, fruta y leche en la cocina.

—¿Así despiertas a tu marido? No soy un delincuente...

—Piensa lo que quieras, pero hoy es una fecha histórica, recuérdalo bien, hijo de la chingada, no volverás a cagarte en mí.

—Piénsalo bien, puede pesarte mucho esta decisión —dijo Amadeo, saliendo de las sábanas furioso—. A un hombre no se le insulta de esa forma.

—¿Y te parece poco el tiempo que llevas mintiendo? —Berta al borde de la desesperación.

—Ahora entiendo. Sacas de repente tu pasado asqueroso. Me obedeciste, cuando tuve dinero a manos llenas; ahora, me tiras a la basura. Me iré, pero no vayas nunca a buscarme porque te escupiré como lo que eres: una perra.

—Vete, no quiero verte nunca, nunca —Berta se puso histérica y gritó como pidiendo clemencia.

Amadeo entendió; fue a la recámara, sacó su maleta, la llenó de ropa, que echó en desorden, y salió, dando un portazo estridente. Berta lloró esa mañana como una niña abandonada; en la tarde siguió, y en la noche fue imposible descansar. En la madrugada logró dormirse con un sueño ligero, nervioso; tuvo una pesadilla en la que soñaba que se despertaba y a su lado, fresco como el rocío, se hallaba Amadeo con su risa cínica. Tomó dos *Valiums* más de lo prescrito y más o menos pudo tranquilizarse. A

la mañana siguiente recobró su estado de ánimo normal; fue con la del 201, le contó la historia presente y pasada de Amadeo, la separación definitiva, fumó y bebió varias tazas de café con ella. Encontró una aliada incondicional que la felicitó por su valor y calumnió a Amadeo, «viejo cobarde, sinvergüenza, que debiste mandar al rastro hace mucho tiempo», dijo sonriente. Berta volvió a su departamento y se sintió satisfecha, como si le hubieran amputado una pieza podrida del cuerpo. Llamó a su madre y le platicó lo sucedido. Doña Sara le suplicó que volviera con Amadeo, lloró por la suerte de su hija y terminó solidarizándose con Berta. Después de la larga distancia, se sentó tranquilamente a escribir una extensa carta para su madre; fue un verdadero balance de su vida junto a Amadeo, de los fracasos y falsos placeres. Confesaba que ese hombre jamás la había amado y lo llamó ruin, mujeriego, espantapájaros. La carta iba manchada de lágrimas.

Después del rompimiento con Amadeo, sintió seguridad y vacío al mismo tiempo, era un aliento de paz que por primera vez la visitaba.

Un sábado en la mañana se vistió muy elegante, se pintó como en su juventud y esperó a Gonzalo. Vino a buscarla desde Satélite donde había comprado casa y vivía con su mujer y sus tres hijos. Berta le explicó las causas de la separación, su plan de sobrevivencia. El la escuchó y la dejó hablar; cuando notó que su madre había soltado todo o casi todo el rencor acumulado, dijo:

—Estoy de acuerdo, pero a una edad tan avanzada ¿qué caso tiene una separación, mamá?

Iban por el Periférico, el tráfico era tupido, molesto, el aire parecía una cortina de humo. Berta no quería discutir con Gonzalo, sabía que no podía hallar apoyo en él, pero decidió darle su punto de vista, antes que Amadeo disparara.

—Ni modo, Gonzalo, más vale tarde que nunca. Tenía que suceder, fueron muchos años de infidelidad vividos junto a tu padre.

—Olvídalo, por favor, cuenta conmigo en tu presupuesto—. Y miró a Berta, condescendiente, quizás—. Su incipiente vejez lo ablandó.

Berta volvió a su departamento el lunes en la mañana, animada, con planes para el futuro, dispuesta a rehacer sus cosas. El viernes de esa misma semana, la del 201 le dijo que debían ir al Jorongo, beber una copa, escuchar el mariachi y el trío, divertirse un poco. «Los hombres son una cagada, amiga», le dijo muerta de risa. Berta aceptó. A las ocho de la noche subieron al Renault de la vecina, salieron a Insurgentes. Berta vio calles animadas, cafés en los que imaginó citas y conquistas amorosas, luces en los comercios, escaparates sensacionales. Suspiró. Llegaron a Reforma y sintió que descubría una ciudad antes dormida para ella; añoró no haber entrado nunca al Hilton ni al cine Roble. En el María Isabel bajaron del coche, entraron; Berta pensó que había desperdiciado su juventud, recluida en el puerto, esperando a su marido. Parecía avergonzada de entrar al hotel, al bar, sentarse, pedir una copa, fumar y platicar con su amiga. Dos martinis y la voz desafinada del solista del mariachi, le provocaron mucho placer. Su pierna sobresalía de la falda y era hermosa. La del 201, delgada, de pómulos puntiagudos, sonrió levemente, mostró sus dientes largos y brindó con Berta. Hablaron, gritaron, cantando las canciones ranche-ras, jurando no volver a confiar en los hombres. Entregadas a la charla, no advirtieron en qué momento se sentaron dos galanes a un lado. A uno se le dibujaba una calva prematura, de ojos redondos y simpáticos, parecía el mayor; el otro, la nariz aguileña y ojos encendidos, era un aspirante a don Juan. Ellos no pidieron permiso; tomaron con amabilidad y bromas a las dos mujeres, mientras el

aguileño mencionaba la fortuna de sus padres, en México y en Estados Unidos, ofrecía su residencia en Acapulco y prometía hazañas maravillosas.

Luego de haber cerrado el bar salieron con rumbo desconocido. Los cuatro parecían parejas de viejos enamorados. El calvo, tímido pero muy cómico de palabra y obra, sugirió comprar una botella de whisky en la Hipódromo Condesa, y dejar para otro día el viaje a Acapulco, Nueva York o Madrid. El amigo asintió, igual Berta y la del 201. Pasaron por la bebida, los cigarros y las botanas, mientras el de pelo de zorro le frotaba la pierna a la del volante; entraba en sus dominios explorando primero el terreno. Supo, al dejar la Hipódromo y encaminarse a Minatitlán 24, que la noche estaba de su parte.

Entraron al edificio en silencio, a petición de Berta y su amiga. Tomaron el 201 por cabaret y bar y restaurant. Bailaron, bebieron y cada uno por su cuenta remendó el mundo ingrato en que vivían. Berta sentía miedo y vergüenza sólo al pensar que ese muchacho -seguramente de la edad de Gonzalo- hiciera el amor con ella. El calvo era atento, cortés, no la presionaba ni le decía tonterías como el otro; bailó con Berta, la estrechó y le dio varios besos por el cuello; ella se ruborizaba, pero le gustó mucho la forma en que su compañero la conducía y le hablaba de la revolución socialista que América Latina esperaba; le citó al Che Guevara, insultó a los norteamericanos por su torpe intromisión en Vietnam y le metió la mano para acariciarle la espalda. Berta pensó que debía poner un tope en ese momento, o caería en tentación. Antes de las cinco de la mañana desaparecieron el del pelo lacio y la del 201. Berta no los vio, pero fue evidente que estaban en la recámara. Ella aún no decidía su suerte; el calvito le había tocado todo el cuerpo, le parecía simpático y un hombre sereno y prudente. ¿Tenía el deseo muerto? Le dijo al muchacho que se hallaba bajo el efecto de una depresión in-

controlable, él interpretó — así lo hacía en la facultad de ciencias políticas y sociales de la UNAM— esa angustia como el ocaso de la burguesía. Berta aceptó la frase; lo acarició con marcada ternura y cerró las piernas. El marxista maldijo la hora en que escogió a esta provinciana tupida de melancolía; añoró a la del Renault. La luz del amanecer blanqueó el departamento, fue desalojando las sombras. Berta, adormilada, se dejó hacer.

El marxólogo cabalgó como un jinete que va al encuentro del alba, sobre una mujer hechizada por los recuerdos, profanó el vientre de quien pudo haber sido su madre. Pasado el mediodía, los muchachos se despidieron y prometieron regresar. Berta le suplicó al revolucionario que no la buscara jamás; el muchacho entendió la súplica y la cumplió. El de pelo lacio lo invitó a la Marinera a reponerse de los alcoholes y la juerga de antología que ya había anotado en su almanaque de eventos espontáneos. Su amigo le confesó que había quedado prendado de la señora.

— Esa mujer, hermano — dijo, mientras fumaba y cruzaban la calle —, sabe a agua salada, huele a palmeras bajo la luna.

El sábado en la noche, la del 201 fue a buscar a Berta. «Vamos al mismo sitio, querida», le dijo. Berta se negó a acompañarla y permaneció sola en su departamento, pensando, riéndose por dentro de las ocurrencias de los muchachos, eran como infantes de la sexualidad, púberes del amor. Berta pasó el fin de semana, encerrada, haciendo planes. Pensó traerse a la ciudad de México a su madre y Amelia. Serían sus amigas y juntas se ayudarían. El lunes recibió una breve carta de doña Sara. La leyó dos veces. «Querida Hija: Te escribo la presente deseando que te encuentres bien; nosotros, bien gracias a dios. Bertita, quiero decirte que me preocupa mucho tu decisión de separarte de Amadeo. Amelia dice que te apoya

y comprende tu actitud. Yo le digo que es mejor aguantar al marido que echarlo; ella se ríe con picardía, no sabes lo que sufrió al lado de ese hombre, dice. Sabemos que podrás reponerte y vivir tranquila. De repente quisiera que vinieras al puerto y fueras la de antes, pero veo que es imposible; es como pedirle al tiempo que volviera. Ni modo. No puedo acostumbrarme a tu ausencia; tantos años juntas, a veces conviviendo en la misma casa —en la tuya, cuando tus hijos eran pequeños—, a veces envueltas en las mismas penas y en las mismas alegrías. Me digo que todo eso desapareció, que es asunto enterrado. Te confieso que desde que te fuiste, el puerto se ha ido envejeciendo; lo veo lento y opaco; no, hija, ya no brilla como antes su inmenso río, su playa blanca. ¿O será que a mis años, así va uno viendo las cosas? No sé. Aunque yo mire así el puerto, sabes bien que sigue siendo maravilloso. Anoche, por ejemplo, Amelia y yo platicamos horas enteras, en el portal de la casa. No nos dejaba dormir el disco luminoso de la luna llena. Veíamos hasta los techos de zinc de Allende, como si fuera de día; las palmeras hacían sombras y a ratos parecían enormes animales. Vimos la luz de la luna acostada en el lecho del río, mientras el vientecito de octubre nos animaba. ¿No te gustan estos recuerdos de tu tierra? Amelia dice que vas a volver. Yo le reprocho sus barbaridades, pero insiste. «Mucha gente se ha ido, Sarita, pero no aguantan el frío de México ni tanto coche. Y regresan, entiende. Y quien lleva en el alma estas noches llenitas de voces de las ranas y los grillos, no se las quita nunca.

«En las mañanas que voy al mercado me encuentro a Leti Villar, pregunta por ti y te recuerda mucho. Vi también a la Delia Sevilla, ¡qué mujer! Sabe ya tu lío con Amadeo de pies a cabeza. ¿Cómo se enteró esta víbora? ¡Qué diferente es Leti! Me cuenta cosas, recuerda los carnavales en que tú y ella se disfrazaron de brujas. Recuer-

da y llora; son marejadas, hijita, de agua que avientan sus ojos. No cabe duda, siempre te quiso. También saludé uno de estos días, precisamente en la Oaxaqueña, a Xavier Rosado, me preguntó por ustedes y les manda saludos. ¿Te acuerdas de él? Vivió en el puerto hace muchos años, y se fue a trabajar para Pemex en Agua Dulce. Allá se casó, tuvo cuatro hijos y se hizo hombre. Pues en ese campo petrolero parecido a la boca del infierno, perdió a su hijo mayor, que se llamaba igual. El muchacho tuvo un accidente. Luego su mujer quedó muy afectada de los nervios; fíjate que varias veces la trajo aquí al puerto y yo iba a verla, sólo por acompañar a Xavier. Estaba ida y no podía responder a mis preguntas. La pobre mujer terminaba furiosa, maldiciendo a los médicos y de paso, al bueno de su marido. Alguna vez te presenté a Xavier Rosado, me acuerdo. Entonces sabes de quién te estoy hablando. Nació, como yo, en Allende; estudió en el puerto ¿dónde más? Acá creció; los fines de semana cruzaba el río para visitar a sus padres y lo veíamos. Era nuestro plato preferido para reírnos.

«— Rosado, rosadito del culo, le gritábamos.

«— Rosado naciste, rosado vas a morir.

«¡Ay, hija!, este año se ha ido muy rápido y sin embargo estamos apenas en octubre; pasaron volando las fiestas de septiembre, y mira, está cerca el día de los muertos y ya asoma los dientes diciembre. ¿Vendrás en Navidad como me prometiste? ¿Y Amadeo? ¿Ya no tiene solución? Nunca me he metido en tus asuntos, menos en tus amores. Ni siquiera opiné de tu primer novio, aquel muchacho medio mulato, que tantas noches te tuvo con el ojo pelado, menos voy a hacerlo ahora. Pero ¿no volverás con él? Entiendo. Así son las cosas. Si cambiando de pantalones, cambiara una de vida, qué fácil sería el divorcio. Sabemos que no es así. Recibe todo el cariño de tu madre; también el de Amelia».

Un domingo en la tarde, Berta volvió a recordar la muerte de Eduardo. El hecho se había empequeñecido, ya no era el centro de sus actos y desvelos, pero a veces volvía a su memoria y la exasperaba. Dio vueltas por toda la casa como un reo en su celda, le llamó a Gonzalo y no fue posible localizarlo. A su estómago bajó un sentimiento de soledad. Creía que su cuerpo era un enorme vaso que se llenaba de angustia. Quería vivir, pero últimamente estaba siempre irritada; a veces un anhelo infantil la invadía; soñaba con el río y las tardes que rebotaban en silencio sobre el agua gris; extrañaba también el silbido de los barcos, sus rugidos en la noche lejana, la brisa vespertina que el mar metía a su casa. Ese domingo la asaltó un ímpetu de romper su soledad y deseó sobre todas las cosas, ver otra vez el paisaje marino, morir en él. La soledad se le estaba trepando a la cabeza. Hoy veía a poca gente. La del 201 se marchó, al fin regresó el marido y se la llevó a Tijuana; Gonzalo estaba cada vez más ocupado; los hijos, el trabajo, la casa, lo mantenían alejado. De Rosario no quería saber nada, pues con ella se hallaba recluido Amadeo. Y de Alma Rosa no había vuelto a tener noticias. Cuando venía alguna de las viejas amistades del puerto, se comunicaban con Berta; iban a verla, recordaban los tiempos de auge que habían disfrutado juntas. Esas visitas, en realidad, la deprimían. De manera que prefirió eludirlas mediante cualquier pretexto. El tiempo, ese capataz del infierno, se llevó las voces de amigos queridos.

En esas vueltas y conjeturas se hallaba cuando Rosario la llamó por teléfono. Amadeo había sufrido un infarto; estaba fuera de peligro, pero su salud exigía reposo

y un estricto control médico. Si se repetía, sería el final. Berta siguió dando vueltas; ahora sintió la obligación de ir al hospital 20 de Noviembre y saludar al moribundo. Tuvo fuerzas para arreglarse y fue a verlo. Pensó resistirse pero los años junto a él, su cinismo, también los ratos agradables, se le cruzaron. Salió a la avenida Baja California, tomó un taxi y bajó en el hospital. Nunca lo hubiera creído; tropezó ahí con la mitad del puerto: Esteban, su esposa y sus cinco latosos hijos; Uribe y su hijo mayor. Saludó también a los Bush; se extrañó tanto de ver a Almita con un recién nacido en brazos, que por poco desfallece. ¡Qué viejo encontró a Matías! Rosario, sus nueras y sus hijos, y alguien más que no alcanzó a descifrar qué hacía en el hospital: Victoria Castillo. Gonzalo y su mujer llegaron a última hora. Berta pareció renacer, al sentir el apoyo de su hijo en medio de tanta gente solidarizada con su ex-marido. Entre saludos y abrazos se creó un vacío escalofriante. Ella evadía a quienes no estaban enterados de su separación. No deseaba dar explicaciones. Se fue con los primeros que salieron. Conoció el estado actual de Amadeo, también supo el motivo del infarto: una borrachera sensacional con un gran amigo, el doctor Uribe.

Una noche antes de la caída, Amadeo salió con Uribe, que estaba de paso en la ciudad sin su mujer. Uribe lo recogió en la colonia del Valle; se saludaron como si no tuvieran tantos años de conocerse.

— Te voy a enseñar viejos lugares del centro — dijo Uribe, moviendo su bigote espeso, dando instrucciones al taxista.

— Te ha ido de agasajo, Uribe — Amadeo lo miró joven, conservado, elegante —. La suerte nunca te abandonó, cabrón.

— ¿Cómo has estado, Amadeo? — preguntó Uribe.

— ¡Qué pregunta! Desde que me separé no me caí ni la estufa.

—Te gusta quejarte, pero dime ¿qué problema tienes?

—Cuéntame algo del puerto, no seas ingrato — Amadeo miró a su amigo de reojo.

—Todo igual como lo dejaste, aunque más grande. Aquello se ha estirado.

—Es la provincia, Uribe; amena y cachonda.

La noche era fresca, había llovido y brillaban las calles mojadas; Amadeo escuchó el eco de sus propias palabras, huecas. Al cabo de un rato, llegaron al centro; bajaron y se refugiaron en el salón Ariel, un sitio agradable, sobre todo en días de semana. Pidieron dos jaiboles, brindaron.

—Hace tiempo que no nos veíamos ¿verdad? — dijo Uribe, contento, en tono costeño. Amadeo asintió, bebió un sorbo grande de su copa y dijo: —Tengo ganas de ir al puerto...

— ¿Y qué esperas? Llega a mi casa, a la de tu hermano, allá están tus amigos, Amadeo. ¡Salud!

—Me gustas porque todo lo ves a colores. Últimamente me ha estado llevando la chingada, Uribe. Lo sabes. Como dice la canción, ayer maravilla fui, y ahora ni sombra soy.

—¿Qué te pasa? Tú has resuelto bien tus asuntos, jamás te dejaste vencer.

—Sí, eso es cierto. Pero recuerda lo que tantas veces hemos platicado—. Uribe pidió dos tragos más. Se los trajeron y Amadeo continuó: —Tuvimos todo, pero con la muerte de mi hijo, se nos vino encima el mundo.

—Lo reconozco. Sin embargo, vives tranquilo con tu hermana.

—Esa no es vida, no me jodas. Te hablo del golpe que me espantaba el hambre y el sueño; luego nos arrebató la estabilidad económica lograda con mucho esfuerzo. Lo sabes. Así comenzó nuestra ruina. Rematé terrenos

y casas, las acciones en dos empresas constructoras. Los ahorros se fueron; compré para Berta el departamento de la Roma. Vendí el coche. De todas maneras, yo estaba a gusto, dispuesto a vencer la mala racha. Recuerdo que los primeros años en la capital fueron bondadosos conmigo. De pronto se desencadenó una tormenta: la separación de Berta. Tal vez era la consecuencia de la muerte de Eduardo; el muchacho la seguía hasta dormida y no la dejaba en paz. Acepté todo. Ella deambulando como un ciego por esta ciudad; yo, arrinconado en la casa de Rosario, viendo pasar los días y los meses...

La voz se le quebró. Uribe cambió la conversación y le ofreció una rica botana de carnes frías. Amadeo sonrió y la probó. Bebían parejo. La música golpeó sus oídos. Uribe le contó de una trigueña del puerto que lo traía de cabeza.

—Qué mujer, Amadeo, deberías conocerla. Es una hembra de 32 años, piernuda, de ojos negros y pechitos reventones.

Se rieron a carcajadas. Reencontraron su antiguo código, juntos eran felices. Como si los hubieran desenterrado y fueran los mismos de hace cuatro décadas. Volvieron a contarse los viejos chistes, y las mismas historias de mujeres, borracheras y queridas, repasaron a los amigos comunes. Les dolió la parálisis de Moctezuma, desahuciado ya.

El restaurante cerró el servicio; los meseros levantaron los manteles, los pocos clientes pagaron y salieron. Uribe estaba medio pedo.

—Regresa al puerto, Amadeo -le dijo y lo abrazó con una ternura infinita-, allá está tu hermano, tus amigos...

—Ojalá pudiera. Berta promovió siempre la derrota, la invocaba en sus noches de furiosos insomnios.

—¿Qué dices? Olvida eso, por favor. Ya estás pedo, hermano.

— ¿Eres tonto? Escucha: los últimos años junto a ella fueron una pesadilla. Mi mujer no dormía, esperaba al muchacho que había salido. Hablaba en secreto con él a cierta hora de la noche. En sueños, lo nombraba. Y yo, indefenso. Parecía un castigo. Cuidaba la salud de Berta, y aparte tenía que equilibrar las finanzas en permanente descenso, mantener la calma. A veces, prefería huir; me desaparecía de la casa, y con todo, me azotaban unas depresiones terribles. Nada me aliviaba; nadie me escuchaba. Lo peor, desde luego, eran las noches. Quería leer, imposible; bebía café, deambulaba por la casa como sonámbulo, y las horas se estiraban. No amanecía por más que se lo pedía al cielo; entonces mi conciencia del fracaso se agrandaba. Era una sensación de haber perdido todo. El insomnio se instalaba en nuestra cabeza. Y Berta seguía su diálogo con Eduardo. Cada noche venía el desgraciado a mi cama como quien va a una cita. Para espantarlo, encendíamos las luces, preferíamos distraernos como si nada ocurriera. Hablábamos del puerto, ¿de qué más? Cuando no le das al cuerpo aquello a que lo acostubraste, te desconoce.

El médico ordenó la cuenta; el salón Ariel cerraba sus puertas; los meseros arrastraban mesas y sillas, hacían un ruido insensato; la cocina guardaba sus enseres y apagó las luces; el cajero hizo cuentas como un prestidigitador. El calor de julio invadió el ambiente del restaurante. Amadeo y Uribe tenían en la mesa el último trago de la última copa.

— ¿Salud, Amadeo? -dijo Uribe, garraspeando.

— ¡Salud! Recuerdo aquellos años, lo que fuimos. Es cierto, este mundo hijo de puta a veces te da por la boca y a veces por el culo.

— ¡Ay! ¡Ese es mi poeta!, alburero y trovador de siempre.

— Es la verdad ¿no crees? — Amadeo aceptó los calificativos.

—Tú y Esteban acapararon todas las viejas; no hubo competencia para ustedes. Una por una cayeron en sus redes. ¡Cómo te envidiaron a la Aniceta! ¡Qué mujer! Y te diste el lujo de regalársela a tu hermanito ¡carajo! Jamás conocimos nada igual ¿eh? Hizo época el culo de esa mujer. Lo hacía divinamente.

—Mira, viejo, todo el puerto la probó pero después que yo; cuando me sentí satisfecho la cedí, ¿está claro? —dijo Amadeo con enfado.

—De acuerdo, no te enojés; ya veo que esa vieja les dejó un glorioso recuerdo.

—Nada, nada, ella era extraordinaria y yo la descubrí. Luego llegó Moctezuma, Villar y Esteban.

—De plano, Amadeo, que su muerte nos trastocó.

—Si, no niego que lo sentí mucho, pero así es la vida, así es ese negocio.

Salieron, el aire frío los sorprendió; buscaron un taxi y después de caminar varias calles, pararon uno. El taxista los llevó por calles desiertas, cogidas por la bruma de la madrugada, silenciosas, iluminadas por una luz pálida y triste. Cantaron «Amor perdido». No solamente lloraron con la letra de esa canción, también tuvieron un orgasmo sentimental producto de los tragos y los recuerdos. Uribe encendió un cigarro, abrió la ventanilla y respiró el aire húmedo, citadino, mientras tarareaba la canción.

—Quiero decirte, Amadeo, que debes imponerte; no vas a caer vencido, no, así no se puede; cuenta conmigo en tus planes, pero aparta de ti esa sombra pesimista —y miró de frente a su compañero.

—Voy a salir de este pozo, no te preocupes —sentenció Amadeo—. Te lo juro por la vida que se nos fue.

—¡Ese es mi Dado! —gritó Uribe—, me gusta que recobres el aliento—. El taxista los miraba, extrañado, por el retrovisor.

—Tengo mis planes —siguió Amadeo—. Sólo espero la señal de un amigo bien conectado. ¡Ya verás!

Descendieron del coche en Ámsterdam y Michoacán. Uribe tuvo un gesto de abatimiento. Tomó el frío de la Condesa como pretexto para estornudar. En realidad le lloraba el alma, después de haber escuchado las esperanzas de Amadeo, después de comprobar que su amigo eterno vivía en el más asombroso desamparo y no se daba cuenta. Caía una llovizna leve y la noche parecía más profunda en esa penumbra del Parque México. Tocaron una puerta pintada de negro, se abrió un portal desde el que un hombre dijo buenas noches, preguntó si deseaban servicio. Uribe le dijo que sí. Entraron a una casa que parecía una fortaleza. Las ventanas estaban forradas de cartón y por dentro gruesas cortinas de terciopelo la convertían en un lugar hermético.

En la planta baja había subdivisiones; el hombre que los conducía las llamó «gabinetes» con un decorado deslumbrante: sillones violetas, lámparas de imitación porcelana, mesitas de centro demasiado bajas. Un hombre de traje negro se puso a las órdenes de los señores. Uribe pidió media botella de whisky. El hombre fue y volvió con el servicio, se retiró después de haber cobrado la botella con su sonrisa incesante. Atrás de él —como número ensayado— aparecieron las putas; por lo menos ocho. Fingiendo posar frente a los clientes, las muchachas se levantaban la blusita holgada de tul y pronunciaban su nombre con gracia forzada: Anabel, Roxana, Paty, Esmeralda, Olivia, Katy, Helen. Amadeo se entusiasmó; quiso hacer una broma con la güerita Helen pero la mujer no se dejó. Uribe les dio las gracias. Estas mujeres valían una verdadera fortuna. Eran el plato fuerte de uno de los viejos y legendarios burdeles de la ciudad de México, sobre el que se urdían historias estupendas. Uribe volvió a estornudar y se hizo obvio que algo traía atorado; Amadeo lo miró con asom-

bro, le preguntó qué te pasa, el otro dijo que se había resfriado tal vez. Volvió a ver el pelo canoso de Amadeo, su boca echada a un lado, y vio sólo su desdicha. Uribe sollozaba. Bebían con desgano. La cabeza de Amadeo brillaba de tan canosa y la de Uribe por la calvicie. Era una pareja de viejos aún con mucha vitalidad; de su generación parecían los más jóvenes y los que tenían menos achaques. La madrugada se les vino encima y se quejaron del cansancio y del sueño. Se miraron, y sin palabras, se entendieron.

—Entonces, ¿qué?, vuelve al puerto —dijo Uribe con voz pastosa.

—Podría ser. Tengo ganas de ir.

—Allá, un trago sabe a cielo.

—Me llevó la chingada. Esa es la verdad.

—¿Otra vez? Pero si tienes tus planes.

—El puerto fue mío.

—¿Y eso añoras? Vivimos otros tiempos.

—Los nuestros fueron años espléndidos. ¡Qué parrandas! ¡Qué mujeres!

—Pues no te quejes, Amadeo.

—Hasta creí en las mujeres; fue mi gran error.

—¿Tú? Creíste en las que podías llevarte a la cama

—y Uribe echó una carcajada sonora, estridente.

—No sabes nada, en serio Uribe, nada.

—¿No aguantas ya ni una broma?

—Si yo volviera a mi época, sería otra cosa.

— ¡Qué tontería! Lo vivido, vivido ¿eh?

—Jamás me casaría a ciegas.

—«Yo sé que soy una aventura más para ti» —tara-reó Uribe.

—Es que me traicionaron, ¿no entiendes?— Amadeo temblaba y enrojecieron sus pómulos.

—Entiendo pero no te sobresaltes.

—Quería decirte algo, algo importante— Amadeo bebió un trago precipitado, como agua.

—Si, ya sé: Esther fue el amor de tu vida, no, no, Aniceta te amó con locura.

—A veces eres tonto, hermanito. Fuiste muy pendejo, Uribe; mientras que Moctezuma y Villar pasaron por mis conquistas, tú solamente ‘milabas’ y ‘milabas’ como dice el chinito.

Estaban cansados, bebidos y desvelados; parecían en un naufragio, no había tema ni recuerdo, ni asunto, que los sostuviera. Abandonaron el lupanar; subieron a un taxi de los muchos que había estacionados en Ámsterdam y le pidieron al taxista que los llevara a la Del Valle. Eran las cuatro de la mañana cuando Rosario los vio aparecer, abrazados, cayéndose. Corrió a abrirles la puerta del jardín. Entraron cantando, desentonados. Amadeo, empecinado en tomar su maleta, quería subirse a un avión rumbo al puerto; Uribe se reía de todo. Pidieron un trago y Rosario tuvo que servirselos para evitar un escándalo; también les dio un café bien cargado que rechazaron. Al fin, Amadeo se quedó dormido; parecía un león tirado en un sofá; Uribe regresó a su hotel, acompañado de Armando, el hijo mayor de Rosario.

En la tarde, Amadeo despertó; estaba destrozado. Empezó a quejarse; le dolía el pecho, la cabeza y los ojos. Rosario fue su enfermera pero no dejó de regañarlo. Le dio aspirinas, agua mineral. Nada. Su hermano seguía adolorido. Hacia las nueve de la noche ya sobrio, pero con una cruda certera, Amadeo se desmayó. Lo llevaron al hospital. Ahí sufrió un infarto al miocardio.

Se repuso; volvieron a sonreírle las mañanas y las tardes azules de la Del Valle; pensó que pronto, aunque apoyado en su bastón, iría al café de las Américas, su refugio habitual. Y tan luego tuvo seguridad en sus pasos, le hizo a Berta una visita «de viejo amigo», como le dijo a Rosario. Era un mediodía caluroso de octubre cuando Amadeo, debidamente arreglado, saco y corbata, se pre-

sentó ante su exmujer. La saludó. Le dijo que estaba ya restablecido, claro, se cuidaba, no bebía ni fumaba por nada en el mundo. Tenía el color de un cadáver.

—Quiero vivir y voy a lograrlo, Bertita, he venido a verte, a saludarte. Hace tanto que no nos vemos.

—Es cierto y me da gusto tenerte aquí —dijo Berta con sinceridad, mostrando afecto y compasión por él ya viejo y algo achacoso.

Hablaron de todo y de nada; mezclaron temas y se precipitaron en una conversación de cabos sueltos, donde ninguna historia terminaba de contarse. Berta lo invitó a comer. Amadeo no se hallaba dispuesto para rechazar nada. Comieron tranquilamente, como lo hicieron durante muchos años. Ya en el postre, Amadeo atacó.

Le dijo que la poca vida que le quedaba, se la ofrecía. Regresarían al puerto, a ser felices. Allá los esperaban sus amigos y familiares, y la huella de lo que hicieron, de lo que amaron, estaba viva.

Berta le contestó que también les esperaban la desolación y la ruina.

Berta permaneció en silencio unos instantes, elaborando una respuesta definitiva que no lastimara a su exmarido, no quería pelear ni disgustarlo, sólo aventarle en plena cara su propuesta descocada.

—¡Qué inocente eres, Amadeo! —dijo ella, mirándolo fijamente—. Es demasiado tarde para una reconciliación, y más todavía, para volver al puerto.

—Al contrario, estamos a tiempo de salvarnos y destruir errores.

—No, papito —usó una vieja fórmula de alcoba—, estás a destiempo.

—Basta de filosofía; debemos reconciliarnos con nuestro pasado.

—Imposible, el viento (¿o los años?) lo dispersó y lo hizo confuso, terrible y ajeno a nosotros mismos.

—Eso es falso, entiende; ahora veo claramente que jamás sentiste cariño por el paisaje de tus padres.

—No me hagas reír —Berta soltó una carcajada fingida—, ¿tú amas todavía el puerto? Claro que sí, aquella ciudad pequeña que fue una fiesta perpetua para ti.

—Exageras, querida —Amadeo tosió—. El puerto es todo lo que nos queda; lo único bendito que hubo en nuestras vidas.

—Lo siento, créeme, pero no regresaré, no me hace falta. ¿Ir a ver las ruinas que dejaste? ¡Qué ocurrencia!

—Entonces rechazas lo que más quieres —dijo Amadeo, se puso de pie, subrayó sus palabras, abriendo los ojos desorbitadamente—. ¿Qué pretendes?

—Por favor, Amadeo —ella sonrió y miró a un lado—, siéntate. Escucha. ¿Quieres que se mueran de risa en tu cara? ¿Es que no te has mirado en un espejo? Anda pues, adonde eres sólo un extraño. Le das la espalda al tiempo que se ha encargado de cicatrizar nuestras heridas. ¿Quieres abrirlas de nuevo? Entonces, de acuerdo, ve a morir bajo aquellas palmeras inocentes, sentado en la banca del mismo parque, bajo el mismo cielo.

—No entiendo, ¿qué quieres decir? Oye Berta, ¿de dónde has sacado semejante moraleja? —dijo Amadeo, con la risa a flor de los labios, marcadamente irónico.

Él se dio cuenta que nada había cambiado en su desdichada relación con Berta y se despidió, ahora sí, sabiendo que tal vez nunca volverían a verse. Berta lo acompañó hasta la puerta de abajo, quería decirle adiós a pesar de los pleitos y las ingratitudes. Ya en la banqueta, se dieron un beso en la mejilla, de alguna manera, el punto final de la novelita que habían vivido. Él alcanzó a decirle:

—Hasta luego, querida, ojalá se pudiera zurcir la vida, como la ropa. —Ella asintió en silencio. Vio a su marido alejarse por la calle estrecha, cojeando, apoyado en

su bastón; la tarde se había inundado de un sol aguado y deslucido, nubes doradas bailaban en el cielo, la Roma Sur bostezaba. A Berta se le escurrieron dos lágrimas espesas que la brisa urbana diluyó

Amadeo no soportó la lluvia de desdichas que le cayeron de repente a su fortuna y a sus intentos por rehacer su matrimonio. Después de varias citas en el hospital para revisarle la presión, el médico le dijo que podía viajar, «en autobús, el avión representa un cambio brusco ¿entiende?», y le llamó a su hijo para anunciarle que volvía al puerto. Gonzalo prometió comprarle el boleto, recogerlo y llevarlo a la estación. Rosario se alegró de ver a su hermano rejuvenecido, contento con el viaje. Le preparó la maleta, le recomendó cuidarse y tomar las medicinas y se despidieron. Un viernes a las ocho de la noche, Amadeo tomó el autobús de primera clase en Buenavista. Durante el camino fue viendo a través de la ventanilla una luna redonda como en fotografía. La tomó por confidente. No iba al puerto a dar lástima, sino a cobrarle una deuda. Berta está loca de atar, pensó. Veía el resplandor de la luna y recordaba la enorme ayuda que le había brindado Rosario. ¡Qué hermana! ¡Qué madre! Había sido su salvadora. El autobús avanzaba en una carrera interminable. La noche se alargaba. Amadeo miraba las sombras a los lados de la carretera; primero los volcanes y los bosques, luego los cerros áridos de Tlaxcala de raquíuticos arbustos. Se imaginó en la orilla del mar, en compañía de Esther. Caminaban absortos, sorprendidos por el alba, pisando el agua tibia. Lástima, se dijo, que Esther hubiera desaparecido. Era tersa y cariñosa. Pero se cansó. «No quiero seguir así, Amadeo, me voy y no me busques ¿me oyes?». No volvió a verla; parece que se

casó con un petrolero y se instaló en Tampico. Miró de nuevo el disco pálido de la luna, ahumado por el color de la ventanilla; la imaginó plena, llenando el desierto de Apizaco, iluminando abismos. En su viaje, Amadeo creyó tocar el fondo de sus éxitos y fracasos, reconstruir la ruta de sus sesenta y ocho años.

—Oiga usted, va sobre mí — dijo una voz de mujer, a su lado —, casi me tira del asiento.

—¿Qué dice? — preguntó Amadeo, despertando, asombrado del regaño —. Disculpe, no era mi intención....

—Pues fíjese quién está a su lado — replicó la mujer, disgustada.

—Sí, ya le dije, me gusta su franqueza ¿es usted porteña?

—Eso no importa ahora — la mujer disminuyó su tono agresivo — me gusta el mar, claro, pero vivo en la ciudad.

—Ya veo.

—¿Qué ve, señor?

—La capital la atrapó, ¡cuidado!, es una trituradora, decía un amigo mío — y Amadeo vio en la penumbra un cuerpo ancho, de dientes blancos.

—No me diga, jajajajajá — la mujer ofreció chicles a su interlocutor. ¿De dónde salió este profeta?, pensó.

—Sí, déjeme explicarle. En las ciudades cavamos diariamente nuestra sepultura; son un verdadero infierno, ¿no es cierto?

—Tal vez, fíjese. que tiene usted razón, pero el puerto, también lo es — dijo ella, haciendo bombas con el chicle —; ¿y usted es predicador?

—Por supuesto que no, ¿cómo cree?

Se doblaron de risa; un pasajero los mandó callar. La risa se les fue al estómago, la contuvieron.

—Es que al escucharlo, una piensa en un sacerdote — ella trató de justificarse.

—Le entiendo; yo dejé el puerto, donde viví unos cincuenta años.

—¡Madre mía! Eso es mucho tiempo, oiga.

—Pues sí; ahí nací, de ahí son mis padres, mis hijos, mi esposa.

—Qué bonito resulta escucharlo, de verdad —la mujer sacó de su bolsa cigarrillos, ofreció uno a Amadeo que lo rechazó.

—Por favor, señorita, no es para tanto —dijo Amadeo. Sonrió satisfecho. Pensó que esta mujer podía ser su última carta amorosa.

—Disculpe, su tierra ha crecido, ahora ya no es el paraíso.

—Con todo, prefiero ese sol y el aire... marino.

—Ay, señor, pero si ya ni el sol es claro, sino gris, como si siempre estuviera llorando.

—Sí, sí —dijo Amadeo atropelladamente—, recuerde que quedan las palmeras y la brisa, el sabor aún provinciano.

—Dígame ¿desde cuándo no viene?

—Pues déjeme ver, salí hace diez, no, catorce años más o menos.

—De entonces a la fecha el puerto cambió bastante; ¿y si usted ya no encuentra nada de lo que dejó?

Intercambiaron otras frases y olvidaron la conversación; sintieron la terrible embestida del calor apenas bajaron a Veracruz; parecían vencidos por el sueño y por el vaho del trópico. Si alguien los hubiera visto, no habría dudado de que eran marido y mujer, o por lo menos, la hija recostada en el hombro de su padre. Amadeo despertó, incómodo, en las curvas de Los Tuxtles; el alba se pegó a sus ojos cansados. En la duermevela pensó en Matías y Alma Rosa, en los años dorados de aquella época marcada por su estela de auge y confianza en el futuro. Escuchó a distancia la máquina acelerar a fondo. Sintió el cuerpo

pegajoso, inquieto. La luz encendida del oriente iluminó el autobús. Amadeo oyó la respiración acompasada de su compañera de viaje; y cuando el día se metió en la cabina, distinguió los rostros pálidos, desvelados, de los pasajeros. Permaneció semidormido, hasta que llegó al puerto. Lo consumía el ansia de llegar y ver el Paseo Cifuentes, las palmeras dibujando el paisaje, sentir como antes el calor que se mete en los huesos. Imaginaba el bordado de lomas flojas, el foso y las palmeras de Allende, los barcos y los cayucos y las piraguas sorteando el vaivén del río. Bajó en la estación; se despidió amablemente de la amiga del viaje y Amadeo de la Fuente inició su labor de rescate. Por un momento pensó que jamás había salido del puerto. La mañana era calurosa pero agradable; salió a la calle, a una cuadra del río. Miró detenidamente, tratando de encontrar la Oaxaqueña, el hotel Holyden, los tacos de cochinita y las horchatas de coco y no halló nada. El sol estaba borrado; sólo un disco desteñido se veía atrás de la bruma. Caminó una calle, pasó junto al mercado — ¿era el mismo? —, se detuvo en la esquina para descansar de su maleta, y lo agredió el tráfico de coches y camiones, taxis y autobuses. Humo y ruido endemoniado, bajo el sol calizo de las ocho de la mañana. ¿y el cielo? Ni su huella. Se abrió paso entre las calles que él conoció en otro tiempo enlodadas, de hondas pozas de agua, arenales movedizos y yerba en medio. ¿Dónde estaba? En la frontera del tiempo. El puerto era igual y distinto a la vez. Caminaba como un extraño. Hizo otra pausa, frente al comercio de Esteban. Sacó un pañuelo para secarse el sudor que le mojaba la frente. Miró las celosías de los edificios y los comercios; en su lugar aparecieron las casas de dos aguas, la fachada de la vieja mueblería de madera y lámina. Vio escaparates y marquesinas de plástico; de nuevo el rostro del puerto viejo desfiló por sus ojos. No soñaba. Se frotó los ojos. Quería hacer retroceder la rueda ingrata de los días.

Sobre la acera, indeciso, apoyado en su bastón, vio pasar imágenes del pasado como se ve la carrera de caballos en un hipódromo. Creyó que un hombre grueso, de mirada tierna y traviesa, era Moctezuma. Amadeo se apresuró a saludarlo; el hombre se retiró, desconfiado. Sudaba en seco; por sus poros no salía agua ni sal, sino fragmentos de su vida. Deseó con vehemencia percibir los olores que había dejado ahí, intactos; trató de localizarlos y obtuvo en cambio olores urbanos. Quería oler a río y marisma, a brisa y barro, a humedad salada. Un aire evocador que venía del mar lo sorprendió, pero era un viento fétido que olía a frutas descompuestas; era el vaho de las plantas industriales que rociaba la atmósfera de los porteños. Vio el comercio de su hermano; recordó a la tía Elvira que había muerto años antes, leyó DM Nacional y arriba las persianas de las recámaras. Soltó su maleta. Tocó y el mismo Esteban salió a recibirlo. Vio las franjas canosas en el pelo escaso de su hermano, el cuerpo ancho y perezoso. Se dieron un fuerte abrazo.

El golpe insistente de la persiana sobre el marco despertó a Amadeo. Entrecabrió los ojos y sintió el aire tibio que la brisa metía en la habitación. Escuchó cierto movimiento que venía de la calle, de los muelles y recordó que se hallaba en el puerto. Intentó reconstruir su llegada a la casa de su hermano. Creyó ver todo con claridad. Después del desayuno que se había prolongado, debido a las preguntas de sus sobrinos y el lamento de Yolanda, su cuñada, entró al cuarto, sintió que era una prisión, y se quedó profundamente dormido. Miró el buró y el reloj despertador: un cuarto para las dos. ¿Le dolía la cabeza? Más bien, el cuello y la espalda. Estaba exhausto del viaje y las horas sentado en el autobús. Ahora sudaba y al mismo tiempo sintió que la brisa lo enfriaba. Iba a levantarse pero le faltaron ganas. Su mente se sumergió en una sensación de inutilidad y fracaso. Amadeo tuvo miedo de sa-

lir y no ver sino tristeza en las calles, o ni siquiera reconocerlas. Miedo de actuar, de caminar y hablar. Sobre todo miedo de la memoria. Era la misma sensación de fastidio que muchas veces lo despertaba en la madrugada. Parecía una hormiga que se introdujera en su cabeza y lo martirizara con pesadillas punzantes. Movi6 su cuerpo con dificultad. El dolor reumático de su pierna derecha subi6 a sus ojos y 6l los cerr6 como para eludirlo. Volvi6 a pensar en los d6as ingratos, vac6os, que estaba viviendo. No soportaba, por m6s que lo simulara, andar a la deriva. Parecía un naufrago. ¿Qu6 pod6a esperar del puerto? Muy poco. Esta imagen de derrota lo venía siguiendo como se va detr6s de un enemigo al que se quiere escarmentar, desde hac6a varios a6os. Se le aparecía en las noches, tambi6n al despertar. Estaba convencido que no ten6a a qui6n asirse. Rosario le hab6a dado ya demasiado. Esteban viv6a como suspendido. ¿Era algo real o s6lo lucubraciones?

Amadeo se sentía perseguido por su propia imagen. Veía sombras que lo asediaban. Mir6 de nuevo la hora: las dos en punto. Crey6 que se ahogaba; una cuchillada en el paladar le dejaba la boca cerrada, los ojos fijos en im6genes difusas que hu6an como nubes aventadas por el viento del norte. De entre esas nubes, cre6a distinguir claramente el motivo de su perplejidad. Volvi6 a mirar el reloj y el cielo a trav6s de la ventana; percibi6 los latidos del puerto. Amadeo se entusiasm6; parec6a hipnotizado por el traj6n y el ruido de las calles. Se inclin6 sobre la mitad de la cama y abri6 las persianas; entr6 de repente el cielo y el olor a mar a su cuarto. Era s6bado. Se recost6, apoyado en el cabezal de madera; hab6a llegado apenas esa misma ma6ana y sin embargo ten6a la sensaci6n de llevar ya mucho tiempo aqu6. ¿Qu6 har6a? Desde que entr6 a la casa de Esteban hab6a cre6do entender que en casa ajena — aunque fuera la de Esteban, no era la suya — se le dificultar6a permanecer. Ah6 estaba Patri-

cia, ahora divorciada, con sus hijos, arrimados a Esteban. Qué casa, se dijo. Gritos de niños, llanto. Su hermano nervioso, agobiado por los hijos y los nietos. ¡Qué bárbaro!, pensó Amadeo, creí que le daba un infarto hoy en la mañana, con tanta agitación. Para colmo, Yolanda, mi cuñada, parece un maniquí; es inútil por vocación. No, no era esto lo que había venido a buscar. Necesitaba calma. Pero su corazón se mantenía agitado. Miró el cielo y la antena del radio de las oficinas de Pemex; en esa dirección se encontraba la zanja del río; sí, a un lado, bajando por Zaragoza, se topaba uno con el Uxpanapa. Amadeo quiso salir de inmediato, asomarse al río, ir al encuentro de esas aguas. De pronto se inquietó por ver las imágenes antiguas que él venía a rescatar. ¿Las encontraría, al fin? Su primera impresión del puerto había dejado en él, una huella de desolación y cansancio. Imaginó la orilla del mar bañada por la espuma. Y al mismo tiempo descubrió que su hermano era un corderito, indefenso, atrapado en las faldas de Yolanda Paredes, su esposa. ¿Esteban había colgado los guantes para pelear con la vida? Definitivamente sí, se dijo, mientras puso de pie su pesado cuerpo. No se escuchaba ningún ruido en la casa. ¿Estaría solo? ¿y los chiquillos? Andarían en la playa, tal vez. Amadeo se desnudó y entró al baño amplio de baldosines azules con dibujos de palmeras pegado al cuarto. Se vio en la luna y el espejo le devolvió una imagen grotesca. Odió su cuerpo estriado por anchas lonjas; no le gustó su rostro ni el cabello suelto, escaso, que le caía en las orejas. Tuvo la sensación de que estaba en su tierra como un extraño. Era un ave de paso, confundido, y sin saber a dónde dirigirse. ¿Y si ahora mismo regreso a la ciudad de México? ¡Qué locura! Entró a la ducha. Salió, se vistió. Tomó su bastón. En la amplia sala no encontró a nadie. En la cocina escuchó el trajín propio de la hora en que se guisa y se prepara la comida. Caminó hacia el

balcón. Vio con la más grande tranquilidad el mundo, la avenida y los pinos en medio. Imaginó la calle de los chinos, el cine Ideal. La esquina donde cayó asesinado Armando Riveroll. Sus ojos parecían predispuestos a la fuga; rechazaban el presente. Se echó en la mecedora. Ahí lo encontró Esteban.

—¿Cómo te sientes? —preguntó, y jaló una silla para hacerle compañía.

—Como nuevo, hermano, ¿no te parece? Me cayó muy bien la siesta. ¿y tú?

—Pues he arreglado asuntos; tuve mi discusión matutina con el contador; es hijo de Castillo, buen muchacho, pero muy pendejo.

—¿Y la familia a dónde ha ido? —Amadeo hizo la pregunta pausadamente.

—Salieron. Es la hora del calor, nadie se queda en casa; José va a tomarse una botana; Patricia y sus diablillos en la playa o en el club; y Yolanda de seguro se fue de compras. ¡Qué vida! Hay que vivirla para poder crearla. ¿Quieres una cerveza?

—Tengo sed, sí, una cerveza me late —dijo Amadeo, y se mecía como rebotante de vida. Esteban llamó a una de las sirvientas; una mujer gorda, de mandil, se asomó y le preguntó si quería algo. Le pidió dos cervezas. La mujer las sirvió en un tarro frío.

—Llevas una vida descansada ¿eh? —dijo Amadeo y dio un sorbo a su cerveza.

—¿Por qué lo dices? No faltan líos, con los hijos, o con los empleados; o con tu mujer.

—¿Qué pasó con la Conchis?

—Ha sido una buena mujer; ya no vive en el mismo departamento que conociste, sino en la casa que le compré en San José. Tenemos una hija que aquí bajita la mano —Esteban se acercó al oído de Amadeo— nació el mismo año que Patricia.

—¡Qué cabrón! —Amadeo sonreía fuera de sí—. Haces las cosas con cautela, ¿eh?

—No es eso; pero la alejé del puerto prudentemente; un día llegué a verla y le dije, Conchis, te compré una casa. Es hora de cambiar. Se puso loca de alegría: Me besó y me dijo que era el hombre más bueno de la tierra. Luego supo que su casa se hallaba en San José que es idéntico al puerto, sólo que sin playa.

Amadeo no paraba de reír. Le parecía un atributo especial, divertido, la manera como su hermano había manejado el asunto de su amante, y sobre todo descubrió que siempre fue un sentimental; prefería enamorar a las mujeres en vez de cogérselas. No tuvo muchas —como creía Uribe—, porque caía a los pies de la primera. Esteban lo interrumpió; le dijo que bajara al comercio, quería despedir a la encargada de ventas, María Peniche, y mostrarle su oficina. Caminaron del brazo, con sus respectivos tarros de cerveza. Entraron a un cuarto refrigerado, de muebles imitación piel, verdes; al fondo un librero con bordes dorados, hacía contraste con el sillón ejecutivo, giratorio.

—Este es mi hermano- dijo Esteban a la muchacha.

—¡Qué barbaridad, señorita! -dijo Amadeo con soltura, la mirada fija en ella—. Es usted una belleza porteña.

—Gracias, señor De la Fuente, pero yo no soy de aquí.

—No importa. Esos ojos me enloquecen.

Soltaron sonrisas forzadas pero amables. Esteban le hizo señas a la muchacha; salió. Amadeo le dijo que su secretaria estaba sabrosa, linda, me quedo con ella, lo juro por mi vida.

—¿Para qué juras? Es tuya desde ahora, ¿contento?

Amadeo elogió el gusto de su hermano; observó la oficina y su decorado. Bebió el último trago de su cerveza XX. La cabeza ya no le dolía; pero su estómago hacía

ruidos como de máquina fallando. En el lado derecho de la oficina, sobresalía, entre otras, una foto enmarcada en rojo, que mostraba a don Amadeo sobre la cubierta de un pequeño barco de madera y junto, su hijo Amadeo que parecía la imagen imprecisa, borrosa, de lo que era ahora. Sería un adolescente de quince años; el pelo ensortijado le caía sobre la frente; la mirada lanzada al cielo, lánguida. A un lado, estaba Eulalio, el hombre que acompañó a don Amadeo en las difíciles faenas del comercio y la navegación ribereña. Cargador, maquinista, dependiente, también había sido el secretario privado de don Amadeo y en muchas ocasiones su celestino fiel. Eulalio fue un raro trabajador de tiempo completo al servicio de don Amadeo, más por amistad y cariño, que por dinero. Los barquitos habían sido durante muchos años un negocio y un pasatiempo para ambos; Eulalio se sentía útil; don Amadeo lo tomó como un medio para viajar y hacerse indispensable con sus clientes, pero sobre todo, fueron su pretexto que le permitió cazar a varias muchachas de El Porvenir, San José y Agua Dulce.

—Yo tenía una foto, pero de la Nueva Esperanza —dijo Amadeo, y apartó la vista de la fotografía amarillenta de tan vieja— que fue un barco fantástico.

—Llegó esa embarcación y zarpó nuestra madre. ¿Sabes una cosa? Mi tía Elvira solía decir que mi madre murió de fuerte disgusto que le propinó mi padre.

—¡Y tú se lo creíste! Murió de un infarto, no seas pendejo. Ah, te decía que Eulalio se enamoró de la Nueva Esperanza; perdió el sueño; en las noches hablaba con las estrellas y con el río, mientras conducía el barco. Mi padre estaba convencido que el agua o el timón (o tal vez, las interminables desveladas) le comieron el coco.

—¡Qué bonitos fueron esos años!

—Pero también muy ingratos. La vida era demasiado rústica; te imaginas cómo eran los pueblos por los que

andaba mi padre.

En ese momento entró José, venía sudando a mares, mentando madres por el clima tan loco.

— ¡Qué tiempo! Hay un bochorno en la calle horrible — dijo y le sonrió a su padre y a su tío —; bueno y se puede saber ¿qué hacen aquí tan calladitos?

— El que debe preguntar soy yo — le dijo Esteban, con un gesto impaciente —. ¿De dónde vienes? Te llevaste la camioneta y la necesitábamos,

— No friegues; estuve aquí toda la mañana; a la una me fui a tomar una cerveza. ¿A qué no sabes la última? — y miró a Amadeo.

— Suéltala, no juegues.

— Van a construir otro puente, inmenso, de cuatro carriles; y doble vía para el ferrocarril.

— Esta ciudad se estira y se hace insoportable — dijo Amadeo, como reprochando el crecimiento —. ¿A dónde quieren llegar?

— A ningún lado, tío — respondió José, autosuficiente—. ¿Quieres que volvamos al pasado? Se necesita continuar.

— Tú lo que necesitas es cogerte a María, ¿me oyes, bribón? — dijo Amadeo y se rió estrepitosamente.

— Es lo que le digo — intervino Esteban, en broma, insidioso- pero el pendejo ya quiere casarse.

— ¡Ah!, eso sí que no, tienes que responder a tu apellido, y si no te colgamos — dijo Amadeo contundente.

— Basta de pendejadas — Esteban terminantemente —, vamos a darle una vuelta por el puerto a tu tío — miró a José —, anda, saca el coche.

Salieron; Amadeo sentía su cuerpo relajado, tal vez por la cerveza o el bochorno que producía un calor denso; no hallaba qué decir cuando el coche cruzó las primeras calles. José daba explicaciones sobre las nuevas avenidas y colonias; describió el parque industrial y habló de

los miles de obreros que habían invadido el puerto en los últimos ocho años. Manejaba despacio. Amadeo escuchaba a su sobrino, miraba a Esteban, entusiasmado. Pero al mismo tiempo se le cruzaban imágenes del viejo puerto. Quiso ir al lugar donde había estado su casa, y prefirió evitar ese encuentro. Tomaron el Paseo y Amadeo dijo que seguía siendo hermoso y elegante este corredor de la ciudad que él había construido. De pronto preguntó:

— ¿Y la casa de doña Sara sigue en pie?

Un poco exaltado, Esteban lo miró con cierto dejo de nostalgia y dijo:

— Amelía vive ahí metida; dicen que la casa está embrujada. No sé. Desde que murió doña Sara — una gran mujer ¿verdad? — aquel lugar tan fresco da miedo.

— Yo le llevé unos crisantemos — dijo José, y suspiró —; ¿te enteraste a tiempo, tío?

— Por supuesto, pero no quise mover ni un dedo — contestó Amadeo como enfadado —, ni siquiera llamé a Berta para darle el pésame.

— Seguramente fue un golpe muy duro para ella — dijo Esteban —. Su madre la quiso siempre.

— ¿Tú crees? Tuvieron muchos desacuerdos — informó Amadeo.

— Pues nosotros fuimos al entierro de doña Sara — insistió José, detuvo el coche justo en el abra. El mar venía picado, riéndose de ellos tal vez. Amadeo vio las escolleras y los pinos de Allende que parecían doblegados por los años y por los vientos del norte. José agregó:

— Casi nadie se acordaba de ella.

Regresaron a casa; bebieron una copita. Después de la comida, Esteban invitó a su hermano un coñac — que Yolanda vetó — y se sentaron en la terraza. La tarde se estiraba, pesada, sobre las calles ahora vacías. Amadeo vio el comercio cerrado, la ciudad en la hora de la siesta y sintió que cogía la médula de los años vividos en

el puerto. Los niños corrían y gritaban. José los acompañó. No quería separarse de su tío con el que simpatizaba porque sí. Amadeo miraba a su sobrino y en esos ojos verdes —igual a los de Esteban— creyó ver retazos de su propia juventud. Escuchaba anécdotas sobre los viejos amigos, Villar, Moctezuma, Castillo, y sonreía como sonámbulo. Esteban contaba inusitadas historias de hombres que de la noche a la mañana se habían convertido en millonarios. El petróleo —recalcaba— reventó para bien y para mal esta zona. Amadeo no apartaba la vista de la fisonomía de calles y fachadas, y la temperatura ácida lo mantenía semidormido. Comprobó que su sensibilidad había cambiado; no vibraba con el paisaje de palmeras, ni con la presencia del mar; la brisa no lo exaltaba como antes; pensó que tal vez había llegado en un día enfermo porque le faltaba luz. La bruma persistía. Tuvo un presentimiento: vendría un ciclón terrible que limpiaría el cielo y el río. Esteban hablaba sin cesar, reñía con José, le pedía su opinión a Amadeo y sin esperar respuesta, continuaba.

A las seis de la tarde, Amadeo pidió permiso para caminar. Esteban le preguntó, qué te pasa, lo vaciló; José dijo que acompañaría a su tío. Amadeo les suplicó que lo dejaran, quería ir solo al río. Yolanda escuchó la frase final, se solidarizó con su cuñado, le dijo:

—Te entiendo, Amadeo. A este no le hagas caso — miró a Esteban—. Anda, camina por el puerto. Te recojo más tarde ¿sí?

—Voy al malecón, ahí los espero -Amadeo se dirigió a José.

Sin aguardar la respuesta, salió; caminaba con paso decidido, aunque con lentitud, apoyado en su bastón, como si arrastrara su cuerpo y lo jalara. A sus años, aún podía moverse holgadamente; era un viejo que escondía la edad, su energía era envidiable. Físicamente su orga-

nismo respondía; cuando lo cogía la depresión, la edad le brotaba como por encanto. Se orientó fácilmente; esta ciudad, se dijo, es igual que antes, sólo que ahora está oscurecida, bañada por un aire fétido. Sabía a dónde dirigirse. Bajó por la tercera y la cuarta De la Llave, al malecón. Nadie lo vio; con nadie se tropezó, no obstante que a esa hora la actividad comercial era intensa. Caminó por la banqueta del malecón; abajo, en la orilla del río, los pescadores desembarcaban sus redes y el tráfico de lanchas era incesante. Parecía dirigirse a un lugar fijo, a una cita. Vio los barcos del otro lado, inmensos, pesados cargueros sobre las aguas, sombras estacionadas frente a la ciudad. Los consideró como nubes oscuras que opacaban la luminosidad de antaño. El Uxpanapa se movía lentamente. Cansado, dispuesto a hacer una pausa, Amadeo se detuvo, respiró al fin el aire apetecido. ¿Había llegado a su cita? Su frente estaba mojada de sudor, lo mismo la espalda; sacó un pañuelo blanco del bolsillo y se limpió la cara. En una de las bancas para contemplar el paisaje marino, se dejó caer.

Entonces pudo mirar a sus anchas la otra orilla, las escolleras de Allende, sus lomas y el viejo faro; permaneció varios minutos con la vista clavada en ese caserío desordenado, de láminas que el sol pálido del crepúsculo hacía brillar. Vio las palmeras de color anaranjado, las gaviotas volando sobre el río y un pelícano sangrando; también las pequeñas lanchas que cruzaban de una orilla a otra, decenas de pasajeros; los cayucos y las piraguas. ¿Era el mismo escenario de su juventud? Estaba convencido que nada había cambiado. Sin embargo, quiso ser otra vez adolescente, el muchacho desgarrado, a veces descalzo, que soñaba con la luna y recitaba versos a las muchachas. Sobre el colchón de espuma la corriente batía el agua y le daba un color marrón. Los remolinos en el centro del río trituraban su visión. Sobre Amadeo llovie-

ron imágenes. Vio a Berta de novia, bailando, y el tren en el que se fueron de luna de miel; un cementerio, la fachada vieja de la mueblería; las palmeras del Paseo bajo la luna; la playa, el rostro de Eduardo desfigurado, gritando. Miró los barcos entre la bruma que salían por la bocana; vio el flujo y el reflujo del mar, los pechos dulces de Esther. Creyó que el cielo desteñado lo acariciaba con su silencio. El crepúsculo invadió su cuerpo. Escuchó las notas de una canción, el disparo de una pistola, el rugido del viento, el silbido largo y quejumbroso de un barco, la explosión de una botella de champagne, la sirena de la azufrera. Ya no pudo distinguir entre el pasado y el presente, entre la realidad y la imaginación, entre el sueño y lo vivido.

Pasó frente a él un viejo barco, como salido de un museo, de manera igual al de su padre. Amadeo se puso de pie; le hizo señas. En vez de pescadores semidesnudos, a bordo iban él, Eduardo, Gonzalo, Berta y Amelia, de cara a la desembocadura del río, donde este fauno se introduce al mar. La tarde parecía cansada, una nube en forma de pájaro se dibujó en el oriente. La bruma escondió el paisaje. Las gaviotas volaron hacia la noche. Amadeo no apartó la mirada de la Nueva Esperanza que se hizo a la mar, a la oscuridad que venía como una premonición; la vio desvanecerse. De las palmeras de Allende surgió la luna. Se encendió el faro, la luz le devolvió la imagen de los años vividos en el puerto.

APOSTILLAS

APUNTES DE UNA NOVELA

Una vez publicado, un libro es como una embarcación que zarpa y se hace a la mar imprevisible; se abre paso en la calma o en el viento ingrato. Ya editado, es parte del azar, pero no cabe duda que lo forman o deforman, lo alientan o rebajan, los lectores. Ellos lo descubren, en poco tiempo lo convierten en algo distinto de lo que fue inicialmente. Pensando en el lector y en las opiniones que he escuchado estas dos semanas que lleva mi novela ante los ojos del público, me pareció pertinente contar una historia particular.

En 1971 empecé a escribir un relato en mis tardes libres que me dejaba la oficina de la ICA, empresa donde trabajaba. Primero salió un capítulo cargado de muerte y dolor, en cuyo centro coloqué el suicidio de un joven; luego otro que contaba la historia de un naufrago. A ellos les agregué un poco más tarde, cuando hacía programa de radio en el departamento de prensa de Bellas Artes, el último: era el ascenso de una familia provinciana, sus ilusiones, sus gustos y desencantos. Guardé y no lo tocaba. Intenté destruirlo. Hasta que en una ocasión lo desempolvé y sometí a mis caprichos.

En 1982, lo leyó María José y se entusiasmó. Tuve entonces la certeza de que retomarí esas cuartillas; así lo hice. Hacia 1986 tenía siete capítulos y la historia que

debía contar parecía completa, sobre todo porque se había ido estirando de una manera imprevisible. Habían nacido, además de Amadeo y Berta, el capitán Govea y doña Sara. Por cierto, en Frontera, Tabasco, un marinero retirado me contó sus peripecias sobre las aguas, algunas de las cuales incluí aquí, porque el texto me lo estaba pidiendo a gritos. Al menos eso sentí.

Descubrí de pronto que mi historia tenía demasiada agua, sol y viento, burdeles y sexo a quemarropa; los excesos eran evidentes. Inicié entonces ese otro trabajo que consiste en remendar ciertas acciones, eliminar escenas y pasajes, sustituir palabras, trabajar y pulir los diálogos y liberar a los personajes del yugo del autor. Me había metido en una trampa necesaria para resanar y reestructurar la novela; se trata de una actividad interminable, porque el tablero de las palabras se te mueve a cada instante. Y corriges y corriges...

Mi historia comenzaba y terminaba en un puerto, agregué un paréntesis en la ciudad de México; era una orgía perpetua, le dejé sólo dos o tres acostones. Fueron días agitados; el proyecto se había complicado mucho. Tenía la sensación de que en la noche, mientras dormía, esos personajes iban moviéndose y tomando forma. Era una experiencia saludable para ellos y para mí. Me levantaba y me caían encima; iba a mis clases en la UAM-Xochimilco y me seguía la imagen de Amadeo y su esposa, de Eduardo; creía ver el tormento de Aniceta, gran puta del puerto. Al fin en la tarde retomaba la historia. A veces bailé con una canción, «Viajera», que le escuché a la familia De la Fuente; en una ocasión fui a ver las dunas blancas y las palmeras de Allende, distantes 650 kilómetros de mi casa. La novela rendía sus frutos, la vida que latía en ella me contagiaba. Debía separarme del virus. Pero era imposible. En ocasiones en vez de llamar a María José por su nombre, le decía Berta; si se enojaba por

una llegada a “deshoras” conmigo, me decía: ¿Te crees Amadeo o qué? Creí vivir en una larga pesadilla. Hasta que decidí ponerle punto final a la novelita repitiendo la frase «al diablo». Leía para evadir su presencia. Sin embargo, las lecturas también las relacionaba con mi historia. El destino de Emma Zunz, del cuento de Borges, me pareció útil, apropiado para ponérselo a Aniceta que muere misteriosamente. El final de «Las palmeras bajo la luna», que así se llamaba al principio esta novela, creí descubrirlo en la biografía de Troyat, Dostoievski. Me di cuenta que lo que leyera o comiera, lo que dijera o imaginara, iba a parar a la historia de Amadeo y Berta. ¡Qué ingratitud! La novela vino a ser el rincón donde aventé mis miedos y mis sueños, mis querencias y mi nostalgia.

El libro vivió muchas vicisitudes; su autor también. Nos hicimos uno, hasta que salió a la luz pública siento que se ha separado de mí. Aquí está junto, guiñándome un ojo, llamándome como si tuviera un saldo pendiente con él. Mientras tanto, escucho las frases que a diario me sueltan amigos y extraños, expertos o ingenuos, y a mí me parece que de **El puerto bajo la bruma** me gusta lo de siempre: la escena del adolescente suicida cuando recuerda a su padre que lo lleva a conocer Allende, la llegada del hombre de espuma que es Govea, el aire dulce del mar y el pelícano ensangrentado que vuela hacia la noche, en la última parte. Del resto se encargarán ustedes. Como aprendizaje y experiencia irrepetible una novela vale la pena ¿no les parece?

Álvaro Ruiz Abreu

Texto leído en la presentación (24-I-90), publicado en Tuxtla, Gtz., Chis.

PARAÍSO DE LOS INSECTOS

Situar una historia en el trópico, como lo hice en *El puerto bajo la bruma*, desarrollarla con ese mar de fondo y entre las calamidades o las virtudes de la naturaleza, más que un certificado de garantía, parece una entrada súbita en los laberintos de la exuberancia literaria. Este lugar ha tenido un especial atractivo para los escritores latinoamericanos, según lo demostró Luis Miguel Aguilar en un excelente artículo, «Agenda Caribe», por lo menos en seis aspectos: la naturaleza, la historia, la gracia verbal («barroca», como en Lezama o «llana», como en García Márquez), los cuentos escuchados en las mecedoras, el cosmopolitismo y, por último, la virtud infantil, el regreso imprescindible a esa zona a la que casi todos los escritores de esas latitudes regresan con asombrosa nostalgia.

Pedro Henríquez Ureña mencionaba la diferencia entre la América mala y la otra, los *petits pays chauds* y las naciones bien «organizadas», una literatura de la América tropical, frondosa y enfática, y otra literatura de la América templada, toda serenidad y discreción», apunta Henríquez Ureña. El trópico está ahí con su rostro encantador maquillado, llamándonos para mostrarnos sus cualidades y esplendores, su belleza en movimiento, su exuberancia.

Acudir a esa naturaleza y su paisaje incendiado, no representa ningún privilegio; de la misma manera han tomado diversos escritores del frío, las colinas y el desierto, su escenario ideal para desarrollar sus historias, sus dramas y poemas. El trópico, ese «meridiano de la desesperanza», como lo llaman Álvaro Mutis, o bien «mugroso paraíso de las moscas», es un lugar «en donde crece como un hongo sabio nacido de complicadas y hondas descomposiciones, la desesperanza».

Nada tan lejano a la verdad como suponer que la exuberancia contada por los cronistas de la Conquista y su visión hiperbólica del paisaje americano, era la llave de un mundo feliz y noble, bárbaro, pero terriblemente fértil en el que brotaba casi la poesía. Punto de partida de varias corrientes literarias que han tenido preferencia en nuestra expresión literaria, utilizarlo, más que una bendición debería verse como un desafío a la imaginación, un constante llamado a la prudencia y la discreción y al mismo tiempo un paréntesis para colocar por encima de todo, la silueta siempre ondulante y brumosa del hombre. Evitar el espejismo no es fácil cuando se tiene frente a uno esa naturaleza despiadada y sangrante, sus dones y su alta expresividad.

Escribí *El puerto bajo la burma* como una historia fincada sobre la orilla de un inmenso río, con esa naturaleza en estado primitivo, promoviendo a ratos la idea de que ahí se hallaba el paraíso, pero fue, lo digo sinceramente, correr el riesgo de asfixiarme en su propia exuberancia. No sé cuántas veces suprimí la palabra río, las descripciones del alba o del crepúsculo, la lluvia incesante. Evocar la silueta de la costa, y la brisa de ultramarina, meterse hasta el fondo en la conspiración de la noche y sus secretos con el mar es como colocarse al filo de la navaja. Hacer uso de esos elementos, más que una patente de seguridad estética parece un pasaporte que sólo remite a las arenas

movedizas de la creación. Haber tomado un puerto como punto de partida y culminación de la historia de los seres de esa novela ha sido sólo una exploración, atractiva, de un universo literario que apenas empieza a poblarse de sus propios mitos y de sus propios recursos. No quise hacer un retrato del trópico ni una novela social en la que brillara el oro negro, sus potencialidades y sus vicios, tampoco el previsible atropello de caciques regionales sobre obreros, empleados y campesinos. Las cuestiones sociales no son mi pasión, ni con mucho. Me interesó la muerte precipitada de un joven inquieto, varado en el puerto donde nació y creció y pudo aficionarse a la lectura; se ejercitó en la pintura; a los dieciocho años de edad era ya un descreído de la vida y de los hombres, pero no del amor —al que intentó aferrarse en un gesto desesperado— ni del arte. Vio la vida extendida sobre el paisaje tropical y entendió que tenía dos caras complementarias: la del éxito y la del fracaso, la del sueño y la pesadilla, y por último, la cara de la juventud y su rebeldía, y la de la vejez y su sometimiento. Sobre ese paisaje caminaría como una estrella el tiempo que acabaría con el imperio de las ilusiones y los propósitos siempre aplazados,

El tiempo que pasaría sobre el puerto con su manto de veracidad y su espuma destructora; frente a ese ímpetu desolador, intenté oponer el único paraíso al que podían aspirar estos seres imaginarios: el puerto sobre la bruma, la inocencia de Allende y la caída más o menos imprevisible del protagonista: Amadeo de la Fuente. Recordé que el melodrama ha sido el padre de una extensa tradición literaria que va del *Quijote* a *La broma* de Milan Kundera, de *Tiempos difíciles* a *El amor de los tiempos del cólera*, de *Crimen y Castigo* a *Los hijos del Arbat*, y no le tuve miedo porque no es en ningún momento un obstáculo serio para la novela. Por eso tal vez lancé

los reflectores sobre una boda y sus destellos, sobre una puta venida a más que muere misteriosamente, y le puse algunos ingredientes sexuales, diversión excesiva, hasta llegar al suicidio, un divorcio a destiempo, la enfermedad de Amadeo y de nuevo – después de varios años en la ciudad de México – su regreso al puerto y su falsa imagen idílica.

Álvaro Ruiz Abreu

INDICE

Presentación.....	7
Prólogo.....	9

EL PUERTO BAJO LA BRUMA

La aurora disuelve los sueños.....	21
Dios de espuma.....	47
El color de la abundancia.....	83
Bruma sobre el puerto.....	115
La de las manos blancas.....	153
Velada de enero.....	181
Las palmeras sobre la luna.....	217

APOSTILLAS

Apuntes de una novela.....	271
Paraiso de los insectos.....	275
Índice	279

El puerto bajo la bruma de Álvaro Ruiz Abreu, se terminó de imprimir en los talleres Yaxol, en Cárdenas, Tabasco. El día 28 de mayo de 2025. La edición, maquetación y cuidado estuvo a cargo del Fondo Editorial del Municipio de Centro. El tiraje consta de 1000 ejemplares.